



*Anónimo*

*La comedia Thebaida*

*www.ilboleroDiravel.org*  
*Vetriolo - ottobre 2002*

Testo elettronico realizzato da Viviana Muzzatti sulla base dell'edizione critica [Valencia 1521] di D. Trotter e K. Whinnom, London, Thamesis Book 1968 per *Il Bolero di Ravel*, settembre 2001

Ortega y Gasset raffigurava la ricerca filosofica con l'immagine biblica dell'assedio di Gerico: guardare l'oggetto di studio da tutti i lati e da tutte le distanze. Si può aggiungere a questa immagine una complicazione: giunti vicino all'oggetto avremo forse scoperto qualcosa che obbliga a rettificare o reinterpretare le osservazioni fatte da lontano.

Il "Bolero" di Ravel è la scoperta continua di sonorità nuove e nuovi strumenti in una frase musicale che, a ogni lettura, fornisce dati diversi, come se fosse inesauribile; perciò il brano non conclude: viene interrotto, sospeso, lasciando l'ascoltatore insoddisfatto e ansioso di ascoltarlo di nuovo.

"Il Bolero di Ravel" è la danza sul filo del rasoio, sul bordo estremo della radura illuminata dai fuochi dell'accampamento, cui i danzatori si avvicinano per rubare qualche centimetro al bosco e al mistero.

Se tutti gli strumenti, le culture, concordassero una tonalità in cui suonare, il risultato sarebbe armonico.

## *La comedia Thebaida*

### *Prefación*

Illustre y muy magnífico Señor:

El Enio, poeta cómico, venido de Corintho con deseo de ver la gobernación de la romana república, siempre siguió la casa y familia de los Scipiones, y así dirigió siempre sus obras a ellos, y aun después se encargó de screvir sus famosas hazañas, por donde en el antiguo monumento de sus antiguas estatuas mereció erea sepultura en medio de las de tan claros varones. Pues ya aquel mantuano Marón, ¡con cuánta vigilancia dirigió sus obras al Otaviano Augusto! También otros autores sin número, así nuestros como estrangeros, ¡con qué solercia, con qué astucia se han trabajado en intitular sus prefaciones a reyes y grandes señores!, y todo para obtener y venir en el fin de su principal presupuesto, que es su obra ser grata y favorita en el vulgo. Pues considerando, illustre señor, en que la antigüedad se trabajó que sus escrituras recibiesen más ser y más autoridad acerca de la república mediante la grandeza de las personas illustres a quien ivan epigramatizadas, parecióme no deviar de la dotrina de los mayores, especialmente redundando tan gran majestad a la prosa o metro de parte del señor a quien va dirigida, y teniendo esto por tan constante, ¿de dónde más fama, de dónde más gloria, de dónde más supremo favor, de dónde más gravedad, de dónde más próspera ventura puede venir a mi obra que de vuestra illustre y muy magnífica Señoría, descendiente por línea derecha de los reyes de las Españas, grande de estado, grande de pensamientos, acompañado de todo género de virtud, dotado y cumplido de las gracias de la natura? ¡Qué humano con todos, qué acompañado de toda perfección, qué dotado en la experiencia de la política vida, y qué prudente en todo género de disciplina, así militar como literaria!

Solamente resta, para venir a mi tan desseado fin, suplicar a vuestra illustre Señoría la reciba con rostro benévolo, y en tiempos desocupados de sus inportantes y arduas negociaciones la vea, porque (aunque el estilo cómico no çufre aquella pesadumbre, ni aquella inilación en el proceder, que los cuentos de los reyes y grandes señores) todavía, usurpando y sacando de madre la cómica prosa, trabajé por entretexer algunas azañas antiguas de los famosos hechos de memoria immortal, no menos u'tiles que dulces en la manera de su narración. Y como mi intento haya sido siempre dessear el servicio de vuestra illustre Señoría, con este mi tan pequeño trabajo me satisfago en algo para poder traer mis mayores pensamientos a devida execución. Y quedo rogando a Nuestro Señor la illustre y muy

magnífica persona de vuestra illustre y muy magnífica Señoría guarde, con acrecentamiento de mayores señoríos y estado.

En los metros siguientes el autor dirige su obra a su illustre y muy magnífica Señoría captando primero su benivolencia.

Los grandes heroes, la antigua nobleza,  
los próceres altos de vos acendientes  
fueron varones muy grandes, potentes,  
con todos estados usando proeza.  
Por tanto, mi mente, bien falta en destreza,  
suplica, suplica con toda atención  
que suplan la mengua de su discreción  
los altos favores de vuestra grandeza.  
Y porque con todos sois otro Trajano,  
discreto, prudente cual fuera Solón,  
a todas las gentes señor tan humano,  
y en todos los hechos novelo Catón,  
mi lengua, temblando con tanta razón,  
dirige su obra tan falta de sciencia  
a Vuestra Grandeza, de tanta excelencia  
que no se le iguala la del Scipión.  
A vos, de la línea del César sin falta,  
qu'el orbe presente gobierna y regia;  
a vos, descendiente de la monarchía;  
a vos todo el siglo sin dubda os exalta.  
Por tanto, mi pluma los metros [sin falta]  
no los inclina sin dubda a otras leyes  
salvo a la vuestra nasción, de los reyes  
de nuestras [Españas] sin dubda, sin falta.

*Declara el autor de lo que trata y lo qué se contiene en la obra.*

Va discriviendo (y en esto más puna)  
los tristes desastres que causa el amor,  
y como el que tiene tal ansia y dolor  
en todos sus hechos así se repuna.  
También, a las bueltas, mi lengua importuna  
inxere [y] recitalos hechos de fama,  
y escribe de aquesta tan alta gran dama  
su próspera andança de buena fortuna.  
Otras vegadas, por ya complazer,  
narramos los vicios fingendo alegría,  
mas en el medio de tanto plazer  
mezclando pesares, mezclando agonía.  
Otras de vezes también resumía  
actos venéreos y en forma gentil;  
y otras, sentencias diversas cien mill  
de extrañas hazañas que assí convenía.

Declara la manera y estilo de la obra.  
Siguiendo materias que ponen espanto  
y bien peregrinas en esta comedia,  
y tanto que imito sin dubda a tragedia,  
mas no en los principios y fin de quebranto.  
Y la sentencia no más la levanto  
de cuanto se çufre torciendo tal hilo,  
ni menos me aparto del cómico estilo,  
antes trabajo siguiendo otro tanto.

*Concluye el autor su epigramma dirigiendo los versos que se siguen a su  
illustre y muy magnífica Señoría.*

Dechado en milicia mi lengua os asina,  
pues que en el siglo vos tienen por tal;  
que nunca ninguno leí ser igual,  
por vuestra natura que tanto os empina.  
Así mi defeto sin dubda se inclina,  
de todas egnimas y ñublo cerrado,  
porque en las cosas que lengua no atina  
supla la vuestra prosapia y estado.

*Rasura del argumento de la presente comedia llamada Thebaida.*

Don Berintho, cavallero mancebo y dotado de toda disciplina así militar como literaria, fue hijo del Duque de Thebas. Y [conmovido] de exercitar la fuerça de sus varoniles miembros, y la fortaleza de su ánimo, y la prudencia de que estava asaz instruto, así de su natural como adquisita mediante la doctrina de preceptores, vino en la Spañas con propósito de servir al rey que al presente la monarchía del mundo gobierna, después de haver andado peregrinando por otros reinos de diversas nasciones. Y en el reino de Castilla fue tocado y encendido, más de lo que a su grandeza de ánimo convenía, del amor de una donzella, huérfana de padres, llamada Cantaflua, dotada de extremada hermosura y de incomparable honestidad y virtud, muy rica de posesiones, nascida de illustre generación, acompañada de muchos parientes y nobles. La cual, ansimismo presa en el amor de Berintho, çufrió grandes trabajos, compelida de las fuerças de su honestidad, a cuya causa el proceso de sus amores se prorrogó más de tres años. Y al fin, sin consejo de sus parientes, intercediendo Franquila, muger de un mercader y persona discreta, concedió en la voluntad de Berintho, otorgándole su amor; y así se desposaron secretamente estando Cantailua en una ermita teniendo novenas, lo cual sabido por los parientes se aprovó. Y así todas las cosas de su historia y lo a ella concerniente tovieron prósperos y alegres fines como de la scritura parece.

***Cena primera,***

*en que se introduzen Berintho, Menedemo, Galterio, Simaco, Aminthas*

BERINTHO- ¡O soberana Deidad! ¡O centro y fin ultimado de todas las cosas! ¡O tú que mandas ir el siglo a duración perpetua! ¡O tú que estándote quedo hazes que todas las cosas se muevan! ¡O principio y fin del gran universo, O señor del firmamento y natura! ¿Y no moverías el corazón de Cantaflua, ablandando su tan demasiada dureza, liqueciéndola con el licor de tu tan inmensa misericordia? Porque de otra manera imposible es yo poderme salvar, pues estoy tal que la imaginación y pensamiento un solo momento no se devierte a extraños actos, ni dexa de contemplar su tan inmensa y extremada hermosura, su incomparable beldad, su tan extraña excelencia, y la gracia tan resplandeciente con que a todas las del mundo excede y sobrepaja. Y cuando ya algún tanto vaco me siento de la tal imaginación, quedo tan laso, quedo tan fatigado y tan sin acuerdo que hago harto en tornar poco a poco a cobrar aliento de nuevo, para con fuerza reziente tornar a emprender el fuego tan intolerable y tan agente en que por su causa a la continua me estoy quemando, sin que su ravia y llama cruel un solo instanti me dexa reposar. Pero como el espíritu por la suma y devina bondad fue criado incorruptible y immortal, no fenesce, pero está tan cargado de cuidados, tan ansioso, con tanta angustia, tan acompañado de miseria y de continos dolores, tan lleno de ansias, con tan poco reposo, tan perplexo, que cada momento no estoy esperando sino cuando la carne, cansada de tantos trabajos y ya tan enflaquecida (faltándole la virtud y influencia de los spiritus superiores, mediante la cual influción se sostiene) parta la compañía y unión que tiene con el ánima, segregándose cada uno para el fin que fueron formados. Y si esto fuese, tendría alivio, tendría descanso, cesarían mis sobradas congoxas, mis tan demasiadas fatigas, y cumplirse hía la voluntad de aquella, que como brava y rugiente leona desacompañada de los hijos no cessa un punto de acrescentar mis males, desseando el fin que yo por la complazer, con grandes clamores, con asidua eficacia, con demasiada alegría y gozo sin comparación estoy esperando.

MENEDEMO- ¿No sabes, señor, que dize el gran Cicerón en las *Cuestiones tusculanas*: «Este animal que llamamos hombre, lleno de consejo y agudo y de memoria y sagaz y cumplido de razón, de Dios solo fue formado»? ¿Y no sabes que Dios te crió semejable a sí en las cosas naturales? Pues que esto es cierto, ¿para qué te desvías con tan sobrada culpa de los limites de la razón? ¿Y no sabes que dize el Agustino qu'el árbol situado en el paraíso terrenal, llamado de la sciencia del bien y del mal, significa el libre alvedrio del hombre? Pues esto es cierto, ¿para qué estás quexándote tan demasiadamente y tan sin medida de los cuidados voluntarios, y de las congoxas que tú con tus propias manos procuras de te cargar, pues está en tu voluntad, y en tal libertad fuiste criado, seguir el camino del bien o del mal? Ansimesmo no ignoras en Athenas, en el templo de Júpiter, estar dos urneas llenas de vino, la una de bueno y saludable, la otra de malo y dañoso. Y a todos los que entravan en el templo convenía, y tal facultad les era permisa, de gustar del buen vino o del malo, finalmente

siguiendo cada uno su propia libertad y alvedrio. Esto digo porque aun los philosophos antiguos, de que en aquel tiempo mucho florecía Athenas, afirmavan que en el propio alvedrio y voluntad del hombre estava seguir los actos virtuosos y nobles, o los contrarios dañosos y nocivos, y aunque la común gentilidad atribuya algunas fuerças y poder a la que llaman Fortuna, afirmando las cosas del orbe mundano governarse mediante su providencia. Pero notorio es que aquel Platón que todos llaman divino, y aquel Sócrates su maestro, y otros sin número, que pudiera traer en exemplo y lo dexo huyendo y por evitar prolixidad, ninguna esperança tenían ni pusieron en cosa, salvo en la primera causa, de donde afirmavan proceder todas las cosas; y dizién que de un bien procedían todos los bienes y de un principio dependía toda la natura. Y pues esto es cierto y bien sé que estás al cabo de cuanto yo y todos los del mundo en esto te podríamos dezir, ¿por qué te matas, por qué te congoxas, por qué te afliges, diziendo que estás abrasado? Pues claramente vemos todos los que estamos aquí que esse fuego de que te quejas tú mismo lo enciendes, y siguiendo la voluntad y no la razón, espontáneamente sin que nadie te compela, te metes en él, corriendo tan a velas tendidas sin que un punto detengas la rienda.

GALTERIO- Especialmente que Cantaflua, por quien tú, señor, manifestas padecer tantos males, se dize que a tu causa siente los dolores y trabajos doblados.

BERINTHO- Espantado estoy, y ahora conosco cuán ageno me hallo de la verdad y cuán olvidado estoy de mí mesmo. ¿Y cómo ahí estávades vosotros y no os veía? ¡O alta sabiduría de Dios, y cómo estoy sin acuerdo! ¡O cómo estoy acompañado del mismo olvido! ¡Y cómo estoy casi privado de los sentidos corporales!

MENEDEMO- Y aun de las potencias del ánima, qu'es lo peor.

BERINTHO- ¿Qué dixiste, por mi vida, Menedemo?

MENEDEMO- Digo, señor, que entretanto que de las potencias del ánima no estovieres privado, no tienes por qué te quejar de Cantaflua.

BERINTHO- Maravillado estoy, Menedemo, de las razones tan bivas que hoy te he visto estar apuntando, y tan embueltas en verdadera sabiduría, que quisiera hallarme algún tanto vaco d'esta pasión que tanto me atierra para poder platicar contigo y altercar investigando algunas conclusiones de sciencia acerca de lo que te he visto estar afirmando. Pero esto dexado para cuando tengamos ocio, si el tiempo tanta oportunidad nos concediere, dime, que la buena ventura te acompañe, ¿quién os truxo aquí a ti y a Galterio, o cómo vino a vuestra noticia, o quién os informó qu'el amor de Cantaflua me atormentava? Porque según las razones que entrambos havéis hablado, a mi parecer estáis algo instrutos de mi mal.

MENEDEMO- ¡O providencia divina, mediante la cual todas las cosas del siglo mundano se rigen y gobiernan! ¡Y cuán fuera de seso está nuestro amo! ¡O cómo la flaca composición de aquella muger le robó la libertad! En verdad, ningún acuerdo tiene consigo, y a lo que creo su salud recobrarse es imposible. ¡Haviéndonos él llamado y haviéndonos dicho que por descansar nos quería dar alguna parte de la cuita que tanto le atormentava, y haviendo en nuestra presencia relatado todo su proceso, dízenos ahora que quién nos

truxo aquí, y que quién nos ha dicho qu'él tiene pena! ¡Sobre no haver cosa más pública en la ciudad!

BERINTHO- ¿No me respondes, Menedemo, a lo que tengo dicho? Que te oigo hablar entre dientes y no entiendo bien lo que dizes.

MENEDEMO- Respondido he, señor, salvo que hablo paso porque no me entiendan los moços que están a la puerta de la sala. Y pensava, señor, y aun lo tenía creído, que me entendías, y la distancia del lugar y tu imaginar en otras cosas han dado causa a que otra vez haya de recitar lo que ya havía dicho.

GALTERIO- Acércate más, Menedemo, porque hablando alto darás ocasión que estos negocios sean más públicos de lo que son.

BERINTHO- ¿Qué dizes, Galterio, que Dios te vala?

GALTERIO- Digo, señor, a Menedemo que se acerque un poco a la cama, porque es bien que estas cosas sean secretas y no vengan en noticia del vulgo.

SIMACO- Trasquílenme en consejo y no lo sepan en mi casa. Sobre que en todos cuantos corrillos de gentes hay en la ciudad no se habla en otra cosa, y hasta las moças en las fuentes no dizen ni entienden sino en cómo Berintho está loco por amores de Cantaflua, está ahora Galterio haziendo del ladrón fiel, con grandes disimulaciones haziéndole creer que aún su locura no se sabe ni está publicada, porque veáis en qué mundo bivimos.

BERINTHO- Mirad que parece que hablan. No venga [alguien] de fuera de casa.

GALTERIO- No son, señor, sino los moços y pages de casa, que están hablando en el corredor.

BERINTHO- Bien dize Galterio. Acércate más, Menedemo. Y aun ambos os podéis hincar de rodillas en el estrado que está delante la cama, porque oiga bien lo que dixéredes. Y aliende d'esto, quiero platicar con vosotros todas mis cosas, y la causa principal de tanta pasión, y en qué consiste el remedio de mi mal. Pero antes que procedamos adelante, con mucha instancia te encargo, Galtetio, me avises de quién podriemos ser certificados, o cómo sabes tú la voluntad de mi señora Cantaflua. Porque según poco antes te oí dezir, y aun con mucha atención lo afirmando, ha venido a lo que parece a su noticia alguna parte de la pena que, sin me dexar descansar un punto, de cada día aumentando sus assechanças tanto procura en acrecentar mi tormento.

GALTERIO- ¡Qué memoria tiene el diablo! Siempre lo oí afirmar, y ahora lo tengo por más cierto, que no hay hombre tan loco que no se acuerde de las cosas que más le empecen, sobre que ha tres horas que dixe Cantaflua tener su misma pasión, y ya no tenía cosa más olvidada, torna agora al redeo rastro a preguntar, inquiriendo que de dónde supe yo que a noticia de Cantaflua havía venido su pena, buscando polecías de hablar para escusalla con toda diligencia de otra tal locura como la suya.

BERINTHO- Yo estoy tan amortiguado, Menedemo, que de todo quanto Galterio ha razonado cosa no he podido comprehender. ¿Qué es, así gozes, lo que ha dicho?

MENEDEMO- Aún hasta agora, señor, no ha dicho ni explicado cosa. Pero él lo dirá.



BERINTHO- ¿Qué? ¿Aún no has replicado, Galterio? Yo jurara que te había oído estar hablando, aunque no había aprehendido la sentencia de tu razón. Pero pues yo estoy tal que se me antoja una cosa por otra, procede, y muy por estenso me asuelve el enigma del ñublo tan cerrado que así tiene opresas mis entrañas con la fuerza de su tan duro sello.

GALTERIO- Maravillado estoy, señor, de las tinieblas que así te ofuscan la lumbre del entendimiento, maravillado estoy de tu importunación y poco acuerdo. ¿No sabes que ante de ayer vino a te visitar Franquilla de parte de Cantaflua, y en presencia de Menedemo y mía te dixo grandes cosas? Especialmente te certificó de la voluntad de Cantaflua, y aun dixo con enojo que otras muchas vezes te había afirmado lo mismo. Y con grande eficacia públicamente redagüía tus cosas, diciendo que te ahogavas en poca agua, y que hervías sin fuego, y que siempre a su parecer le negavas lo cierto de tu voluntad afirmándole una cosa por otra. Finalmente diste mucho crédito a sus razones, y te dexó tan consolado que hasta hoy has estado siempre en mucho acuerdo. Y te prometió, y aun afirmándolo con juramento, que rescibiría mucha honra en esta jornada te sirvieses d'ella. Así que, señor, concluyendo, tu reme dio está cierto y no tienes por qué más recibir congoxa, principalmente con tan solícita mensajera como Franquilla. De manera que lo que deseavas saber, ya lo he dicho.

SIMACO- ¿Oyes, oyes, Aminthas?

AMINTHAS- ¿Qué me dizes?

SIMACO- Que está nuestro amo tan desacordado que, teniendo toda su esperanza y remedio en Franquilla, la familiar y criada de Cantaflua, ya no se acuerda de cosa, ni tiene memoria d'ella ni de lo que le ha dicho. A Séneca parece en la memoria, de quien se escribe que dozientos versos dichos por dozientos escolares *in continenti* los tornava a recitar, encomençando del postrero hasta el primero.

AMINTHAS- Escucha. Veamos en lo que están.

BERINTHO- ¡O inmenso y universal juez! ¿Qué es lo que me ha dicho Galterio, y con tanta eficacia que a mi parecer estoy por dalle algún crédito?

GALTERIO-¿Dar algún crédito dizes? Eso seré sobre un yerro otro inconveniente mayor. ¿No abasta que te cargues tanto de cuidados que se te olviden los remedios de tu salud, salvo que trayéndote a la memoria preparamentos convenientes a la enfermedad, para que recrees y rescibas medicina saludable, estás titubando y vacilando de tal manera que nos das a entender que de todo género de medicina y remedio saludable estás incapaz?

BERINTHO- Por mi vida, Galterio, que no te congoxes. Y déxame de mi spacio y a mi voluntad preguntar a Menedemo quién es esta Franquilla, que tan solícita mensajera la hazes para causar algún alivio a mis males.

SIMACO- ¿No oyes, no oyes, Aminthas? Sobre que de tres años a esta parte que ha que bivo con él me ha embiado mill vezes con mensajes en casa de Franquilla, y sobre que pocos son los días que ella no viene a le visitar, dize ahora que de su spacio quiere preguntar a Menedemo quién es esta Franquilla. ¡O maravilloso Dios, y cuán fuera está de sí! ¡O qué robado tiene el sentido! ¡O qué privado está de la lumbre interior, y cuán falto está de toda razón!

AMINTHAS- Cierto es lástima de un hombre que así, procurándolo él con sus propias manos, ha quesido enagenarse. Y en verdad que ninguno he visto yo tan apsonado de letargia que tan olvidado esté de sí mismo.

BERINTHO- ¿Has oído, Menedemo, esto que Galterio me ha estado relatando, y las maravillas grandes que me ha dicho? Por cierto, cosas nuevas son para mi. ¿No trabajarías, aunque fuese usando de algunos rodeos o aprovechándote de algunas reglas del arte memorativa, de manera que yo me certificase y tuviese alguna noticia d'esta Franquila, o quién es, o dónde mora, o cómo tiene tanta familiaridad con Cantaflua, o qué arte de muger es? Porque ya yo daría todo lo que tengo por conoscella.

MENEDEMO- ¿Estás burlando, señor, o dízelo de verdad, que no conoces a Franquila?

BERINTHO- ¿Y en tiempo estoy de burlar? No, por la omnipotencia de Dios, salvo que de verdad afirmo a mi parecer en mi vida haver oído dezir tal nombre de muger.

MENEDEMO- Mayor daño tiene Berintho que nunca pensé. En mucho tenía su mal, pero creía qu'el remedio estava en sus manos todas las horas qu'él quisiese. Pero al presente no lo culpo, no lo increpo de la manera que hasta aquí. Ninguna libertad tiene, del todo está ageno de sí. ¡O amor impervio! ¡O cruel! ¡O de ánimo duro! ¡Y cuántos males se han causado por ti!

BERINTHO- ¿No me respondes? ¿Qué dizes del amor, Menedemo?

MENEDEMO- Digo, señor, que nadie puede pensar cuánto la frecha del amor traspasa. Bien dixo el [Marón] mantuano en su [*Bucólica*] la fuerza que tenía, y llamóle duro y cruel.

BERINTHO- ¿Pues cómo? ¿Y esso viene de nuevo a tu noticia? Sobre que toda su vida te conozco andar rebolviendo tanta multitud de libros, y no hay estudio donde no has estado hablas ahora en la fuerza del amor tan miserablemente y como por semejas, ¡Por Dios, estamos buenos! ¿Y cómo no has oído del gran emperador africano, y por tal en el Senado de la gran [Cartago] tenido, que, después de sojuzgadas las Españas y pasadas las Alpes con ejército (que después del fuerte Hércules hasta él nadie lo hizo), y vencidas las batallas de Canas y Trasmene, y el animoso Lucio Scipión muerto y el cónsul Emilio Paulo, se detuvo en Capua y Pulla, compelido del amor de una pobre donzella? A cuya causa, sucediendo la diversidad de los tiempos, vido las cosas y sucesos bien contrarios de la gloria y fortuna primera. Y aquel rey [Masinisa], ¿no sabes que erró a la amistad de [Publio] Scipión por el amor de Sofonisba? Pues el nuestro godo Rodrigo, si los amores de la Cava truxeron a él y a su reino en total destrucción vuestros antecessores son buenos testigos. Y si el amor desordenado qu'el otro tuvo a Lucrecia se convirtió en perdición del padre, postrimero rey, díganlo las historias romanas. ¿Y quién asimismo fue causa de la muerte de Unas, y de tan gran yerro como en el que David incurrió, salvo ser compelido del amor de Bersabé? Y de aquí, sino que serié nunca acabar, te contara grandes sabios y poderosos reyes y otros señores de grandes estados que, compelidos de la fuerza de amor, sus personas y reinos pusieron en grandes devastaciones y estragos; y otras muchas señoras del linage femenino que ansimismo ciegas del amor cometieron grandes y crueles excesos, sin mirar

ni tener consideración a la illustre sangre de donde venían, ni a cuyas hijas ni mugeres eran.

AMINTHAS- ¿Has oído, Simaco, cómo nuestro amo aún está en su acuerdo para asignar causas de su desculpa? ¿Has visto cuán altamente y cuán en su juicio ha procurado de abogar en su pleito? ¡Loco, loco! Pero bien me parece que torna por sí. En verdad te digo que le oía con tanta atención como el ejército [lacedemónico] los versos del atheniense [Tirteo], y por mi consciencia que no quisiera tan presto cesara.

SIMACO- Escucha, escucha.

MENEDEMO- No dubdo, señor, en lo que has dicho, porque sin dubda es la misma verdad. Pero si te acuerdas, Publio Scipión, aquel que venció en batalla al Haníbal, de demasiada continencia usó en Carthago la Nueva con la hermosa donzella, esposa del enemigo príncipe de la [Celtiberia]; y aquel gran Alexandre, teniendo por prisionera a la muy extremada en hermosura muger de Darío, no la quiso ver; y muerta en su poder, assignando a los amigos la causa de su tan demasiado lloro, dixo que la fortuna no le había concedido que se mostrasse la virtud que en él había. Otros muchos exemplos muy resplandecientes d'esta tan famosa virtud [pudiera citar], pero para mi propósito estos abastan.

GALTERIO- No me satisfaze, Menedemo, cosa de lo que has dicho, porque esos señores que de tan sobrada continencia usaron no estavan tocados del amor; y así, teniendo libertad, usaron de la razón. Pero abaste que donde toca el amor ninguna cosa se le ampara, ni hay preservativo contra su dañada ponçoña, ni hay hierva de vallestero que asi prenda, ni fuego artificial tan agente. Y en verdad que en todo hablo de oídas, porque veas, Menedemo, si hoviera sido tocado de la tal pasión sí dixera maravillas en el caso.

MENEDEMO- Espantado me estoy d'este poderío tan grande que al amor se atribuye. Y por mi vida que quería me certificases más por estenso, instruyéndome en la cosa de que en el mundo más desseo tengo de estar [instruido].

GALTERIO- Ya te dixes, hermano, que hablava de oídas. Y «a buen entendedor..., etc.».

BERINTHO- ¿Que tanta voluntad tienes, Menedemo, de saber qué cosa es el amor, y las çoçobras y passiones que trae consigo?

MENEDEMO- En verdad que lo oyese con más atención qu'el Tarquino Prisco los tres libros de la prudente Sibilla.

BERINTHO- Pues que así quíes ser certificado de mi pasión, te digo como testigo de visto qu'el amor es una compostura de males dirigida contra el corazón; y una fuerça que fuerça las potencias de la libertad y franco alvedrio, ligando juntamente las fuerças y poder de la razón. Y es una delectación grande y suavíssima a los ojos, y demasiada fatiga al entendimiento; y un astuto taur que nos echa pieca sin que la sintamos; y un sello de azero muy fuerte que se imprime dentro en el alma; y un experto maestro de esgrima que se para a jugar con el nuevo discípulo; y un embaraço en que tropieça el que se siente más sabio; y un consentimiento de la voluntad forcada; y un ladrón dentro en vuestra propia casa del cual nadie se puede guardar; y un familiar y secreto enemigo de quien dizen que no

hay pestilencia tan dañosa para empecer. Y cierto, todo entendimiento tocado d'esta ravia se desencasa y trastueca, y se torna desemejable del que solía ser. ¡Y, O, qué dulce, O qué aplazible es su entrada, y qué clara y qué llana se representa a nuestro bivar! Pero si quisiéredes salir, ni verés medio, ni vado, ni señal de la puerta por donde entrastes. Y en los principios, ¡qué halaguero se muestra, cuántas caricias nos enseña, y con cuántas lisonjas y blandicias nos atrae! ¡Y de qué palabras tan dulces usa, y qué melodía tan delectable representa en la lengua, y de cuánta humanidad usa en la conversación! ¡Qué benévolo en el razonar, qué benigno en la manera del proceder! ¡De qué discreción usa en las sentencias, de qué elegancia en los vocablos, qué invenciones tan nuevas halla para dezir lo que quiere! ¡Qué autoridad representa en el gesto, y que misericordia enseña! ¡Y con cuánta dilección nos mira, fingendo que se huelga mucho! ¡Qué reverencia muestra en la persona, qué honestidad en todo su dezir! ¡Qué humilde se haze, y cuán igual de todos los que con él razonan! ¡Qué discreto, qué prudente en todo género de bien hablar, qué afable en sus sermones! ¡Y qué sabio se muestra discerniendo las cosas del tiempo en que estamos, y qué memoria en las cosas pasadas, qué providencia en los futuros casos! Y siempre dándonos a entender que toda su solicitud, y toda la diligencia de que usa, se convierte en nuestra utilidad y provecho, y aun a *prima lazie* os hará creer que en otra cosa no entiende salvo en lo que cumple a aquellos con quien conversa. Y d'esta manera, con tales modos, con tantos rodeos, con tanta astucia, con tan invisibles cautelas, ¿quién se le puede defender, quién se le ha de mamparar, quién se le puede esconder, quién puede huir de su vista? Porque una de sus principales potencias es en todo tiempo, en todo lugar, a todas personas, a todos estados y en cualquier sazón hallarse presente. Pero deque ya nuestro triste bivar, acompañado de toda miseria, con todo denuedo se ha determinado de amar, siguiendo sus halagos y lisonjas, ¡qué súbita mudança y cuán presta se vee en él, y con cuánta ligereza se muda de la apariencia primera con que acarrea el engaño fingido! ¡Y qué sobervio se haze en sus preguntas, qué desabrido en lo que ha de responder, qué presuntuoso está a los que le van a hablar! ¡Cuán airado se muestra en la vista, qué altivo en la conversación! ¡Qué enojoso a sus familiares, qué renzilloso a los más amigos, y qué brozno, qué turbieza en el gesto y cuán tibiamente responde a lo que le preguntan! ¡De qué desatinos está acompañado, y cómo quiere que le teman, y con cuánta veneración quiere que le traten y honren, y qué horrible tiene la vista! ¡Qué esquividad enseña consigo, qué súbitas alteraciones, qué mudanças, qué arrebatamiento en sus cosas, qué enojarse cada momento mil vezes, qué iniquidad en las palabras, qué desabrimiento en la lengua, qué furioso está de contino, qué ravia le sale del corazón, qué llamas de fuego echa por la boca, y con cuánta presteza enciende a los que más le siguen, y con cuánto ahinco sigue el camino más peligroso! ¡De cuántos antojos usa, de cuántas variedades se aprovecha, cuán ciega tiene la vista, y qué trémula la boz en hablar lo que nos cumple! ¡Qué turbio de entendimiento, qué ageno de razón, qué falto de consejo, qué pobre de juicio! ¡De qué sobresaltos está acompañado, qué miserable se nos haze muchas vezes, qué triste está y qué embaraçado se halla para hazer por los que más le siguen! ¡Qué amenazas, qué temores

enseña, y qué liviandad en su meneo, y qué poco reposo en la habla, qué tartamudear en la lengua, qué diversas maneras en su concluir y qué acompañado de cautelas! ¡Y de qué novedades usa, qué sutilezas, se halla y de qué invenciones tan no pensadas se aprovecha, y todo para en aumento de nuestra total destrucción! ¡Y de qué prisiones y de qué ligaduras nos carga, y qué géneros tiene y qué nueva manera de atormentar, y cuán dañada la voluntad en el executar su justicia! ¡Y cómo se trabaja en cada hora cient veces en representarnos la visión de la muerte! Pues su dureça de corazón, y de la crueldad de que usa, ¿quién abastaría, hermano mio, a te poder informar? ¡Y qué secutivo, y qué riguroso, y qué aspereza en la condición! Por cierto, ni aquellos dos Dionisios de Siracusa se le igualan; ni el malvado y celeroso Catelina, proditor de su patria, tan reprehendido del Cicerón en la invectiva que contra él escribió, menos se le compara. Ni la [sevicia de Nero), que mató a su misma madre, se puede traer en consecuencia; ni la del otro, Phalaris el tirano de [Agrigento], que buscava nuevas maneras para atormentar los hombres, de quien se escribe que al mismo amigo metió en el toro de metal ardiendo, menos con harta parte igualan a la crueldad del amor, tras quien nosotros con tan sana y entera voluntad caminamos. Pues ¿qué te parece, Menedemo? ¿Qué te parece, que te veo estar retorciendo? ¿A burla tenias primero el poderío del amor? ¿Qué me dizes, así te vala aquella señora que nació preservada de la culpa original causada en los primeros padres por la trasgresión del precepto prohibitivo?

MENEDEMO- ¿Qué quies que diga, señor, sino que me costa notoria la disculpa de los sabios varones que siguiendo el amor incurrieron en algunos torpes casos y feos hechos?

GALTERIO- No es poco, pues, a buena fe, estar tú contento. Pero el día se va, y hay necesidad que tornes a la primera plática de Franquila.

AMINTHAS- ¿Has oído, Simaco, a Berintho?

SIMACO- Veo que ha estado repitiendo en amores, y tan sutil y compendiosamente, que pienso que como está ciego habla el diablo por él.

BERINTHO- ¡O Galterio, cómo has hablado discretamente! Bien parece que te duele mi mal, pues tanta memoria tienes del remedio principal en que, a tu parescer, consiste toda mi buena ventura. Dime, dime, Menedemo, que Dios te vala, ¿quién es esta Franquila? Qu'el alma se me salte ya por sabello, y tengo creído, según lo que me havéis informado, que toda mi salud depende de la solicitud de esa muger.

MENEDEMO- ¿Cómo, señor? ¿No se te acuerda de la muger del mercader que bive cerca de Sant Roque en la calle enpedrada que, no tiene salida? Y su marido fue el que te truxo los énforros de los armiños y las pieças del carmesí. Y ella fue criada de Cantaflua, y de aquella criança siempre tiene en su casa mucha conversación.

BERINTHO- Algo parece que se me va acordando, pero semeja al pensamiento haver visto todas estas cosas en sueños. Pero procede, y podrá ser que cayese algún tanto en la cuenta. GAL.- ¡Guay si Cantaflua supiese la poca memoria que hay de su mensagera! Pues ¿qué? Si viniese a noticia de Franquila, ¡ay! digo yo, que andarían buenos los amores. Sobre que piensa ella que acá en otra cosa no se está imaginando, salvo en ella.

BERINTHO- ¿Qué dizes, Galterio, así gozes de lo que más des-seas?

GALTERIO- Está diciendo, señor, entre mi que seré gran inconveniente si acaso Franquila supiese la poca cuenta que se haze d'ella. ¿Y cómo no te acuerdas que la noche que hablaste a Cantaflua desde la calle lo concertó ella? Y aun abrió la ventana y estuvo primero que Cantaflua viniese hablando contigo un cuarto de hora.

BERINTHO- ¡Ya, ya, ya! ¿Que aquella tan familiar y tan grande amiga de Cantaflua se llama Franquila? ¡O inmensa deidad, y cuánto descanso me habéis dado en traerme a la memoria su nombre! Que ya yo estava desacordado de las cosas que de parte de Cantaflua me había dicho, y conosco claramente que mi salud depende de la voluntad y diligencia d'esa muger. ¡O Dios inmortal! Y si por algún infortunio o desastrado acaecimiento viniera a su noticia que no tenía noticia de su nombre, otra cosa no era necessaria para que mi espíritu desesperado abaxara a la casa de Plutón a visitar la Proserpina, çufriendo primero el desabrido recebimiento del varquero triste llamado Acherón. Y en acordarme de las cosas de Franquila, ¡O cuánto alivio sienten mis males! ¡O cuánto descanso sienten las tristes abrasadas entrañas! ¡O cuánta alegría se va derramando por mis venas! ¡O cuánto reposo siento de la agonía triste que poco antes me mataba! ¡O cómo se sosiega el corazón que tan atormentado estava de sospirar! ¡O cómo los espíritus vitales van recobrando nueva salud! ¡O cómo el fuego que me quemava se va amortiguando! ¡O cómo el dolor que tanto dolía se amansa! ¡O cómo la cuita que con grandes hervores crecía va perdiendo su fuerça! ¡O cómo las ansias tan dolorosas y tristes que de rato en rato hazién pedaços mis entrañas han dado descanso a su acucia! ¡O cómo las cadenas que tan preso me tenían se han afloxado! ¡O cómo los ojos que, como habéis visto, de continuo estavan hechos fuentes de lágrimas han cesado, a causa del alivio que sienten en las partes interiores donde los secretos de mi mal están encerrados!

SIMACO- ¿Has oído, Aminthas, la retórica de tu amo en acordarse del nombre de la criada? ¿Qué haré si se viesse con el ama?

AMINTHAS- ¿Mas parécete que sabré razonar si se viesse solo con Cantaflua?

SIMACO- ¡Sabré el diablo! Y aun pienso que dexadas las philosophías pondré el pleito a las manos. Pero estemos atentos, que habla Menedemo.

MENEDEMO- Nunca yo puse dubda en el remedio de tu salud, ni inconveniente que algo parezca se me ha antepuesto. Pero he temido el peligro de tu vida, creyendo que antes que llegase el consuelo haviés con tanto fatigarte de dar causa que lo que el pueblo pronostica se cumpliesse.

BERINTHO- ¿Cómo? ¿El vulgo tiene memoria de mi mal?

MENEDEMO- Todos a una voz dicen que no tienes por qué penar ni de qué te quejar de Cantaflua. Y aun afirman que te sería la vida apartarte d'estos amores y procurar de olvidar, pues tanta carga y tan gran fastidio traen consigo, y pues de tantas passiones vienen acompañados.

BERINTHO- ¿Qué es lo que me dizes?

MENEDEMO- Señor, lo que has oído.

BERINTHO- A mi muerte llaman vida

los de mal conocimiento,  
en no sentir lo que siento:

que mi mal va sin medida.  
Sin medida y sin compás  
crece mi mal y tormento,  
y procura el pensamiento  
la muerte siempre jamás.  
Y dicen que habrá guarida  
los de mal conocimiento,  
mas mi vida está perdida  
en sentir bien lo que siento:  
que mi mal va sin medida.

GALTERIO- ¿Qué te parece, Menedemo, si está Berintho conforme con la boz del pueblo? ¿Has comprendido bien la sentencia de aquella canción? Maravillado me estoy. ¿Y trobar sabe?

MENEDEMO- En verdad te digo, si hovieses visto las cosas que en prosa y en metro tiene compuestas te pondrían espanto.

GALTERIO- Cierto en esso, aunque ha cuatro años que le sirvo, como has visto, yo estava bien ignorante.

MENEDEMO- No me maravillo, porque si no es con algún grande amigo, no se comunica jamás. Y aunque al parecer todos, como ves, lo tienen por muy comunicable, tiene la conversación harto esquiva en cosas de inportancia.

BERINTHO- Estáis hablando, y tan paso que sentencia de lo que dezís en mi entendimiento no se concibe. Pero la plática veo tan en seso y tan de verdad, que querría gozar de vuestras razones, porque sin duda no tenía creído y estava engañado que tanto sabíades y haviades comunicado de las cosas del mundo. Pero otra cosa siento después que tan bivamente os he visto razonar en esto que al presente se nos ha ofrecido.

SIMACO- ¿Has oído, Aminthas, lo que dize Berintho?

AMINTHAS- ¡A buena fe, él está donoso! Sobre que los diablos son tan viejos qu'el uno tiene pelada la cabeça de andar representando farças y hecho sacristán, que no pienso hay iglesia en el obispado donde no ha servido; y sobre el otro haver sido toda su vida tabernero y hostelero y padre de la otra honrada gente, dízeles ahora, halagándolos, que no pensó que sabían tanto del mundo. ¿Vidose tal cosa jamás?

MENEDEMO- Estamos, señor, Galterio y yo altercando sobre algunas cosas de tu condición, y dezimos que al menos para con nosotros te declarases más. Porque bien abasta que Cantaflua y sus parientes se quexen de ti, diciendo que no te han podido entender, y que unas vezes mostraste desabrimiento, estando los negocios en tus manos; otras vezes deseas lo que es imposible, al menos a nuestro parecer, poderse cobrar. Así que, señor, esta es nuestra plática. Bien puedes satisfazernos porque a lo menos estemos más instrutos que hasta aquí.

GALTERIO- Espera esa respuesta. Verás, ahora se para a trobar.

BERINTHO- El triste, grave tormento  
del dolor bravo y esquivo  
causa en mi tal sentimiento  
que el humano entendimiento  
ya se espanta cómo bivo;

y porque nunca fenescas  
ni mengúe tan gran dolor,  
llamo, para que más crezca,  
*rosa fresca, rosa fresca,*  
*rosa fresca y con amor.*  
E así con tal descontento  
de verme bivo y arder,  
crecerá mi pensamiento,  
cobrando de nuevo aliento  
para mejor padecer.  
Y mis carnes en pedaços  
dirán qu'es mucha razón,  
pues con tales embaraços,  
*cuando yo os tuve en mis braços,*  
*non vos supe servir, non.*  
También el triste sentido  
se amortigua de tal suerte,  
en verse con tal olvido,  
de verse cual nadie [se] vido,  
que siempre llama la muerte.  
Y creciendo su porfía,  
aunque no tiene razón,  
os llamo, señora mía,  
*y ahora que os serviria*  
*non vos puedo yo haver, non.*

AMINTHAS- ¡Jesús, Jesús! Espantado estoy de Berintho. ¿No oyes, Simaco, lo que ha dicho? A su propósito ha glosado el romance de «Rosa fresca» de manera que ha satisfecho a sus consejeros de lo que desseavan saber.

SIMACO- Bien conocida tengo su intinción de las trobas que le he visto estar entre sí rimando. Y porque veas si estoy en lo cierto, él querría tener allí a Cantaflua.

AMINTHAS- ¡O ignorante!, ¿y en eso dubdas? Pues yo daría la capa y sayo de la librea por tenella a mi voluntad, aun fuesse poca distancia de tiempo, ¡cuánto más él que está de contino adorándola y contemplándola de noches y días con toda la imaginación, y teniendo medio arrancada el ánima de las carnes a su causa!

GALTERIO- Todavía te afirmo, hermano Menedemo, que no hay quien acabe de entender a este hombre. Y en verdad que me estoviesse toda mi vida sin comer ni dormir oyéndole.

BERINTHO- ¿Estás ahí, Menedemo?

MENEDEMO- ¿Cómo, señor? ¿Preguntas si estoy aquí? Has visto que desde la una -y son ya las seis- Galterio y yo estamos hincados de rodillas en el estrado y delante de ti, sin nos apartar ni te dexar un punto, que parece que estamos clavados o tomados con yeso, ¿y preguntas ahora si estoy aquí? ¿Y cómo no nos ves?

BERINTHO- En verdad que no's veía. Y no os maravilléis, porque aunque los ojos corporales tenga situados en vosotros, muchas veces con la



imaginación, y contemplando en mi señora y mirándola en idea con los ojos intelectuales que es la verdadera vista, essotros sentidos corporales, como de menor preminencia, como de menor dignidad, conociendo la fuerza interior como súbditos se inclinan, perdiendo sus ejercicios, dexando a las potencias más nobles gozar y exercer su operación. Y así refiere Estacio que aquel Demócrito, tan antiguo philosopho, buelto a la patria dio toda su hazienda a la república, y hízose sacar los ojos y apartóse a un huerto suyo por mejor poder contemplar en la sciencia. Y d'este escribe el Cicerón en el Libro Quinto de las *Cuestiones tusculanas* que se sacó los ojos por mejor poder contemplar los secretos de natura. Así que, a mi parecer, lo dicho me escusa algún tanto de la culpa y descuido de que poco antes de vos era increpado.

GALTERIO- No le respondas a eso, Menedemo, porque a mi ver no le faltan philosophías para hazernos creer que no está fuera de seso.

MENEDEMO- Bien dizes, pero déxame un poco con él. Veamos si hemos de concluir tanta importunidad, que de unas cosas en otras nos ha detenido seis horas, y en verdad que ya yo diese algo por verme fuera de' aquí.

GALTERIO- ¿Y cómo, y quiés concluir, y tanta congoxa tienes? Por cierto, pensé que te holgavas, a veces con tantos desvaríos, a veces hablando allá en vuestras gramáticas que vosotros os entendéis. Pero en verdad, si supiera lo que ahora sé, y tan por estenso de tu voluntad estoviera certificado, tres horas hoviera que ya no estoviéramos aquí.

MENEDEMO- Ahora, pues, quiero ver a cuánto se estiende tu sciencia, y lo que deprendiste en la casa de trato, y lo que te enseñaron Jorge Peligro y Terrón y Celada en el tiempo que tanta honra les hazías. Bien me entiendes: cuando eras padre en Lucena en el tiempo que todos esos y los demás -que ya estás al cabo- te obedecían y con un acatamiento paternal te llamaban padre.

SIMACO- Cual el padre, tales los hijos.

GALTERIO- En verdad que, pues estás de gana de chufas, que pocas veces lo verán en ti, quisiera estar allá fuera para satisfazer tu vóluntad bien por entero. Pero la oportunidad del tiempo no concede que a cosa te satisfaga, ni que a otras materias nos distraigamos. Por tanto, solamente quiero satisfazer tu primera y principal intención, que es ver concluida esta causa y ¡fuera de aquí!, y acabar ya con los desatinos d'este hombre.

MENEDEMO- Atento estoy. ¡Sus! ¡A la lucha!

BERINTHO- En verdad, que me maravillo cómo calláis.

AMINTHAS- A osadas, en hora mala.

BERINTHO- Y sería bien que en unos negocios o en otros comunicásedes siquiera por passar tiempo.

SIMACO- ¡En una intención estáis todos! Los otros están concertando de salirse huyendo, y que allá se abeng'a con su Cantaflua, ¡y él muy despacio y en seso les dize que hablen en algo por pasar tiempo!

AMINTHAS- Calla, déxallos. Veamos en lo que paran los trages.

GALTERIO- ¿Cómo, señor, nos dizes que pasemos tiempo en algo? ¿No miras que la corona del hijo de Latona ya no resplandece? Y también la octava espera en el sublunar mundo está dividiendo la luz de las tiñeblas, y

Vulturno con el aliento de la húmida noche anda corrusco, y serié bien entender en lo necessario y no estar atizando el fuego.

MENEDEMO- ¿Por astrologías me entras? ¿Y quién diablos te enseñó hablar d'esa manera? Mira, mira, ¿y esa es la conclusión que pones? A otra réplica como esa, nos amanece aquí.

GALTERIO- Escucha, escucha, no mofes tan de verdad hasta ver el fin que más se me entiende de lo que piensas.

BERINTHO- Prosigue, prosigue, Galterio, no te pares.

GALTERIO- Y pues es tan tarde sería mejor y cosa más conveniente, como ya dixes, entender en lo que haze al caso, que no estar enlazando de unos esclavones en otros y encendiendo la llama con materiales inquisitos porque no se amortigüe, y añadiendo esparto a la pleita con propósito de hazer la causa inmortal.

SIMACO- Dime, dime, Aminthas, ¿qué te parece cómo Galterio ha hurtado el aire a Berintho? Y se precia de hablar como los abogados lo acostumbran en los libelos. ¿Si lo aprendió en el hostel o en la casa de trato?

MENEDEMO- ¿No entiendes, Galterio, cómo está trumfbando Simaco allá a la puerta? ¿No dirás ahora que yo solo lo hago, y que yo solo so el que te tiene por jurista?

GALTERIO- Déxalo, que es un simple. Pero mira que me replica Berintho.

BERINTHO- No entiendo bien, Galterio, lo que dizes, porque [inculcas] unas razones con otras y por términos no acostumbrados. Pero, pues que así es y todavía quiés sallir con la barra adelante, ¿qué serié bueno al parecer de vosotros que se hiziese?

GALTERIO- No me puedes negar, si entiendes seguir este proceso, salvo que todo o la mayor parte del remedio consiste en tener contenta a Franquila.

BERINTHO- Eso los niños lo saben. ¡Si en todo acertases así!

GALTERIO- Pues que esto es cierto, escusada cosa es gastar tiempo en vano, y cosa demasiada es usar de más circumloquios salvo ir y traer a Franquila y habla con ella y dile que, todos anbags desechados y todo género de dilación apartada, le diga a Cantaflua tu voluntad. Y declárate con ella como si estuvieses a los pies del confessor, y dile tu pena y la fatiga en que estás, y el angustia que de nuevo más te apasiona, y dile en lo que consiste tu remedio. Y aun seria bien que entretanto que yo voy a líamalla escriviesses una carta, no prolixa mas compendiosa, en que espliques todo tu mal y el fuego que de continuo te abrasa. Y déveslo encarecer mucho, porque es cosa de que las mugeres huelgan, especialmente que no dirás tanto cuanto es. Y a lo que hoy te he oído (que en verdad antes de tus cosas no estava tan instruto) no tienes necesidad de consejo para hablar en caso de amores; antes me parece necesario otro monitor como el del Persio, que a su tiempo te diese del cobdo poniéndote alguna rienda y con tanto, de tu licencia yo voy a traer a Franquila, y sé que aunque sea medianoche vendrá.

AMINTHAS- Todavía, me paresce, quiere Galterio ser poeta. De verdad te juro, Simaco, que a lo que yo creo, seyendo mancebo deviera estudiar algún poco tiempo.

BERINTHO- ¿Qué? ¿Esso os paresce a vosotros?

MENEDEMO- No hay vía tan llana como la que Galterio ha demostrado.

BERINTHO- ¡O saludable consejo! ¡O saludable camino, por do pueden caminar mis males y angustias sin temor de ser salteadas de ningún tirano! ¡O suma bondad! ¡O incomprensible potencia! ¡O maravillas del alto Dios! ¡O soberana clemencia, y cómo en las mayores congoxas acorres a los atribulados! Pero consejo tan maravilloso no ha procedido de Galterio, pero sin dubda de la inmensa Trinidad fue guiado, y espíritu de profecía inspiró en él y, alumbrado de la divina justicia, con la primera frecha dio en el blanco. Y pues de bien en mejor van mis negocios, que yo lo veo, ya no tengo de qué temer, ni ya espero contraria fortuna. ¡Corre, corre, Galterio, no te detengas! Y tú, Menedemo, pues ya es noche enciende velas y llégame la mesa aquí a la cama, y dame papel y escrivania, y siguiendo el consejo del inspirado por espíritu prophético escribiré de mi espacio entretanto que Franquila viene.

AMINTHAS- ¡Gentil propheta se ha hallado! ¡Qué Daniel, qué David!

SIMACO- Calla, déxallo. Cada loco con su tema.

MENEDEMO- Todo, señor, está adereçado.

BERINTHO- Pues cierra esas puertas y haz que un page no se quite de ahí, porque si alguno de fuera de casa me viniere a visitar le digas cómo stoy durmiendo, o otra escusa semejante. Y a Dios vayas encomendado, y te tenga en su guarda, que gran descanso me queda con la sperança de la venida de Franquila.

*Cena segunda,  
en que se introduzen Menedemo, Galterio, Aminthas*

MENEDEMO- ¿Qué te parece, Galterio, de las cosas de Berintho? Que en verdad, cuanto yo, cuenta hago que me he librado hoy de las galeras de Camalí el renegado.

GALTERIO- Ya ves cuál está. Justa cosa es que en esta necesidad le sirvamos fielmente y con toda diligencia.

MENEDEMO- Del mismo voto soy, pero ¿qué ordenas de hazer al presente?

GALTERIO- ¿Qué? Que me voy a la despensa a cenar un bocado en pie de cualquier cosa que hallare a mano, y de ahí me voy a casa de Franquila con tanto ímpetu como el Tigre de que abaxa a regar los campos de Armenia la mayor.

MENEDEMO- Todavía me parece que te vas preciando de algunos nuevos modos de razonar y bien es que el que trata con el melcochero se le pegue algo. Pero site parece, acompañarte quiero esta jornada.

GALTERIO- No hay necesidad, porque mientras menos fuéremos será la cosa más secreta. Especialmente, que para lo que llevo concebido en el pensamiento me traerías estorvo.

MENEDEMO- ¿Qué es más, por mi vida, lo que llevas en pensamiento de hazer?

GALTERIO- Abaste que de lo que sucediere, de todo serás avisado.

MENEDEMO- No me satisfaze cosa de lo que dizes, ni menos cumplo con ell amor que te tengo, porque si alguna cosa en caso de armas te aconteciesse yo quedava quebrado por te haver dexado ir desacompañado en tal jornada.

GALTERIO- ¿En caso de armas me dizes? ¡Ahora, por mi fe, que estás en mi pensamiento! «A buey viejo», hermano, «no le busques abrigo». ¿Y no me has oído dezir muchas vezes que ha veinte y siete años que no m'he visto en cuistión ni he reñido con nadie, y no porque no se han ofrecido algunos casos? Pero con el buen seso, a la mía fe, me gobierno.

MENEDEMO- Maravillado estoy d'eso que me dizes, porque sin dubda yo te tenía por hombre algo amigo de vandos.

GALTERIO- ¡Hallado havéis el vandolero! En algunas partes, con todo esso, donde yo me entiendo muchas vezes acostumbro contar grandes hazañas, y como todos hazen, procuro siempre de loar mi partido. Y como dizen: «El viejo en su tierra y el moço en ell agena». Assí que, quando me hallo con mancebos de poca edad cuento cosas que me acaecieron aquí en la cibdad y procuro de dezir lo que me cumple, y como soy de alguna edad, danme crédito a lo que a mí me parece. Pues si acaso están allí algunos de más edad, fabrico otros cuentos de otras partes extrañas, y así passo. Pero también tengo aviso de aprovecharme de otras cosas, que están bien a los hombres que han seguido mi arte y manera de bivar, así como: traer la barba larga y el cabello trasquilado, y siempre la espada en la mano y con media vaina, y también nunca dexar un broquel de los sevillanos de la cinta; y

otras veces entender en cosas que están y parecen bien a los que han tenido el oficio y honra que yo, así como: intervenir en hazer amistades entre los hombres de siguida, y en pone-lles treguas deque las cosas no se pueden ligeramente concertar, y juzgar que pague el vino el que ganó algún punto de honra en las amistades; algunas veces, ir asimismo a rescatar algunas armas que les ha tomado la justicia y dar algunos dineros a las bueltas a los alguaziles porque aseguren el rufián y a su muger. Y d'esta manera, y con estas cosas, paréceles a algunos que yo soy aficionado a vandos como antes dezías; pero, la verdad hablando contigo, todavía procuro al tiempo de la cuestión y renzilla sallirme afuera y dexar a los bisoños, como los soldados dizen, en la [pelaza], y, como dizen: «Arrojar la piedra y esconder la mano», y esto lo más honestamente que puedo.

MENEDEMO- ¡Jesús! ¿Qué tal me dizes?

GALTERIO- Pues si. Y si así no lo hiziésemos los hombres que hemos tenido oficios no nos llamarían marcados, ni havrié diferencia entre nosotros y los nuevos rufianes que acá llamáis moçalvillos, que a cada palabra luego os desafían.

MENEDEMO- Todavía, Galterio, no quedo satisfecho de lo que me has dicho, si no me dizes una cosa de que aún me queda alguna dubda.

GALTERIO- Sí haré. Y por la encarnación del Verbo Divino lo juro, y por la Verónica, Santa de Jaén, te lo prometo.

MENEDEMO- Bien, abasta, y sin juramento te creyera. Pero, pues que así es, dime cómo es posible que, andando en tales pasos, en veinte y siete años que no se te hayan ofrecido algunas cuestiones. Porque aun a los que bivimos acá pacíficamente, muchas veces los enojos se nos levantan de entre los pies.

GALTERIO- La verdad es essa. Pero hay mill medios para que las cosas no vengán en quiebra; como, si alguno dize que quiere hablar con vos, dezille que bien y señalar el tiempo y el lugar; y por otra parte hazello saber de secreto a los amigos para que se metan en medio, y en fin viene todo en ir a visitar la tavernilla del Alcázar. Pero en la verdad el mejor remedio, y lo que yo algunas veces he hecho, es, el tiempo del reñir ya concertado, a los tales que presumen de muy gallicos echalles la justicia encima. Y otras formas háy;Je íue nos aprovechamos de cada una en su tiempo.

MENEDEMO- ¿Qué ¿Tal cosa hay en el mundo?

GALTERIO- Pues, ¿por qué piensas que traemos nosotros en la boca muchas veces «En Córdoba tembló la tierra», «Éntrome acá que llueve», «Tablagero del Herena», «La mar brama y el río suena», y otros mil refranes y chistes semejables a estos? ¿Creéis vosotros acá que hablamos palabra sin misterio? Engañados estáis.

MENEDEMO- Pues que el tiempo y plática que tenemos entre las manos lo ha ofrecido, con mucha eficacia te ruego, Galteno, me digas qué oficios has tenido, porque a lo que te veo apuntar te aprovechan para tener alguna premínencia entre esotra gente.

GALTERIO- Yo he sido prioste de juego de esgrima, y en Sant Lúcar de Barrameda serví un hostel por el mismo señor de la casa, y en Carmona tuve casa de trato. Y en algunas partes -como ya te es notorio- he sido padre, y aun yo te aseguro que no se halle que justicia prendiese muger que una vez

me entregase a mí su marido. Y con estas cosas gané la fama que ves que tengo, y tantos amigos que a medio repiquete de campana se juntarían trecientos compañeros, y todos en verdad hombres de bien.

MENEDEMO- Satisfecho estoy de la dubda que primero tenía. Pero con todo eso te encargo, hermano, me digas de la manera que te entiendes haver con Franquila. Y desseo mucho sabello por ver tus astucias.

GALTERIO- No te quiero negar punto de la verdad. Sabe que yo entiendo requerilla de amores, y de lo que sucediere te haré cierto.

MENEDEMO- Bien me parece. Pero mira que Franquila es moça y de buen gesto, y rica, y aunque su marido ha un año que fue con mercaderías a Flandes cada día lo está esperando, a lo que ella dize. Todos estos inconvenientes, especialmente ser muger honesta y muy hermosa, me parescen rezios para de fãcile consentir en tu voluntad; quanto más, que aún hay otros que me callo harto más dificultosos. Míralo bien.

GALTERIO- ¿Quiés que te diga? Poco se aventura, pues no es esta la primera vez que hombre pierde la vergüença. ¿Y hay sino arrojar una pellada de barro a la pared? Y si pegare, bien, si no, también.

MENEDEMO- No estás en lo cierto, ni es esa buena cuenta. Eso fuera, si de presente la salud de nuestro amo y nuestra no dependiera de la voluntad y diligencia de Franquila. Y si por aventura se enoja de tus razones podría ser qu la perdiésemos, y faltando ella no veo yo camino tan saludable, por do sin peligro de mil géneros de asechança pudiésemos caminar.

GALTERIO- Bien has hecho en avisarme. Pero yo, como perro vie jo, lo entiendo soldar todo, y al tiempo el consejo. Y Dios quedes, hermano, que ya ha más de una hora qu Diana comunicando su noble lumbre está tendida, influyendo su curso sobre todas las cosas criadas.

AMINTHAS- ¿No me dirías, Menedemo, a quién imita Galterio e tan alto estilo de hablar? Por los ángeles santos de Dios, a milagro lo tengo.

MENEDEMO- Déxalo, qu'él se entiende. A Dios vayas encomendado hermano.

GALTERIO- Quedad vosotros en paz.

MENEDEMO- ¿No te dexé, Aminthas, arriba a la puerta de la sala

AMINTHAS- Sí, pero ya es noche y pienso que no vendrá nadie Y también, rogué a Simaco que entretanto que yo abaxa va no dexase la puerta, por si acaso llamase Berintho.

MENEDEMO- ¡O cómo lo dexaste bien proveído! E pues que así es, vamos y cenemos, que a Galterio ni a Franquila no le espero acá d'estas tres horas. Pero a tu parecer, ¿qui quedaba haziendo Berintho?

AMINTHAS- Algunas vezes he estado atento, por ver lo que dezía, y parecíame que hablava alto y también de rato en rato murmurava. Otras vezes recitava canciones, y tan nueva que nunca en mi vida las he oído a mi parescer. Otras vezes se maldezía. También escribía, y algunas vezes hazía pedaços lo que primero había escrito. Y cierto, a mi pa recer grandes confusiones padisce consigo, grande perplexidad lo tiene abraçado, gran mal es el suyo, fuert tormento es el que tan mal lo trata. Temeroso estoy d su vida, y aun tengo muy dubdoso su remedio. Quiera Dios todas las cosas sucedan y se conviertan en bien, plega a la Divina Magestad que d'estos

amores no veamo algunos tristes fines y algunos infortunios y desastrados casos.

MENEDEMO- En todo has dicho muy bien y discretamente, hermano Aminthas, y como cuerdo mancebo. Pero tanto siento en este caso que cosa no oso dezir. Y plega a la fuente del bien verdadero, como dizes, que no sucedan algunos desastres, que sin dubda por mar bien peligroso navegamos. Pero la mesa está puesta, y la familia toda nos está esperando. Cenemos, y tomemos el tiempo como viniere.

*Cena tercera,  
en que se introduzen Galterio y Franquila y Menedemo*

GALTERIO- Cerca estoy de casa de Franquila, y con oportuno tiempo, pues ninguno de la vezindad parece. Y aun aliende d'esto pienso, o la vista con las tinieblas de la noche me engaña, que es ella la que está a la ventana. ¡Ella es, por la casa santa de Hierusalem! Pero quiérome acercar paso a paso, porque si me conosce, luego sin hazer tumulto abaxará a abrir la puerta, que ella es sabia y experta en todo género de negociación; y luego concibirá de mi venida la demasiada necesidad que hay de su remedio, principalmente que ya ella sabe cuán enemigo soy de andar con las tiñeblas de la noche. ¡Por los corporales santos de Daroca! O yo me engaño, o me haze señas con la mano que me llegue a la ventana, y a mi ver me ha conocido.

FRANQUILA- Hombre honrado, ¿qué bueno queréis en nuestra vezindad?

GALTERIO- Bien deve vuestra beldad tener concebido que visitar agenos varrios a tal hora que no es sin gran necesidad.

FRANQUILA- ¡Santa María, Santa María señora! ¿Y Galterio sois? Espera, espera, espera. Entra, Galterio hermano, sin que des golpe a la puerta, porque no tenemos necesidad de dar cuenta a nadie.

GALTERIO- Buenas palabras son estas para poner en execución mi propósito.

FRANQUILA- Asíentate, Galterio, y tu venida sea con tanta prosperidad y tan en buena hora como fue la del Furio [Camilo] a los romanos cuando, elegido dictador, alcado su destierro, vino a remediar el Capitolio.

GALTERIO- En cada parte me parece que cuezen havas y de tratar estotra modorra con Berintho también me está philosophando, y los otros nescios de mis compañeros burlan de mí.

FRANQUILA- ¿Qué has dicho entre dientes, por tu vida, Galterio? Que siempre burlas de los mal vestidos.

GALTERIO- Lo que digo, señora y todo mi bien: que tu graciosa persona me perdone la visita en hora no acostumbrada. Pero la subjeción, de su misma natura temerosa, dio causa que me tengas por mal criado. En lo demás, también me maravillé de verte rezitar hazañas antiguas.

FRANQUILA- También me parece, que tu te precias más que hasta aquí, usando de algunas elegancias en el hablar y aliende d'esto, no solías hablar comigo con la desemboltura y de la manera que esta noche has razonado. E cierto, no sé a qué lo atribuya, pero en verdad te digo que estoy algo escandalizada de tu venida. Por tanto, hermano, sin usar de otros rodeos te encargo, y en ello rescibiré señalada gracia, me digas qué es lo que quiés, o qué hay de nuevo.

GALTERIO- Como el conoscimiento y conversación haya ido creciendo entre nosotros, así mi voluntad de cada día se ha ido inclinando a desear que sucediesen algunos negocios en que te pudiese, señora, servir, y como esto aún no se haya ofrecido, y de la abundancia del corazón hable la boca, no es de maravilliar, ni debes, señora, recibir pena por verme con más criança que



hasta aquí. En lo demás que desees saber, te certifico que la salud y vida y muerte de Berintho está en tus manos, y confiando tan ardua negociación de mí muy en secreto me encomendó que, si quies velle bivo, sin poner dilación en cosa vayas a visitalle. Que no menos tiene esperanza en tí que los ciudadanos de Utica en la salud del Porcio Catón, aquel a quien todos llaman immortal. Y no debes escusarte, pues sabes que las cosas de tu honra, él y todos nosotros las tenemos por propias.

FRANQUILA- ¡Al diablo este rufiaño! Y todavía tengo creído que sin dubda le pasa alguna liviandad por la fantasía.

GALTERIO- No me parece, Franquila, que me replicas a mi embaxada, ni que a cosa me satisfazes. Y de lo que más me siento es en ver que estás murmurando de mis razones. ¡O madre del redemptor del linage humano, y qué desdichado soy! Donde pongo la voluntad con toda atención y firmeza, ahí se me convierten todas las cosas en oprobio; y donde con mayor eficacia pienso servir, ahí soy menospreciado. Bien dizen que a la fortuna contraria no hay casa enhiesta. ¡O qué rezia y qué fuerte ventura fue la mía!

FRANQUILA- Por la fe en que creo, no me engañava. ¡Jesús, Jesús, y cuán claro me lo ha dicho con su poca vergüença! ¿Pero espérase d'ese otra cosa? ¡Vellaco, desuellacaras! Que no traen otra cosa por oficio, ni otro acostamiento llevan de esos señores salvo çufrillos y favorecellos en sus vellaquerías. Pero a osadas que o yo me engaño o él dará otra badajada por donde dé con la carga en el suelo.

GALTERIO- Franquila, señora, en las cosas de mi señor Berintho, no me parece que respondes nada.

FRANQUILA- Amigo Galterio, tengo este su negocio por tan mío, y tengo tanto cuidado de su pena, y tengo tan a cargo todas las cosas que a Berintho tocan, que, la verdad hablando, no hay cosa en esta vida que tanto dessee ni de que tanto descansase, como en que ya su pensamiento toviese algún reposo y sus tan demasiadas pasiones recibiesen algún alivio. Pero como estos negocios sean de tan mala digestión, y de sí mismos sean tan enojosos por venir con su mismo deleite, acompañada la torpeza que del mismo hecho resulta, no se pueden concluir tan fácilmente, que primero no se traguen algunas çoçobras y aun hartos desabrimientos. ¡Ay Galterio, Galterio, y cómo nadie traga los tales bocados sin que a las bueltas vaya el arzónique! Pero como está nuestra voluntad tan pronta a todo daño, tan aparejada a todo mal, siguiendo el apetito de presente y el deleite que tan en breve pasa, no se trabaja en mirar los futuros inconvenientes, ni procura de buscar el camino más apartado de varrancos, cuando más descuidado pensamos estar, y con más reposo, y más arredrados de pasión, se nos enciende entre las manos el propio fuego de nuestra perdición, como muchas vezes le aconteze a la gallina que escarvando encuentra el guchillo con que la degúellan. E esto, ¿de dónde piensas que procede? De estar ya tan cargados de los vicios que mediante la concupiciencia han hecho tal impresión en nosotros; aprovándolo nuestra misma voluntad y prestando de tal manera consentimiento, que casi ya, de la tan assidua habitación en el mal y convertida en otra naturaleza, no podemos hazer ál salvo seguir el camino más peligroso, tan rezios como en el tiempo del estío va la strella crinita, a la cual los griegos llaman cometa. Y que otro inconveniente

mayor, si te piensas, te contaré. Que cuando ya tan predestinados estamos, y tan pertinaces en el mal, començamos a seguir la malvada gentílica seta, diciendo que la fortuna nos ha traído en tanta miseria y nos ha causado tantas persecuciones. Y los tales, no pienses que en tal sazón te confesarán que hay libre alvedrio, ni que cosa de lo pasado ha estado en su mano, ni menos el remedio en los casos futuros. Mucho pudiera, Galterio, dezirte de aquí, pero porque el tiempo no lo compadece ceso. Y en lo que me importunas de la salud de Berintho, ¿qué puedo hazer otra cosa, salvo dexar mis propios negocios y con toda diligencia, toda pereza desechada, ir contigo; y con tal voto y juramento de no partir mano de la causa hasta ver el fin y, como dizen, el cabo al ovillo?

GALTERIO- Señora Franquila, ¡y cuán altamente has razonado! En verdad, y por Nuestra Señora del Pilar de Çaragoça, te juro que oía con tanta atención que me pesó mucho cuando a tan dulce sermón pusiste fin. En lo demás, de los negocios de Berintho, ya tengo su negocio por cierto, pues te veo tan encargada de su cuidado. Y sin dubda, hasta aquí yo tenía por bien pesada y por de mala natura esta negociación; pero ya, la verdad hablando, en estar tú en medio no espero en cosa mala nueva, ni temo que ya cosa adversa nos pueda suceder, o yo me engaño con el demasiado amor que, señora, te tengo.

FRANQUILA- Todo lo remedie la Virgen que de solo consentimiento concibió del espíritu santo. Y esto dexado, te ruego, Galterio, me digas qué es la causa, o qué has visto en mí, porque te has atrevido, perdiéndome el velo de la vergüença, hablándome algunas deshonestidades, dándome a entender por buenas palabras que me tienes por tal muger como son las cantoneras a quien vosotros llamáis enamoradas, con quien tú te precias siempre de conversar. Y, por mi vida, si me enojo que no te halles bien d'ello.

GALTERIO- Señora Franquila, vuestra sobrada beldad y demasiada gracia han dado ocasión a que en mi pensamiento se concibiesse tener voluntad de serviros. En lo demás, bien cierto es que en la ciudad yo no converso salvo con mugeres de bien, y aunque tengan algunos amigos que les ¡cumplan sus necesidades y parezca que biven de aquello, no por esso dexan de estar en mucha honra, ni aun piensan ellas que han decaído punto de quien son.

FRANQUILA- Y aun ahí está el mal. Pero en lo demás que dizes no te quiero responder, salvo que en paz te ruego, Galterio, te vayas de mi casa y me dexes, que quien a un hombre de tal arte viere aquí y a tal hora, mira lo que dirá. Y luego, Galterio, te ve, que me vo encendiendo en enojo considerando las desvergüenças que te has dexado dezir. ¡Jesús, Jesús! ¡Bien me dezían a mí las cosas d'este hombre!

GALTERIO- ¡O reniego de los que habitan en la profundidad del Erebo, y despecho del enemigo mortal de la humana natura! ¿Y hombre de qué arte soy yo, o qué desvergüenças he dicho? Asíentate, asíentate, señora Franquila, y mira las cosas con razón. ¿Y cómo no sabes que todo el pueblo me tiene a mí por hombre de bien? Y siempre he vivido en alguna manera y honra, y he tenido cargos y oficios como muchos en la ciudad al presente biven, y nunca he hurtado ni tomado a nadie lo suyo.

FRANQUILA- Aún no serás para tanto, según yo he oído.

GALTERIO- Habla alto, señora Franquila, porque a cada cosa te quiero satisfacer. Y si no estás bien informada de mi vida, es bien que en todo estés avisada, porque otro día sepas de la manera que hablas.

FRANQUILA- Lo que digo es que ¿qué diablos de oficios has tenido? Y también, por concluir contigo, digo que no hay necesidad de saber tus cosas, salvo que sin poner más dilación te vayas de mi casa.

GALTERIO- ¿Cómo, señora Franquila? ¿De nuevas os hazéis que no sabéis que yo haya tenido oficios?

FRANQUILA- Mira, mira, mira. ¿Y si llama oficio a que cuando vino a esta ciudad anduvo por porquerón de Juan de Murga el alguazil muchos días? ¿O si llama oficio a cuando bivió con el alcaide de la cárcel? ¡Gentil cosa, por mi fe, para loarse d'ella!

GALTERIO- ¿Pues no te parece que hay al presente en la ciudad muchos valientes hombres que sostienen harta honra de esa manera?

FRANQUILA- ¡A osadas y qué negra honra! ¡Cual sea tu vida cual es lo que dizes, y los oficios que has tenido!

GALTERIO- Todavía me parece que estás enojada. ¿Qué dizes?

FRANQUILA- Que en todo caso te querría ya ver fuera de mi casa, y ten cuanta honra quisieres, pero un rurrú anda por esa ciudad de ti. No sé de qué: tú lo sabrás.

GALTERIO- Al cabo estoy. Pero eso público es, y nunca lo niego a nadie. ¿Es otra cosa salvo que, seyendo mancebo y hijo de vezino en Ecija, me afrentó la justicia? Mas si otra cosa supieras, bao, como dizen en Córdoba. Por eso digo yo «De la mejor reniego», como el que arava con los lobos, ¿Que con eso pensavas correrme? ¿Qué hiziera si fueran otras afrentas mayores?

FRANQUILA- Y estos diablos, al açotar creo que llaman afrentar, buscando maneras de hablar hermoçando las palabras.

GALTERIO- ¿Pues sabes otras injurias que me echas en plaça? ¡Hideputa, y quién fuera muy vergonçoso!

FRANQUILA- Lo que te ruego, Galterio, por amor del cordero sin manzilla, es que te vayas de mi casa.

GALTERIO- Ahora que está blanda es tiempo de usar de mis fieros.

FRANQUILA- ¿Pues qué me respondes, Galterio hermano?

GALTERIO- ¿Ir dizes, o qué? ¿Y embióme acá Berintho por guillote? ¡Reniego de las que tengo en la cara! ¡Y de Dios no me despido, y si me enojas si no hago que cient pasadas al derredor de tu casa tiemble la tierra!

FRANQUILA- ¡Ay cuitada de mí! ¿Cuál diablo me metió en mi casa a este vellaco? Y pues así es, quiero cobrirme y ir a visitar a Berintho, y este trance pasado, yo remediaré lo que más cumple.

GALTERIO- ¿Pues acuerdas todavía que arrebatadamente tu vezindad de impreviso a tu causa peresca, y que Galterio pierda la tierra? ¿Qué me respondes?

FRANQUILA- Que determino de ir a ver lo que Berintho quiere, solamente por te complazer.

GALTERIO- Ese es el mejor consejo y el más llano camino, porque quien a Galterio enoja no le cumple bivar en el mundo.

FRANQUILA- ¡Y cuán furioso se está el vellaco rufián! En verdad que tengo creído que ya hubiera cometido algún desastrado caso, si no le hubiera ablandado con palabras.

GALTERIO- Pues no sabrá hombre en qué ley vive.

FRANQUILA- Adereçada estoy. Bien puedes andar, hermano, cuando mandares.

GALTERIO- Primero quiero, señora, te asientes un poco, porque te veo más sin pasión. Y será bien que estés atenta, y sepas de quién te puedes servir y conoscias quién es Galteno.

FRANQUILA- A çufrir havremos sus blasonerías. Algo querrá contar d'estos sus negros oficios.

GALTERIO- Mucho te veo estar susurrando, Franquila, y en verdad que ganarías más en complazerme.

FRANQUILA- ¡Qué negras ganancias son estas!

GALTERIO- ¿No me respondes, señora Franquila? ¡O qué dura eres de cozer!

FRANQUILA- Assentada estoy. Di lo que quisieres.

GALTERIO- ¡O qué gran merced! ¡O qué gran maravilla! ¡O qué oportunidad de tiempo para efectuar mi propósito!

FRANQUILA- Mal me parece, Galterio, lo que hazes. ¿Y cómo no te abastava la descortesia en asentarte junto comigo, sino que ahora ya me estás maltratando? ¡O por la pasión de Dios! ¿Y no miras que me echas a perder? ¿Y no miras quién soy? ¿Y no miras el peligro en que me pones? Pero pues así quiés, çufrete un poco, que parece bueitre encima de la carne.

GALTERIO- ¡Bueno estaría yo si te dexase entrar en juego! Oílda, verés, y esperalda un poco, y aun eso es lo que yo he aprendido.

FRANQUILA- ¿Qué dizes, Galterio?

GALTERIO- Digo, señora, que pues tengo conosciada la buena voluntad que me tienes no tengo ya por qué recibir congoxa.

FRANQUILA- ¡A propósito, Fray Jarro! ¡Mejor el diablo te ayude que en ello aciertas!

GALTERIO- Pues, señora de mi vida, ¿estáis ya con el enojo que antes?

FRANQUILA- ¡O desventurada de mí, y cómo me has amenguada! ¡O cómo quedo deshonorada! ¡O cómo no osaré parecer donde gentes haya! ¿Y no te bastara si querías burlar un rato, salvo que todas las cosas has querido léevar por los cabos? De cierto que estos tus juegos son tan pesados que ya querría verte fuera de mi casa, y aun en cabo del mundo, antes que sofrirte tanta importunidad.

GALTERIO- Descanso y alegría de mis cuidados, ya, ya cessen vuestras tan desabridas respuestas, y cuando quisieres vamos en casa de Berintho.

FRANQUILA- Ahora qu'el rufiaño ha hecho todo lo que ha querido, y aun me dexa muerta, no vee la hora de irse. El mejor y el peor, todos lo tienen: pasado el primer deleite, se querían ver dozientas leguas de ahí. Por esso es enemiga de si mesma quien cosa haze por ellos. Mirá lo que ha dicho y tened confiança: no hay dubda -esto todas lo conosciemos- que el que mucho ama y el que poco amor tiene, después que han tenido a su voluntad lo que desseavan, todos se siguen por una cuenta.

GALTERIO- Pues, descanso mío, ¿qué quiés que hagamos? Que antes el hijo de Latona dexará su lumbre acostumbrada que yo dexé de seguir tu voluntad.

FRANQUILA- Essas poesías y essas circunferencias en el hablar déxalas a los que están a la contina encima los libros, y esto es lo que me parece. En lo demás, antes que nos vamos puedes hazer colación, y cata aquí unas costras de poncil. Pero has de perdonar que no hay vino, porque como yo no lo bevo, ni lo veo ni lo tengo en casa salvo cuando está mi marido en la ciudad.

GALTERIO- ¿Que no hay vino? ¡O pecadores de los muertos! Ahora digo que no hay cosa buena. Pero todo lo haze, en llegando a casa, procurar de rehazer la chaça de aquel torrontés de Martos; y, como dizen: «A río buelto...,etc.»

FRANQUILA- Y espérate un poco, que aún no son las diez.

GALTERIO- ¿Y eso me dizes como si no te entendiese? Y creo que piensa la bagasa que so yo de los que piensan nunca verse hartos d'esta su vianda. Pues ándese tras mí, que a buena fe una vez en el mes me abasta tanto cuanto la mar.

FRANQUILA- Déxate de estar murmurando, y dime: ¿qué es esto que traes colgando del pescueço? ¿Es sogá de ahorcado?

GALTERIO- ¡Qué palabras tiene la noble! A otro perro con ese hueso. Ya lo digo yo, que algunos de mis compañeros cumplieran mejor esta jornada.

FRANQUILA- ¿Qué? ¿No has de responder a lo que te pregunto?

GALTERIO- ¿Qué tengo de responder, pues burlas de las sanctas reliquias que traigo en esa caixa de plata que ves?

FRANQUILA- ¿Y plata es esta? A la fe, [plomo] me parece a mí, y aun no de lo bueno.

GALTERIO- Así es, porque por exemplo de humildad dizen que tienen más virtud las cosas santas traídas en metal baxo.

FRANQUILA- Para esso en hierro las traidrías bien. Pero por tu vida me digas qué reliquias o qué devociones son.

GALTERIO- A perro viejo no tus tus. ¡Qué gana tiene la huéspedá de manteles! ¿Y éntrame por santidades? Pero quiero hazer con ella del bovo. Son, señora, el salmo de «Quicumque vult», y los nombres del Hijo de Dios, y la Nómina del deán de Córdoba.

FRANQUILA- ¿Es essa una nómina que dize que el que la truxere, ni morirá en fuego ni en agua, y que sabrá el día de su muerte?

GALTERIO- ¡Por la encarnación de Christo, como si la hoviesse visto!

FRANQUILA- ¿Pues quiés que te cuente en el mesmo caso un cuento?

GALTERIO- Holgaré de oille.

FRANQUILA- Has de saber que en el Puerto de Santa María ivan a ahorcar un hombre. Y, estando al pie de la horca y muy acompañado de la justicia, dixo a un fraile que le estava esforçando a bien morir: «Padre, sacadme de la manga izquierda del jubón unas devociones que traigo, y léemelas». El fraile lo hizo, con propósito de aduzille a más devoción, y cuando acabó de leer «El que esta oración truxere no morirá en fuego ni en

agua, y sabrá el día de su muerte», dixo el pobre de hombre: «¡Pese a tal, y qué verdadera havéis vos sallido!»

GALTERIO- Pues no burles, señora Franquila, que en verdad yo se las presté a Benito Melonero, y nunca mientras las truxo le hirieron, aunque muchas vezes riñó; y el mesmo día que me las tomó le cortaron la pierna de la manera que ves.

FRANQUILA- Y yo ¿de dónde le he visto, o dónde le conosco, o quién diablo es ese Benito Melonero?

GALTERIO- ¡Por las reliquias santas de Sant Juan de Letrán, que jurara que estábamos en Cabra, en la posada de Pedro Agugetero!

FRANQUILA- ¿Pues no abasta tener el pensamiento en Cabra? ¿Para qué estás metiendo las manos ahí? ¡Y vávalo el diablo, y todas las piernas me ha descubierto! ¡Guay, guay! ¿Que de todas essas cosas tienes necesidad? ¡Al fraile que demanda para el convento me quiere parecer!

GALTERIO- Ya, señora, no tendrás por qué me llamar importuno.  
FRANQUILA- Por tu vida te estés un poco, que me huelgo mucho de tu conversación.

GALTERIO- ¿De essas eres, hermana? ¿Que también eres redomada como yo? ¡Pues al freír lo verás! Con todo esso veo en términos a la señora que, si no se me hiziesse de vergüenza por ser la primera vez, le pediría para un par de calças. Pero el tiempo es largo.

FRANQUILA- ¿Qué estás diziendo, señor mío? Que me dexas muerta, y aun una buena palabra no veo de ti.

GALTERIO- ¿Qué? ¿Hay necesidad de palabras? En grandes afrentas, señora, me prueba, y conocerás el hombre que tienes.

FRANQUILA- ¡O pecadora de mí, que ya se tiene por mi rufián! ¡Donosa estoy! En mi pensamiento está. Pues yo le aseguro que se le torne el sueño del perro. ¡Mira, mira, vávalo toda la perdición del mundo! Pero con todo esso, tengo necesidad con gentiles maneras de echallo de mi casa. Y lo pasado, pasado, y, como dizen: «Vaya con Dios, que un pan me lleva».

GALTERIO- Pues, ¿qué acuerdas, Franquila?

FRANQUILA- ¿No miras que tengo ya cubierto el manto?

GALTERIO- Bien lo veo.

FRANQUILA- Pues, ¡sus! Vamos, que las diez deven ser.

GALTERIO- Bien será que vamos por detrás de la Casa de la Moneda por ir más encubiertos.

FRANQUILA- Anda delante y guía por do quisieres, que en verdad hago cuenta que esta noche me he nascido.

GALTERIO- A la puerta estamos de nuestra posada. Y entra, señora, que abierta está, que yo lo dexé así proveído.

FRANQUILA- ¿Y dónde está al presente Berintho?

GALTERIO- Sube, que encima de la torre, en la cuadra que está encima de la calle está aposentado, y la puerta de la sala está abierta. Solo me parece lo han dexado. Entra, que fuera me quiero quedar, y reposaré algún rato entretanto que vosotros os dais un papo de algaravía y gastáis algún tanto de almazén.

FRANQUILA- Pues yo me entro. Quédate a Dios.

GALTERIO- ¿Qué haces, hermano Menedemo? Parece que te estás durmiendo.

MENEDEMO- ¡O váleme la vera cruz de Caravaca! ¿Y tú eres? En verdad que tres horas ha que me ando paseando por los corredores esperando tu venida; y ya algo fatigado, y aun teniendo por cierto que esta noche no hemos de pegar los ojos, me arrimé aquí por reposar algún poco. Y de cierto, me puedes creer que me huelgo tanto de verte como si hoviera dos años que no te hoviera visto. Y tan deseada era de mí tu venida como era del gran Alexandre la respuesta del dios Amón, al tiempo que fue a se informar y saber sus sucesos. Por tanto, con toda eficacia te encargo me digas qué has negociado, y cómo te has tardado tanto.

GALTERIO- Hermano, a lo principal a que fui, ya ves cuán bien despachado lo traigo. En lo demás, no se puede perder, que hecha queda de mi señal.

MENEDEMO- ¡No es possible!

GALTERIO- Por el cuerpo de Santo Ilifonso que está en Çamora te lo juro. Y aún más, te certifico que está tan satisfecha de mí, a lo que parece, que quisiera me quedara allá toda esta noche.

MENEDEMO- ¡Donosa tienes la ceja! ¿Que eso traes creído? Ahora digo que la tengo por más marcada que a ti. Pero dexado esto, dime cómo no vino.

GALTERIO- ¿Y de verdad lo dizes? ¿Luego no la viste entrar en la sala?

MENEDEMO- No, por el apóstol Santiago. ¿Y cómo? ¿Dentro está? Pues no es razón de perder tiempo, ni de dexar solo a Berintho, siquiera por aprender algo. Especialmente que todos los de casa están a la puerta de la sala, y parece mal en tal sazón estar hombre apartado.

GALTERIO- Bien dizes. Y pues así es, entra delante.

*Cena cuarta,*  
*en que se introduzen Menedemo, Galterio, Franquila, Aminthas, Simaco,*  
*Berintho*

MENEDEMO- ¿No miras, no miras, Galterio? Cata aquí a Franquila a los pies de la cama. ¡Por el crucifixo de Burgos, aún no ha hablado a Berintho!

GALTERIO- Señora Franquila, ¿qué empacho es este agora de nuevo, o qué manera de negociar tan no acostumbrada? Y no ves que la libertad y vida de Berintho, y todo el remedio y consuelo de nosotros, está en tus manos? ¿Qué esquivizas son estas, como si en toda tu vida no nos hovieses visto?

FRANQUILA- No penséis que me hago de nuevas ni extraña desta casa, ni tanpoco cuidés que procuro dilatar el remedio. Pero en entrando vi que Berintho estava hablando a bozes consigo -y ha dicho tantos desatinos que no lo podriades pensar-, y porque con mi vista tan inopinada no fuesse de un extremo a otro con el amor que me tiene, y la súbita mudança fuese causa de algún inconveniente desastrado, tove por mejor esperarme un poco que no con mi entrada improvisa poner en condición su salud.

MENEDEMO- ¡O cómo nos has satisfecho, y con cuánta astucia has proveído lo que nadie pudiera pensar! Pero ¿qué te parece que hagamos?

FRANQUILA- ¿Qué? Que le dexemos, specialmente hasta que acabe de devanear.

GALTERIO- ¿No oyes, no oyes, Menedemo, lo que dize?

MENEDEMO- Ea, escuchemos.

BERINTHO- Cuando sus fuerças Saturno

contra mí mucho infundía  
y el de los doze Vulturno,  
con Caligo muy noturno,  
en mi alma se influía,  
con cuitas muy desiguales,  
con tormenta, no bonança,  
iva con ansias mortales  
*caminando, por mis males,*  
*alongado d'esperança.*  
Mas la llaga tan secreta  
de vos, que hiere y no mata,  
y la llama tan perfeta  
de vos, mi dama discreta,  
nunca se apaga ni amata.  
Y así, estará sin mudança  
hasta que acabe de arderme,  
çufriendo vuestra vengança  
*sin ninguna confiança*  
*de quien pudo socorrerme.*  
E así, mi cuita mayor  
del mundo, y no otra tamaña,



se abrasa con el hervor  
que sale del gran claror  
de la beldad tan extraña.  
Y no pudiendo valerme,  
rompidas ya mis entrañas,  
ni mirando en detenerme,  
*determiné de perderme  
solo por unas montañas,*  
do sin dubda el mal que paso  
es mil vezes más que escrivo.  
Y en mirar tan triste caso,  
tantas vezes me traspaso  
qu'es espanto cómo bivo.  
Mas mis angustias tamañas  
me hazen estar muy quedo,  
notando tales hazañas  
*donde vi bestias extrañas,  
heras de quien hove miedo.*  
Y mirando el fuego atal  
de daño atan bullicioso,  
dixe: «Dama sin igual,  
quítad la cuita mortal  
y a mis ansias dad reposo».  
Y con un semblante ledo,  
sin sentir alteración,  
[no temí] mi perdición,  
*esforçando con denuedo  
de mi desesperación.*  
Ageno así mi sentido  
del mal qu'en veros sintí,  
de vuestra beldad vencido,  
del disfavor afligido  
ni buelve ni torna en sí.  
Pero en aquesta sazón  
miro por ver qué harían,  
y alexada la razón  
*fuime a ellas de rendón  
por ver si me matarían.*  
Creciendo tanta pasión,  
creciendo el poco sosiego,  
no temí tal ocasión,  
contemplando en la visión  
que me abrasa con tal fuego  
que las brutas lo sintían.  
Y viendo tan triste suerte  
mi cuita mucho plañían,  
y unas a otras dezian:  
*«Ninguna le dé la muerte».*

«Y su vida con gran pena»,  
dizién, «sostendrá, pues ama.  
Y el amor que lo condena  
con dolor que así lo agena,  
lo abrasará con su llama.  
Y pues viene tan inerte,  
más aquí no se detenga,  
ni su mal no se despierte:  
*que su pena es muy más fuerte  
que ninguna que le venga».*

GALTERIO- Todavía afirmo, Menedemo, que dexare de comer por oír a Berintho, aunque más digan todos qu'está loco.

MENEDEMO- No hay dubda, sino que todos los que le oyen se maravillan.

FRANQUILA- ¿Y no te parece que tienen razón? ¿A quién en el mundo vistes vosotros hablar ni trobar por tan alto y limado estilo? ¿Y adónde se hallará su abundancia de vocablos, y su manera en lo que quiere proponer, y la facundia que tiene en la lengua? Hermanos, hermanos, ¡y cómo le tenéis mal conocido!

SIMACO- Pues estad atentos, que todavía prosigue.

BERINTHO- Así que ved la porfía  
que por vos tan mal me trata;  
y ved la cruda agonía  
y el dolor que solo un día  
nunca su cuita desata;  
y ved el triste bramido  
de las brutas que no mengua,  
clamando con gran sentido:  
*«Dexadle muera a la luenga,  
que de amor viene herido».*

El coraçon tal sintiendo  
por medio se quiebra y parte;  
y en bivas llamas ardiendo  
vi mi alma, y tan tremiendo  
casi ya del cuerpo aparte.  
Y dizién: «Pues es venido,  
y tantos males sostiene,  
ageno viene y vencido  
*pues que así tan aborrido  
hazia nosotras se viene.*

«Y cierto, el impervio amor  
el cuerpo y alma le prende,  
y alexando su favor  
le atormenta, y tal dolor  
que su flama bien lo enciende.  
Mas porque su mal no niegue,  
pues es tan malo, dañoso,  
ni tanta llama nos pegue,

huigamos antes que llegue  
su fuego tan peligroso». Pero mirando que un hora  
mi mal no afloxa y crecía,  
dixe: «Mirad, mi señora,  
mi vida que así os adora  
ya casi se consumía». Y así de angustia pensoso,  
cuando fui tornando en mí,  
con gesto muy temeroso  
*yo les dixé con reposo  
cuando tal temor les vi:*

«¿Qué [aprovecha] la huida  
al corazón lastimado,  
pues que la propia guarida  
es buscar muerte, no vida,  
al triste de amor llagado?  
Y pues nadie os daña aquí,  
antes penáis menos fuerte,  
dezidme -que me ardo en mí-:  
*¿para qué huis así  
de hombre de tan triste suerte?*  
«Y esperad que vos gozáis  
porque descanse algún tanto,  
pues sin dubda, como véis,  
a mi alma vos ponéis  
cuita terrible y espanto.  
Y porque mi mal concierto  
reposad, que hayáis ventura». Esto afirmava tan fuerte  
*y queriendo allí la muerte  
y también la sepultura.*  
Así, con ansias mortales  
cubierto, triste, de duelo,  
crecieron tanto mis males  
y eran tan grandes, y tales  
que no recibíen consuelo.  
Mas en vuestra hermosura  
cativo cuando miré,  
contemplando en tal figura  
*dixeles yo con mesura  
esta canción que os diré.*

FRANQUILA- Cuanto, que si en todo toviese tanto concierto como en esto que troba, ¿en el mundo havrié hombre más concertado? Por mi consciencia, no pensé que tan gran poeta era Berintho.

SIMACO- ¿Que no?

FRANQUILA- No, a la fe, hermano.

MENEDEMO- Encúbrelo él mucho toda su vida, pero gran manera tiene en el metrificar y en el dezir lo que quiere.

FRANQUILA- ¿Y en el arte de la oratoria parécete que se queda atrás?

MENEDEMO- Muy mejor escribe en prosa que en metro. ¡Santo Dios, pero oigamos lo que dize!

BERINTHO- Pues mi fuego desigual

arde y crece tan sin calma,

¡O mayor del mundo mal,

O fuego fiero infernal

que abrasa el cuerpo y el alma!

y pues mi flaca ventura

fenece, que bien lo sé,

en la tierra triste, dura:

muy crudo, por vuestra fe,

*hagádesme, hagádesme.*

*Monumento de amores he.*

Porqu'el mal que no se alexa

consume así mi bivar

con dolor que no me dexa,

ante con cuitas aquexa

las ansias del mi morir;

esto, ya muy trasportada

mi alma, y sin atención,

les dixo, ya traspasada,

*así como fue acabada*

*mi triste lamentación.*

Y quedé tan sin concierto

de ver mi mal todo junto,

con daño tal y tan cierto,

que estando el sentido muerto

no le da reposo un punto.

Y dixé con gran dolor:

«Ya de aquí vos no huigáis,

ni menos tengáis temor;

*mas, pues que sabéis de amor,*

*dezid con qué os remediáis.*

«¿Y de qué sentís consuelo,

agenas con tal olvido?

Porque, según yo me duelo,

no pienso debaxo el cielo

tal daño nadie así vido.

Y dezi lo que pensáis,

pues tenéis lo tal sentido,

y el descanso que tomáis

*quando en el lugar que amáis*

*vuestro amor no es recebido».*

Responden: «Tu pensamiento

de dolor jamás no faltó,  
con osado atrevimiento,  
agenó el [conoscimiento],  
amando en lugar tan alto.  
Mas, pues que tiene valer  
más que todas las que son,  
sey contento en padecer,  
*pues conselo quieres ver  
con quien no tiene razón».*  
Así que, según barrunto  
de la beldad el nivel,  
mi alma de todo punto  
y el sentido ya defunto  
mueren de ravia cruel.  
Y así, con tanta pasión  
me partí de tal contienda,  
quebrantado el corazón,  
*viendo que en su relación  
no podía haver emienda.*  
Penando así el alma mía  
sin ver qué diga ni a quién,  
la esperança se desvía  
y fieramente plañía  
en verme sin vos, mi bien.  
Y no haviendo quien defienda  
mis lloros tan lamentables,  
por huir de quien me entienda  
*abaxé por una senda  
a unos valles muy süaves*

donde contino se halla  
la pena puesta en hervor,  
donde la razón se calla,  
donde la cruda batalla  
mata, y la fuerza de amor;  
do mis llantos espantables,  
mis ansias ya muy cansadas,  
vieron cosas inefables;  
*donde vi cantar las aves,  
de amores apasionadas.*  
Allí mis tristes sentidos  
formavan su triste canto,  
y mis ansias, con aullidos,  
con ronos, graves gemidos  
al mundo ponién espanto.  
Y las aves, muy turbadas,  
cantavan sus versecicos  
afligidas, mal tratadas,

*sus cabeças inclinadas  
y los rostros tristezicos.  
Y con disforme sonido  
dizién las fieras sin calma:  
«Mejor fuera no haver sido,  
que estar en llamas ardido  
tu cuerpo, y perdida el alma».  
Esto mayores y chicos  
cantavan con gran clamor  
las [calandrias, xirguericos,]  
*donde vi los [paxaricos]*  
*en los lazos del amor.**

Cuando hove así bien oído,  
dama de todas más bella,  
que mi mal era entendido  
de las brutas y sentido,  
doblóse mi gran querella.  
Y viendo ya mi favor  
ageno en otro lugar,  
con ansia, con disfavor  
*membréme de mi dolor*  
*y quise desesperar.*

FRANQUILA- ¡O sumo y omnipotente Dios! ¡Y quién pudiesse de su'bito restituir este hombre en su primer ser, y en la libertad que antes tenía! ¡Y quién le pudiesse descargar de tanto cuidado, porque estando desocupado de tantas congoxas no havrié en el mundo otro pasatiempo salvo conversar con él!

SIMACO- Engañados estáis todos. Y si él estoviesse en su seso ¿havié de comunicar con vosotros? ¡Bien librado estaría! Ni menos cuidáis que le oiríades cosa d'esas que a vuestros oídos son tan delectables, ¿y queréislo ver? En el tiempo que lo tuvistes por cuerdo, ¿oíadesle esas cosas de que al presente tanto os estáis holgando? No, por cierto: que allá en su estudio se retraía y comunicava con algunos hombres de sciencia, y aun yo sé que no se pagava de todos. Y vosotros, ¿por qué calláis? ¿No es esta la verdad?

MENEDEMO- No hay dubda, Simaco está en lo cierto.

GALTERIO- No sé nada, no juzgo salvo lo de presente, y, como dizen, «El buen día, mételo en tu casa», ni menos curo de tantas especulaciones, y oílde, que por su proceso adelante torna, y oxalá no cesase de aquí a mañana en la noche.

BERINTHO- Y el mal que en esto sintí  
con cosa jamás se dora,  
porque desde cuando os vi  
un punto no estove en mi,  
antes con vos, mi señora.  
Y con llanto y sospirar  
lleguéme junto con ellas

sin cosa les preguntar;  
*mas escuché su cantar*  
*por ver si podría entendellas.*  
Las cuales de rato en rato  
gimién de verme morir,  
y dezién: «¡O amor ingrato,  
dale descanso algún rato,  
no lo quieras consumir!»  
Y así, llorando cabe ellas  
estove cierto afligido,  
y en los llantos tristes d'ellas  
*viles sembrar mill querellas*  
*que de amor [havién] cogido.*  
Así que, ved el halago  
del amor con tal gobierno,  
y mirad mi mal y estrago,  
y dezieme: yo, ¿qué hago,  
que me abraso en tal infierno?  
Y clamé con gran gemido:  
«¡O forma hecha de lodo!  
¡O quién nunca hoviera sido!»  
*cuando vi así tan cundido*  
*el poder de amor en todo.*  
Mas vista la ceguedad  
que a los humanos aflige,  
luego vi la vanidad  
de la humana enfermedad  
qu'el nuestro siglo persigue;  
y mirando bien del todo  
tan flaca composición,  
dexéla de todo en todo  
*y tomé de allí tal modo*  
*de tomar consolación,*  
quedando alegre y tan ledo  
del mal que bien se desvía,  
mi pensamiento muy quedo,  
tan contento que bien puedo  
librarme de tal porfia.  
Y roguéles que cantasen  
con su canto maravillas,  
diziéndoles qu'esperasen;  
*porque ellas no sospechasen*  
*que quena más de ojilas.*

Así que, ved lo que passa,  
y ved mi vida tan mustia,  
y ved que no tiene tasa  
el dolor que me traspasa

con fiera mortal angustia.  
Y a las tristes paxarillas  
les dixe la tal canción:  
*«cantad, todas avezillas,  
las que hazéis triste son:  
discantará mi pasión».*

MENEDEMO- Paréceme que ha dado fin, porque ya le veo estar hablando en otras cosas entre sí, y a lo que parece no son versos.

AMINTHAS- Por cierto, muy altamente ha glosado el romance que dize «Caminando por mis males», y en verdad que diera yo ahora el jubón de carmesí de que antes de ayer me hizo merced por tener un traslado de aquella. glosa.

FRANQUILA- Y hermano Aminthas, ¡qué tan atento has estado! Yo dixera qu'estabas como moxca muerta.

AMINTHAS- ¿Atento dizes? Juro por la vida de mi padre que tengo bien en la memoria toda la letra del romance, y vosotros ya veis cómo cada día lo tango en mi descante. Y por ver si estaba en su acuerdo, con sobrada atención y sin hablar, como havéis visto, he estado oyéndole, y por el juramento que tengo hecho, cosa más concertada nunca se vido en el mundo, ni pie de todo el romance dexó por glosar. Mía fe, hombre que aún tiene tan gran memoria, dezi lo que vosotros quisiéredes, pero no tiene parte en cosa de locura, y dado caso -y en ello no dubdo, antes lo tengo por fe- que los amores de Cantaflua mucho le duelan. Pero entretanto qu'él tiene memoria, no hay que esperar mala nueva, como yo he oído dezir muchas veces al doctor de la medicina que bive junto al caño quebrado.

GALTERIO- ¿Qué te parece, Franquilla, si el mochacho sabe volver por el amo? ¡Bien haya quien a los suyos parece! No tengáis, verés parientes en la corte.

FRANQUILA- Siempre he oído dezir -y no en verdad porque está delante- que Aminthas es cuerdo mancebo y de buen juicio.

MENEDEMO- En lo que ha dicho podéis comprehender alguna parte de su habilidad. Pero Berintho está ya reposado, y ninguna cosa habla. Bien será que pásame adelante.

BERINTHO- Aminthas, ¿estás ahí?

AMINTHAS- Señor, desde que anocheció estoy guardando la puerta de la sala.

BERINTHO- ¡O la madre sin manzilla te haga bienaventurado! ¡Y con cuánta diligencia sientes mi mal, y con cuánta solicitud me acompañas! Pero dime, que gozes y no veas dolor de las cosas que más quieres, Galterio mi amigo, ¿qué se ha hecho, o dónde está?

AMINTHAS- ¿Qué, señor? Ahora llega de acompañar a Franquilla, y entrambos entran por la sala adelante -y aun sin pedir licencia, teniéndose por muy privados.

BERINTHO- ¡O qué gran bien! ¡O qué inmensa gloria! ¡O qué gozo tan demasiado! ¿Y que así es possible tan sin pensar encaminarse mis cosas?

FRANQUILA- ¡O señor! ¿Y qué desmayos son estos tan grandes, qué querellas tan nuevas? Que parece que ninguna memoria tienes de tu salud, ni de cuántos avisos te he dado de tres años o más a esta parte que ha que



ventilamos este proceso. ¿Por qué te quejas así? ¿Qué desastre, ni qué desventura te puede venir que enpeça a tan saludable consejo como el tuyo? ¿Qué tormenta te puede tomar, contra la cual la rezia galera de tu entendimiento no se [rija] como en tiempo oportuno y próspero, y qué calma te puede sobrevenir, aunque sea en medio del golfo de León, que contra los remos de tus sobradas astucias estorve el camino que tú quisieres seguir? ¡O váleme la señora de la coronada, y qué desatinada me tienes! Por cierto pensase, estando tú de mi parte contra la misma fortuna, que contra aquel de los siete de Grecia tan odiosa se mostró, disputar de la misma manera qu'él, y con la osadía qu'el Arístides ateniense, capitán principal, la menospreció: de quien se escribe que tovo en tan poco las cosas del siglo que cuando murió aún no tenía bienes para lo poder llevar solamente hasta la sepultura. Torna, torna en ti, y no te tengan por de tan flaco ánimo, y mira qu'es grande oprobio que digan que la compostura delicada de una flaca muger te atierra. ¡Jesús, Jesús, y qué mal exemplo! Y que harié más un hombre idiota, y que harié más el falto de esperienciá y de todo consejo.

MENEDEMO- No prosigas adelante, que parece Berintho estar en disposición que, aunque hasta la mañana razones, no te bolverá respuesta. Cesa, cesa un poco, que bien le has dado materia de hablar, y abasta al sabio metello en el camino.

GALTERIO- ¿Qué os parece, hermanos, de Franquilla?

SIMACO- Embaçado estoy.

AMINTHAS- Siempre he oído dezir que es esta una sabia muger, pero al presente por evangelio lo tengo por las cosas que he oído dezir.

BERINTHO- ¡O amiga mía Franquilla y verdadera hermana! ¿Y cuándo te pagaré, o con qué te podré satisfazer tan gran merced como con tu venida he recebido? En verdad, que la que hizo el gran Alexandre al ateniense Phoción no se le iguala; ni la que hizo el Catón a los cibdadanos de Utica, de quien tan llenos están los historiales, por cuya causa cobró de renombre uticense, menos con harta parte se le compara a la de ti al presente recibida.

FRANQUILA- A esto y a más me obliga tu merescimiento, y pues esta es debda muy conocida no quiero más en esto altercar. Pero ¿por qué no me respondes a lo que digo del demasiado sentimiento que muestras en esto que al presente se ocurre?

BERINTHO- [Ya, ya]. Por el sepulcro santo en qu'el hijo de Dios fue sepultado, que se me havia ido de la memoria, y señalada gracia he recebido en havérmelo reduzido al acuerdo. Y a lo que, hermana, dizes, digo por satisfazerme que consideradas bien tus palabras, llamas desmayo a la misma muerte a la cual, de la primera causa desde el principio de la creación del grande universo, está concedida facultad de poco a poco consumir las criaturas del linage humano. Y por la fe que devo a Cantaflua te afirmo que esta que ya he dicho, que tiene el cargo de poner fin a nuestro bivar, continuamente está sobre mí, procurando con toda astucia de poner término a mi vida. Y porque siente que d'ello recibo descanso, indignada de verme tener sus fuerças en poco, cuando ya me tiene en el postrimero hilo torna tan presto con un sutil artificio a devanar mi vida que me reduce a tal estado, y todo en un instanti, que me parece que soy algún espíritu incorpóreo, los cuales son tan agenos de corrupción que por permisión del gran fabricador

de los géneros de las causas fueron criados agenos de muerte y con aliento y duración perpetua. Pero no pienses que en ningún tiempo ni término d'estos que digo, se me aparta de la memoria a Cantaflua, porque está bien cierta que mediante la tal recordación está fundada esta tan nueva delegada jurisdicción, que sobre mi cuerpo y sentidos está exercitando. Y no pienses que d'estos circuitos usa conmigo una o dos veces al día, pero mill veces en cada una hora. Y estando apartado ya casi de la vida, no cuides que un punto solo el fuego ya en mí tan raigado se apaga; ni pienses qu'el mal viejo, que tan sin calma continuamente está tendiendo sus velas por el mar de mi triste esperanza, pone reposo a su tan temerosa tormenta; ni los tan ansiosos suspiros, que así están desecando con tanto ímpetu las alas al corazón, haziendo que casi del todo pierdan su tan acucioso exercicio, menos me causan siquiera de rato en rato esperanza de futura felicidad. ¡O Dios, Dios! ¡Y cuán incomparables son tus altos secretos, y cuán de inmensa maravilla es tu omnipotente bondad! ¡Y cómo incesantemente por tus divinales líneas nos mueves y atraes a ti, pues para aquel fin y intinción fuimos criados! ¡Y cómo nosotros, siguiendo la vía contraria y el camino más peligroso a nuestra verdadera salud, sin mirar ni considerar la futura vida -que es la que ha de durar en el siglo de los siglos-, navegamos a velas tendidas sin temor de contraria fortuna por las ondas horribles de los más crudos peligros, que son el de Caribdin y Cilla, aquellos de los expertos pilotos y sabios mareantes tan temidos! Esto te he dicho, hermana y más que hermana mía, como si estoviesse a los pies del guardián de Sanct Francisco para me escusar en algo; pero ahora que he satisfecho a lo que con tanta voluntad deseavas de ser informada, puedes tú y todos los del mundo juzgar lo que os plazerá, y siquiera me tengáis por loco o cuerdo. Pero en verdad, no me queda dentro más de lo que he dicho.

MENEDEMO- ¿Qué te parece, Franquila? Y vosotros, hermanos, ¿qué dezís? ¿Hay en el mundo quien con tanta abundancia ni facundia razone?

GALTERIO- Tan espantado estoy de olíle y tan demudado como el que ha hollado la culebra los pies descalços.

FRANQUILA- ¡O quién nunca se partiesse de su conversación! Y si no estoviera tan instruta de la verdad de la futura vida y de la universal resurrección que esperamos, dixera que no quería más esperanza de gloria ni otra delectación de entendimiento. Pero cesado ha, bien será que le replique.

SIMACO- Sea en breve, señora Franquila, porque me parece que está en disposición de reposar algún rato. Que ya ha tres días y tres noches que ni ha cerrado los ojos ni la boca.

FRANQUILA- A tiempo oportuno hablaste, y tarde es. Bien será concluir este processo, y estad atentos. ¡O señor Benntho, y cuán altamente has razonado concluyendo en tu principal presupuesto! ¡O cuán bien has explicado tu intinción! ¡O qué manera tan no pensada has tenido en el proceder! Por cierto, si aquel Marco Quintiliano de nuestra nasción, y el otro Demóstenes tan extimado en Athenas, y el gran Cicerón tan adelantado en dignidades de la Roma república fueran vivos, conociendo la ventaja tan a la clara te antepusieran en el primado en todo género de orar. Y en verdad te prometo que si como son las dos después de las doze anoheciera ahora, seis horas me estoviera aquí. Pero ya, señor, muy bien tengo por estenso

entendida tu voluntad, y la certidumbre de tu mal, y de dónde procede: al presente hay necesidad que brevemente, porque como digo es muy tarde, hablemos en el remedio. Y de la manera que has hecho lo uno, me certifica de lo otro, mandándome en qué quíes al presente y en qué mandas que yo entienda, o qué quíes que yo diga o haga. Porque las cosas de mis propios intereses dexadas, como ya otras muchas vezes te he prometido, y aun con juramento afirmado, no partiré manos ni me distraeré a otras cosas, hasta ver la certinidad de esto en que al presente estamos.

BERINTHO- Aquel señor que de todas las cosas es principio y fin te lo agradezca, y aquella madre y socorro del linage humano te dé la paga de tan gran merced como al presente me hazes. ¿Qué te parece, Menedemo? ¿Qué hay que temer? ¿Qué otra cosa más próspera se puede desear? ¿Qué más bienaventurado suceso pudiera de presente acaecer? Por cierto, la gloria del Quinto Metello con harta parte no llegava a la mía, aquel de quien se escribe que de toda la gentilidad antigua fue el más bienaventurado, y del que todos refieren no haver jamás visto en toda su vida cosa contraria a su felicidad. ¿Y qué pensáis todos? ¿Hay algún hombre a la sazón en el siglo mundano tan acompañado de contentamiento? No, por cierto.

MENEDEMO- Bien se nos trasluce a todos ser essa la verdad, porque, como dizen, harto es de ciego quien no vee por tela de cedaço. Pero para que Franquila se despida, que es ya muy tarde, dale la carta que tienes escripta, y aliende d'esto mira si de alguna cosa la has de informar. Y nosotros nos sallimos, porque será bien que entre ti y Franquila passen essas cosas.

BERINTHO- ¡O cómo has hablado tan sabiamente! Pues andad, hermanos, con Dios, que algunas cosas me restan de comunicar con Franquila, y aun no de menor importancia qu'el remedio de la propia vida.

FRANQUILA- ¡Otros duelos tenemos! ¿Y por ahí m'entras?

BERINTHO- ¿Qué dixiste, amiga Franquila? Que en verdad no pude comprehender tu razón.

FRANQUILA- Dixe, señor, que si en la carta va tu voluntad bien por estenso no hay mucha necesidad, si te parece, que gastemos más tiempo en esto, y la carta ya la tengo en mis manos. En lo demás yo cumpliré según la sazón lo requiera, como ya otras vezes lo he hecho; especialmente que al presente se ha ofrecido la mejor oportunidad del mundo, porque anteyer fue Cantaflua con ciertas mugeres de su casa a tener novenas a Señora Sancta Isabel, que es una ermita muy devota cerca de las huertas, y lugar bien solitario y muy ageno de conversación de gente para la poder compensar.

BERINTHO- ¡O madre del señor de la natura! ¿Y tan grande oportunidad tenemos, y tanta prosperidad se acerca? Bien dizen qu'el bien o el mal, primero que vengan dan algunas señales. Y pues que assí es, hermana Franquila, lo que has de negociar es traerme respuesta de la carta, y con esto estaré tan ufano como el príncipe Staturo, primer presidente de Siria y reino de Judea. Y no te quiero más enojar, pues hazerte nuevos ofrecimientos scusado es, pues mi persona y estado y toda mi casa están a lo que quisieres ordenar. Pero será muy bien que todos esos moços vayan contigo y te acompañen, porque vayas a tu honra.

FRANQUILA- Del hecho resultará mi solicitud y diligencia. Y remitiéndome a la obra tengo, señor, en mucho la voluntad y aun las mercedes que de cada día me hazes. En lo demás, Aminthas solo irá conmigo, y así lo manda, porque es muchacho y aunque alguno nos vea no echará mientes en cosa, lo cual seríe al contrario si me viesen ir muy acompañada.

BERINTHO- En todo se siga tu voluntad. ¡Galterio, Galterio! ¿No oyes?

GALTERIO- Señor, ¿qué mandas?

BERINTHO- Paréceme que tú y Menedemo os quedéis aquí conmigo, y Aminthas vaya a acompañar a Franquilla, porque nadie mirará en él.

MENEDEMO- ¡Aminthas, Aminthas! ¿No miras las bozes que te dan?

AMINTHAS- ¿Qué es, Menedemo?

GALTERIO- Cúbrete la capa, hermano, que manda Berintho que tú solo vayas a acompañar a Franquilla.

AMINTHAS- Cubierto estoy, pero cierto yo quisiera más reposar que andar como bruxa por las calles a tal hora, especialmente que en mi vida anduve de noche. Pero pues se ha de hazer, bien será de la necesidad hazer virtud, fingiendo que me huelgo mucho. ¡O señora Franquilla, y qué gran merced! En verdad, me ha sucedido según desseava, y pues se ha ofrecido en que mi voluntad se cumpla algún tanto, vamos, que adereçado estoy y mi hermano Galterio me prestará esta espada.

FRANQUILA- Mucho agradeço, señor Aminthas, en verdad el desseo que me muestras; y así, para en las cosas que tocaren a tu honra tendrás en mí una verdadera hermana.

GALTERIO- ¿Si mandas, señora, que todos te acompañemos?

FRANQUILA- Más necesidad hay que os entrés con Berintho, que en verdad no es razón que todos os quitéis de ahí.

GALTERIO- Pues que así mandas, la madre de Dios te guíe. Y vos, don rapaz, mirá no me hagáis cobarde la espada, porque de cinco que tengo essa es en la que yo tengo más confiança, y la que nunca se me cae de la mano, y essa es la que tan famada está en toda la tierra.

MENEDEMO- Yo me entro, que me parece que da bozes Berintho.

AMINTHAS- ¿Esta es la que algunas vezes te pide emprestada Pedro Recuero?

GALTERIO- Pues, ¿qué piensas? De treinta años a esta parte no se ha hecho desafio en toda el Andalucía donde ella no se haya hallado, porque de Córdoba, de Cáliz, de Xerez, de Málaga y de otras muchas y diversas partes donde suceden algunos desafios entre los amigos, luego me embían por ella; y con esta fue con la que mataron al tablagero de Sanct Lúcar, y con esta cortaron entramos los muslos a Navarrico el soldado del duque, y con esta Ravanal hizo las grandes cosas en Toledo, y al tiempo que Solisico mató el vizcaíno en Alcáçar de Consuegra no fue otra cosa la causa salvo tener esta espada.

FRANQUILA- Por mi vida, que estoy muy escandalizada en oír tales cosas.

AMINTHAS- ¿Y también la prestaste para el desafio que dizen que se hizo la semana passada en Quesada?

GALTERIO- No, porque bien ha un año que tienen ya por costumbre en los desafíos sacar por condición que ninguno lleve la espada de Galterio.

FRANQUILA- Quédate a Dios, porque te da bozes Menedemo. Y ya el aurora se viene apropiando, y el hijo de Latona acuciosamente procura de tender sus rayos sobre las' muy altas cumbres del reino de donde, huyendo Saturno las armas del hijo Júpiter llamado, viniendo en Italia la provincia a su causa se llamó latina.

GALTERIO- También me parece, señora Franquila, que por enseñarnos que sabes poesías no ves la hora de hazerme que calle.

FRANQUILA- No, en verdad. Pero si tornas a contar las virtudes de la espada nunca acabarás, pues que dizes que tan afamada es. Y por cierto, de la espada de Roldán, que dizen ser encantada, ni de la del rey Artur, la cual afirman ser muy maravillosa, no he oído tales cosas. Espantada me tienes.

GALTERIO- Las mugeres de no nada os maravilláis. Y a Dios y a la Madalena te encomiendo, que pues de tan mala gana me oyes, yo me entro én la sala.

FRANQUILA- Anda, hermano Aminthas, y cúbrete lo mejor que pudieres porque no te conoça nadie, que yo te seguro que anda ya harta gente levantada.

AMIN.-Así lo hago. Y acércate más, señora Franquila, que haze oscuro.

BERINTHO- ¿Está ahí alguno de vosotros?

GALTERIO- Menedemo y yo estamos, señor, aquí.

BERINTHO- Pues ¿qué os parece de Franquila? ¿Y cómo no le podría pagar, aunque le dicesse todo el thesoro del rey Mida, ni otra monarchía como la de los assirianos?

MENEDEMO- Pues, ¿no nos dirías, con el suceso de tan próspera ventura, cómo te hallas, o cómo te sientes, o cómo estás?

BERINTHO- ¿Qué tal estoy, me dizes?

Estoy tal, qu'el pensamiento  
me tiene por tan cativo,  
que del grave sentimiento  
él no siente, ni yo siento,  
si estoy muerto, si estoy vivo.  
Y así, el sentido doliente,  
la carne ya enflaquecida  
el morir triste consiente,  
pues que siente que no siente  
si es de muerte, si es de vida.  
Y siente el entendimiento  
del sentir sentido esquivo,  
y siente tan gran tormento  
qu'él no siente, ni yo siento,  
si estoy muerto, si estoy vivo.

GALTERIO- ¡O canción digna de estar escrita con letras de oro! Y por cierto aquel florentino Petrarca en su galana toscana lengua no dificultó su pasión con sentencia ni metros tan altos; ni pudo por tal estilo, aunque mucho se trabajava, representar en público lo que en el alma sintía en el tiempo que los amores de madama Laura más ahincos le ponían, ni en el

tiempo que él, como muchas vezes afirma, más fuego tovo encerrado en el pecho. ¡O quién la tornase a oír otra vez! ¿Qué me dizes, Menedemo, que te veo helado?

MENEDEMO- Por la sagrada escriptura te juro que daría mi cavallo con el jaez por tener la canción escripta, porque pienso que cosa semejable a esta nadie hasta hoy la compuso. Bien dizen que la necesidad es muy amiga de la especulación, y así el Persio en su epigrama nos da cierta y verdadera dotrina d'ello. Pero ¿has visto la fuerça del amor, que ha podido tanto que, pensando y imaginando Berintho noches y días en Cantaflua, [ha excedido] sobre su acostumbrado estilo hartos quilates a mi ver?

BERINTHO- ¿Qué estás hablando, Menedemo?

MENEDEMO- Dezimos, señor, que será bien te dexásemos reposar, y que con tan buena esperanza te sosiegues.

BERINTHO- Pues cierra la puerta, que oportuna y convenientemente has hablado.

GALTERIO- ¿Qué será bien que hagamos?

MENEDEMO- ¿Qué hemos de hazer, salvo dormir esto poco que queda de la noche? Y entrémonos ahí en mi cámara, y así vestidos nos echaremos un poco encima de mi cama.

GALTERIO- Ya estoy en calças y jubón. Quiero matar la vela, si mandas.

MENEDEMO- Haz a tu voluntad, y entorna la puerta.

*Cena quinta,*

*en que se introduzen Franquila, Aminthas, Tiburnina*

FRANQUILA- ¡O cómo la inmensa Trinidad, exerciendo sus maravillas acostumbradas, me ha librado de las tan enojosas razones y de las espantables blasfemias de Galterio! Por cierto, Aminthas, que me maravillo mucho de cómo Berintho, cavallero tan sabio, tiene en su casa hombre tan escandaloso; y aun tengo milagro cómo vosotros lo podéis çufrir, y cómo os podéis valer que no os mata a todos.

AMINTHAS- ¿Razones esso de verdad, señora Franquila, o vas burlando de las cosas y blasonerías de Galterio?

FRANQUILA- No, en mi ánima, salvo que a mi ver ningún delito se comete en la ciudad en que él no sea partícipe, ni pienso que hay muerte de hombre arrebatada a qu'el vulgo llama traición en qu'él no ponga las manos, ni a mi ver en toda esta tierra se comete aleve ni cosa fea en que él no lo aprueve antes que se haga, o lo haya por rato después de hecho. Y por fe tengo que todos los males que de noche se hazen, y la luz del día los haze notorios, se cometen mediante su consejo y favor. Y sin dubda las cosas abominables y feas, y desastrados y tristes casos que oímos algunas vezes que acontecen, no avendrían si él no fuesse el autor de todo. Porque yo veo este hombre ser amigo de discordias y escándalos, y amigo de todo género de males y daños, y amigo de todos bollicios y de toda [enemistad]. Y veo por el contrario que es enemigo de toda paz y de toda manera de honesto y derecho vivir. E ansimismo es enemigo de toda honestidad y de todo género de virtud, y de todas las gentes inclinadas a bien, y en conclusión le parescen mal todas maneras por donde venimos al conoscimiento de la recta y pacífica vida. E de verdad te afirmo, y estoy por certificarlo con juramento, que toda esta provincia estaría falta y carecería de tan horribles sucessos y tan pésimos casos, y nefandísimos delitos y crímines tan atroces como en ella se cometen, si este tan péssimo y malvado hombre no estoviesse en la tierra.

AMINTHAS- Hasta aquí, señora Franquila, como ya dixes, pensé que passavas tiempo. Pero veo tu sermón tan dirigido en favor de la cosa pública, y veo que hablas tan en seso y tan de verdad, y aun algo enojada, que te digo que has compuesto contra Galterio gentil invectiva -y por cierto la del Marco Tulio contra el proditor de la patria no fue más grave ni más criminosa. Y por lo que he oído tengo por cierto que tienes creído Galterio ser tan malo como lo has pintado con la sentencia de tu riguroso sermón. Pero por ser la persona que eres, y por la obligación que todos nosotros tenemos a tu servicio, te quiero avisar porque no estés engañada con Galterio como mucha parte de la ciudad lo está, no bien informa dos de lo que pasa ni de lo que en la verdad es.

FRANQUILA- ¿Qué dizes, Aminthas? ¿Qué estoy engañada? Quiero oír lo que dizes, porque eres cuerdo mancebo, pero vosotros, como es vuestro compañero, devéis ser los engañados.

AMINTHAS- ¿Pues no me harás merced, señora Franquila, que me oigas?

FRANQUILA- Y aun estaré tan atenta como el pueblo de Jano a la oración del Marco Cicerón cuando descubriendo la prodición del venéfico Catelina salvó la patria. Por tanto, prosigue, prosigue, Aminthas.

AMINTHAS- Es en verdad cosa de burla pensar de hablar en seso en las cosas de Galterio. Pero pues assi quiés, digo que Berintho huelga mucho de oir mill cuentos que tiene, los más donosos del mundo, y por sacallo a barrera dale oído, consintiendo con él en todo lo que dize y haziéndole creer que sus palabras son la misma verdad. Y d'esta manera métenlo en el juego y dize cosas maravillosas; pero despedido él, no passa tiempo Berintho con los que allí se hallan de nosotros salvo en burlar de todo cuanto ha dicho. Y con esso, y porque en otras cosas es gran servidor, çúfrello: porque sin dubda, si perdizes o francolines o truchas hay en la ciudad, él ha de saber dónde están, y aun a osadas que él lo tiene todo tan proveído que ni el pescador ni caçador no vendan cosa sin hazérselo saber. Y d'esta manera y calidad son los delictos qu'él comete, presentando a la justicia las semejantes cosas y sirviendo a cavalleros con llevárselas a su casa, y no porque no se las pagan bien. Pero en fin, él se entremete de tal manera que con todos tiene negocios, y con todos trata, y aun en verdad le quieren bien. Y dexado aparte el mentir y blasonar que tiene, bive muy sin perjuizio de persona nascida. Pues con nosotros los de casa, por Nuestra Señora de Monserrate, qu'él se haze el menor, y que nunca entiende sino en hazer por todos nosotros y en contentarnos, y que qualquiera necesidad que nos ocurra de las que tú, señora, puedes pensar, él lo remedia; y él [lo anda] todo y él lo rebuelve de tal manera que a todo su poder hemos de quedar contentos. Y a osadas que no venga muger de nuevo a la mancebía sin traelle carta, y lo primero qu'el rufián haze, venido a la ciudad, es venir a hablalle, para que lo concierte con los alguaziles. Y sus más rezios delictos son estos, y dar avisos a la justicia algunas vezes de los males que se hazen; pero en lo demás que, señora, le culpas, cierto él está bien descargado. ¿Y quiés ver su manera de vivir? Bien se te acuerda que poco ha me prestó esta espada, y ya le oíste contar las maravillas y desastradas hazañas que con ella se habían hecho.

FRANQUILA- Muy bien me acuerdo de todo. Pues ¿qué? ¿No es así?

AMINTHAS- Así el ánima de mi madre esté en el paraíso como no ha diez días que a la puerta de nuestra posada se la vi comprar esta misma que yo traigo, de quien tanto blasonó, de Vargas el corredor por cuatro reales y medio, y ya él no se acordava que ya había estado delante, y por mi consciencia que estove por dezírselo, salvo porque en estar tú delante se afrontara mucho. Pero a osadas que no se la perdone, ni se me quede en el papo. Y d'esta manera nos holgamos y passamos tiempo con él, y estamos tan hechos que cuando no stá en casa parece que todos stamos sordos. Esto he dicho, y en suma, porque veas cuán diversas son las cosas que he relatado de la opinión en que estavas. ¿Qué dizes, señora Franquilla, de Galterio?

FRANQUILA- ¿Qué tengo que dezir, pues tú lo dizes, sino creello como si fuesen las revelaciones de San Juan? Pero digo entre mí que es aquel diablo para engañar a quien no le conoce. Y en verdad, como sabes, él vino a prima noche aquí, y me hizo mil fieros, y porque me tardava un poco dixo



tantas cosas que me aglayó: y que estava por hazer temblar la tierra cient pasadas al derredor de mi casa; y que toda la vezindad havia de perecer a mi causa en un improviso; y ¿quién acabarié de contar lo que dixo? Pero, ¡O quién supiera sus cosas como agora! Bien dizen qu'el peor animal de conocer es el hombre.

AMINTHAS- De essa manera lo haze muchas vezes donde no lo conoscen. Pero ya que, señora, estamos en tu casa bolverme he, si me das licencia, que no pienso haya dos horas de aquí al día.

FRANQUILA- Antes, hermano Aminthas, será mejor que te entres en esse entresuelo y duermas esto poco que queda de la noche, que esse es el aposento de mis huéspedes. Y venida la mañana te irás. Y déveslo hazer por ser la primera cosa que te ruego, y quédate a Dios, que me voy a dormir.

AMINTHAS- Allá, señora, me mandarás ir a Roma los pies descalços, y lo hiziera por te complazer, quanto más aceptar la merced tan en mi provecho, que de otra cosa no tengo tanta necessidad, según todos en aquella casa andamos desvelados. Y cumpliendo tu voluntad yo me entro a dormir.

FRANQUILA- ¡O desventurada de mí, y qué confusión siento! ¡Y qué desatinada me hallo, y qué desmayos me toman! ¡O Virgen María, y cómo se me cubre el corazón! ¡O qué desventura tan grande, y qué desdicha tan no pensada ha seido esta! ¡O cómo el amor de Aminthas me tiene cativa! ¡O cómo me hallo sin libertad, y agena de todo verdadero conocimiento! ¡O cuitada de mí! ¿Qué haré? ¿Qué remedio me será el más saludable? Entre grandes extremos estoy, pero ya, ya, bien veo que de tan demasiado mal la más cierta esperanza es la muerte. Pues, muriendo yo e hallado a esse mancebo en mi casa, todavía quedo infamada, y aliende d'esto ¿quién le escusa que por leyes de derecho común no quede obligado a que dé cuenta de mi muerte? Y al menos tendrá necessidad de purgar su inocencia por algún género de reguroso tormento, exercitando el juez su alvedrio, porque d'él dizen que depende la administración de la semejante justicia, considerando la calidad del delito y de la persona, y la manera de los indicios. Y si esto huviesse de pasar, antes permitiré, dexando el bien de la futura vida, abaxar donde aquel trácico fcitharedo], compelido del amor de Erudice, determinó con la dulçura y melodía de su harpa de mulcir el oído de la compañía de Plutón. Pero ¿qué pienso, qué digo, qué stoy vazilando? Tengo el remedio dentro en mi casa, y estoyme matando. Ahora digo que ni culpo a Berintho ni menos reprehendo a Cantaflua, que aunque por su honestidad calló estoy bien cierta de su voluntad. Y pues ya esto no es en mi mano, lo mejor y lo ue más cumple a mi honra es secretamente cumplir mi voluntad con mi amado Aminthas. Pero ¿de qué manera será bien que lo haga? Porque si de mi voluntad le descubro mi pensamiento, tenerme ha en poco, que es de lo que todas más nos guardamos; pues también, si siente ell amor que le tengo, estenderse ha y tenerme ha por muger de poca cuenta. Pero si tantos inconvenientes pienso nunca acabaré. Lo mejor es irme a la cama donde está, y como allí viere assí haré, procurando lo mejor que pudiere de soldar el tan desenfrenado apetito de mi voluntad que en esta jornada me rige. Y un bien hay, que la cámara donde duerme no tiene puertas y no sentirá nada hasta qu'esté en la cama. Pues cuando allí me vea,

aunqu'es de poca edad y se pica algo de hazer del cuerdo, yo confío que a lo que d'él siento en otras cosillas que d'él he visto no se hará mucho de rogar.

AMINTHAS- Durmía, y parece que oigo bozes. ¿Qué será?

FRANQUILA- ¡Señor Aminthas, señor Aminthas! ¿No me respondes?

AMINTHAS- ¡Jesús, válame la purificación de Nuestra Señora! ¿Y quién es?

FRANQUILA- Amigo Aminthas, ¿y tan presto me havéis desconocido?

AMINTHAS- ¡O mi señora y mi bien! ¿Y qué venida tan no pensada ha sido esta?

FRANQUILA- Señor mío, en esta casa anda algunas vezes alguna mala cosa, y poco ha yo que entrava en mi cama encomencé a oír estruendo, y hallándome sola, con el gran temor tomé por mejor consejo venirme donde estavas que no dar bozes a los vezinos.

AMINTHAS- Pues si mandas, señora, levantarme he a encender lumbre. Y si tienes alguna cera bendita será bien que arda ante la imagen de Nuestra Señora, que es cosa de muy gran devoción contra las fantasmas y visiones de la noche.

FRANQUILA- ¿Y todo esto es lo que ha deprendido en palacio? Bien me tiene entendida, vee que con las manos le estoy tentando los pechos y los muslos (y por alguna vergüença dexo lo demás) ¡y estáme hablando agora en santidades!

AMINTHAS- Pues ¿qué dizes, mi señora? ¿Levantarm'he?

FRANQUILA- No, mi señor, que estando en compañía nunca las cosas malas parecen. Pero estáte quedo y tórnate a dormir.

AMINTHAS- ¡Donosa está! Tiéneme tan abraçado que piensa que quiero huir, y dízeme que duerma. ¡[Durmiera] el diablo! Pero en verdad, no sé qué me haga, aunque la tengo entendida, porque hasta el día de hoy no sé qué cosa es muger, y no querría caer en alguna falta por donde me toviesses por boçal. Pero de necessidad tengo de hazer algo porque no me tenga por hombre para poco, principalmente que abasta lo que ella haze, que no tengo de esperar a que ella lo haga todo.

FRANQUILA- Señor mío, no querría que me tocádes con las manos y que usádes de alguna descortesía. No me acontezca a milo que dizen: «Por escusarme del fuego di en las brasas».

AMINTHAS- Señora mía, descanso de mis trabajos, cosa rezia es lo que dizes, pues que mandas cosa que no está en mi mano.

FRANQUILA- ¡O desventurada de mí, y cuán sin vergüença lo has hecho! Ya, ya, toda mi honra es perdida! Pero, amigo Aminthas, detente un poco. ¡Jesús, Jesús, y qué cosa tan no de çufrir!

AMINTHAS- ¿De qué te queexas, señora? Que aún mi voluntad no está satisfecha, y con tu rebolverte a una parte y a otra das causa que te enoje. ¡Por mi amor, señora, pues me quieres hazer la merced, que sea cumplida!

FRANQUILA- ¡O cuitada de mi! Estásme matando y ves que no es más en mi mano, porque no te puedo çufrir y aún hagas tanto mal. Y aun querría que me dexases, pues veo que no es en tu mano el dexarme de lastimar.

AMINTHAS- ¿Dexar dizes, señora? Por mi fe, si del mundo me hiziessen señor no dexase la causa indecisa.

FRANQUILA- ¡Qué encarnizado está el moço! Bien dizen: «Malo de encomençar y peor de acabar». ¡Y quién vido al rapaz, los ojos bajos, fingiendo mucho de honesto, y a buena fe, Galterio -que no lo puedo más encarecer- no sabe tanta maldad. Por esto dizen: «Dell agua mansa me guarde Dios», y «De aquel hombre bueno, Dios guarde mi borrica de su centeno». Mas ¿quién pensara qu'el moxigatico, haziendo del estudiante, sabía tanta vellaquería? Por mi fe que me tiene espantada, principalmente seyendo de tan poca edad, que apenas pienso que ha diez y siete años. Y por el siglo de mis finados, que al tiempo que mi marido me hovo virgen no recibí la mitad de la pena. ¿Y quién en el mundo pensara que tal cosa tenía? Pero ya, ¿qué tengo de hazer sino çufrille? Haga lo que quisiere.

AMINTHAS- Véote, señora, estar murmurando y rezando sin cuentas. Querría que hablastes alto, porque pienso me estás maldiziendo.

FRANQUILA- Ahora que has cumplido tu voluntad, y bien en perjuizio de mi honra y persona, ¿estás de gana de chufas?

AMINTHAS- ¿Cumplida mi voluntad? Engañada estás en verdad, señora.

FRANQUILA- ¡O mesquina de mí! ¿Y acabarme quiere de matar, y qué ha de ser esto? Pero si mal tengo, yo lo busqué, y el mejor medio es çufrillo, aunque en la verdad es para matar a todas las mugeres del mundo.

AMINTHAS- Señora Franquilla, ¿qué hora será?

FRANQUILA- No lo sé en verdad, que tanto veo de mis duelos que no tengo cuenta ni curo del relox. De las que quisiere, que, como dizen, de concejo es. ¿Pero qué hará a tu parecer al presente tu amo Berintho?

AMINTHAS- No me fatiga al presente esse cuidado, ni tengo menos gana de esas pláticas. Cada cosa en su tiempo.

FRANQUILA- ¡O desventurada fue mi suerte! ¿Y es viña que cava a destajo, o es gotera, o qué ha de ser esto? Y ya, hermano mío, que te matas y no me hagas ser descortés y te dexes solo. Y en verdad, me fuera harto más sano consejo pasar el temor en mi cama y a mis solas que no haverme puesto en manos del de la carnicería.

AMINTHAS- Y luego, ¿carnicero so yo?

FRANQUILA- Harto carnicero eres para mí con la obra que pasas. Pero si miras, el día es y no sé qué nos hagamos, porque se habrá de buscar oportunidad de tiempo para tu salida.

AMINTHAS- No tengo temor que ya yo en adversidad pueda incurrir, pues la fortuna permitió que por tan linda aventura te ganase.

FRANQUILA- También, aunque muchacho, me parece usa de los términos de Galterio, y cada uno trae ya por estilo de hablar rufanerias. ¡Donosa gente es esta!

AMINTHAS- ¿Qué estás diziendo entre dientes, señora Franquilla? Que a lo que siento estás burlando de lo que digo.

FRANQUILA- Que será bien que me levante, porque mi madre bive pared y medio de aquí y todas las mañanas me viene a visitar. Y aun me maravillo cómo ya no ha venido.

TIBURNINA- ¿Qué hazes, Franquilla? ¿Eres levantada?

FRANQUILA- Mira si lo dezía yo.

TIBURNINA- ¿No respondes? ¿Óyesme?

FRANQUILA- Ya salgo, señora, que me acababa de vestir.

TIBURNINA- Pues yo me voy. Y mira lo que queda en esta caja.

FRANQUILA- ¡Ea, madre, por vuestra vida!, y ¿qué es?

TIBURNINA- Esta mañana tu hermano combidó a almorçar dos o tres amigos porque todos se van a caça, y hóveles de adereçar un capón y unas perdizes de la manera que ves, y parecióme traerte esso poco porque la fiesta no se celebrasse sin ti.

FRANQUILA- ¿«Esto poco» dize mi madre? A buena fe que hay con que se harten tres gañanes. Pero en mi vida vi cosa más a oportuno tiempo venida. ¿Qué te parece, hermano Aminthas? ¿Es buena cosa tener madre?

AMINTHAS- ¡O cómo está gentil la capiroxada! ¿Pero qué te parece que hagamos?

FRANQUILA- ¿Qué me ha de parescer sino que almorçemos? Que lo todos los duelos, con pan son buenos, y después venga Dios y véalo.

AMINTHAS- Y así, en la cama.

FRANQUILA- Por Dios, que es grande inconveniente.

AMINTHAS- Y esto hecho, ¿qué consejo te parece seguir en las cosas de Berintho?

FRANQUILA- ¿Qué consejo? Deque seas levantado vestirme he, y tú irte has por una puerta falsa que salle al adarve, que es muy secreta, y luego tomaré el camino de Santa Isabel y procuraré de ver el fin que todos desseamos.

AMINTHAS- ¿Y tienes, señora, creído que Cantaflua tiene buena voluntad a Berintho?

FRANQUILA- ¿Cómo buena voluntad? ¿Burlando es la cosa? Pero ya que entre mi y ti no ha de haver secreto ni cosa partida, sey cierto que de la misma manera y con la misma ansia que ves a Berintho, hallo a Cantaflua todas las vezes que la voy a visitar. Y sin dubda tiene más pena qu'él por razón qu'el femíneo sexu por la mayor parte sigue los extremos: que o amamos sin comparación o aborrecemos, cosa que nadie lo puede creer. Y así, si tienes en la memoria, aquel Ovidio tan prudente en todo dize: «Las madres aman a sus hijos como si fuessen sus enamorados». Adonde dio a entender cuán verdaderamente y cuán por el cabo ama la muger deque en aquella pasión se inclina. Esto te he dicho porque duermas a buen sueño, y porque estés seguro y bien cierto del buen fin d'esta negociación.

AMINTHAS- ¿Qué me dizes?

FRANQUILA- Esto que oyes.

AMINTHAS- ¿Y sábelo esso Berintho, o hásselo dicho alguna vez?

FRANQUILA- ¿Cómo si lo sabe? Mill vezes se lo he certificado, y bien informado está d'ello. Pues ¿qué te piensas, amigo? ¿De dónde proceden sus tan incomparables tormentos y tan demasiadas passiones, y dónde piensas que le procede vida de ansias tan sin medida? No anda tan engañado ni tan a ciegas como vosotros pensáis.

AMINTHAS- Espantado me tienes. Luego de más circunferencias usáis vosotros que la luna. Por cierto, o todos estáis locos o yo no sé nada. Pues si esso es así, ¿qué anbagos, qué maneras de negociar son estas, o de qué circuitos usáis? No sé qué diga, salvo si no es algún círculo de reglas matemáticas el que andáis todos conglutinando. ¿No hoviera sido mejor que

se hubiera seguido otro camino, dando otro corte a tantos inconvenientes, buscando algún medio más provechoso a todas partes, que no haber andado de acá para acullá entendiendo en cosas desaprovechadas? Por mi vida, señora Franquilla, satisfagas a estos escrupulosos objetos que contra lo que has dicho opongo, pues que sabes que todo es para venir en conocimiento de la verdad.

FRANQUILA- Algo has dicho. Pero las ausencias de tu amo y aun sus desabrimientos -hablando contigo la verdad- de la una parte, y la poca libertad y demasiada bondad de Cantaflua de la otra han sido rezios inconvenientes y grandes obstáculos al bien de la causa; y con algunas cosillas que a las bueltas se han ido asiendo unas de otras se ha prorrogado la causa el tiempo que has visto; y aun por más me declaro -y esto debaxo de sello de penitencia- te digo que ha más de tres años que intervengo entre ellos -y así goze de ti que es la cosa que en el mundo más quiero -que aún tengo por entender lo que los unos dicen y lo que los otros responden-. Ni menos aún tengo conocido lo que los unos desean ni lo que los otros quieren, salvo de cada parte he visto mil géneros de cautelas, mil maneras de asechanças, y tantos modos nuevos de negociar que, si no hoviesse sido por el amor que tengo a Cantaflua, sé que mill vezes havria dado de mano a la negociación. Esto sé, esto entiendo d'ellos. Dios juzgue lo demás, que sabe los secretos escondidos.

AMINTHAS- Plazer grande he havido en saber lo que passa, y de la persona que más entiende en la negociación.

FRANQUILA- Bien lo puedes esso dezir de verdad. Pero ¡O cómo eres pesado! ¡Que aún no he acabado de quitar los manteles de encima la mesa, y ya tornas a tus burlas tan enojosas! ¡Ten alguna vergüença!

AMINTHAS- Ya me parece que no se quexa la señora tan de verdad, y aún aliende d'esto se reposa más, y lo que dize a mi ver es por cumplir, fingendo una cosa por otra aliende de lo que siente. ¡Y después maravillase de los otros!

FRANQUILA- Pues que ya me parece, Aminthas, que quiés reposar, yo me voy a vestir, que la obra de mañana aprovecha.

AMINTHAS- Ahora que no está aquí quiero mirar las sávanas. Veamos de qué se quexava este diablo. ¡Santo Dios! Ahora digo que no la culpo. ¿Y llena está la cama de sangre? ¿Qué será? Pues dezir que estava virgen, donoso pensamiento seríe el mío. Allá se abenga, que buen çurujano es Maese Abraham. Pero quiero ver si podré dormir un poco.

FRANQUILA- ¡Señor Aminthas, señor Aminthas! Y creo que dormías ya.

AMINTHAS- Sí, en verdad. Pero ¿qué es lo que mandas?

FRANQUILA- ¿Qué te parece? ¿Estoy gentil?

AMINTHAS- No sé. Yo más te querría en camisa que como estás.

FRANQUILA- ¡A que tiene ojo el moço!

AMINTHAS- Pues ¿no has oído dezir que compuesta no hay muger fea? Pero dime qué es la causa que estando tu marido ausente te vistes ropas de seda y te pones manillas y tantas cosas de oro.

FRANQUILA- Bien dizes, pero por hazer fiesta a Cantaflua voy d'esta manera.

AMINTHAS- Por mi fe que estás tan galana que pareces novia.

FRANQUILA- ¿Aún te quedava essotra malicia? Pero bien hazes en levantarte. Y entenderemos en algo de lo que cumple.

AMINTHAS- Pues ya estoy vestido. ¿Qué haremos?

FRANQUILA- Abaxemos abaxo, y enseñarte he la puerta, y irte has con la bendición del espíritu santo.

AMINTHAS- Pues sabes la casa, anda delante.

FRANQUILA- Cata aquí, hermano, por dó será tu camino tan secreto cual fue la estada del rey Alexandre a la mesa del rey enemigo.

AMINTHAS- ¡O pecador de mí! ¿Que también has leído el Quinto Curcio, o qué es esto?

FRANQUILA- ¡O que desvergüença tan grande! ¡La puerta abierta y párate ahora a jugar! ¿Y no miras que estoy encima del pisebre? Dígote que anda la seda muy bonica.

AMINTHAS- ¡O cómo, señora, no te enojaría si estoviese en mis manos!

FRANQUILA- No está sino en la de tus vezinos. Por esso es la cosa más rezia del mundo tener amistad con muchachos, que ni miran razón, ni tiempo, ni inconveniente: solamente que sigan ellos su voluntad y apetito. Pues Aminthas, ¿qué te parece? Es gran [barraganía] la que has hecho. ¡Y aun estáse riyendo el desvergonçado! ¡O quién pudiesse acabar consigo de no verte más en su vida!

AMINTHAS- ¡O esperança de mi salud! ¡O esperança de mis trabajos! Por mi consciencia, te certifico que quisiera más haver perdido un dedo de la mano que haver hecho cosa de que así te hoviese redundado fastidio. Pero el demasiado amor, la demasiada pena, mi tan demasiado fuego me desculpan. ¿Y piensas que estoy en mí? ¿Y piensas que tengo el acuerdo que antes? ¿Y piensas que tengo alguna libertad? No, por cierto.

FRANQUILA- ¡O mi señor Aminthas, y no pasen adelante tus desabridas y tristes querellas! Mira que me fino en verte con pena. Antes yo con mucha eficacia te encargo que en lo que ecedí me perdones, porque ser muger y tan obligada a la honestidad me relievan de culpa.

AMINTHAS- Pues que ya, señora, a lo que veo vas tornando en ti, me da licencia antes que sea más tarde, porque en la posada yo aseguro que me han echado harto menos.

FRANQUILA- Con tan buena ventura sea tu ida cual fue la del Publio Scipión en África para en acrecentamiento del nombre romano. Y tan dichoso seas en las armas como aquel Lucio [Sicinio], que de ningún romano sus historiadores escriven que persona por persona tan grandes hazañas en favor de su república cometiese.

AMINTHAS- Espantado me voy de oírte.

FRANQUILA- Anda, que no parece nadie, y la Virgen María te guíe. Todas las cosas han sucedido mejor que se pudiera pensar. Bien será que vaya a entender en lo que tengo a cargo. Quiero subir por mi manto, y cerraré la puerta, y mi casa dexalla he encomendada a mi madre, diziéndole la verdad dónde voy. Porque ya ella sabe que ha gran tiempo que tengo

estos negocios a mi cargo, y no lo tendrá por cosa nueva ni se espantará de mi ida.

*Cena sexta,*

*en que se introduzen Aminthas, Galterio, Simaco, Menedemo*

AMINTHAS- ¡O cuán cumplido voy de contentamiento! ¡O cómo no hay tal muger en el mundo como Franquilla! Pero cierto, siento harta congoxa a su causa: bien me dezía muchas vezes la dueña que sirve en nuestra casa que si esta vianda provase me comería los braços hasta los cobdos. Pero cerca estoy de la posada, y dentro en el patio veo a algunos de mis companeros, y pues están burlando no sienten en cosa mala nueva. Bien está, que aun en esto me suceden las cosas prósperas y favorables.

GALTERIO- ¡O hermano Aminthas! ¿Y dónde has estado, o cómo te has tardado? Que en verdad, todos estábamos temerosos de tu salud.

AMINTHAS- Dexada Franquilla en su casa, ya que me venía encontré a mi primo el page de don Gaspar, y hizo que nos fuésemos a dormir a su posada, y así me he detenido.

SIMACO- Mira, hermano, lo que dizes, que esse tu primo vino aquí bien ha dos horas, a preguntar por ti y tovo pena de que no le supimos dar entera relación.

AMINTHAS- ¡O hermanos! Bien dizen que la mentira no tiene pies. Y pues esto Dios lo quiere, entrémonos más adentro, y contaros he mis buenas andanças y la gran prosperidad que me ha acontecido.

GALTERIO- Ea, amuestra la espada, que llevándola no havrá sido en tu mano de haver dexado de matar dos o tres hombres.

SIMACO- Di, di, que en verdad yo ya estoy vacilando mill malos pensamientos.

AMINTHAS- Oye, que gozes. Y tú, Galterio, repósate, que te veo muy demudado, que mi buena ventura no ha sido en perjuizio de nadie, ni es caso en que la justicia puede proceder, al menos de su oficio.

GALTERIO- Algo se me va apaziguando la furia, que yo ya tenía creído que havriés encomençado algo por donde antes de media hora hoviéramos de degollar la mitad de la ciudad, sin meter a la justicia en parte. Pero pues d'esto nos aseguras, di, di, Aminthas, que en todo serás favorecido por nosotros, sea lo que fuere. Especialmente que al cabo será alguna niñería: o haverte juntado con otros pages a ir a coger los doñegales o algunos duraznos, a osadas sobre mi alma, o cosa que le pareça.

AMINTHAS- Donoso está Galterio, como si me hoviese él alguna vez visto en los semejantes tratos.

GALTERIO- Pues no lo digo por tanto, pero «Fue la negra al vaño y tovo que contar un año».

SIMACO- Pues di ya, Aminthas, que en verdad me estoy deshaziendo. Y aun Galterio se holgará de oírte, yo lo asseguro.

GALTERIO- En verdad que estás en lo cierto.

AMINTHAS- ¿Qué diré? ¿Qué camino seguiré, o por dónde encomençaré a contar tan alta fortuna, tan gran bien, tan gran merced como de Franquilla he recebido? Que desde que de aquí fui hasta que amanesció, y aun harta parte del día, la tove a mi voluntad.



GALTERIO- ¿Y a esso llamas no ser en perjuizio de nadie? ¡O reniego del agareno [ismaelita], y reniego de Haluza, aquel tan adorado de la gentilidad pagana! ¿Y en todo esso has estado entendiendo? ¿Y essa es el amistad que conmigo tenias?

AMINTHAS- Fan forrejar [castellanos].

GALTERIO- ¿Qué te parece, Simaco, de cómo el rapaz se va [trunfando] de las cosas y honra del hombre? Descreo de toda manera de mal bivar. Y reniego de los infieles del Hijo de Dios, y si no biviera con Berintho si ya no le hoviera arrebatado la cabeça de los hombros, y aun la toviere ya clavada en la picota, y quizá dexara de pasearme por la cibdad. Que esso es como hize con el otro en Córdoba.

SIMACO- Muy enojado te veo. Pero por tu vida me cuentes qué fue esso que dizes del de Córdoba, porque muchas vezes te lo oigo dezir.

GALTERIO- ¿Cómo? ¿Que no lo has sabido? Pues maravillome, que no hay cosa más pública en el Andalucía. ¿Pues de dónde me encomençaron a temer, y a sonar mis cosas?

SIMACO- Sin dubda, hasta hoy ninguna cosa d'eso ha venido a mi memoria.

GALTERIO- Bien parece que no tratas con hombres de seguida, si no mil vezes lo oirías al día. Por cierto fue gran ossadía la mía, que estando en el Potro Francisco Guantero hizo muestra que iba a hazer mano contra mí. Y no se hovo acabado de desembolver quando ya le tenía con su mismo puñal cortada la mano derecha y clavada encima del bodegón de Gaitanejo. Pero ni por esso perdí la tierra, ni dexé de pasearme.

MENEDEMO- ¿Con quién lo ha Galterio? ¿De qué está enojado?

AMINTHAS- Déxenle a él blasonar del arnés, y no haya más mundo.

SIMACO- Pues esse delcto rezio era, y en lugar bien pu'blico, ¿qué hizo sobre ello la justicia?

GALTERIO- ¿Justicia? ¿Qué justicia, o qué diablo? ¿No has oído dezir que la justicia y la Cuaresma no son sino para los ruines?

SIMACO- Todavía desseo saber la causa por qué delicto tan perjudicial a la república quedase impunido.

GALTERIO- ¿Hasme de sacar el hijo del cuerpo? La verdad hablando contigo, a la sazón yo era hombre del alguazil, y a los tales, porque hay pocos que quieran servir de aquel oficio, siempre les çufren algunas travesuras, porque si assí no fuesse havíanlos de acompañar por sus ojos veludos.

SIMACO- Pienso que llamas ser hombre del alguazil a los que el vulgo llama porquerones.

GALTERIO- Algunos vellacos ponen esos nombres, y aun tal dize mal del sayo que lo querría tener vestido. Pero en fin, de alguna manera hemos de bivar, y aquí en la ciudad al presente, ¿no vees el amistad que tengo con el corregidor y teniente?

MENEDEMO- ¿Oyes, Aminthas, a Galterio? De gana está; no sé qué hierva ha pisado esta mañana.

AMINTHAS- ¿Amistad dize que tiene con la justicia? Miraldo: a la fe, es buen malsín y gentil espía, a lo que todos dizen. Y aun afirman qu'él vendió a los dos pecadores de mancebos que ahorcaron esta semana, haviendo

comido el mismo día con ellos. Y aun dicen que no pasa cosa en la ciudad que él no va luego a ponella en el pico al teniente, seyendo testigo o cosa que lo vala. Y después favorécese de amigo de los alguaziles y de dezir que viene de casa del corregidor, como si fuesse un gran [factor].

MENEDEMO- Habla paso y está atento, que torna a sus cuentos.

SIMACO- Bien sé que conversas con criados de los alguaziles. Pero aun essa participación no devrías curar mucho d'ella, porque no sé qué se murmuran todos por ahí.

GALTERIO- Bien te entiendo, pero cada uno busca sus partidos y formas de bivar como mejor puede. Y sé que treinta años ha que no sería yo bivo ni estoviera ya en el mundo, aunque toviera en buena fe veinte ánimas, si no fuera por esso que apuntaste.

SIMACO- ¿Cómo? ¿Que me entendiste?

GALTERIO- ¿Pues qué piensas? Con essas formas y con otras que yo sé que no han venido -a tu noticia hago quanto quiero en la ciudad.

SIMACO- Pues que estamos despacio y el tiempo nos concede oportunidad, holgaría que me instruyeses en essotras maneras de negociar.

GALTERIO- Pues así quiés, no me pierdas punto y está atento. Mi principal intinción es, como ya sabes, ser amigo de todos los ministros de la justicia, porque, estos contentos, puede hombre desollar caras en medio de la ciudad, como cada día ves que se haze. Y esto con poco trabajo se alcança: porque con dar como poco antes apuntavas algunos avisos de hombres facinorosos; y de algunos que juegan juegos devedados; y de algunas mancebas de casados o frailes o clérigos pobres -que de los demás otro norte se sigue, como luego verás; y también acostumbro acompañar algunas noches al corregidor o teniente-; y con llevalle alguna vez algún presentillo liviano de qualque par de perdizes; y con otros servicios de pelillo semejantes a estos, puedes a vanderas desplegadas [matar] moros.

SIMACO- Más inconvenientes, me parece a lo que tú confiesas, vienen a la república de los malsines en çufrilles sus vicios, que utilidad se le sigue en castigar los crimines que ellos en secreto revelan.

GALTERIO- No hay dubda en eso, pero ¿qué me pena a mí? ¿Y yo miro más de lo que me cumple? Pero ¿por qué dixiste malsines? No quiero consentir esso: antes es oficio de hombres justos y zelosos de concordia. ¿Y qué otro oficio es el del regidor o jurado, salvo mirar que las cosas de su república estén bien gobernadas, y poner espuelas al corregidor en que castigue los excesos feos y abominables al bien popular, y hazer que con todo rigor se executen?

MENEDEMO- Aun dirá, si le oyes, que manda tanto como un veinte y quatro.

SIMACO- Sin dubda, Galterio, te oigo con atento sentido y con toda solicitud. Pero querría que procediesses adelante.

GALTERIO- Esto dexado, también procuro de tener contentos los cavalleros de la ciudad en algunas cosas, como en acompañallos deque hombre los encuentra en la calle que es cosa de que ellos mucho se honran, y también loar sus cosas a personas que se lo hayan de dezir el mismo día, como a criados y familiares de su casa. Procuro ansimismo de encaminar sus dispenseros donde sé yo que hallarán caça o cosa de pesca de río, y

algunas veces la llevo yo hasta su casa. Y no pienses que se pierde en ello nada. De manera que contentos estos, mucho asimismo se asegura el campo. Otra forma no pensada tengo también para con los señores de la iglesia.

SIMACO- Esso desseo mucho saber.

GALTERIO- Procuero por todas las formas y maneras que puedo de saber quién es el amigo del provisor, del vicario, del prior, del deán, del arcediano, del thesorero, del chantre, del canónigo, del racionero, y no pienses que se me olvida la del maestre escuela. Y sabido esto, luego procuro que venga a su noticia de cómo yo lo sé. Pues como ellas y aun ellos saben ya que bivo de dar avisos, luego cada una acude con su estafa, y así procuran de contentarme, hasta mandar al despensero que para conmigo ni haya cuenta ni tasa. Y d'esta manera vienen las cosas a tal estado, procurándolo yo, que si es menester las acompaño hasta casa d'ellos. Otras veces les llevo algunas mensajerías, ya que tienen alguna conversación conmigo.

SIMACO- Maravillado estoy de oírte. Pero en mi tierra fino alcahuete te llamarían: no sé acá.

GALTERIO- No va tampoco tan al descubierto como piensas, por que como dizen: «Cada día olla..., etc.». Pero es alguna vez, de cuando en cuando, de la manera y con la moderación que acá los de palacio lo acostubráis, haciendo unos amigos por otros. De manera que, apaziguado lo temporal y las dignidades y jurisdicción eclesiástica satisfecha, puede hombre dormir seguro y descansar a la sombra.

SIMACO- ¡Jesús! ¿Y tal cosa pasa?

GALTERIO- Pues ¿cómo piensas que libré a Juan Izquierdo del pie de la horca? Que después que los ahorcados se usan no se vido tal cosa.

SIMACO- Plazer havré que d'eso me certifiqués cómo se pudo hazer, si él según derecho mereció la muerte.

GALTERIO- ¿«La muerte» me dizes ahora? ¡Y aun mill muertes, en buena fe, en lugar de una, según los delictos havié cometido! Pero por lo que a la sazón estava preso, era porque estando dos hombres durmiendo los mató por roballos.

SIMACO- ¿Y tal cosa osaste emprender?

GALTERIO- Mucho se ha de hazer por los amigos, specialmente cuando son hombres de bien. Pero muy livianamente se hizo, que con una carta de corona falsa, y las justicias eclesiásticas y seglares favoreciéndole a mi causa, en tres días estovo fuera de la cárcel. Y mill cosas d'estas, y de mayor calidad, he acabado en el audiencia del provisor.

MENEDEMO- ¿Oyes, Aminthas, qué rallar tiene Galterio, y cuán de voluntad y con cuánta atención le está oyendo Simaco? En verdad que no lo tengo por hombre cuerdo.

AMINTHAS- Él a su plazer está rajando; y si escuchas, de aquí a un poco aun dirá que tiene más poder que el vicario del obispo.

SIMACO- Esto dexado, hermano Galterio, pues que ya estás sin enojo, te encargo perdones a Aminthas. Que él, como es mancebo, y no sabiendo lo que yo sabía, ecedió los limites de la razón.

GALTERIO- ¿Cómo es posible que no lo sabié? ¿Y no sabes que lo dixé yo anoche treinta vezes a todos esos moços y a quien no lo quiso oír?

SIMACO- Por Dios que te es en cargo Franquila, que bien le has guardado secreto.

GALTERIO- Pues eso es lo que yo quiero: que sepa ella que se sabe, porque no me importune.

SIMACO- Como eres bonito no me maravillo.

GALTERIO- No está en eso. Pero mi efecto no es sino tenella hecha de mi hierro para, cuando algunas vezes nos juntamos los amigos a hablar en las semejantes cosas, que pueda hombre sin mentir dezir que he tenido parte con ella. Porqu'es cosa muy honrosa entre nosotros haver alcançado una muger de un mercader, y de buen gesto como aquella; y también, harto será de mal si alguna vez, ocurriendo hombre a ella con alguna necesidad, no socorra con una dobla. Y esto, mejor lo hará con temor que no la publique, porque es persona honesta, que si me viesse muy secreto y con gran disimulación.

SIMACO- Pues en lo de Aminthas, ¿qué me dizes?

GALTERIO- ¿Qué tengo de dezir donde tú estás, sino que le digas que me estava burlando, y que haga lo que quisiere, declarándole mi intinción, que no es sino sacar algún par de calças? Y esso quede a tu cargo. Y voyme a la puerta, que veo allí al padre de la mancebía y yo aseguro que hay haciendas, pues que me vienen a buscar.

MENEDEMO- Entrémonos, Simaco, por ver qué haze Berintho.

GALTERIO- Pues id, hermanos, que yo quiero ir a negociar un poco con aquellos que me esperan a la puerta.

SIMACO- Las pazes quedan hechas, Aminthas, y aun perdona hecho y por hazer.

AMINTHAS- ¡Cómo essas cosas sabe él fabricar, y dezir lo que nunca pasó! Mira si es muger Franquila que se havía de contentar de sus cosas. Pero no hablemos más en ello, porque Menedemo no entienda la plática, y lleguémonos a la puerta de la sala.

MENEDEMO- Simaco, ¿dónde has tenido el juicio mientras has estado oyendo a Galterio?

SIMACO- ¿Fue tal cosa en el mundo como las cosas que dize?

MENEDEMO- Pues en eso no lleva medio. Pero pues que vosotros os quedáis, quiero ver qué hazen acá dentro sin detenerme a la puerta, porque no digan: «Quien escucha, de su mal oye».

*Cena séptima,*

*en que se introduzen Franquila, Claudia, Veturia, Cantaflua*

FRANQUILA- ¡O mi amado y gracioso amigo Aminthas, y qué dulce es tu conversación! Dios, escudriñador de los coraçones, sabe que aunque me hazía de nuevas, otra cosa sintia aliende de lo que la lengua expresava. ¡O señor mío, y cómo te llevo impreso en el alma, y cómo te llevo raigado en el centro de mis entrañas! ¡O cómo mi pensamiento sin divertirse a cosa un momento no se dexa de te contemplar! ¡O cómo mi memoria te tiene tan encomendado, sabiendo que en esto me complaze! ¡O cómo el spiritu, considerando la causa tan [excelsa], se determina a todo género de passión! ¡O cómo el consentimiento, viendo los clamores de mis tristes sentidos, está prestando su voto para en la agenación de mi libertad! Pero en verdad que por otra parte siento en mí un alivio sin comparación, y un agradable contentamiento que basta a mezclar algunas delectaciones entre las tristes ansias que de tu ausencia se me causan. Agora digo que no culpo ni increpo la muerte de la fundadora de la gran Carthago, ni a la otra que cometió los crueles ecesos en odio del que triumphó del vellocino dorado. Ni reprehendo a la nuera de Egeo, ni a la otra que fue causa expulsiva de la peregrinación en Egipto del israeltico pueblo. Pero ¡O santa María Señora! ¿Voy en mi acuerdo? ¿Y qué hago? Estoy ya dentro en Santa Isabel, y aún no he visto la iglesia. Bien dizen que la fatiga y cui dado que en el ánimo se concibe causa grande olvido y desacuerdo. Pero paréceme que me están llamando; quiérome levantar, que bien pensarán los que me hovieren visto que con gran devoción estava rezando.

CLAUDIA- Muy devota has estado, Franquila, que rato ha que te he estado haziendo señas y jamás me has entendido.

FRANQUILA- O Claudia mi señora, perdona, así gozes de tu floreciente juventud, que en verdad, por acabar unas devociones me he detenido. Pero ¿qué me dirás de Cantaflua? ¿Qué venida ha seido esta tan no acostumbrada?

CLAUDIA- Ya tú lo puedes pensar. Y cierto, estos enojos la han de enterrar, y fatigase tanto que daría yo agora algo de la herencia de mi padre por tener certidumbre de su vida. Pero muy confusa estoy, viendo de cada día ir las cosas de mal en peor, y así creo que no pueden suceder en bien, porque como dizen: «Por la vigilia conoscerás el disanto». Y como mejor sabes, las cosas están el día de hoy en mayor perturbación que nunca estovieron. Quién lo causa no lo sé: diversos son los juizios del vulgo. Pero deque la negociación veo que va a parar en mal, y deque veo el caso en tales términos, mi remedio y lo que tomo por mejor es con toda astucia, con toda diligencia redargüir a Cantaflua, diziéndole que dé a la maldición los amores y aun a Berintho, y que procure su salud, que con ella todo lo alcançará. Y como dizen: «A todo hay medio salvo a la muerte».

FRANQUILA- Pues ¿qué te replica, hermana, a esso?

CLAUDIA- ¿Qué ha de dezir, sino que claramente conoce ser verdad lo que digo? Y me dice que sin dubda consiste perdición en acordarse de Berintho; y muy de verdad le maldize muchas vezes, y saca por aquella

boca cosas y locuras como si estuviese dañada, todas en oprobio de Berintho, manifestando que a su causa está destruida y se le han seguido tan grandes enojos. Y yo deque de aquella manera la veo huélgome y ayúdole mi parte, considerando que en aquello consiste su bien, y considerando que su salud depende en le derraigar de su pensamiento tan gran liviandad. Y a osadas que le enxabonamos bien algunos días.

FRANQUILA- Sin perros andáis a caça, porque mi mote es «Quien bien ama, tarde olvida».

CLAUDIA- En fin como dizen: «El que no puede haver el asno, tórnase al alvarda».

FRANQUILA- Con todo esso hay gran mudança, y no están las cosas de la manera que las dexé cuatro días ha. Dubda me ha puesto Claudia en mi negociación; turbado me ha en verdad. No sé qué diga: gran novedad es esta, no cuido de dónde pueda haver procedido. «Pero el tiempo lo descubrirá, qu'es el verdadero sabio», sentencia es de aquel Tales milesio, primero y principal de los siete en la Grecia tan afamados. Pero oír quiero, que Claudia procede todavía en su razón, y podrá ser que atine en algo de bueno.

CLAUDIA- Embaçada estás, Franquila, y no respondes a cosa de lo que digo. ¿Qué te parece de tanto cuidado como en el que estamos embueltas?

FRANQUILA- Estoy enmudecida con una contrariedad muy grande que de lo que dizes resulta. Si Cantaflua dize mal de Berintho y palabras tan feas como apuntas, y aun consiente (que tengo por peor) que tú en su presencia las digas, cierto es que le aborrece de todo en todo. Y como de cosa que ya tiene en odio, el tal menosprecio concebido en la voluntad viene con la mucha abundancia y fuerças de la sensualidad, compeliendo a la desenfrenada lengua a que execute lo en el pensamiento imaginado. Pues queriéndole mal como de mis [premisas] parece, escusado es lo que dizes: que tienes temor de su salud. Concluido he si te parece, asuelve el argumento, o di que no miravas lo que dezías. No puedes retroceder, atenta estoy. Di lo que quisieres, y no me dexes con bocado en la boca, que a ninguna parte lo puedo revolver.

CLAUDIA- Áseste a las ramas, hermana Franquila. Y antes que acabe de razonar, fundándote en algunas palabras narrativas embiadas a otro fin y tomando la cosa muy de verdad, éntrasme por unas lógicas como si fuesse en esso el atar de los trapos. Escucha, escucha, que quien bien oye bien responde, y cuando nasciere o tovieres alguna dubda de la sentencia de mi sermón, discutámosla hasta que entrambas nos satisfagamos, y así vendrás en verdadero conoscimiento y a tener noticia de cómo en ninguna cosa me contradigo. Pero, si, dexándome la palabra en la boca, saltas a todo matar con las sutilezas que siempre acostumbras, por no venir en quiebra contigo te rendiré las armas, como dizen los soldados.

FRANQUILA- Pues no te burles, ni estés chufando, que tan desabrida estoy que te espantarías, porque veo de cuán ardua calidad es el caso. Pero, así Dios te dé lo que desseas, que pases adelante, asolviendo el egnima tan rezia que como ves me tiene bien desatentada. Y pues del bien o mal de Cantaflua me alcança la parte que ya tú puedes pensar, no debes en cosa repunar mi ruego.

CLAUDIA- Maravillaste, Franquilla, de mis razones, y bien conveniente sería tu dubda si Cantaflua perseverase y toviessse costancia en lo que una vez ha dicho. Pero como en el pensamiento no se le conciba cosa en perjuizio de Berintho ni se le raigue en la voluntad, acabadas de dezir las palabras y denuestos que de suso oíste, antes que en otra cosa entienda encomienca un llanto como si toviessse delante muerto a su padre. Y dirigiendo sus clamores contra sí mesma, y con unas exclamaciones tan nuevas que no sé quién se las enseñó, saca cosas por aquella boca que me estoy hecha bova oyéndola y busca mill maneras de arrepentimientos contra lo que un credo antes de verdad pareció que afirmava. Y con un género de retórica nunca usado pide con tanto ahinco perdón a Berintho como si estoviesse delante y ella le hoviesse errado, habiendo cometido contra él algún desastrado caso. Y entretanto que estas cosas pasan, ¡cuántos sollocos, cuántas lágrimas, cuántos sospiros unos tras otros le [vieras] sacar con grandes ahincos de en medio de las entrañas! Y tras esto, tantos gemidos y tan tristes que cada vez parece que se le arranca el alma. Y en aquella sazón ¿qué tal piensas que está? Echada en la cama, o encima de un estrado, y tan sin color que parece los spíritus vitales haverla desmamparado. Y muchas y muchas vezes quando de aquella manera la veo, pensando que el alma ha hecho segregación de la carne, llevo a tentalla, y hállola tan fría como si de verdad le estoviesse puesto término a su vida. Pues ¿pensarás, hermana, que aunque la tiento toda, y le lavo la cara con agua y la perfume con algunas cosas aplicadas a los semejantes desmayos, que me siente, ni responde, aunque más alto le hablo, no más que si estoviese ya en el verdadero juicio? Y d'esta manera le acontece, y esta vida pasamos con ella casi todos los días. Así que yo he dado conclusión a lo que yo en mi intinción tenía determinado de te dezir, y mi principal intento era para comunicar contigo el remedio, y qué es lo que al presente se deve elegir por mejor. Ahora me puedes dezir si hay algo sobre que arguyas, o si restan tus argumentos con entera solución.

FRANQUILA- Señora Claudia, tan alta manera has tenido en el proceder, y tan planamente y con tanta orden y por tan maravilloso concierto has asuelto mis egnimas, que no solo me has dado noticia perfeta de lo que deseava, pero también has manifestado tu grande facundia en el hablar, tu sotileza de ingenio, tu presteza de entendimiento, tu profunda memoria, tu prontitud en el proceder, tu elegancia en las palabras, tu abundancia en los vocablos, y por concluir, digo que ya yo estava informada de cómo, señora, te davas a la lengua latina, pero ¿quién pensara que tan alto estilo tenias en el razonar? Y pues Dios ha tenido ¡por bien que se ofreciese en que, contra tu voluntad y aliende de lo que yo esperava, me fuessen manifiestas tus grandes cosas, de hoy adelante yo me tendré cargo de sacarte a barrera. En lo demás, proveamos no ocurra algún peligro con nuestra tardança. Y entremos, si te parece, que ya Veturia nos está llamando con la mano.

CLAUDIA- Replicarte quería, que me dexas confusa con tantas adulaciones, pero como dizes el tiempo es largo. Y vamos, que con mucha prisa nos torna a llamar Veturia. Vome. ¿Qué hay?

VETURIA- ¡O hermana Franquila, y cómo vienes a tiempo desseado! Entra, entra, que no se conpadece más pláticas, y a osadas que tenemos haziendas.

FRANQUILA- ¡Jesús, Jesús! Y parece que está muerta Cantaflua.

CLAUDIA- Déxala al presente, que sin dubda es peor hablalle. Y de la manera que está, a según otras veces es tortas y pan pintado.

CANTAFLUA- ¡O mi señor Berintho! ¡Y si cesasen ya tan inmensos dolores de que estoy a la contina cargada! ¡O si cessassen las ansias que por tu causa me vienen! ¡O si cesase de me herir la áspera frecha que, de tus ojos embiada, tiene clavado por medio al atribulado corazón, y con tan triste herida que a una parte ni a otra no le dexa rebolver! ¡O si cesase la llaga que de ninguna medicina recibe remedio! ¡O si cesasen los mortales cuidados que de tu memoria proceden! ¿Por qué, señor, te muestras tan cruel, usando de otra cosa aliende de tu natura? ¿Por qué no apagas la ravia tan cruda que con tu imaginación tiene su aposento en medio del ánima, como en parte donde más puede dañar por ser de conpostura y materia más noble? ¿Por qué a la áspera y terrible cuita que así me aflige no hazes que dé algún alivio a los tristes sentidos? Porque estando ellos jamás despiertos creceré su potencia; y gran remedio me sería tener verdadero conocimiento para sentir de dónde proceden mis males; porque con tal consideración, y costando la causa de mi dolor ser tan justa, gran contentamiento se me causaría porque las potencias de la razón con las espaldas del tal socorro resistirén de manera que siquiera ya no me acabase de consumir.

CLAUDIA- ¿Has oído, Franquila, tal envolver de razones, ni tantas maneras ni tan nuevas investigaciones para venir a concluir lo que quiso? ¿Qué dizes, que no respondes?

FRANQUILA- ¿Qué tengo de dezir? Que estoy más muerta que biva, y tanto siento el mal de Cantaflua que estoy por bolverme sin llevar respuesta de mi embaxada.

CLAUDIA- ¿Cómo? ¿Que con mensage le venías?

FRANQUILA- Sí, y una carta le traigo.

CLAUDIA- ¡O cuitada! ¿Y por qué no lo havías dicho antes? Y hoviéramosla reçucitado aunque estuviera muerta. Espera, espera, y verás por experiencia lo que digo. Señora, señora, que está aquí Franquila y os trae una carta de Berintho, y ha dos horas que espera aquí.

CANTAFLUA- ¿Que cierto es Franquila mi amiga la que está ahí? Ella será de mí con tanta alegría recibida cual fue Claudio [Nero] del compañero y cónsul Livio Salinator, cuando en la ribera del Metauro dieron la batalla al fuerte Asdrúbal. ¡O hermana mía Franquila, y cómo me parece que ha mill años que no te he visto! ¡O qué descuidada eres en mis cosas! ¡O cómo no te acuerdas de quien tanto tu honra desseas! Pero en fin, con tu presencia todas las injurias recibidas revoco de mí ánimo. Biva soy, consolada me veo, no tengo temor de fortuna contraria, [ya, ya] capaz me veo de todo remedio; no hay daño que me pueda empecer.

CLAUDIA- ¿Qué te parece Franquila, si se viese con Berintho?

CANTAFLUA- ¿Qué dixiste, Claudia, de Berintho?

CLAUDIA- Que seríe bien que leyeses esa carta que te dio Franquila, que es de Berintho, y que repliques de manera que estos negocios viniesen



en conclusión, y no anduviésemos las que te desseamos servir vazilando y tan descarriadas como moros sin rey, y de la manera que andan las no perezosas abejas cuando les falta la maestra. ¿Y no has oído dezir, señora, que cuando la cabeza duele todos los miembros duelen? ¿Y no miras que en las guerras, muerto el capitán, todo el ejército perece? Y sola la presencia del rey Alexandre sostenía la monarchia del mundo, por donde cobró renombre de monarcha universal; pero muerto él, ¿cómo se dividieron sus reinos, y cómo la potencia de su imperio se diminuyó, y cómo sus gentes, peregrinas entre las nasciones extrañas, se descarriaron! Y considerada la astucia, el fuerte romano llamado Mucio, que después del suceso próspero le llamaron Scévola, ¿cómo no procuró de matar salvo al rey Porsena por libertar de tantas fatigas su propia patria? ¿Y no miras qu'estava prophetado: «Herirán al pastor y desparzirse han las ovejas». Mira, mira, señora, lo que cumple a tu persona y familia, y a tus dos niñas hermanas que están huérfanas, y pues Dios permitió que tú, careciendo de padre y madre, fueses la cabeça de la casa principal de tu linage, no quieras, complaziendo a tus parientes, destruirnos a todos. Mira el término en que han venido los hechos y el estado en que están, y mira que todos sus consejos son siguiendo cada uno su propio interese, y al cabo veo que dize cada uno lo que bien le está, y después vase a holgar a su casa con su muger y hijos y no cura de los enojos que dexa sembrados; y assi cada uno con su pasión, siguiendo su apetito, daña lo que puede. No digo más, que estoy [indignada], y podría ser que hablase algo de que después me arrepentiese. Pero si me quíes entender, lo dicho te abasta.

CANTAFLUA- ¿Qué te parece, amiga Franquilla, de lo que ha dicho Claudia?

FRANQUILA- Qu'es, señora, donzella sabia, y más experta en negocios de lo que su tierna edad lo requiere. Y quiérete mucho, y con el amor determinase a osarte dezir la verdad tan descalçamente como has visto.

CANTAFLUA- Y acerca de lo que ha dicho, ¿qué seríe tu parecer?

FRANQUILA- Ley, señora, la carta, y mira lo que en ella viene, y después, si sobre todo quisieres mi parecer, por servirte diré lo que siento.

CANTAFLUA- Astutamente has hablado. Así lo hago.

Carta de Berintho a Cantaflua

Señora mía y todo mi bien:

No me trabajo ni procuro ya por reservar el bivar de tan inominiosos cuidados; ni menos me muestro solícito por deviar en algo la desesperación de la amanzillada vida que sostengo; ni menos me hago tan no perezoso en certificaros ahora de nuevo mis males por causar en el corazón alivio, pues la incertidumbre de su remedio le ha causado infinidad de pena; ni menos procuro en buscar vía algún tanto segura por do mis desacompañados suspiros caminen, pues su asidua costumbre, ya en las entrañas raigada, los tiene avisados de la perpetuidad de su dolorido exercicio. Pero el deseo tan acucioso de seguir vuestra voluntad me dio alas para hazeros cierta de cómo ya mis condolidas ansias me tienen constituido en el extremo. Y la desventurada muerte, como vee mi vida en el fin, mostrándose más rigurosa no exsecuta el odio que tiene con el género humano, aunque está avisada del grato consentimiento que mis potencias prestan con voluntad agradable,

eligendo el menor mal por cosa más segura. Y los impedimentos y obstáculos que antepone para escusarse de mi tan acuciosa porfía son dezir que me querello sin causa, y que se requiere voto y especial consentimiento de la causa primera, de donde todo depende como de parte más principal, de manera que estando el ánima con vos no puede ser separada de las carnes sin ser primero libertada de las prisiones en que está -grave cosa en verdad- para sentir que aún no tenga libertad para consentir en mi desesperación. Y así, a lo que parece notorio, la vida y muerte tenéis en la mano y alvedrio ageno de todo cuidado para dicerner. Gran descanso sentiría que feneciesen ya tan ansiosas querellas con que cada día mil cuentos de pasiones os acarreo porque con la memoria de vuestro reposado bivar, y considerando vuestra determinada voluntad, permanecería contento en cualquier parte que mi tan desconsolada vida por vuestro mando se determinase. Y pues en tales términos están las cosas, y todo mi deseo depende de lo que mandáis que se siga, la demás dilación y el tardarse el espíritu en la enflaquecida carne de los tormentos passados será a vuestra culpa, y diré a bozes que no solo consentís en mi muerte pero que aprováis en la total detención del ánima, que no haze, ni en más se trabaja, el enemigo mortal de la humana natura. Lo demás que para concluir era necessario, a la discreta y tan solícita intercesora de mi remedio va remitido, a la cual aliende de la carta en todo se dará entero crédito.

FRANQUILA- Ya me parece, señora, que has leído la carta, pues te la veo estar doblando y apretando en las manos. Ahora nos di lo que sientes, o qué es lo que mandas que hagamos.

CANTAFLUA- ¡O quién nunca hoviera sido nascida! ¡O quién no biviese una hora en el mundo! ¡O cómo para las cosas de donde depende mi remedio, y para en las cosas necessarias a mi salud, y para en los medios convenientes a la medicina de mi mal, veo claramente por especial providencia estar suspensos los agentes de la natura! ¡O cómo mis sentidos y los de más familiares amigos han conspirado contra mí, y con qué familiaridad están juntos desseando mi total destrucción solamente por complazer a la sensualidad, causa principal de la conjuración y liga que mi doméstica familia contra mí fabricó! ¡O quién, viendo tan acelerado tormento, se fuesse donde gentes ni criatura que toviessse sensitiva potencia habitase! ¡O si mi perpetua morada fuese ya en compañía de las hijas de la [deusal de la noche o de los brutos animales, o en algún yermo donde con vista de cosa criada no se me causase refrigerio! ¡O si mis tristes días pusiesen fin a tan enojosa jornada! Y sin dubda este seríe el más saludable remedio.

CLAUDIA- Paréceme, Franquilla, que alguna çoçobra o desabrido razonamiento venia en la carta. ¿No estás atenta a las blasfemias tan emponçoñadas que está sacando por aquella lengua como si estoviese raviando? ¿Y no miras cómo no tiene figura de muger?

FRANQUILA- Muy dubdosa estoy que Cantaflua ya pueda bivar. ¡O qué enseñoreada la tiene este tan incomparable dolor! No sé qué diga, pues claramente vemos que en ninguna cosa es señora de si. Pero oigamos, que ya torna a razonar, aunque ninguna confiança tengo de llevar respuesta conveniente a la intinción de Berintho.

CANTAFLUA- ¡O triste y desventurada donzella! ¡O desconsolada muger! ¡O enojosa muerte, y tan enemiga de toda bivalente criatura! ¿Por qué no vienes, por qué no ejercitas tus fuerças contra mí? ¿Por qué te arriedras, por qué huyes?, pues no serás recibida de la manera ni con los lloros que en las otras moradas. ¡O cuán delectable me sería tu vista! ¡O cuánto gozo sentiría con tu horrible y espantosa visión! Ven, ven, ¿qué aguardas? No pienses que hallarás remedios contra tus males, ni pienses que los obstáculos que te acostumbran poner te detendrán solo un momento que no executes tu riguroso trance. Y si esta tan señalada gracia me hizieses, mi señor y todo mi descanso y verdadero bien no estarié tan lastimado, no estarié con tanto tormento, no sentirié tan grandes angustias a mi causa, no sentirié las ansias mortales que de continuo le acompañan, no estarié abrasado en un nefandissimo huego de que veo a la clara su spiritu circuncigido. Y sus ansias descansarían, sus pasiones tomanan reposo, su vida estarié con sosiego, sus sentidos recibirén alivio, su atormentado corazón recibiré descanso de los enojos que de continuo le maltratan, sus ojos cessarian de vañar su rostro con sus vergonçosas lágrimas. De manera que grandes bienes y grande alegría me vendría con tu visitación, y silo dexas porque tienes por cierto que de todo en todo recibiré descanso, no te detenga esse inconveniente, porque gran dolor llevaré sin dubda a la otra vida por no haver gozado de la dulce conversación de mi amado Berintho. Y estas vacilaciones aun son las que más me fatigan, pero como sienta su mal por más principal elijo la muerte, permitiendo el menor inconveniente por evitar el mayor y más principal. Y concluyendo, de mí no oirás las blasfemias ni abominaciones que en las otras partes que inquiriendo nuevos modos de hablar manifiestan de ti grandes obprobios: llamándote arrebatada, llamándote cruel -que en el siglo se tiene por harto mal renombre-. Otros te llaman triste, y executor riguroso, y por aquí como bien sabes cada uno habla lo que bien le parece, y de miedo no lo dexan porque ya saben que tarde o temprano han de seguir tu camino, pues ni tienes amigo ni perdonas a nadie. Pero de mí sey cierta que serás llamada piadosa, dulce, misericordiosa y muy caritativa, sin la cual virtud criatura bivalente es imposible salvarse. Aliende d'esto me serás muy grata, muy delectable, muy amorosa, no enojosa, no [dolorosa], ni momento de fastidio me causarás, pues ya estoy determinada, mirando los rezios inconvenientes, los desastrados casos que a causa de mi bivar se esperan suceder.

FRANQUILA- ¡O válame la Virgen que concibió sin dolor! ¿De dónde halla esta muger tanta nueva invención y tan inopinadas maneras de hablar? Pero diga lo que quisiere, que señal ha dado por donde mi partido está bien seguro, y de hoy más, al menos para efectuar mi propósito, no espero mala nueva. ¿Tal estás, hermana? ¿Quién creyese que no encubriría lo que tiene en el pensamiento, según lo mucho que sabe, si estoviese en su mano? Pero bien dizen que harto liviano es el dolor que la capacidad del seso abasta a lo encubrir. Pero ya yo la vi en tiempo que hablando en los negocios se berelingava mucho, aunque todavía se holgava de las pláticas. Pero con todo esso, como no la aguijavan ni la metién en el tormento, que ahora mucho jugava con su lomo, y todas las cosas quería llevar, nivelándolas por compás. Mas agora ya, ya en tal estado está el negocio que no abastó

certificármelo Claudia, sino que también han querido hazérmelo ver con los ojos. Duerme, duerme seguro, Berintho, que tres juegos tienes hechos, y el rey y el matador en la mano. ¡Bien está, bien está! Esto es lo que yo deseaba, que no estar haciendo mucho del seso y deseando la cosa y querer que invisiblemente se efectuara todo. Pero con todo eso, es grandísima lástima de ver una donzella de tan poca edad, y tan hermosa, y de antiguo y illustre linage, y huérfana de padres, d'esta manera tan agena de sí. ¡O alta potencia y soberana deidad! ¡Y por cuántos modos vienen los inconvenientes a las gentes en este mundo triste y de miseria, y por cuántas formas se paran las assechanças contra el género humano! Así se lee en la vida de los Santos Padres que Santo Antonio Abad vido sobre la tierra tantos lazos parados del enemigo de la humana natura que maravillado dixo: «¿Y quién podrá pasar sin caer?» Y dizen que por una boz le fue respondido: «Antonio, con la humildad se [pasan] todos». Esto me ha ocurrido a la memoria por lo que entre mí mesma estava diziendo de tanto género de assechanças.

CLAUDIA- Dexa, Franquila, el hablar entre dientes, y dexa el llorar, pues nada aprovecha, y procedamos hasta dar conclusión en el verdadero remedio.

FRANQUILA- ¿Pues cómo, hermana, no quíes que llore tan gran desventura? ¿No quíes que me duela? ¿No quíes que la carne use de su propia natura? ¿No miras que hazer otra cosa es [inhumanidad] y semejar a los animales salvages? Pero en essotro que dizes del remedio, bien está: quiero traer la causa a essos términos, pues que así te parece.

CLAUDIA- Bien has dicho. Mira qu'es hora.

CANTAFLUA- Mucho querría, amiga Franquila, que tú y Claudia -pues como ves la tengo en lugar de hermana- os encargádes de tomar esta carga a vuestras cuestras, pensando el medio más provechoso y el más conveniente al verdadero fin, y en lo que os determinádes tendré por más seguro y por más sano consejo. Y de mí no esperés otra respuesta, porque como veis estoy tal, y el ánimo tan dubdoso, que ligeramente me inclinaré sin que en cosa retroceda de lo que vosotras ordenádes. Devéislo hazer; y tú, Franquila, que te vala y guíe el Spíritu Santo, di primero lo que sientes.

FRANQUILA- Pues que así, señora, lo mandas y essa es tu voluntad, ¿qué necessidad hay de circunloquios, sino venir a lo que haze al caso? Escribe a Berintho lo que te parecerá, porque le consolarás mucho, pues tu vida depende de su salud y por el contrario, pues sois tan correlativos, a lo que entramos dezís. En lo demás, si mandares yo concertaré que mañana a las dos, como que se viene a holgar a las huertas, se entre por la puerta que está d'esta otra parte de la ermita. Y pues hay buen aposento, secretamente podréis hablar en presencia de Claudia, y harto será de mal si os desconcertádes.

CANTAFLUA- Y tú, Claudia, ¿qué dizes de lo que Franquila ha dicho?

CLAUDIA- Qu'es el verdadero seso, pues en tales conjunturas no se ha de mirar inconveniente ni cosa que le paresca.

CANTAFLUA- Bien lo has pensado, y en esso me determino, y pues que entrambas estáis concordes, la carta quiero escrevir. Llámame acá a Veturia. Y tú, Franquila, de palabra concertarás lo demás.

CLAUDIA- Amiga Veturia, mira que te llama Cantaflua, y pienso que se quiere levantar.

VETURIA- Ya voy, que oyendo estava todo lo que havéis concertado, y sin dubda es sano consejo. Y porque vi que se concluyó en lo que mejor está no he entrado. Y pues así es, yo me entro a ver lo que quiere.

CANTAFLUA- Madre, dame de vestir, y ponme aquí recabdo para escrevir, que pues hablavas con Claudia y con Franquilla ya te havrán informado de lo que pasa.

VETURIA- Señora mía, muy bien está así. Y mirad lo que os cumple y renegá de parientes, pues el daño que por ellos os ha venido es notorio, y a osadas que la herida que havéis cobrado por su consejo que no os la cubra pelo.

CANTAFLUA- Gran consolación es para mí, madre Veturia, que una muger de tu edad y de tanta autoridad aprueve lo que está determinado, y más que tanto de veras lo estás afirmando. Y pues así es, yo quiero despachar a Franquilla.

VETURIA- Grandes bozes parece que suenan en la iglesia: quiero ver que es.

CANTAFLUA- Espera un poco.

VETURIA- ¿Qué me dizes, señora?

CANTAFLUA- Que llesves esta carta y la des a Franquilla.

VETURIA- Cata aquí, Franquilla hermana, la carta, ponía a buen recabdo, y antes que te vayas hablarás a Cantaflua. ¿Pero qué es esso que estáis mirando por la ventana, o qué es esso que suena en la iglesia?

FRANQUILA- Por mi fe, [he] de llamar a Cantaflua y verá un juego de toros. ¡Señora Cantaflua, señora Cantaflua! Assí gozes de lo que más desseas y veas cumplida tu voluntad, que te acerques aquí a la ventana.

CANTAFLUA- Por te complazer, a mí me plaze, pero ¿qué es? Que muy regozijada te veo.

FRANQUILA- Pues ¿qué, señora, si sopieses la razón que para ello tengo? Pero está atenta.

CANTAFLUA- ¿Qué hombres son esos que suenan en la iglesia?

FRANQUILA- Aquel que habla alto y está muy cargado de armas es un rufián, criado de Berintho, el más gracioso hombre del mundo. Y a lo que parece, él deve haver hecho alguna travesura o qualque vellaquería de las que suele, y viénese a sagrado.

CLAUDIA- En verdad, si fuera Jueves Santo, que pensara, según está, que [viene] a guardar el monumento.

FRANQUILA- Así lo haze. Pero oye, oye, Claudia, que ya encomiença sus blasonerías.

*Cena octava,*  
*en que se introduzen Galterio y el padre de la mancebia y Aminthas, y*  
*Franquilla y Claudia y Cantaflua, y Simaco y Menedemo*

GALTERIO- ¿Hay tal cosa en el mundo? No sé cómo vosotros consentís tal cosa, y si estoy enojado no es sino por lo que cumple a la manera de todos. Que por mí, ¡cómo esos çurrones me han pasado por los oídos! ¡Y cómo un hombre que ha poco más de cinco años que tiene casa de trato se havia de poner conmigo papo a papo y a tú por tú, sin tener el conoscimiento que era razón, como vosotros sabéis, que ha más de veinte años que no entiendo sino en honraros a todos! ¡Como si hoy fuera el primer día que me encargara de muger! Pero también, como dizen, en honraros a vosotros me honro a mi. Y así van las cosas conforme a ley y razón. Que aun Dios no hizo los dedos de la mano iguales, y en el pueblo a quien él tanto amó, sé que personas hovo señaladas de la otra gente, como fueron los reyes, los sumos sacerdotes, y los juezes, etc. ¿Qué es lo que me dizís, que calláis todos?

PADRE- Tienes la mayor razón del mundo. ¿Qué hemos de dezir, sino que se concierte un ruido hechizo a su puerta, y se le corte un braço o la cara?

GALTERIO- ¿Cómo un braço? Luego d'esa manera quedando las cosas sin castigo, cada uno se atreverá. Dexaldo, que yo haré de las mías. ¿No sabés vosotros lo del otro de Córdoba?

PADRE- ¡Bueno estarié par Dios quien no lo supiese! Pero cosa es de saber: si sabié este los oficios que havías tenido, porque si no lo sabía, no tiene tanta culpa.

GALTERIO- ¿Cómo silo sabía? ¿Hay algún niño en la ciudad que d'eso esté ignorante?

FRANQUILA- ¡Ay, negros y amargos fueron estos oficios!

AMINTHAS- ¡O hermano Galterio, y cómo estás! ¿Hay necessidad que vaya a llamar a los de casa? Mira qu'es vergúença que estés aquí.

GALTERIO- ¿Vergúença dizes? De malhazer me guarde Dios y de tomar lo ageno, que lo demás, hechos son de hombres.

FRANQUILA- Aquel que entró agora es page, y aun algo pariente de Berintho, y es un discreto mancebo.

CANTAFLUA- Espantada me tiene esse hombre, diablo deve ser.

FRANQUILA- Si quiés, señora, oille, y te huelgas d'ello, hazelle he dezir maravillas.

CLAUDIA- Sí, por tu vida, Franquilla, que mi señora descansara.

CANTAFLUA- Pues que a mí no me [puede] ver, bien puedes hablar, siquiera por satisfazer a Claudia, que a mi parecer tiene gana de burlas.

FRANQUILA- Amigo Galterio, ¿qué buena venida es esta?

GALTERIO- Padre y compañeros, andad en buena hora, que me parece que me quiere hablar aquella señora. Y aquí estoy a la honra de todos a medianoche y a cualquier hora.

PADRE- Pues a Dios quedes encomendado y avisarnos has de cualquier cosa que suceda.

GALTERIO- Pues eso, como en la mano.

FRANQUILA- ¿Hasme oído, Galterio?

GALTERIO- Señora Franquila, perdona, ¿pero también andas tú por los cimiterios? ¿Ha por aventura sucedido algo por donde hayamos de matar cinco o seis hombres y se emiende lo que en estotro se erró?

FRANQUILA- ¿Qué ha sido, por mi amor, Galterio? Que según tus cosas son rezias, temor tengo no hayas cometido algún improviso caso.

GALTERIO- Plázeme, señora, que ya me tienes conocido. Y hasta agora poco se ha ecedido, aunque en poco estovo. Pero aún hay sol en los tejados.

FRANQUILA- Mas, por mi vida, me digas qué ha sido.

GALTERIO- Travesámonos en palabras Chaves el tavernero y yo, y pasóme por pensamiento poner mano a la espada. Y como por alguna muestra que hize se supo en la ciudad, hovo tan grande alboroto, como me conocen ya que mis cosas no son más de encomençar, que con el temor grande en un credo hovo mil hombres armados, y por scusar escándalos sobre cosa liviana sallíme fuera de la ciudad. Y parecióle al padre y a aquellos hombres de bien que con él estavan que por acatar en algo a la justicia, y por bien parecer y escusar el dezir de las gentes, nos viniésemos un rato a holgar aquí a señora Santa Isabel, y también porque entretanto se apaziguase la gente.

FRANQUILA- ¡Por mi fe, él está donoso! En verdad que aunque lo tengo por fanfarrón, cuando d'esta manera le vi cuidé que habría muerto algún hombre a lo menos.

CANTAFLUA- Mucho me he holgado en oílo. Pero tal hombre como este, ¿para qué lo tiene Berintho en su casa? Que parece escandaloso y cometedor de malas hazañas.

FRANQUILA- Antes es de buena conversación, salvo que le han de çufrir todas essas mentiras. Pero sin dubda el que no le conosco le tiene por algún diablo.

CLAUDIA- ¡Jesús! En mi vida oí dezir hombre d'esta arte. Mas cierto, tarde se haze y hora es que te vayas, porque Apolo ya está aposentado en el ocaso, y también las noturnas tiñeblas a más andar vienen amenaçando la luz.

CANTAFLUA- Bien dize Claudia. Ve en paz. Y en lo demás, según que te [pareciere] darás la mejor orden que vieres, conformándote con el tiempo y con la calidad del negocio. Y porque estoy algo fatigada, yo me voy a reposar.

GALTERIO- Señora Franquila, no parece que precias los tuyos, por verte en sagrado.

FRANQUILA- Ya abaxo, hermano Galterio, y por esso no te respondía.

CLAUDIA- Contigo voy por hablar a Aminthas, por ser como me has dicho de noble linage y tan acepto a Berintho. Y también no podrá ser que a las bueltas no oigamos a Galterio algún cuento de hazañas viejas, que ya yo que le conosco no me hartaría de oílle. Y anda adelante, hermana, y mira que está el escalera oscura.

FRANQUILA- Señor Aminthas, ¿qué venida tan no pensada ha sido esta? ¿Vienes por aventura a favorecer a Galterio?

AMINTHAS- Antes él nos puede favorecer a todos. Pero acaso allá en casa nos informaron de lo que había sucedido, y hove de venir a saber qué cosa era, pues la honra de mi señor Berintho es que sus criados seamos favorecidos, y a su servicio cumple que miremos unos por otros.

GALTERIO- Y creo que piensas, señora, que no tiene hombre quien haga por él. Pues aún tiene parientes en la corte, y hartos amigos como has visto. Y siempre me precie d'esto, porque como dizen: «Guay del solo, etc.»; y «En la tierra agena la vaca corre al buey»; y «El que solo come su gallo, solo ensilla su cavallo».

FRANQUILA- Bien me parece, porque siempre se os ofrecen a vosotros algunas cosillas.

GALTERIO- A mí para esso, que de seis meses a esta parte tres vezes he puesto en rebato al Andalucía. Y aun yo te juro que sin sabello yo, es esta la hora que [han dado] su paga al tavernero.

AMINTHAS- Antes fue a la posada a desculpase, pensando que estavas allá, y el mayordomo le asseguró de ti y de los de casa.

GALTERIO- Con esso luego estará sosegada la ciudad. Pero pues que así es, ¿qué tengo de hazer? ¿Tengo de quebrantar la palabra del mayordomo? ¡Bueno estaría! ¡Cómo es sabrosico! Pues no me cumplieré parar en el reino.

FRANQUILA- Luego, ¿ya no hay inconveniente ninguno?

AMINTHAS- Todo está pacífico.

GALTERIO- ¿Cómo todo está pacífico? ¿Y no miras lo que dizes, Aminthas? ¿Y la justicia es muerta? Pues llégate al alcalde del crimen o al alcalde mayor y verás cómo te dizen luego que conviene a la república que los delitos sean castigados, y esso es. ¿Que no te començarán luego a cantar un prólogo más largo que [sayo] de rufián taimado, diciendo: «Conviene al bueno y grave presidente curar que la tierra que gobierna esté pacífica, lo cual hará sin dificultad si haze que caresca de los hombres de mal bivar»? Y por aquí te dirán una retartalilla más larga que la fábula de Orestes, de la que dize el Juvenal que estava escripta en el libro y en las márgenes y en las coberturas, y que aún no estava acabada. Y es verdad, que deque la parte pierde la querella, ¿no hazen luego al escrivano poner un auto, diciendo que ellos toman el proceso en el estado en que está, y pues no hay querellante, que de su oficio entienden proceder en la causa? Y malformado irá, que esso es. Tomaldos luego por descaminados en las cosas del provecho de su bolsa. Y si les ruegan diciendo que pues no hay parte querellosa se hayan piadosamente, echaldes, verés dado falso, que luego os cufrirán meter la cuña. Teneldes el pie al herrar, aunque más hayáis passado por Xerez y tenido la Pascua en Carmona. Guay del que toman entre manos, que más purgado queda que si acabase de hazer cuenta con el ventero de Lleruela o de Totana, o con el mesonero que solía estar en Osuna: que no lo puedo más encarecer. ¡Y cómo s'enojan diciendo con mucha gravedad: «Y al rey ¿quién le quita su suprema jurisdicción? ¿Y qué cuidado tengo yo de la parte?»! Por esso, no nos engañemos, Aminthas. Mirá que es mala burla jugar hombre con su cabeça, y como dizen: «Quien adelante no mira, atrás se halla», y «Bien canta Marta, después que está harta». Pues presentaos a la cárcel sin queden la palabra a persona de quien tengan vergüença, que deque os tengan en el vanasto, no harán salvo lo que bien les estoviere. Pues



quexaos d'ellos, que aprovecharos ha como dar con el puño en el cielo, o como echar lanças en la mar. Y no os dirán a dos por tres sino «Quien engaña al ladrón, cient días gana de perdón»; y que el engaño, para administrar justicia, es lícito en derecho; y que aun en tal caso no es obligatorio el juramento. Y no hayáis miedo que los vencáis con razones, a osadas. Y siles dezís que las personas de bien han de cumplir su palabra aunque sean justicias, luego saltan como granizo [en] alvarda, diciendo: «Ni rey traidor, ni papa descomulgado», y que «Quien no fa befa no porta penacho». Así que, mancebo, mancebo, ¡y cómo sois de antaño! ¡Y cómo érades niño cuando nascistes, que aún os tenéis el pico amarillo y la leche en los rostros!

AMINTHAS- Por mi consciencia, que he descansado en oírte.

GALTERIO- Pues de lo que una vez te secrestaren, medio [havrán] como del virgo de Justilla que se fue en gostaduras. Y de lo que hizieren tendréis redención, tuerto o ciego o tal cual fuere, como por los cerros de Ubeda. Pues apelá si os plaze y trabajá por tomar un lobo con otro, que no es más que querer coger agua con harnero o soplar el aire. ¿Y espantado estás, Aminthas? Creo que pensavas que no sabía cuántas son cinco. Pues más se me entiende que pan por pan y vino por vino.

AMINTHAS- En fin, has dicho tú paso a paso que «Justicia, justicia, mas no por nuestras casas».

GALTERIO- ¿Pues qué te piensas? ¡Bovea el moco! A la fe, a tuerto o a derecho ayude Dios a nuestro concejo.

AMINTHAS- Sí, pero bien sabes que no es tan fiero el león como lo pintan, ni las cosas nunca se llevan por los cabos.

GALTERIO- Pues cierto es, que aunque son como digo una mala savandija, y a diestro o a siniestro su casa ha de estar hasta el techo y, como dizen, llena como colmena, mas no hincan tanto las uñas com el vulgo dize. Y siempre las cosas no son tanto como suenan, ni menos procuran por llegar el lobo a la mata, solamente que ellos hagan su facto, que no andan tras otra cosa. Porque de otra manera no havrié hombre bivo, según la justicia es delgada y por doquiera se cuela. Y también, muchas vezes juegan a «Hazme la barva y hazert'he el copete», y en fin son, como dizen, dos a dos y tres al mohino.

AMINTHAS- Déxalos, ya no profaces más d'ellos, que en fin «Su alma en su palma».

GALTERIO- ¡En su palma ellos se lo querían! A la fe, dígole yo en el infierno.

AMINTHAS- Pues qu'eso sea, los escrivanos lo emiendan algo, yo lo aseguro.

GALTERIO- ¡Sí, sí, llegaos a Bornos cuales otros que bien bailan o bien hilan! Sobre que, en yendo a hazer la información del delicto, lo primero que preguntan es si hay pluma. Y si la hallan, no juegan sino a más tomar, como cosa que les viene de bóbilis bóbilis, y de pequeño delicto te ensartan más papeles que están en casa de boticario viejo. Por esso, ándate tras ellos a cojer lo que se les cae, y en achaque de su amistad no hagas sino di alguna mala palabra a tu vezino, que aunqu'él no se quexe, te tendrán pintado en cabeça de proceso, y cuando no te cates verás el alguazil por tus puertas.

AMINTHAS- Comoquier que sea, es todavía buena cosa tenellos por amigos.

GALTERIO- Ya digo que «Buen amigo es el gato, sino que rascaña». Amigos son ellos de sus hijos, y de que su muger vaya a la iglesia demodrada de las otras y más polida que sus vezinas. Y a la obra me remito, y pruévalo si te parece, que mucho estás hablando de oídas y «de los escarmentados se levantan los arteros». Bien me entien3845 des.

AMINTHAS- Al cabo estoy. ¿Que dizes que los has provado? Púes ya puede ser que otros digan otras cosa, porque ninguno cuenta de la feria sino cómo le fue en ella.

GALTERIO- Déxame d'esas parolas, que todo lo hazen parejo y a todos les veo que trasquilan con unas tiseras. Y al que alivian en algo, por malos de sus pecados que no lo hazen salvo por sacar [raja]: cuanto que tal honra, ni grado, ni gracias, la voluntad les mira, como dixo el espíritu deque se fue del cuerpo del otro: «La intinción me alcança, que no el palo de la barca».

AMINTHAS- Pues que esso sea, ¿no diziés ayer a Simaco allá en casa la grande amistad que tenias con la justicia?

GALTERIO- ¡Para el hideputa que no es de Córdoba! Hermano, hermano, ¿y los bocados me cuentas? ¡Bueno, par Dios, y aún así medra hombre car'atrás! ¿Y qué necesidad tienes de lo que digo hoy acordarte mañana? Mira, ¿si has de ser mi coronista? Y creo que me andas royendo los çancajos.

AMINTHAS- No, pero sé que cierto es que conversas mucho con el corregidor y teniente y alguaziles.

GALTERIO- No sé nada, y cingome mi perigallo. Nunca vi buen exemplo d'esas conversaciones, no me entres por ahí. Da al diablo amistad de la justicia: so color d'eso ponte en sus manos, verás. Bueno estaría yo si con essa confiança me asegurase, y quiçá me quitara el jubón bivar con Berintho. Pero ¿quiés saber la verdad de lo que pasa? Ellos dan oído al que les va con algunas nuevas y aun háblales bien; y al fin, como dizen, el rey huélgase de la traición, mas no del que la haze. Y porque les tornen con chismes, a los tales donde los encuentran háblanles bien, y aun algunas vezes los halagan. Pero debaxo de la buena parola está lo triste facto, como dize el italiano. También, asimismo a los tales déxanles traer una espada, y aun con condición que la traigan cubierta, y cada vez que los encuentran les dizen que miren su honra y que la traigan honestamente. Y al fin, fin: al cabo del año estas amistades con alguaziles cuestan caras. Mas que yo d'ellos espere otra cosa ni tenga confiança en nada, no lo creas, que como dize el refrán: «Más vale salto de mata»; y como dize el otro: «Dame dineros y no me des consejo».

AMINTHAS- Bien te entiendo, pues aun esse otro a mi ver tiene más necesidad de consejo que de dineros. En lo demás, creo que estás en lo cierto.

GALTERIO- No, ¡qué bovo es el moco! Metelde el dedo en la boca, tentalde el diente. Y a lo que tengo entendido, creo que piensas que todo lo que dize el pandero es vero. Pues ándate tras mí, que se me cae la capa, y ni tengo padre ni soy del lugar. Que primero que me entiendas havrás comido

seis cahizes de sal. Por esso, no hagas sino escribe bien y tener ansi en la memoria lo que me oyes, que me mamo los dedos.

FRANQUILA- Bien será echar el bastón. Y en fin, aunque más temor tengas a la justicia, ¿osarás ir de aquí a casa de Berintho?

GALTERIO- ¿Cómo temor? Pues si viniesen todos los alguaziles, y la calle llena de gente, me atrevería a romper por medio hasta llegar a la posada, y guay del que cogese delante, que en hora mala lo havrié parido su madre. Y llegando hombre allá bien pueden repicar a maitines, porque como dizen: «Cada gallo en su muladar».

FRANQUILA- Todo esso me parece como hecho de perlas, y pues así es, vamos. Pero llégate acá, señor Aminthas, un poco y está atento, que la señora Claudia te quiere hablar, porque le he informado de quién eres y de lo mucho que merece tu persona.

AMINTHAS- En verdad, señora Claudia, en ello yo recibo señalada merced, y gano tanto que al menos para mi contento cosa no me pudiera avenir en que mi voluntad más delectación recibiese. Y sin dubda no holgó tanto Antipatro con las saludes escritas en la carta del gran Alexandre, vencida la segunda batalla contra Darío, quanto yo huelgo con tan señalada gracia como he recibido en que tu graciosa persona y tan extimada de todos se huelgue de me recibir por su servidor. Ni menos tan grata fue al Senado la solercia del niño Papirio, quanto a mis ojos es tu sobrada hermosura y gracia.

FRANQUILA- No consiento, Aminthas, que pases adelante, porque te vas entrando en muchas honduras; y si encomienças con tus retóricas no acabaremos hogaño.

CLAUDIA- Muy dulce me ha sido tu razonamiento, señor Aminthas, y la merced, yo la he rescebido con tu vista, y yo soy la que en el travar del conocimiento he ganado. En lo demás, el tiempo más oportunidad no concede, y aun me parece que me está dando bozes Veturia.

FRANQUILA- Pues de tu licencia nos imos, y poco a poco llegaremos a casa de Berintho.

CLAUDIA- El ángel de la paz vaya en vuestra guarda. Y sin dubda no hay hombre en el mundo del arte de Galterio, al menos para mi condición.

GALTERIO- ¿De espacio dizes, señora Franquilla, que hemos de ir? ¡Buenos estamos! ¿Y no ves que ha media hora y aun más que, sabiendo la cuenta del polo ártico, se podrié conoscer el número de la horas?

AMINTHAS- Pues bien dizes, anda delante, que bueno andas con tus astrologías.

GALTERIO- Mejor andas, Aminthas, tú de boda en boda. Pues mira, que «Quien todo lo quiere, etc.». Y no digo más, porque «A buen callar llaman Sancho».

FRANQUILA- Déxalo, si no, nunca acabaras con él. Mas dime: ¿qué te parece de Claudia?

AMINTHAS- Qu'es una de las hermosas y acabadas donzellas de cuantas yo he visto.

FRANQUILA- Pues aliende d'esso es muy discreta, y tanto que no lo podrías pensar.

AMINTHAS- D'eso no digo nada, porque en fin sabrá a muger, pero en lo demás de su persona digo que es muy graciosa en extremo, y asaz dotada de las perfecciones de natura. Y mucho me huelgo en conocella, especialmente a tu causa. ¿Pero quién es? ¿Es de aquí de la ciudad?

FRANQUILA- ¡Guárdenos Dios de mal! Es de los muy principales caballeros y muy rica. Y como no tiene padre ni madre, y es algo parienta de Cantaflua, ha más de tres o cuatro años que se está con ella. Pero muy gran dote tiene y muchas possessiones.

AMINTHAS- Holgado me he de ser informado de lo que dizes, porque yo por donzella de Cantaflua la tenía.

FRANQUILA- Lo que te he dicho pasa.

GALTERIO- Alarga el paso, Aminthas, que parece que te llevan novio, que ya imos cerca de casa.

AMINTHAS- Pues, ¿qué quíes? ¿Tengo de ir como quien va a ganar beneficio? ¿No has oído dezir que «Por mucho madrugar, etc.»?

GALTERIO- Luego le harés callar o le vencerés con remoquetes. ¡Par Dios, no más que si se hoviera criado en el alcaná! Do a la maldición estos rapaces si no tienen mill agudezas para el mal.

AMINTHAS- ¿Qué hablas entre dientes, Galterio? Que parece que vas como el que jura falso.

GALTERIO- «Acá lo ha Marta con sus pollos»; «Topado ha Sancho con su rocín», no te cures.

AMINTHAS- ¡O cómo te huelgas de la soledad, y de no conversar con nadie! Pues para ser Diógenes, aquel tan estremado entre todos los antiguos filósofos, serié mucho.

GALTERIO- «Más vale ir solo que mal acompañado».

AMINTHAS- Por Dios, que nos adobas.

GALTERIO- «Mal me quieren mis comadres, etc.»

FRANQUILA- ¡O cuitada de mí! Estoyme abrasando en ell amor de Aminthas, y diera cuanto en el mundo tengo, y aun mi mesma vida, porque me hoviera hablado alguna palabra amorosa o hecho alguna muestra de amor; y ha media hora que venimos hablando, y de unas palabras en otras ha venido conversando conmigo como si en su vida me hoviera visto. ¿Vídose tal cosa jamás? Para frezco es bueno, y en fin dizen bien que «Amor de niño, agua en cesto». ¡O desventurada de mí, y cómo no tengo dicha! A osadas que no digan por mi «A quien Dios quiere bien, la casa le sabe». ¡O cómo nunca veo señal de salud! ¡O cómo todas las cosas se tornan al contrario! Bien dizen que no hay cosa segura, y que el hombre propone y Dios dispone.

SIMACO- ¿No miras, no miras, Menedemo? Franquilla y Aminthas y Galterio vienen juntos, y aun ya suben la escalera.

MENEDEMO- Sí, por los Santos de Dios, verdad dizes. ¡O hecho y suceso próspero! Quiera el Señor que padeció en la cruz por amor del género humano que las nuevas vengan según esperamos, que bien son menester.

FRANQUILA- ¿Qué os parece, hermanos? ¿Soy buena mensajera? Pues que vengo, no esperés malas nuevas, que en verdad, de otra manera con Aminthas os embiara la respuesta, porque temor tuve en negociar con gente

nueva. Y como sabéis, cosa peligrosa es caminar con cierco, y navegar contra viento, y nadar agua arriba, y conversar con los temerosos y no experimentados, como son las donzellas y personas semejantes, que siempre sus respuestas son cargadas de mill recelos y acompañadas de mill géneros de temores.

MENEDEMO- ¡O cómo nos has hecho bienaventurados con tal seguridad! Y cierto nos has tornado de muerte a vida; y porque lo creas, entra y detente un poco, porque al menos para contigo te satisfagas.

FRANQUILA- ¡Jesús, Jesús! ¿Y está muerto Berintho? ¡Válame la Virgen sin manzilla! ¿Y qué's esto?

MENEDEMO- Hasta que esté en su acuerdo no le hables.

FRANQUILA- Bien proveído está.

SIMACO- Vete a desarmar entretanto, Galterio, que te darán mucha pena las armas.

GALTERIO- ¿Cómo pena? ¡Como es el niño terezico, no es maravilla! Sobre que me acontece traellas cuatro y cinco años sin quitármelas noche ni día.

SIMACO- Bien, pero no hay necesidad, como Aminthas te havrá dicho, y tanto yerro es traellas sin porqué como dexallas en el tiempo de la necesidad.

GALTERIO- No sé nada, nunca creo en agüeros. Siempre procuro de traellas, que como dizen: «El hombre apercebido...» Y aun yo te aseguro que más de dos vezes te hagan más honra por ellas que no por las que traes en la cara. Y sé que no so yo de los que dizen: «Cargado de hierro...», o de los otros que «Al hazer, temblar o al comer, sudar», que aun si d'esos fuesse, otro gallo me cantarí. Y a lo que dizes que Aminthas me havrié hablado, pues si esso no fuera y porque tengo de cumplir la palabra qu'el mayordomo dio, ¿havía de andar la gente por las calles tan segura y de la manera que andan?

MENEDEMO- Oí, hermanos, y veamos lo que díze Berintho, y sabremos en lo que estamos.

*Cena novena,  
en que se introduzen Berintho, Menedemo, Franquila, Simaco, Aminthas,  
Galterio*

BERINTHO- ¡Ya, ya acabado han conmigo mis desventuradas pasiones, lançado me han en el hoyo de la pesada tierra! Y tanto los tristes y espantosos gemidos han torcido mis entrañas que han hecho pedaços sus ligaduras, ministros crueles del oficio que de contino exercitan; y los anxiosos desmayos tanto se han acuciado que ya no hay materia en que se sustenten; y el nefandissimo fuego que a la continua me estava abrasando tanto ha querido encenderse, que el espíritu donde estava aposentado está ya casi convertido en ceniza; y mis enojosas lágrimas tanta prisa se han querido dar, que el amanzillado corazón de donde procedían está ya tan desecado que aunque mucho lo están oprimiendo ninguna sustancia le hallan; y con la falta de todo lo que digo los suspiros que tanto espanto ponían a la miserable vida ya han dado fin a sus amenazas. Y pues tal estoy, no puede tardar la desventurada muerte, ¿y como ha de estar en su mano? No, por cierto. Y pues a estos términos he llegado, y el húmido radical donde la vida se sostiene está ya tan débile que es impossible no acabarse de consumir, no tengo ya querellas ni que razonar con la muerte, porque estando mi vida en tales términos yo aseguro que, aunque yo con mucha instancia le rogase que me dexase, ella no lo hiziesse. Ni está, la verdad hablando, en su mano, porque en el principio de la creación, formada la tierra y todas las cosas d'este sublunar mundo compuestas y adornadas, el fabricante maravilloso puso en la tierra tiñeblas y muerte. Pero esta su jurisdicción limitada es y términos tiene, los cuales no puede eceder, y subjecta está a guardar sus limites como todas las otras cosas criadas, pues el hazedor era tan prudentissimo para pensar y tan solertissimo para hazer. Así que, a lo que siento, una hora no podrá durar esta miseria en que estoy detenido, ni es posible según natura.

MENEDEMO- ¿Qué's lo que torna a dezir?

AMINTHAS- Que troba me parece, aunque habla muy baxo, porque la carne tan condolida y ya casi consumida no le da a otra cosa lugar.

MENEDEMO- Ea, acerquémonos. Quiçá dize otra cosa.

BERINTHO- El sentir ya enflaquecido  
de la tan vieja porfia  
está puesto en tal olvido,  
que lo que d'él he sentido  
es que en cosa no confía.  
Mas el dolor no descrece  
con mal que nunca se aluenga;  
antes con angustias crece  
tanto, que no conpadece  
podello dezir la lengua.  
Y así, mi triste sentido  
de sí mismo no se fía,  
y está tan decaído

que lo que d'él he sentido  
es que en cosa no confía.

FRANQUILA- ¡O omnipotente Dios, y cuán alta manera de encarecer su pasión! ¡O qué cosa tan sentida! Cuanto quiere dize en el metro. ¡O cuán por galana manera díxolo! Que a mi ver será menester espacio para lo poder entender, según la intinción de la sutilíssima sentencia que en tan pocas palabras quiso comprehender.

MENEDEMO- No sé en qué se piensa este hombre, deque tan alta canción compuso. ¡Cuanto yo, desatinado estoy! Porque aunque he visto muchas cosas suyas, no son deil arte d'estas, ni invenciones tan subidas ni hiladas por tan delgado estilo.

GALTERIO- Escucha, escucha, Menedemo.

BERINTHO- Cuando el bien de vos me vino,

cuando la cuita que paso,  
cuando sentí el desatino  
del fuego, atal que me fino  
con llama que bien me abraso;  
y cuando sentí el ensayo  
de la muerte, y disfavor,  
y tanta angustia y desmayo,  
*por el mes era de mayo  
cuando haze la calor.*

Mas viendo el daño tan cierto  
luego corriendo a vos vin,  
aunque estava casi muerto,  
y el coraçón todo abierto,  
y ell alma puesta en el fin.  
Y los sentidos turbados  
estavan, y en gran temor,  
doloridos, lastimados,  
*cuando los enamorados  
van a servir al amor*

Y todos muy sin sentido  
corrién por ver su remedio;  
y llenos del mal y olvido,  
con dolor tan dolorido  
ivan buscando su medio.  
Y unos hallavan el vado,  
otros no tanta pasión;  
otros perdién su cuidado  
*sino yo, triste, cuitado,  
que yago en esta prisión,  
çufriendo el desabrimiento  
de la que tan mal me trata;  
çufriendo tan gran tormento  
y tal ansia y pensamiento,  
con angustia que me mata;  
çufriendo tanta porfia,*

çufriendo tan gran lesión,  
qu'está tal el alma mía  
*que ni sé cuándo es de día,  
ni cuándo las noches son.*

MENEDEMO- ¡O santo Dios! ¡Qué maravillosa manera de metrificar, y qué medida en los pies, y qué sentencia tan comprehensible a su propósito!

FRANQUILA- Cierto, en el componer de los versos no juzgara nadie que tiene dolor ni que siente pena.

SIMACO- ¡Ay, qué espantado estoy! ¿Dónde memoria para las cosas que dize? tiene cabeza ni memoria para las cosas que dize?

BERINTHO- Ni sé, ni nada barrunto,  
ni sé qué diga a tal suerte,  
pero ya de todo punto  
conosco que estoy bien junto  
a las ansias de la muerte.  
También mi lengua lo explica,  
que tendrié mayor dolor,  
y al mundo así lo publica;  
*sino por una avezica  
que me cantava al alvor.*  
Así que estando conmigo  
con tanto lloro y gran llanto,  
el ave que veis que digo  
me era verdadero amigo  
con su melodía y canto.  
Mas el mal muy lastimero  
diérame mayor baldón:  
que, atinando muy certero,  
*matómela un balletero:  
¡Dios le dé mal gualardón!*

FRANQUILA- ¡O válame la Señora del campo, y qué debilitada tiene la boz! No es tiempo de más dilatar: suceda lo que sucediere, o avengan las cosas según que de la mente divina estovieren dispuestas, que en ninguna cosa veo más peligro que en dexalle, porque sin hablar dará el espíritu al señor de la natura.

MENEDEMO- Pues que esso te parece, Franquila, no lo dilates, porque ya, como ves, ninguna cosa habla.

FRANQUILA- Señor Berintho, señor Berintho.

BERINTHO- Déxame, Menedemo, no impidas la dolorosa muerte. Que ya ha prometido de no partirse de mí hasta me complazer en todo.

FRANQUILA- Señor Berintho, que no es Menedemo sino Franquila, tan solícita en las cosas de tu remedio.

BERINTHO- Pues luego, hermana Franquila, te hablaré, pero déxame reposar un poco.

FRANQUILA- Mirá, señor, que os tornáis a dormir. Mirá que os traigo una carta de vuestra tan amada Cantaflua.

BERINTHO- ¿De mi señora Cantaflua? Mira lo que dizes, que con esse nombre encomienca a huir la muerte que ya estava poniendo fin a mis días.



FRANQUILA- ¡O pecadora de mí, señor! ¿Y aún no me conoces? Abre los ojos y toma la carta y léela, y después duerme cuanto quisieres.

BERINTHO- ¿Dónde está el entendimiento?

¿Dónde está el triste sentido?  
¿Dónde mora el pensamiento,  
do nace tal movimiento  
que así me tiene aborrido?  
¿De dónde dolor tamaño  
que así amenaza a la vida,  
de dónde vino tal daño?  
*digasme tú el ermitaño,  
que hazes la sancta vida.*

¿Y adónde está la razón,  
que d'ella estoy apartado,  
contemplando en la visión  
por quien sin comparación  
tanto crece mi cuidado?  
Y porque ya el alma arranco  
con mal que punto no olvida,  
digas al de bien tan manco,  
*aquel ciervo del pie blanco  
¿dónde tiene su manida?*

MENEDEMO- ¿Parésceos? No hay que dubdar, salvo que la pasión del amor haze los ingenios mas sutiles, y los inclina a la contemplación con el cevo de su desenfrenada voluntad y con la esperanza de su dañada cobdicia.

FRANQUILA- ¿Que no me harás señor merced de leer la carta? ¡O cuán desacordado estás!

BERINTHO- Buen consejo es, amiga Franquila, el que das. Pero ¡O Sancta María de la muela, y cómo se me haze de mal apartarme del camino en que estava!

FRANQUILA- Por mi consciencia, señor, que te veo tal que aún estoy por afirmar que no me conoces.

BERINTHO- ¡O mi amada y mi verdadera hermana! ¿Y tú eras? Ahora doy por bien empleado el trabajo que me has hecho pasar. ¿Y piensas que te había conocido? No, de verdad, y aun por las reliquias de Roma te lo juro. ¿Pues qué nuevas me traes de mi señora? ¿Qué me cuentas de aquella que puede tanto, que en oyendo la muerte su nombre dexa de exercitar su cruel oficio, y va huyendo como si otro exsecutor de más [preminencia) y dignidad viniese a corregir sus excesos? ¡O mi señora Cantaflua! ¡Y por qué havéis tenido por bien de más dilatar mis angustias, y de más alargar mi trabajoso bivar, redificando mis potencias en su propio ser en oír vuestro nombre?

FRANQUILA- Dexa ya, señor, tantas lamentaciones y tantas maneras no pensadas para te más fatigar, y dexa de inquirir nuevos modos, aumentando tu congoxa, acumulando unos trabajos sobre otros. Mira, mira, que con la vida, especialmente gobernada con el buen seso, todas las cosas se alcançan y suceden en bien; y si, leída la carta, lo en ella contenido viniere aliende de

tu esperanza, ¿quién te excusa que no tornes a tu vieja lamentación? Pero si otra cosa, según lo que desees, se contiene, cosa bien excusada son tantos clamores y tantas quejas de nuevas exclamaciones acompañadas. Si digo bien, justa cosa es que se apruebe mi sentencia; y si otra cosa te parece también lo di, porque te entiendo replicar. Que no pienses que así me entiendo dexar de caer, y mira que todas las cosas que se endereçan a algún fin han de ser proporcionadas a aquel fin.

GALTERIO- ¿Qué os parece a esto en estudio, Franquila?

MENEDEMO- Siempre le veo hablar maravillosamente y por muy conclusivo estilo.

BERINTHO- Es consejo tan saludable el que das, amiga Franquila, qu'el de Publio Scipión seyendo mancebo no fue tan saludable al romano Senado. Empero, la razón filosófica que apuntaste sutil es, y ya te entiendo.

MENEDEMO- Ya lee la carta. Poco bivrá quien no viere el fin de lo que deseamos.

GALTERIO- «A buen callar llaman Sancho.» Atento estoy, y no entiendo hablar hasta ver qué dize, porque «En boca cerrada..., etc.» y «Muchas vezes me arrepentí por hablar», dize el sabio, «pero ninguna vez por haver callado me pesó». Especialmente, que yo lo tengo por tal, que luego dará señal como espíritu conjurado, y a buen seguro, a osadas que buenas nuevas o malas no le queden en el cuerpo.

*Carta de Cantaflua a Berintho*

*Señor mío y todo mi bien:*

*La esperiencia y tiempo me han hecho tan cierta de los trabajos que a mi causa cufres, que sola esta memoria abasta para atormentar mi sentido con nuevos géneros de pasión. Pero, ¿qué haré?, que la misma confusión está predominando sobre las potencias del ánima. Pues acompañada de huésped tan enojosa y tan cargada de desabrimiento, considera lo que puedo sentir: pues el dolorido sentido aun para consigo por señales exteriores no osa enseñar cosa de lo que siente, aliende de los tormentos de que está asaz cargado, que por su notoriedad y por los rigores con que son administrados no pueden estar secretos. Teniendo esto por cierto, podrás sentir la manera con que la ya condolidada carne sostiene la tan amanzillada vida. Pues para satisfacer en todo o en parte algo de lo que en tu carta sientes, recibe mi voluntad, aunque por la poca libertad que tiene no usa de cumplida facultad en efectuar su desseo: principalmente, que también le oponan la vergüenza y mi honestidad, acompañadas de la fuerza de la verdadera razón, de manera que de lo dicho resulta la confusión que así tiene al amanzillado bivr constituido ya casi en el fin. Pero mi más intolerable fatiga y la que más de nuevo me atormenta es todas las horas del día estar de mill acuerdos, y en lo que una vez me afirmo, eligiendo aquello por cosa segura. En el mismo instanti me parece otra cosa al contrario, y tan diversa de lo que primero sentía, que me semeja estar fuera de seso cuando lo tal en mí concebía, y así paso la más triste y desastrada vida, y la más sin consuelo, que la potencia del entendimiento humano puede imaginar. Y esto, ¿de dónde procede?, salvo que la sensualidad y razón en mí muy vigurosas se están haziendo lugar, y con [vozes] alternas fatigan el entendimiento ya condolido de tantos males. Y como entre sí por*

*especial providencia esté causado tal odio, y sean tan diversas en operación y en sus actos tan repunantes, ¡con qué ímpetu, con qué furia, y con qué desabrimiento llega cada una en su sazón a contradecir todo lo que la otra ya tenía muy fabricado! Y con qué formas y con qué invención tan sutil se repunan, si piensas, que no me queda en verdad sentido con tales y tan continos destientos, salvo para sentir, como arriba dixé, que de los actos, en sí tan diversos, que en mí todas las horas se están ministrando, queda tan raigada la confusión y tan señora, que en cosa no me [puedo] determinar, hallándome agena de todo medio y de toda conclusión. De manera que lo [dicho], señor, me escusa y será mi respuesta. Lo demás va encomendado a mi amiga y criada, tan solícita en las cosas de mi bien y verdadero remedio. Dársele ha crédito en todo lo que de mi parte dirá.*

BERINTHO- ¿Qu'es possible que esta carta sea de mi señora? Mira, hermana Franquilla, qu'el espíritu malvado es sutil; mira la astucia de que se aprovechó contra la muger religiosa en el concibimiento del sabio Merlín; mira no sea cosa de arte mágica. ¿No te acuerdas haver leído de aquella nigromantesa Circe, que con sus palabras trasformó los compañeros de Ulixes? ¿No has oído también la cautela de que se aprovechó Nectanabo, rey que había sido en Egipto, contra la muger de Philipo, rey de Macedonia, por cuya causa algunos historiadores afirman que Alexandre fue hijo de Nectanabo, aunque comúnmente fue reputado por hijo de Philipo? ¿Qué me dizes? ¿Estoy en lo cierto?

FRANQUILA- Bien dizen que la fortuna próspera es cosa rezia de çufrir, y aun afirman todos que torna al hombre fuera de sí. ¿Y queréislo ver? Ahora que tiene lo que quiere y lo que tanto dessea, y ahora que sabe que Cantaflua está desesperada y con más pena qu'él, estáme contando nigromancias.

BERINTHO- ¿Qué's lo que dizes a Menedemo? Que todo cuanto me has dicho tengo entendido, pero aún pienso que estoy durmiendo. ¡O Dios, padre común del género humano! ¿Y estoy despierto, o qué cosa tan inopinada es esta? ¿Y es possible que del más triste y cuitado hombre del mundo, y más acompañado de miseria y tribulación, esté tornado nuevo hombre, y más próspero y más bienandante que todos los del mundo? Por cierto, en sus principios las buenas andanças del gran Pompeyo no fueron tan prósperas, ni la gloria de aquel macedónico monarca, acabada la conquista del orbe mundano, no se iguala con harta parte a la mía, de que al presente mi espíritu está triumphando. ¡O cómo veo clara y notoriamente mis potencias ser restauradas en su primera operación! ¡O cómo me hallo ageno de todo género de pasión y fastidio! Ciertó, a mi ver la misma muerte, aunque con todo su odio dirigiese su frecha contra mí en tal sazón y en tiempo de tan alta ventura y en tiempo de mi verdadera pujança, en cosa no me pudiese empecer; pero muy cercano estove del fin de mis días, muy constituido me vi en la postrimera voluntad. Por cierto, el peligro del César en la batalla con los hijos de Pompeyo nunca se igualó al mío, aunque, confesado por la boca del mismo primer ditador, afirma hasta aquel día nunca en las batallas haver trabajado salvo por vencer, pero que a la sazón en lo que primero había entendido era en defender su propia persona, y aun no con poca necesidad. De manera que hallándome con la libertad en que

estoy, ¿quién podrá contar la plenitud de mi gozo? ¡O qué contentamiento tan grande! ¡O qué señalada merced! ¡O cuán demasiada buena ventura me es avenida! ¡O suma deidad! ¡O bondad incomprendible! ¡O soberana omnipotencia, y cómo no menos merced me ha sido hecha de presente qu'el día que, estando en el vientre, al cuerpo organizado sin aliento de vida mandaste qu'el ánima se uniese! Ya, ya no tengo de qué temer, no me queda recelo ni scrúpulo, ni menos esperanza de dolor. Y las amenazas grandes contra mi vida ya han cesado, y las celadas con mill géneros de assechanças que tanto aumentavan mis cuidados deshecho se han como las nieblas en presencia del rutilante Febo. Y acompañado me hallo de alegría, entera señal y asaz manifiesta de mi buena ventura, y muy cumplido me hallo de verdadera felicidad y plenísimo bien. ¿Qué dizes, amiga Franquilla, que te veo estar retorciendo y remordiendo los labios? ¿Contradízeme en algo?

FRANQUILA- Estoy tan contenta oyéndote como la reina Olimpías con las buenas andanças del hijo, y tan satisfecha como la romana matrona que de sobrada alegría rindió el espíritu. Pero mira bien, que en este mundo, hablando la verdad contigo, ni yo siento verdadera felicidad ni menos entero ni cumplido bien, ni aun cosa que le parezca.

BERINTHO- ¿Cómo es eso? Que apuntas, a lo que creo, que no tengo ni poseo entero bien, y así repunas a la clara mi verdadera felicidad.

FRANQUILA- Mira bien señor, lo que dizes, porque yo, aunque no tengo letras, no me entiendo mudar de mi primera sentencia.

BERINTHO- ¿Qué estás diciendo entre ti, Menedemo? ¿Has oído lo que Franquilla ha dicho? ¿Qué te parece? ¿Va por el camino verdaderó? Di, di lo que sientes, que en el campo de los filósofos estamos, y estas son las materias que tú a la continua andas investigando. Mas ten por cierto que antes el primer moviente de la natura dará fin a su arrebatado curso, y antes las ondas del mar [desmamparán] los peces desnudos en el arena, que yo dexé de pensar que sola la vista de mi señora abasta para hazerme felice.

MENEDEMO- Sin dubda yo bien sustentaría, y aun no creo que haría mucho, la conclusión de Franquilla, porque a mi ver está bien en lo cierto y tú muy lexos de la verdad. Y di cuantas trónicas quisieres.

BERINTHO- ¿De qué manera puede ser lo que vosotros dezis? Porque yo no hablo de oídas, salvo como testigo de vista afirmo lo que veis. Pero yo por muy cumplido de bien y felice, y por más que felice me tengo.

SIMACO- «Quien de poco bien es vezado, presto se harta.» ¿Qué harié, Aminthas, si la hoviesse tenido en su poder como tú a la otra?

AMINTHAS- Por evangelio tengo que ha de ser mayor inconveniente para su ánima y aun para su cuerpo sucedelle fortuna próspera que contraria. Mas oigamos a Menedemo, que mucho deseo tenga de saber hasta dónde alcanca su vallestá, pues él se tiene por medio letrado, y aun todos dizen que entiende harto bien, cosa conveniente será que aquí enseñe algo de lo que sabe: pues, como dize el satírico poeta: «¿Qué aprovecha haver aprendido, si lo que está dentro no se muestra defuera?»

BERINTHO- Véote estar, Menedemo, vacilando, y envolviendo en tu ánimo tantas cosas como el piadoso Eneas encima del monumento del muerto por el tan avaro tirano. ¿Qué me respondes, que te veo embacado? Creo que tienes pegada la lengua al paladar.

MENEDEMO- No ha sido en balde mi tan demasiado pensar. Pero dime, señor: ¿Qué piensas que es sumo y verdadero bien, o en qué consiste a tu parecer la verdadera felicidad?

BERINTHO- Tú lo dirás.

MENEDEMO- A la fe, diganlo los theólogos, que yo harto haré en recitar lo qu'ellos escriben. Y aun Dios y ayuda.

BERINTHO- Pues prosigue, que parece que te demudas.

MENEDEMO- Aquel es sumo bien, dize el Boecio, el cual alcanzado, no queda otra cosa aliende d'él, que se pueda desear. Que si alguna cosa faltase, no podía ser sumo bien, pues que quedava defuera otra cosa que se pudiesse desear. Y por concluir contigo, dime, señor, pues confiesas estar acompañado de verdadero bien y te tienes por felice: confiésanos también si deseas de presente otra cosa aliende de lo que posees, lo cual alcanzado aún piensas que te sería acrecentamiento de mayor bien.

BERINTHO- ¡O pecador de mí! ¿Con tanta sutileza y por ahí m'entras? Luego, ¿en todo el mundo no hay hombre bienaventurado?

MENEDEMO- Pues ¿qué te piensas, señor? ¿Cuidas que no hay más de hablar cada uno a sabor de su paladar y en derecho de su dedo? A la mía fe, la verdadera felicidad en nuestra perpetua morada se posee, que acá dolor y trabajo tenemos harto. ¿Y no lo ves a la clara? Sé que bien sabes que después de la trasgresión del precepto por los primeros padres, esta morada en que andamos peregrinando fue maldita por palabra del grande y inmenso fabricante, y ansimismo el hombre y la muger primera de quien todos descendemos, de manera que quien quisiere gozar de sumo bien ni quiera el fin para que fue formado. Pero mucho quería me respondieses y concluiría; y bien puedes dezir, señor, tu parecer, y a lo que dixere me podrás replicar.

BERINTHO- ¿Qué tengo de dezir, si al presente estoy desseando otra cosa? En buena cosa dubdas, de buena ceguedad me quiés alumbrar. Mas Franquilla se está riyendo muy de verdad, dígalo ella en su consciencia por mí lo que siente, que yo lo remito en sus manos.

FRANQUILA- Cuanto, que si otra cosa aliende del gozo presente no deseas, ¡buena estarié Cantaflua!

BERINTHO- Bien creo, Menedemo, que estás satisfecho de lo que tanto deseavas saber. Concluye, si otra cosa no resta, para corroborar tu intinción.

MENEDEMO- Que al presente en ti no more felicidad ni verdadero bien, confesado lo tienes. Mañana, después que hayas hablado a Cantaflua, examinaremos lo que resta, preguntándote todavía si te queda otra cosa que desear aliende de lo que de presente posees.

BERINTHO- Sutilmente has concluido, y por mi fe que quedo alegre y satisfecho de lo que has dicho, y con sutil invención me has hecho reparar, deteniéndome la rienda. Que no pienses que estava contento con lo que havías oído que adelante tenía pensamiento de pasar.

AMINTHAS- Sin dubda es Menedemo hombre prudente, y no sin causa de todos está por tal comúnmente reputado.

FRANQUILA- Algo es tarde. Bien será, señor, que cenes alguna cosa, que estás desmayado, porque aún me resta de certificar algunas cosas que a la memoria me fueron encomendadas.

BERINTHO- Pues haz, Menedemo, al mayordomo que haga adereçar la cena. Y entretanto, amiga Franquila, por tu vida, me digas al oído qué es lo que mi señora te mandó que aliende de la carta me diceses, porque a mi parecer traes larga y entera creencia.

MENEDEMO- Si mandas, señor, ponerse ha la mesa junto a la cama.

BERINTHO- Bien será.

FRANQUILA- El concierto es, y la voluntad de Cantaflua y lo que sin dubda dessea, que mañana a las dos horas vayas a Santa Isabel y que entres por la puerta que está de la otra parte, que como sale a las huertas está muy encubierta. Y bien pienso que según el deseo que tiene de te complazer en todo, y según de la manera que está, que no os desconcertarés; porque sin dubda con estos propios ojos la vi muerta, y dezir tantas lástimas que me quebrantó el corazón en lágrimas de la gran compasión que hove cuando así la vi. ¿Y de qué manera tomó en sí, y quedó consolada, si te piensas? En mi ánima, no de otra forma salvo diziéndole Claudia y yo que le llevaba una carta tuya. Y de aquí te contaría maravillas, salvo que es cosa para nunca acabar.

AMINTHAS- ¿Oyes, Simaco, en el término en que están los negocios, porque veas si tiene Berintho razón de tornarse de muerto bivo?

SIMACO- Gran muger es Franquila, y todos le quedamos en mucha obligación.

BERINTHO- ¿Qué's lo que estoy oyendo? ¿Qué me dizes, Franquila? Ahora digo que me tengo por bienaventurado y cumplido de sumo bien, y por felice y más que felice. Y Menedemo diga lo que quisiere y esté murmurando, que gran descanso es cumplir hombre su voluntad. Y antes el hijo de Latona dexará de dar bueltas al zodiaco que yo dexe de reputarme por bienaventurado. ¡O Padre de todas las cosas! ¿Hay en este mundo mayor gloria? No, por cierto, ni los prósperos sucesos de Artaxerxes no fueron tales, ni los del que costityó la monarchia a los persas, aquel que dio licencia, ya passados los setenta años de la captividad, al nuevo pueblo para que viniese en Hierusalén a honrar al verdadero Dios. Ni menos se iguala a esta mi buena ventura la prosperidad del Carlos llamado Magno, natural de Germania, aunque los galos tanto triumphan de sus hazañas. Pero jamás pienso ver llegada esa hora, ni cuido ver la causa en méritos tan fortunados con tan alta ventura; y como sé que no so yo capaz ni digno de tan demasiado gozo, ¡O cuántas contrariedades me ocurren! ¡O qué obstáculos tan rezios siento contra la felicidad que poco antes dezía! ¡O qué cerrados veo los caminos del verdadero consejo! ¡O cómo calláis todos! ¿Por qué no hablas, Menedemo? Que en verdad holgaría de oírte, con tanto que no fuese contradiziendo en todo o en parte mi verdadero bien.

MENEDEMO- Si cumplido bien fuese, no se causarían dél tantos scrúpulos ni esos sobresaltos, ni vendría acompañado de tantas çoçobras. Pero todos dizen que la lisonja gana amigos y que la verdad engendra odio: por tanto no entiendo pasar adelante. Mas si llamas felicidad o verdadero bien acumplir tu voluntad con Cantaflua, y quella siga tu parecer y apetito, desde luego sin más dilación te llamo felicísimo y aun más que beato. Y pues con esto quedas satisfecho, según te veo estar burlando con Franquila,

la mesa está puesta y el maestra sala viene con el manjar. Cena y reposa, que más presto verná el tiempo de lo que cuidas.

BERINTHO- Bien has dicho, Menedemo, hablado has la verdad, y aun, si quiés mirar, ninguna lisonja se contiene en tu sermón, aunque a prima lacie parece que has consentido hablando a sabor de mi paladar. Y pues así quiés, cenemos. Y tú, Franquila, por mi amor, no te levantes de donde estás, porque en la cena mesclamos algunos cuentos siquiera de los pasados, pues estoy en tiempo que me huelgo mucho con la conversación de mis amigos. Y bien dezía el philósopho qu'el amistad es cosa muy necessaria a la vida. Y también el Quintiliano en las Esclamaciones dize: «No hallo en las cosas humanas otra cosa mejor que la amistad», y el Tulio en el libro De amicicia dize: «La amistad a todas las cosas humanas se ha de anteponer, y ninguna cosa hay tan apta a la natura ni tan conveniente a las cosas prósperas o adversas como la amistad». ¿Qué dizes, Franquila, que te estás maravillando? ¿Qué te parece acerca del noble género de la amicicia?

FRANQUILA- Digo qu'el Ovidio, en el libro llamado De Ponto, canta: «El nombre de la amistad mueve los coracones de los bárbaros». Y [Theophrasto], sucesor en el Academia de Aristóteles, dize: «De la manera qu'es el cuerpo sin el ánima, de aquella manera es el hombre sin amigos». Y el Acursio, jurisconsulto glosador, afirma que tanto quiere dezir amigo como guarda del alma o coracon.

MENEDEMO- Sí, pero ¿quién será ese? y lo hallemos, porque en la verdad hay muy pocos amigos verdaderos. Mas el verdadero amigo es aquel a mi ver el que tiene en su memoria la imagen de la verdadera amicicia, de la manera que los antiguos la figuravan y se preciavan de la tener pintada en los lugares públicos.

FRANQUILA- Eso di, Menedemo, porque sin dubda viene nuevamente a mi noticia.

MENEDEMO- Pintávanla en figura de mancebo, de poca edad y la cabeza descubierta, y con una vestidura áspera; y en los pechos unas letras que dezían «Muerte y vida», en las haldas otras letras que dezían «Cerca y lenxos». Pintávanla mancebo, dando a entender que la amistad siempre ha de ser fresca y no se ha de envegezer con el tiempo; la cabeza sin bonete dava a entender que nunca el amigo ha de tener vergüença de confessar el amistad que tiene al amigo en cualquier tiempo y' en cualquier sazón que sea; la vestidura áspera significava qu'el amigo ha de estar siempre dispuesto a cufrir cualquier peligro y cualquier trabajo por ell amigo; y las letras de los pechos significavan que en la muerte y en la vida havia de ser y mostrarse la verdadera amistad. Las letras escriptas en las haldas demostravan qu'ell amigo cerca y lenxos había de ser amigo, dando a entender que en ausencia y en presencia ha de ser la verdadera amistad. De manera que con tales requisitos, señora Franquila, y con tales condiciones, pocos amigos hay, y por esso dixo bien el otro a su hijo: «¿Que me dizes que tienes muchos amigos? Pues en verdad yo nunca he podido tener más de medio amigo».

FRANQUILA- Lo que veo es qu'el día de hoy muchos son los amigos pero pocos los escogidos, y el mejor veo que dize al tiempo de la más necesidad: «Lo mío, mío, y lo de mi hermano Pedro, mío.» Así que, a

osadas sobre mi cabeça que hay hartos amigos de taça de vino, y otros que si te ven en su tierra te dirán a la clara: «Si te vi, no me acuerdo».

MENEDEMO- Pues a buena fe que la verdadera amistad siempre se gana en la patria. Y así se escribe de [Anacarsis], filósofo que, venido en Athenas a casa de Solón por oír su disciplina, dixo a un criado de casa: «Dezí al señor que está aquí [Anacarsis] que viene a le oír y a hazerse su amigo». Y dizen que le fue respondido con el mismo moço por Solón: «Los amigos en la propia tierra se ganan». Pero la verdad hablando, muchos amigos y buenos hay el día de hoy, aunque con gran dificultad se hallaría en quien concurriesen las cosas de la verdadera amicitia. Mas de mi consejo todos deven procurar de tener muchos amigos, porque aunque en ninguno [ocurriessen], que harto sería de mal, todas las cosas convenientes a la entera amistad según es dicho, al menos, por poco que cada uno haga por el amigo, aprovecha harto. Y así dizen que como al navío en el tiempo de la tormenta lo detienen las áncoras que no se pierda, así contra las ondas de la mundana fortuna los amigos detienen al amigo. Esto siento, esto digo, otra cosa en mi consciencia no me queda en el buche.

FRANQUILA- ¡O qué maravillosamente has concluido! ¡O qué manera has tenido en el razonar! ¡O qué clara y qué plana queda la vía de la verdadera amistad! Porque cierto, el amigo ha de ser otro yo. Y aliende d'esto, Menedemo, has dado consejo a quien no lo ha querido oír de cómo nadie rehuse toda manera de amistad, porque sin dubda no hay bien ni mal que no viene all hombre del hombre. Y lo dicho teniendo por constante, digo que por esso haze bien Galterio en tener tanta amistad con la justicia, que aun poco ha lo viñé diziendo.

GALTERIO- Amigos son ellos de sus bolsas y de quien más provecho les trae. Dolos a la maldición, que no hay en el mundo más ruin amistad.

SIMACO- ¡Jesús, Jesús! ¡Y lo que me diziés ayer!

GALTERIO- ¿También como esotro me cuentas los bocados? ¿Qué necesidad hay d'esas memorias para el mal? Déxame bivir, por amor de Dios, que yo sé lo que me cumple.

BERINTHO- ¿Qué dize Galterio, que lo veo enojado y cargado de malla? ¿Ha havido alguna cosa con [alguien]?

GALTERIO- ¡Y cómo, señor, silo supieses! Pero tornando a essotro propósito, ¿parécete, señora Franquilla, por lo que viste no ha seis horas en Santa Isabel, si tiene Galterio amigos? En tu consciencia lo dexo; dilo, que Dios te vala, y así la Madre criada ante de los siglos sea en tu guarda.

BERINTHO- ¿Cómo? ¿Qué en Santa Isabel ha estado hoy Galterio?

GALTERIO- ¡Más no hoviera estado! Y no crees, señor, que si allá no me retruxera que hoviéramos tenido haciendas.

FRANQUILA- Yo, señor, que estava hablando con Cantaflua en el aposento alto, oímos bozes en la iglesia y parámonos a la ventana Claudia y yo por ver lo que era, y vimos a Galterio de la manera que ahora está y a otros tres hombres no sé quién eran, y a lo que Galterio me contó havía havido cierto enojo. Esto es lo que yo sé.

GALTERIO- ¿Cómo tres hombres? ¿Y luego no viste más de ciento y cincuenta que estavan fuera de la iglesia? Y créolo, porque los que entraron dentro no fueron salvo el padre y dos mancebos de bien.



FRANQUILA- ¡Ay! Amargo fue este padre, y si no lo ha dicho mill veces hoy.

BERINTHO- ¿Que aun a mi señora hovo de alcançar parte, y venir a su noticia la cuestión de Galterio?

GALTERIO- ¿Y cómo, señor? ¿Y quedó persona nascida en la ciudad que no lo supiese?

BERINTHO- No llevan medio las cosas de Galterio, y sin dubda tiene muchos amigos.

GALTERIO- Hoy a osadas, señor, se pudiera bien verlo por la obra.

BERINTHO- Bien será que os vais a cenar, porque acompañaréis a Franquila, que vosotros ni yo no tenemos otro bien.

FRANQUILA- Aminthas, señor, por ser muchacho se irá conmigo, que en verdad miedo tengo de las cosas de Galterio. Pero ahora que estamos solos, y estás ya algún tanto vaco de pasión y con más sosiego y el juizio en todo ya reposado, te quiero, señor, reprehender algunas cosas. Porque hasta aquí mucho he contemplado contigo y consentido en tu voluntad, siguiendo la doctrina de aquel primario de la moral philosophía.

BERINTHO- Pues que así quiés, antes que discurramos adelante me di: ¿qué dotrina es de la que confiessas haver te aprovechado en el presente negocio?

FRANQUILA- Consejo Séneca que cuando vamos a consolar al tribulado amigo, si la causa de la pasión es rezia, que hagamos lo mismo qu'él haze y sigamos su voluntad al menos en el apariencia, no procurando con razones de distraello de la molestia o fastidio en que está, porque dize que más se encenderá en ira y más se le aumentará el dolor considerando que no tiene amigos que se duelen de su mal. Y afirma por el contrario que sintiendo el espíritu en tribulación detenido que hay amigos que tengan dolor de su pena, luego se diminuye su cuita con la tal imaginación y con el deleite que de lo tal en él se concibe. Pero afirma qu'el verdadero aconsejar y consolar a los amigos es estando ya algún tanto vacos de la pasión. Dicho he, señor, lo que deseavas: ahora quiero tornar a mi principal presupuesto. ¿Y cómo no te parece cosa vergonçosa y bien digna de reprehensión qu'el amor de una muger te haya puesto mill veces en el artículo de la muerte? Y no te ha abastado esto, salvo que a las bueltas has hecho mill desconciertos y mill desatinos que de persona de tanta autoridad como tú, y tan experto en las cosas de la política y moral dotrina, no se esperavan sin dubda. De manera que claramente nos has dado a entender que te faltó el consejo y te faltó la prudencia, no solamente la que la natura te produjo, pero también la adquisita mediante el currículo de tanto número de años ocupados en la dotrina de infinitos preceptores. Y también te faltó, que no lo puedes negar pues es notorio, la parte y bien principal en el hombre, la cual faltando quedamos hechos brutos animales y agenos de toda razón.

BERINTHO- Atento estoy: declara bien lo que dizes, que inculcando unas cosas con otras vas ofuscando la sentencia de tu sermón.

FRANQUILA- La materia no cufre, como ves, otra cosa, por ser sutil y de tal calidad, pero lo mejor que pudiere la declararé. Dos partes principales hazen al hombre perfecto: la una, si sabe tanto y es también enseñado que sepa aconsejar a los otros. Pero ya que d'esta tan primaria parte carezca y no

sepa dar consejo, que al menos sepa tanto que esté capaz para lo querer recibir. Y aunque esta segunda parte, como ves, es menos noble, tiénese por muy principal, porque entretanto qu'el hombre tiene habilidad para recibir consejo no carece de razón; pero si ni sabe dar consejo ni tiene prudencia para recibillo de quien más entiende, dígame que no participa de cosa de hombre. Pues si esta segunda y tan principal parte ansimismo ha estado de ti bien desviada, bien lo sabes, pues jamás no has querido oír consejo de padres ni parientes, ni de asaz número de amigos; que sé yo, y no lo puedes negar, pues es público, cuán saludables consejos te han dado y con cuánta voluntad han trabajado de arredrar tus enojos: y tú siempre en tus treze, procurando de dar con la cabeça en la pared.

BERINTHO- ¡Por Dios, que me vas adobando! Mas, amiga Franquilla, procede, procede, que bien veo que te pesa por te haver atajado.

FRANQUILA- No pasaré adelante, en mi ánima, hasta que confieses si es verdad o no lo que tengo dicho, o replica lo que te parecerá.

BERINTHO- No desacuerdo en cosa de lo que dizes. Prosigue, por mi vida, que aún no sé a qué fin van dirigidas tus ignominiosas reprehensiones, y temor tengo dónde has de ir a parar.

FRANQUILA- ¿Cómo a qué fin? ¿Y piensas que soy el Juvenal, que tengo de ir dividiendo mi razonamiento en sátiras? Acabado he, y si me has querido entender, por gentil estilo te lo he dicho.

MENEDEMO- Basta, que su poco a poco Franquilla le ha dicho qu'es asno, y él a buen fin sin mal engaño con su alma de cántaro aún no la tiene entendida, que aún le está importunando que se lo diga más claro.

SIMACO- Cosa de maravilla es, con la atención que ha estado oyéndola.

BERINTHO- Bien me acuerdo, Franquilla, haver leído la sentencia de tus palabras, y cierto son originales de Minucio, el maestro de la cavallería romana, hablando contra sí y en favor del dictador Quinto Fabio. Y cierto te tengo mucho que agradecer la recta intinción con que me has dicho tu parecer, pero ya sabes que mi mote antiguo es «No hay mal que iguale a la fuerça». Así que, hermana, rezia cosa es ser hombre forçado y no tener la voluntad libre, y faltando ésta no se puede hazer cosa que se encamine en fin virtuoso. Y no sin causa en odio de los forçadores están estatuidas en derecho leyes tan rigurosas que en oíllas tiemblan las carnes. ¿Y cómo no te es notorio que de la grandíssima pasión que un solo momento no se ha partido de mí, han estado ligadas las potencias de la razón, y los ojos del entendimiento han estado ciegos? Y con estos tales impedimentos, y opresa la razón y sentidos, no han podido ver ni discernir la verdad por los obstáculos y objectos antepuestos de parte de la sensualidad, que tanto se enseñoreó que no de fécile ha podido ser repelida. ¿Y quién, piensas, que otra cosa salvo la longincuidad del tiempo Lha] diminuido ira tan acelerada y tan estorvadora de mi remedio? No otrie sin dubda. Verdad es que con lo dicho, y con lo que más pudiera dezir, te satisfarás algo, pero aún para conmigo no quedo entero ni satisfecho del todo. Por tanto, para alivianar si pudiere algo de mi tan demasiada culpa, te quiero en suma relatar algunas cosas que de parte del amor de Cantaflua me han ocurrido, y si con atención me quisieres oír recibiré señalada gracia.

FRANQUILA- Antes señor, me harás gran merced.

BERINTHO- Pues sey cierta, amiga Franquila, que desde el primer día que la vi, con su vista traspasó el corazón. Y no sé ni puedo pensar de cómo, prestando consentimiento yo mismo para mi total destrucción, en el mismo instanti sintí mi ánima agena de libertad, y conocí claramente que Cantaflua se había aposentado en ella como en la parte más principal y más noble. Y vi que las otras potencias de menor calidad contemplavan y servían la nueva señora, y ni se rigen por mí ni menos hazían caso de cosa que yo dixese. De manera que, viendo la cosa en tal estado, ocurrí al consejo que más seguro y saludable me pareció; y así me determiné de obedecer, aunque ví a la clara el perjuizio de mi propia vida. Y no hove concedido en servir a Cantaflua como ya dixé, cuando el libre alvedrio, parte tan principal de mi remedio y amigo contra toda adversa fortuna, fue tan ligado en prisiones que las ataduras y ñudos del yuvo, que estava en la provincia de Frigia en el templo de Jupiter desde el tiempo del padre del noble rey Mida, por cierto no eran tan ciegos, ni tan dificultosos de desatar le parecieron al gran Alexandre. Pues la vida, en tales términos la razón, considerando el tan desventurado caso y suceso infelice, luego rindió las armas, ciega de la obscuridad en que estava opresa, sin que un punto solo se defensase. Pues yo, miserable y de nacimiento infortunado, imaginando la tan desastrada suerte, no sabía qué vía eligiese como menos dañosa, y con tanta perpéxidad de desventurados acaecimientos me determiné de en cosa otro parecer ni consejo seguir, pues a más no me era concedida facultad salvo tras la ciega fortuna. Y así, acompañado de tal compañía, han sucedido las cosas que dizes, de lo cual eres buen testigo. Pero ya ves que confieso que ni he tenido razón ni libre alvedrio, causa principal de tantos inconvenientes: ahora que estás avisada, juzga lo que querrás y culpa a tu voluntad, que descansado he en te dezir la verdad. Y otra cosa aliende de lo que he dicho no siento, ni sé más que te pueda dezir.

FRANQUILA- Abiertamente, señor, me das a entender, aunque de vergüença no lo osas manifestar a la clara, que la fuerça de amor ha sido causa de tan desastrados casos. Y pues esto afirmas, que entendido te tengo, buen testigo serás de la fuerça y mando que le está concedido por el fabricante de los géneros de las causas sobre las criaturas del grande universo.

BERINTHO- Su potencia y poderío cuán riguroso sea, ya se lo dixé estotro día a Menedemo, como ya te havrán avisado. Pero sin dubda su riguroso poder y tan desabrido mando sin ninguna piedad lo executó en mí. De manera que ni le impide potencia de reinos ni señoríos, ni acata reverencia de dignidades, ni cura de grandes riquezas, ni mira ni haze distinción en el sexo, ni le obstan un solo momento consejos de sabios ni de varones ancianos, ni grandes huestes de cavalleros en el campo menos se le defienden; ni tanpoco acostumbra perdonar las encerradas donzellas ni la gran pudicicia de los observantes religiosos, ni menos concede libertad a los baxos y desventurados pasto. res, huéspedes de las [humiles] choças y tenebrosas cuevas. Y lo que digo no lleva réplica, porque mili millones de libros están llenos de exemplos, y bien a la llana costa la verdad de lo dicho. ¿Y parécete que d'este solo quiero dezir que aquel Salomón, rey del tribu de Judá, nascido en la línea de Cristo, prudentíssimo sobre todos, cometiera los

excesos tan feos que costan notorios contra el fabricante de la natura, si la fuerca de amor le tocara livianamente? Cesó, cesó, hermana mía, de más altercar, porque no me digas que el que está en el lodo trabaja por meter al otro, y aun porque hablando de las semejantes personas, como dicen, las paredes en tal caso han oídos. Y en fin, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en el agena.

FRANQUILA- Quisiera replicarte, pero veo que te huelgas y recibes gloria en ser reprehendido de haver amado a Cantaflua, y por no atizar en el fuego determino de poner fin a mi sermón. Pero si me concedes, señor, licenciairme he, que son ya más de las diez.

GALTERIO- Bien dize Franquilla, hermanos, que por demás es coger agua en cesto roto, y demasiada cosa es la lexía en la cabeza del asno, y cosa rezia es bolver el río ni sacallo de su madre.

MENEDEMO- Guarda no te oiga Berintho.

GALTERIO- ¿Qué oír? Estoy por dezírselo delante. ¿Y tú no sabes cómo se burla conmigo?

MENEDEMO- Sí, pero malas burlas son las verdaderas.

GALTERIO- Ahora te digo que lo has adobado. Por ti se puede dezir: «De amigo, amigo, chinche al ojo».

MENEDEMO- En fin, Galterio, nunca a nadie le digas cosa con que le pese, y «En burlas ni veras, con tu señor no partas peras».

BERINTHO- ¿Estás ahí, Menedemo?

MENEDEMO- Aquí estoy, señor. ¿Qué mandas?

BERINTHO- Ya es tarde, y yo tengo gana de reposar un rato. Dexadme solo, y Aminthas vaya con Franquilla, que no es menester más compañía.

FRANQUILA- Muy consolada voy en te dexar con alguna alegría. Plega a la Virgen bendita que todas las cosas se buelvan en bien.

BERINTHO- Dios qu'es el poderoso te agradezca los trabajos que a mi causa se te han ofrecido.

FRANQUILA- Hermanos míos, a Dios seáis encomendados.

GALTERIO- ¿Qué te parece, Simaco? ¿Si le contentó el muchacho? Y aun yo te juro por la encarnación del verbo divino que podemos luego cerrar la puerta.

SIMACO- Déxalo, que ahora es su tiempo.

GALTERIO- ¿Dónde vas, Menedemo, tan aprisa?

MENEDEMO- Voy a hablar a Franquilla, siquiera porque no diga «El pan comido, la compañía deshecha»; o «Muerto es ya el ahijado por quien havíamos el compadrazgo».

GALTERIO- Muy atento he estado esta noche oyéndola, pero otra cosa pensé de havelle oído, pero ni por entre sueños le pasó. Por muger de bien la tengo.

MENEDEMO- ¿Qué, por tu vida, pensavas que había de dezir?

GALTERIO- Para Santa María, no estava aguardando sino cuando havié de sacar por la boca entre burla y juego «Pues qu'es acabada la misa, partamos las oblas».

MENEDEMO- ¿Qué te parece, Simaco, de los pensamientos de Galteno?

SIMACO- ¿Qué? Que «piensa el ladrón que todos están en su corazón».

MENEDEMO- Pues antes que Franquila se vaya me voy a despedir della.

GALTERIO- «Ida sin venida, como potros a la heria» o la ida que hizo mi padre a Santa Marta cuarenta y cinco años ha.

*Cena dezena,  
en que se introduzen Franquila, Aminthas, Galterio, Simaco, Tiburnina,  
Sergia y la vezina*

FRANQUILA- ¿Qué te parece, Aminthas? ¿Has estado atento a las cosas que he pasado con tu amo? ¿No sientes qu'es bien que venga a su noticia que mal se ha sabido gobernar en esta jornada, y no te parece qu'es cosa conveniente que sienta que lo saben todos? Porque yo le tengo por tal, que no es menester más de apuntalle la cosa o hazelle del ojo, aunque si has mirado su condición todas las cosas que no le están bien y no le vienen a cuenta las disimula sobre cuantos nascieron: y aún no pienses que livianamente, antes con tanta astucia y con tan sobrada cautela que los mismos que le están hablando tienen por fe que no ha sentido ni entiende lo que le han dicho.

AMINTHAS- Y esso, ¿por qué lo haze?

FRANQUILA- ¿Por qué? Porque mostrando sentir lo que le dizién muchas vezes havrié necesidad de satisfacer, y por quitarse de aquel trabajo haze que no siente lo que los otros dizen, ni quiere que sientan que sintió su voluntad. Porque si los otros sintiessen que él los había sintido, sentirién que en su sentido quedava picado, y así recelarse hían d'él.

AMINTHAS- Y esso, ¿a qué propósito?

FRANQUILA- ¿A qué propósito, hermano? Pues de aquella manera conoce él quién le quiere bien o mal, para satisfacer a su voluntad cuando vee tiempo. ¿Y no sabes que Theophrasto, sucesor en el Academia de Aristótil, dezía: «La vengança perdiste del enemigo si te sintió por enemigo»? Y también dezía: «Con la seguridad más gravemente herirás al enemigo».

AMINTHAS- No sé nada, ni en esso me paro a especular. Lo que sé dezirte es que de todo lo que le dixeres a Berintho es como cacar con hurón muerto, porque por la una oreja le entra y por la otra le sale.

FRANQUILA- Bueno es el consejo de los amigos, y, como dizen: «Llagas untadas duelen, y no tanto». Pero a la puerta de casa estamos. Entra que yo subo adelante a encender candela.

AMINTHAS- ¡Válala la maldición a Franquila, y qué conocida tiene la condición a Berintho! Pero no me maravillo, que ya ha mill años que los veo andar en estos secretos, y como ella es aguda ha bien comprendido lo qu'el otro siente.

FRANQUILA- Paréceme, Aminthas, que hagas colación. Y cata aquí un macapán y en verdad que es de los que embió Berintho más ha de dos meses.

AMINTHAS- Pues bueno está para ser algo añejo, pero con dos bocados te satisfazes.

FRANQUILA- Que tengo de comer fuerte fue mi ventura. Y negra y desastrada suerte me cubrió, que estoy hecha loca por ti y tengo perdido el juicio a tu causa, y no parece que me calienta el sol sino cuando te veo. Y aun siquiera por bien parecer, una buena palabra no he oído de tu boca. ¡O cómo eres ingrato! ¡O cómo no tienes agradecimiento! ¡O cómo eres desconocido y ningún amor mora contigo! Y siempre tienes el gesto tan

mustio, que no parece sino que todo el mundo te deve y ninguno te paga. ¿Por qué no miras que por ti tengo perdida mi honra y la vida como jugada al tablero? Si mi marido o hermanos supiesen lo que pasa, ¡O desventurada de mí! ¡y qué mala suerte me cubijó, y cuán negra y qué acompañada de dolor!

AMINTHAS- Cesen, señora, tus largas lamentaciones, cesen ya tus tristes gemidos que aún hasta agora el tiempo ha sido breve. Pero en la verdad, ni tengo gloria ni siento descanso ni recibo otro gozo, salvo estar en tu presencia. Pero parece que has culpado mi honesta manera de conversación en lugares públicos, juzgando las cosas en la parte siniestra.

FRANQUILA- ¡O Aminthas, espejo y mamparo de mi vida, y cómo me engañas con tus dulces razones! Porque aun los prudentes y muy experimentados se aprovechan poco de su prudencia en semejantes casos, porque cierto es que contra el amor verdadero no se puede obrar discreción. ¿Y quiés tú hazerme creer, como si fuesse bova o como si me hoviesse criado en los campos, que usando de discreción has disimulado? ¡Buenas lisonjas son essas, y gentil manera es de negociar en lonja, como si no te entendiesse! Pues «al freír lo verás», que muchas vezes debaxo de la buena razón está el engaño. Y «abre el ojo, que carne asan», y si presumes de muy reagudo «Por mucho madrugar no amanece más ama», y «Más vale al que Dios ayuda..., etc.»

AMINTHAS- Señora de mi ánima, que te quiero más que a mí mismo. Por tu vida, que no estés enojada.

FRANQUILA- Con lo que he dicho ya he perdido el enojo, y con que estoy cierta que de hoy más no lo harás de la manera que hasta aquí. Pero ¡O cómo eres tan importuno! ¿Y no fuera mejor dexallo para en la cama?

AMINTHAS- O mi señora, que no es más en mi mano.

FRANQUILA- ¡O señor mío y cuán mal me has tratado! ¡Ay, cómo quedas muerto!

AMINTHAS- Bien será, señora, que nos echemos, que a mi ver es más de medianoche.

FRANQUILA- Pues quítate los vestidos, que yo ya ves cómo estoy desnuda.

AMINTHAS- Pues ahora que estás sin enojo, ¿parécete bien juzgar sin oír las partes? ¿No sabes que aquel tan digno de fama inmortal hijo de Philipo, cuando alguno venía ant'él y le [informava] de algunas cosas contra el que estava ausente, acostumbrava cerrar el un oído? Y preguntado que por qué lo hazía, respondió que dexava aquel oído para oír al culpado cuando viniese.

FRANQUILA- Bien podrías recitar las historias sin darme, señor tanta congoxa.

AMINTHAS- Pues ya, señora mía, no tienes ya de qué recibir pena.

FRANQUILA- ¿No será bien, señor, que duermas un rato? Y yo levantarme he, que a buena fe ya veo la luz, y tú con tus burlas y pláticas piensas qu'el tiempo se está quedo.

AMINTHAS- Que no es possible.

FRANQUILA- ¡[A la he] bien no es possible!

AMINTHAS- Sí, por Nuestra Señora, y a buena fe no parece que ha dos horas que nos echamos.

FRANQUILA- No le parece al mancebo que ha dos horas que se echó, ¡y a buena fe, más de cuatro lo he tenido encima! Que no pensava sino que era juro de [heredad] o casa de por vida, y no me ha quesido parecer sino al otro que dizién que dava treze por dozena.

AMINTHAS- ¿Qué dizes señora de mi bien?

FRANQUILA- Que me levanto, y daré orden en aderecar de comer, que será bien que seas acá comidado un día en el año.

AMINTHAS- ¿Pues cómo podrá ser esso?

FRANQUILA- Déxame, que yo lo ordenaré, y desde la ventana sin abaxar abaxo, que mi madre bien sabe abrir la puerta por defuera. Y está atento. ¡Señora vezina! ¿Oísme? A mi madre, por otra tal, que se pare aquí.

VEZINA- ¡Señora Tiburnina! Franquilla dize que os lleguéis a su casa.

TIBURNINA- ¿Qué's lo que quiés, hija?

FRANQUILA- Aquí al escalera una palabra.

TIBURNINA- ¿Qué me dizes?

FRANQUILA- Esta madrugada vino el primo hermano de mi marido que bive en Xerez, y hale contecido allá cierto desconcierto y quiere estar hoy aquí secretamente, y hay necesidad que me hagáis traer algo que coma.

TIBURNINA- Tú puedes matar un par de gallinas, y de casa te embiaré una liebre y un par de perdizes, y vino de lo muy bueno de Martos; y bien será le hagas honra. A Sergia te enhiaré, que aunqu'es muchacha es muy secreta. Y queda con Dios, que voy a proveello.

FRANQUILA- ¿Has oído, hermano? ¡Buen primo de mi marido es el que está en casa!

AMINTHAS- Ya veo que todas hazéis lo que bien os está y os sallís con ello.

SERGIA- Señora Franquilla, ¿mandas que suba arriba?

FRANQUILA- Sube, Sergia hermana, sube, y haz lumbre. Y essa liebre que traes, con la gallina que está en el almacén, échalo a cozer con un pedaço de jamón de tocino. Y entretanto que la olla se cueze, peía las perdizes mientras que yo aderecho algunas cosas de por casa.

GALTERIO- ¿Oyes qué digo, Simaco?

SIMACO- Di pues, acaba.

GALTERIO- ¿Qué te parece cómo aún Aminthas se está en casa de Franquilla? Quiero ir allá, que a osadas que tienen alguna confadría ordenada y podrá ser que almuerce con ellos, y es verdad que tardaré en llegar.

SIMACO- Pues anda en buen hora, y mira no quieras ser como el perrillo de las dos bodas.

FRANQUILA- Hora es que te levantes, señor Aminthas, y esta moça te dará de vestir. Sergia hermana, entretanto que yo voy abaxo, entra y darás de vestir al señor, qu'es primo de mi marido. Y mira que no lo ha de sentir la tierra.

SERGIA- En buen hora.

AMINTHAS- Por Dios, que me parece hermosa esta muchacha, y que será bien que se lo diga, que estos diablos siempre se huelgan de las



semejantes pláticas. Sergia hermana, por mi consciencia que sois hermosa donzella.

SERGIA- Está burlando. Mas diga, señor, ¿de qué es este jubón? ¿Es de oro?

AMINTHAS- De brocado es, hermana mía.

SERGIA- ¡O señor! ¡Por la pasión de Dios, no hagáis tal cosa, que estoy virgen! ¡Ay mesquina de mí, y cómo, señor, me havéis muerto!

AMINTHAS- Por la pasión de Christo, amortecido se ha, válala la maldición!

GALTERIO- ¿Qué hazes, señora Franquilla? Que te veo andar negociada, y cerniendo sin echar harina.

FRANQUILA- ¡A qu'en hora mala vengáis, porque no digáis que no's hablan!

GALTERIO- ¿No hablas? Creo que te ha visto el lobo primero.

FRANQUILA- Tengo mill haciendas en que entender. No te maravilles, que no ha de estar la persona siempre de un temple. Pero ¿qué buena venida es esta?

GALTERIO- La verdad es hija de Dios. Vengo, señora, a llamar Aminthas, que hay en casa necesidad d'él.

FRANQUILA- Pues, Galterio hermano, ¿quién te dixo que estava acá?

GALTERIO- ¿Y cómo? ¿Hay entre nosotros cosa secreta? ¡Buenos estariemos!

FRANQUILA- Pues mucho te encargo por la pasión de Dios qu'esto sea secreto.

GALTERIO- ¿Secreto dizes? ¿Y hay hombre en el mundo que así guarde el secreto como yo? Que no se comete delicto ni se mata hombre en el Obispado, que antes que se cometa, o luego como es hecho, no me es manifiesto: pero mira si oyes que Galterio lo descubra. Y aun te diría -y esto para entre nosotros- que no se ha robado casa, ni hecho hurto en toda la tierra de diez años a esta parte, que no sé yo quién lo hizo: pero gracias a Dios que no dirá nadie que por mí se descubren. Y d'esto cierto me puedo loar, que no es más dezirme a mí la cosa que enterralla, o que echalla en un pozo.

FRANQUILA- ¡A osadas en hora mala! ¿Y aun esso es lo que por ahí se suena?

GALTERIO- Siempre te picas de murmurar. Mejor sería que te acordases cuánto hombre te desea servir.

FRANQUILA- ¡O por tu vida, Galterio, que me dexes! No sienta algo Aminthas.

GALTERIO- ¡O reniego de la que no me parió! ¿Y a tal tiempo me dizes esso?

FRANQUILA- ¡O pecadora de mí, y nunca acaba este diablo! Y [creo] que piensa que me huelgo mucho con su vista.

GALTERIO- Fatigada quedas, señora, pero algo se ha de hazer por complazer los amigos. Mas yo me subo arriba.

FRANQUILA- Pues habla primero.

GALTERIO- ¿Qué hazes, hermano? Es hora que nos vamos.

AMINTHAS- Galterio es aquel, vávalo la maldición. ¿Y quién lo ha traído acá?

GALTERIO- ¡Cómo estás turbado, Aminthas! ¿Qué has?

AMINTHAS- El diablo subió aquí esta moça. Entra y mira cuál está.

GALTERIO- ¿Han degollado alguna vaca? ¿Y qué has hecho, di?

AMINTHAS- ¡O que estoy despechado! Déxame agora de burlas.

GALTERIO- ¿Burlas te parecen estas? Por la Cruz de Dios, si tovieras debdo con la gente de quien por boca del mismo Salvador fue dicho qu'estarían peregrinos en Egipto cuatrocientos y tantos años, que dixera que havias hecho sacrificio.

AMINTHAS- Di, por tu vida, lo que te parece en esto, y déxame al presente de recitar figuras de la ley vieja.

GALTERIO- Mudado me parece que has el consejo, como haze el sabio, pues anteyer, como dizen, mucho eras de su van-do. Pero pues también has saltado el pilanco, haz cuenta que hoy te nasciste y procura de hazer libro de nuevo, que no nació quien no erró, salvo la reservada de la culpa original. Y pues tanto supiste, por sabio y por más que sabio te tengo, aunque más afirme el Cicerón no ser de sabio dezir nunca pensara tal cosa. Y «quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda»; y aun, como sabes, humana cosa es pecar, y diabólica perseverar en el pecado. Esto he recitado porque la materia lo requería: en lo demás, esfuérçate, que nunca cierto se vido pelleja d'estas en la blanquería, y todas tienen estos delicados sentimientos en los principios, y aun por encarecer el negocio muchas vezes fingen otra cosa aliende de lo que sienten. Y algo es lo que digo: ¿no miras cómo ya torna en si? Salte fuera y déxame con ella, que yo la apaziguaré o mal me andarán las manos.

AMINTHAS- Así lo hago.

GALTERIO- ¡Sobrina, sobrina! ¿Qué havéis havido?

SERGIA- D'aquese primo de su marido de Franquila, que me ha deshonorado.

GALTERIO- ¿Primo de su marido? ¡Gentil flor se traen! ¿Pues cómo fue, sobrina, cómo fue? Que bien me parece que ha guardado el debdo.

SERGIA- En acabando que acabé de dalle aguamanos me tomó por fuerça y se echó conmigo.

GALTERIO- El mal recabdo es hecho ya, sobrina, y nuestro mal no lo podemos echar a puerta ajena. Por tanto, como moça cuerda lo disimulad, especialmente que si Franquila lo sabe no es más tu vida.

SERG.-Y aun esse es el mayor inconveniente y lo que yo más temo.

GALTERIO- Pues levanta, sobrina, levanta, y no tengáis temor, que aquí estoy yo que cubriré todos esos duelos. Y echa un poco de tierra encima d'esa sangre, que otra tanta salud te es en verdad, y cata aquí medio real para unas capatilías. Y quien te da un hueso no te querría ver muerto como suelen dezir.

AMINTHAS- Pues hermano, ¿cómo te ha ido en la feria?

GALTERIO- Apaziguada está ya, y con medio ruzio que le di se ha soldado todo.

AMINTHAS- Y buena me parece que anda.

GALTERIO- ¿Pues qué pensavas? ¿Que había de coxquear?

AMINTHAS- Pues Galterio, ¿qué dices en tu consciencia d'estas cosas?

GALTERIO- ¿Qué quiés que diga, sino que andas hecho guchillo de melonero? Y por la Casa Santa de Hierusalén, que tengo creído que de hoy más todos tendremos que hazer en tus cosas.

FRANQUILA- ¿Qué dices, hermano Galterio? ¿Con quién lo has? Parece que estás hablando en seso.

GALTERIO- Estoy hablando a mi sobrina Sergia, que ha gran tiempo que no nos haviemos visto.

FRANQUILA- Así en buena hora, Sergia, ¿parientes tenéis? Pues pon, hermana, la mesa, que todo me parece que está de buena sazón.

GALTERIO- Eso sí, y nunca se barra la casa, que todo lo haze andar un año sin jubón. Y tú, señora, dame acá essa hazienda y abaxa y cierra la puerta, que Dios lo remediará todo.

FRANQUILA- Propio hombre de palacio es Galterio, y también me parece qu'es buen trinchante.

GALTERIO- Mejor me parece a mí qu'está el vino: pienso qu'es de Luque o de Lucena.

FRANQUILA- De Martos se lo truxeron a mi madre, y aun a lo que dezían deve ser de lo de la Vega.

GALTERIO- ¡Qué tachuela!

AMINTHAS- ¿Qué te parece, Galterio, que harán ahora en nuestra casa? ¿Si descurrirán esclavones como suelen?

GALTERIO- Déxame acabar la lebrada y después averiguaremos essas cuentas.

AMINTHAS- Mas, por tu vida, ¿qué hazian cuando veniste? ¿Estavan por dicha rezando de bivos y profazando de vidas ajenas, o lloravan sus duelos, o en qué entendían?

GALTERIO- Hazían lo que suelen: girar carta y pasar adelante, y andar al amor del viento, corriendo agua abaxo, hablando al sabor del paladar de su vezino, diziendo otra cosa aliende de la verdad con temor de la susurración invidiosa.

FRANQUILA- A buena fe, pues, que no sabe poco quien esso haze. Que así dezía aquel Hipócrates, príncipe de los médicos: «El que quisiere bivar pacíficamente, haga lo que hazen los combidados en el combite: de todos los menjares dezir bien, aunque algunos no le sepan bien al gusto».

AMINTHAS- Y aun d'esa manera va como va, y no como deve. Y con esos tales consejos nadie oye la verdad aunque sea de su mismo padre, porque todos se pican de digmes y de hablar lisonjas, procurando con algunas blandicias halagar y engañar al más amigo. Y la verdad, muy desechada, muy apartada la verás al rincón, y cierto, pocos la siguen y pocos se abraçan con ella. Y d'esa manera, «cual hilamos, tal andamos».

FRANQUILA- No hay dubda: toda la manera del honesto y derecho bivar anda pervertida, y por eso dize el sabio que uno de los trabajos que los reyes tienen es que no hay quien les diga verdad.

GALTERIO- Y aun con esso nunca lloramos duelos ajenos: trayendo la falsa balança en el peso con que nuestro bivar se compasa, y trayendo siempre el alforja de los vicios de nuestro vezino delante los ojos, y la de los nuestros excesos a las espaldas; procurando de mirar la chica raça en el ojo

ageno, no curando de apartar la viga que nosotros traemos a la contina colgando de nuestra propia vista.

AMINTHAS- Ciertamente es, como refiere el Cicerón en una Epístola ser dicho del Eusebio, que la virtud no se alcanza de los mortales salvo con gran sudor; y sola ella es la que hace al hombre lleno de felicidad, y sin ella ni somos buenos ni podemos hacer buenas cosas. Pues cuán despojados estamos de esta perfectísima y sancta virtud ya lo veis. Claro está, harto ciego es, como dicen, el que no ve por tela de cedaço. ¿Y qué queréis más, salvo que entre un millón de hombres no veréis uno prudente? Sobre decir Platón que la prudencia era guía de las virtudes, y sobre decir Sócrates su maestro que toda virtud sin la prudencia era ninguna cosa. Y no sin causa, a osadas, se lee en la vida de Diógenes, aquel tan extremado en los virtuosos actos, que un día encomencó a decir a bozes: «¡Hombres, hombres, venid!» Y como lo oyessen, muchos fueron por ver lo que quería, y llegados dixéronle: «¿Qué nos quíés?» Y dicen qu'el tan prudente philosopho les respondió: «No llamé yo a vosotros, pero llamé a los hombres», donde les dio a entender que no era hombre salvo el dado a los ejercicios virtuosos, y el que seguía los límites de la razón.

GALTERIO- A buena fe, hermano, si tanto apuras el testigo que te diga que halles tantos d'esos virtuosos como de [cuervos] blancos. Y hablando la verdad, las burlas desechadas, que a dedo te contase yo desde aquí en nuestra ciudad los que son virtuosos, y aun que no se gastase mucho tiempo en contarlos. Pero no paso adelante, y, como dize el satírico poeta: «Por mí todas las cosas sean buenas». Dios ayude a todo el mundo, cada uno dará cuenta de sí. Con una cosa me contento, que ni habrá mal sin castigo ni bien sin remuneración; y también, acerca de Dios ni hay privanças ni acepción de personas, y en aquel juicio solo se guarda igualdad. Con esto estó satisfecho y quedo contento y paso adelante, que no digo más y cingome mi perigallo.

AMINTHAS- No pienses que quedo poco ufano de lo que has dicho y de cómo no dizes salvo la misma verdad. Porque cierto es que en el humano género muy predominante está la torpeza, y el grosero vulgo muy amanzillado está con los vicios, y la ignorancia es la que lleva a los mezquinos por camino apartado. Y ellos piensan que no hay más sino poca ropa y gran soberbia y caminar tras el desenfrenado apetito, presumiendo de ricos con tres blancas que procuran de avanzar del necesario gasto: no acordándose que siempre el gran Alexandre se reputó por pobre hasta obtener toda la monarchía, diciendo en su carta a Darío qu'el mundo no podía estar bien gobernado con dos. Así que, muchas vezes da Dios alas a la hormiga, y por su mal. Pues otros que, si te piensas, fingen de sabios sin haver sido discípulos; otros, aunque nascidos de línea torpe, te encomiençan a levantar gran caramillo de la línea de su linage, y «Toma por ahí la manta», y «A esotra puerta, qu'estotra no se abre». Así que, de poco quieren hacer gran sonido, y de una pulga te arman un cavallero, haciendo una torre de aire más alta que hoy y mañana y buscalde el rastro. Otros, de muy tartamudos se quieren hacer elocuentes; otros, seyendo a natura perezosos, fingen de muy graves; otros, seyendo esquivos y de mala conversación, son reputados por muy severos; otros, no sabiendo hablar de necios, son tenidos por muy cuerdos; otros, del todo malinos, la grosera gen-te los llama

astutos; pervertiendo de todo en todo el nombre que cada uno merece según la mercadería en que entiende. Así que, si te andas como ellos dizen al hilo de la gente, con cinco párrafos de Instituta mal oídos y peor estudiados te llamarán doctor in utroque. Mas esto dexado, y bolviendo a nuestro tema, ¿parécete, hermano Galterio, que será levantado nuestro amo?

GALTERIO- No se acuerde más ell enemigo malo de mi alma que yo me acordava al presente d'él. Y creo que piensas que querría yo que se concluyessen estos amores.

AMINTHAS- ¿Cómo? ¿Que no recibirías plazer de ver esta causa en méritos fortunados?

GALTERIO- ¿Y qué me pena a mi? ¿Qué cuidado tengo yo d'esso?

AMINTHAS- Siquiera por amor del gozo de Berintho te havías de holgar.

GALTERIO- A la fe «más cerca están mis dientes que mis parientes».

FRANQUILA- ¡Jesús, Jesús! ¿Y eso me dizes?

GALTERIO- ¿Luego tú no ves lo que passa? Y a burla creo que tienes la caça de los tortoleros. ¿Y cómo? ¿Y andarié la trulla que anda si nuestro amo estoviesse en su seso y si entendiesse como antes en las cosas de casa? Juro por Dios no hay más ley ni concierto entre nosotros que justicia en el Monte de Toroços o en el Colí de Valaguer, o que consciencia en el mesonero que agora está en la Guadacabrilla, qu'es el de los limones del escudero.

FRANQUILA- ¿Pues a essa llamas buena vida?

GALTERIO- ¿Y no miras también que por otra parte cada uno es señor de lo que quiere? Y andamos a «Hazme la barva y hazert'he el copete», o, como dizen, «Jugamos con el tonto a la çuecapella», haziendo guimaro al que tomamos entre las manos. Y así nos andamos a «Ruin sea el postre», y «Hoy por mi y cras por ti», trayéndonos por refrán: «Quien de locura enferma, tarde o nunca sana».

FRANQUILA- ¿Pues no ves, hermano, que esso no es cosa para poder durar mucho tiempo, potque la mucha desorden suele traer demasiado concierto?

GALTERIO- ¿Y qué cuidado tengo yo d'eso? «Dure lo que durare, como cuchara de pan»; y «sácame d'este barranco y échame en ell otro»; y «entretanto morirá el asno, o quien lo aguija».

FRANQUILA- Todavía digo que stando las cosas en essos términos os vendrá a vosotros poco provecho.

GALTERIO- El que anda entre la miel siempre se ha de untar las manos, aunque le pese.

FRANQUILA- ¿No me dirías de qué manera? Cuanto yo, no puedo entender esse latín.

GALTERIO- Bien te podría informar, pero serié gastar tiempo en balde, porque cosa escusada es querer vender miel al colmenero.

AMINTHAS- No lo importunes más, sino hazelle has confesar lo suyo y lo ageno, porque ya sabes que en nuestra tierra llaman al hurtar aprovechar. En lo demás, hermano, pues hemos comido a nuestro plazer, bien será que determines que nos vamos.

FRANQUILA- Y espérate un poco. ¡O cómo eres desamorado! ¿Y no ves la hora d'estar fuera desta casa?

TIBURNINA- ¡Hija Franquilla, hija Franquilla! Mira qué te digo aquí al escalera.

GALTERIO- Cuanto qu'esto, Dios se lo quiere. ¿Sabes que me parece, Aminthas, que a mi sobrina Sergia le des otra buelta? Que yo miraré si viene Franquilla.

AMINTHAS- Al cabo estoy. Bien has dicho, contigo me entierren.

GALTERIO- ¿Mas parécete que andarié bueno el mundo, si así toviesses las manos como la lengua?

AMINTHAS- Pues burlando se dizen las verdades, a buena fe.

GALTERIO- Anda, que por esso dizen: «El viejo por no poder y el moço por no saber..., etc.» Pero bien me parece que te vas emponiendo, que la muchacha ya gruñe. Reniego de oficio que queda en poder de rapazes.

SERGIA- Paso, señor, por vuestra vida, y así bolbáis con bien a vuestra tierra.

GALTERIO- D'esa manera no me parece que sabe mi sobrina tu casa.

SERGIA- ¿Qué dize aquel diablo viejo? ¿Y no puede callar?

FRANQUILA- ¡Sergia, Sergia! Mira que te llama [tu] señora.

SERGIA- Señora, ya voy. ¡Mas ay, señor mío, y cómo se me quiebra el corazón en dexaros! Pero esta noche me podré bolver acá un rato.

AMINTHAS- Pues anda, amiga, que te tardas mucho.

GALTERIO- Hora es, Aminthas, que nos vamos, si la señora Franquilla nos da licencia, que más son de las doze.

FRANQUILA- Bien será, que cierto, de plática en plática mucho se nos ha ido el día de entre las manos.

AMINTHAS- Pues que así es, ¿qué nos mandas, señora, que hagamos en tu servicio?

FRANQUILA- La Virgen María de la Coronada vaya en tu guarda, y por la puerta de arriba, pues que ya la sabes, os podéis ir.

GALTERIO- Pues que así es, a Dios, a Dios, señora Franquilla.

AMINTHAS- ¿Qué te parece de Franquilla, Galterio, assí gozes de lo que más desseas?

GALTERIO- A la fe, qu'es muger de bien y de honra, y que no se contenta livianamente, sino que «uno en el saco y otro en el papo».

AMINTHAS- ¿Por qué dizes esso, por tu vida?

GALTERIO- ¿Y cómo? ¿Que no me viste? Pues mientras tú sangravas a Sergia, en el palaçuelo de abaxo, aunque a scuras, le enseñé la cuenta y concurriente de la luna.

AMINTHAS- Por tu fe, ¿que aqueso pasa? ¿Y d'esas es?

GALTERIO- ¿Y cómo? ¿Que d'eso te maravillas? Haz esse corazón ancho, que allí se quedan las paredes. Nunca te cures de pedilles essas cuentas, que será sudar y tomar enojo. Luego mal conoces en la mercadería, pues hágote saber que aunque ves que tengo a Paulina casa aparte, y bive harto honestamente y como muger de manera y de bien, que me acontece muchas noches cinco y seis vezes irme de la cama y dexalla, porque cumpla con algunos que vienen a llamar a su [puerta], de quien ella no se puede escusar, salvo que les ha de hazer cortesía. Y con çufrir yo aquello, que aun

muchas veces lo recibo por pasatiempo, por otra parte haze hombre d'ella lo que quiere, y como dizen «cera y pavilo». Y de aquella manera nunca manca una dobla all hombre para gastar con los amigos: que de otra manera, esperando de contino la ración de palacio y no buscando otras grangerías a las bueltas, sábeta, hermano, que si hoviesse para haldas no havrié para mangas, y si hoviesse para comer no havrié para cenar. Y aun yo te juro por la mi santiguada que muchos días aun no hoviesse para agua ni sal.

AMINTHAS- ¿Pues cómo quiés comparar a Franquila con Paulina, que ayer estaba en el públque, y aun no con las muy aventajadas, rogando a blancos y negros, y no mirando si era coxo o tuerto con tanto que truxese el cuarto de abrocho en la mano del broquel? Por Dios qu'estás bueno, si has de llevar por un rasero todas las cosas sin hazer diferencia de blanco a negro ni de bueno a malo. Y aun d'esa manera se hazen los cobombros retuertos y se quedan los hombres por los caminos sin dezir «Aquí me duele». ¿Y cómo no has vergüença de dexarte dezir lo que has dicho, sin considerar que Franquila es natural de la ciudad, y de honestos parientes, y muger casada con ciudadano digno de honra? Y aliende d'eso, es persona muy de bien y en tal reputación comúnmente de todos estimada. Y porque lo dicho abasta, dexo de recitarte otras cosas, huyendo prolixidad.

GALTERIO- No sé nada. Todas quieren más el dinero que la blanca, de la mejor y peor reniego, nunca vi ninguna que te diga: «Bien está». Antes, si te duermes un poco en el rescar dizen entre sí, aunque algunas veces de vergüença lo callan, que «Mala compañía es dos mugeres en una cama». Pues hazte con ellas un poco de nuevas, y a dos por tres te dirán que eres bueno para fraile, o que «Al moço vergonçoso el diablo lo troxo a palacio». Así que, hermano, déxate d'esas fantasías, que a todas les sabe bien. Y en lo demás, formados somos de lodo, y al cabo en la primera materia seremos tornados; y si miras, Adán y Eva son padres de toda criatura bivalente.

AMINTHAS- Holgado me he mucho de oírte en verdad, y aun con tanta voluntad estava que quisiera que pasara la burla adelante. Pero pues en esso te atajas para aquí, para adelante Dios te perdonó. Pero yo te juro que «Nunca más perro al molino».

GALTERIO- Hela muerta, ¿y no sabes que «donde una puerta se cierra, otra se abre»? ¿Y piensas que le ha de faltar? ¿Por dicha vesla ciega, o manca, o vieja, sino hermosa y moça y rica y discreta como la maldición? Mira bien, hermano, en lo qu'estás, y hazte ciego y sordo y mudo, y jugaremos con ella entrambos de patoxada. Y pues como dizen, «Está la tuya sobre el hito», no recibas congoxa. Y si necessario fuere, ordille hemos un trato doble, y aun jugaremos de sus mismos bienes a la çagalagarda.

AMINTHAS- Por mi consciencia que andas bueno, en mi pensamientos estás. Pero en casa estamos, y todos andan reguzijados. A mi cámara me voy a adereçar, que de camino me parece que andan.

SIMACO- Pues Galterio, ¿cómo ha ido?

GALTERIO- Todo de la manera que lo pensé. Y por eso dizen: «Quien al lobo embía, carne espera».

SIMACO- Escucha, escucha, que parece que habla nuestro amo.

*Cena onzena,*  
*en que se introduzen Berintho, Menedemo, Galterio, Simaco, Aminthas,*  
*Claudia, Veturia, Evaristo*

BERINTHO- ¡O cómo se allega el término para ser infundido de plenísimo bien! ¡O cómo se acerca mi quietud y perpetua holganza! ¡O cómo se acerca mi verdadero reposo! ¡O cómo no hay intervalo, ni mis sentidos lo sienten, para de fácil ser' infuso de verdadera felicidad! Y ¡O cómo el entero y plenísimo bien, [ageno] de toda çoçobra, viene a más andar, que yo lo siento aposentarse en mi corazón, como en parte más principal! Y por cierto, con más ímpetu me parece que haze esta jornada que van los cavallos de Febo contra el ocaso. Y ¡O cómo el gozo - desacompañado de toda cuita- viene prometiendo salud longeva a los spíritus vitales! Por cierto, el arrebatamiento del primer agente de la natura, que en espacio de [veinte y cuatro] horas termina y da fin a su curso, no se iguala en presteza a la acucia y solicitud con que mi desterrada vida viene amenazando a la cruda muerte, llamándole mominosos nombres. Ya, ya todas las cosas veo favorables, y no veo inconveniente que obstáculo, ni cosa que le parezca, anteponga contra la fuerza de mi verdadera prosperidad. Y pues que así es, y en tales términos están las cosas, bien será que mi tardanza no impida punto el camino de mi tan alta ventura. ¡Menedemo, Menedemo! ¿Estás ahí?

MENEDEMO- ¿Qué mandas, señor?

BERINTHO- ¿Hasme oído?

MENEDEMO- Todo lo tengo entendido, pero no querría que los de tu casa dixesen lo que los cavalleros del gran Alexandre, muerto el postrimer monarca de los persas.

BERINTHO- ¿Qué's esso, por tu vida? ¿Qué era lo que clamava ell ejército?

MENEDEMO- Dezían a bozes que mucho mayor daño les había traído la fortuna próspera y favorables acaecimientos que los molestos sucesos y contrarias andanças. Assí que, señor, será bien que vayas, que todo está adereçado, y sin que hagas mudança en cosa, salvo de la manera que cada día acostubravas passear por la ciudad; specialmente que acaba de dar agora la una, pues estotra hora en ir poco a poco se consumirá.

BERINTHO- ¡O qué consejo tan saludable y tan cierto! Sin dubda el del capitán anciano no era más conveniente al ejército de los sanitas, ni el de Atilio Régulo no fue más saludable a la romana república. ¡O cómo me has dado la vida! Anda, anda adelante, que a lo que veo todas las cosas van y nos ocurren felices. Porque, como dicen: «A quien Dios quiere bien, la casa le sabe».

MENEDEMO- Llega acá essa mula, Evaristo.

BERINTHO- Si os parece, por fuera de la ciudad iremos bien, y así por entre las huertas podremos, como quien va a passear, llegar a Santa Isabel.

GALTERIO- ¿Qué te parece, Simaco, cuál va Aminthas? Con capa de damasco y sayón de carmesí y penacho de oro en la gorra, triumphando anda la vida.



SIMACO- Bien haze de preciarse, qu'es mancebo y de gentil dispusición.

AMINTHAS- ¿Qué dizes, Galterio, qué dizes?

GALTERIO- Digo, hermano, que parece que tú vas a ser el novio.

AMINTHAS- De hoy más, puedes dezir lo que quisieres, pues sabes que hay causa para ello. ¿Mas qué te parece, por tu vida, de Sergia?

GALTERIO- ¡O reniego de la puta que no me parió! ¿Y qué me ha de parecer? Pensé cuando entré que la tiñés degollada, y ¿piensas que no estove por rebolver un ruido hechizo donde muriera alguna gente, porque con lo uno se callara lo otro?

SIMACO- ¿Qué fue, Aminthas, por tu vida? Que me parece que va de verdad la conseja.

AMINTHAS- Dígalo Galterio, que a osadas qu'él lo relate tan bien como nuestro beneficiado las fiestas.

SIMACO- Pues di, Galterio, por tu fe, assi Dios te guarde de alcalde nuevo y de alguazil viejo. ¿Qué fue?

GALTERIO- ¿Qué diablo había de ser, sino que fui en casa de Franquilla, y halléla que estava abaxo adereçando su casa? Y como ella se pique de enxabonar sus madexas y de echar sus manteles en cada colada, [arméle] una çancadilla, y con poca dificultad cayó d'espaldas. Y como sea de las que dizen: «Hallado havéis la gritadora», sin que lo supiesen los vezinos, quedamos tan amigos como dos hermanos. Y por no dar parte de lo que había pasado en consejo, haziendo del juego maña se quedó, y tal cual dizen, duelos. Y yo, con mi cara deslavada como aquel que no había passado el pie de la mano me subí arriba, donde hallé al señor en calças y jubón, y tan despacio como mesonero del Puerto de Santa María, y tan de vagar y con tanto sosiego como si toviera la casa alquilada. Y cerca d'él estava una muchacha de hasta doze años, más en la otra vida que en esta. Y había sallido d'ella tanta sangre como si hovieran degollado un carnero, de cómo el moço, si os plaze, la había sonrejado. Y a buena fe que nos vimos en harto trabajo hasta tornalla en su acuerdo, pero en fin la apazigüé, si no lo havéis por enojo, antes que Franquilla subiesse, y con medio ruzio quedó tan contenta como Roldán en ganar su espada, y assí comimos todos a plazer, como si ninguna cosa hoviera passado. Y aun después se tomó al regosto por redoblar el embite, porque veáis si le amargó la cocina. Y lo mejor es qu'esotro de bobo mirava si coxqueava.

SIMACO- Buen ordenar de caracol es esse. ¿Y quién era la moça?

GALTERIO- Criada de su madre de Franquilla. Y entró a dar aguamanos al gentilhombre, y él no supo del fuero.

SIMACO- ¿Y es assí, Aminthas? ¿O burla Galterio?

AMINTHAS- Por Nuestra Señora del antigua que passa de la manera que lo hemos contado.

SIMACO- Aquella digo yo qu'es moça de buen fregado que antes de sallir del nido se manca en el establo.

GALTERIO- ¿Pues qué te piensas? ¿Hay después sino estar hecha canasta de frutera, donde cada uno llega a picar? Y ella queda siempre como carne de buitrera, salpicándose con el que más le plaze. Mira si ha de llevar otra cosa d'este mundo sino el bien que hiziere y la caridad de que usare con el próximo.

SIMACO- A osadas, en hora mala.

BERINTHO- Toma esta mula, Evaristo, y aquí de fuera os quedaréis vosotros, y Aminthas solo entrará conmigo.

CLAUDIA- ¡Señora, señora! Berintho está ya en la iglesia.

VETURIA- Pues yo quiero abaxar a recibillo a la escalera, y tú, Claudia, te puedes entrar en esa cámara que está al cabo del corredor.

CANTAFLUA- Bien proveído está.

BERINTHO- ¡O amiga Veturia! ¡Y tan buen encuentro! Cuanto, que de aquí no se espera suceder mala nueva.

VETURIA- Mi señora está en essa sala, y sola, y ya sabe, señor, de tu venida. Entra, que yo asseguro no seas mal recibido.

BERINTHO- ¡O mi señora, o mi verdadera felicidad! Ni la luziente cara de Apolo resplandece tanto en ell [hemisperio] cuando con sus rutilantes y encendidos rayos fuga la congregación de [lóbregos] vapores, ni el rostro de la hermosa Diana se muestra más claro en el signo de Libra o Acuario, cuanto tu vista y [clarifico] rostro resplandece en mi entendimiento, enseñándole las verdaderas líneas de tu tan inmensa excelencia y de tu tan incomparable tener esperanza de libertad, si no fuera con el mando comparación que tanto florece en tu persona, pusieron en prisión mi cativa libertad, dándole leyes de perpetua servidumbre, de la cual, más áspera que la causada por la culpa del postrimero rey de los israelitas, fuera imposible tener esperanza de libertad, si no fuera con el mondo de la misma primera causa de donde procedió la privación de los sentidos corporales juntamente con el del libre alvedrio. Pero este tan primario y supremo poder, acompañado de tu demasiada clemencia, usaron de tanta benivolencia, de tanta mesura, de tanta piedad, que certificadas las potencias de la razón ya tan privadas de sus obras, y certificado el ya tan apasionado entendimiento del remedio que de tu tan alta bondad les venía, en un instanti, en un improviso, se [unificaron] y unieron de tal manera que la esperanza y tan entera noticia y notoria cercioración, que venían a obtemperar y a gozar en especulación de la presencia de tu clarífica vista, dieron ocasión que cobraron de nuevo aliento, para que las partes y potencias de menor dignidad, exerciendo el fin de su composición, truxesen en tu presencia a este tu verdadero su'bdito, tu fiel servidor, tu tan aherrojado cativo. Pero gran mudança, gran novedad se les representa en haver tan de súbito perdido la vista con la tan demasiada lumbre que sienten proceder de los clarores de tu [seráfica] y alta mesura. ¡O cómo fuera mi muerte más honesta en mi cámara! ¡O cómo siento muy grandíssima confusión! ¡O cómo me hallo estraño de ver tales y tan excelentes maravillas! ¡O cómo me hallo indigno de gloria tan alta! ¡O cómo no tengo capacidad para poder contemplar los demasiados y ascondidos secretos de ventura tan favorable! ¡O cómo por la incapacidad de mi entendimiento no puedo comprehender ni acabar de imaginar los prósperos y muy fortunados casos de todo mi bien!

CLAUDIA- ¿Qué te parece, Veturia, de Berintho? Dado nos ha a entender lo que d'él se publica. ¡O qué facundia de hablar! ¡O qué involver unas sentencias con otras! ¡O qué estilo tan maravilloso, y por términos qu'ell entendimiento no los puede comprehender! ¡Y qué mane' ras ha tenido en el razonar, y cómo la ha ensalçado hasta las estrellas, y con

invenciones que al humano juicio sobrepuja! En verdad que me parece que por solo eso merece gozar de Cantaflua. ¡O qué espantada estoy, y qué maravillada en havelle oído! ¡O si nunca acabara! ¡O cómo es grande ejercicio el oír cosas altas! ¡O cómo no hay cosa que se iguale a la prudencia! ¡O cómo los hombres ignorantes y no dados al estudio ni a la literaria disciplina no gozan del mundo, ni tienen bien ni perfeta alegría, pues no saben distinguir entre lepra y lepra. A osadas que dixo bien Séneca a su amigo Luzillo en la octava Epístola: «Conviene que sirvas y te des a la philosophía si quíes tener verdadera libertad». Assí que, a la clara veo que el que no se inclina a la sciencia se queda por asno, aunque más vaya a Bolonia ni a la salmanticense academia; porque, como dizen: «Quien nescio es en su villa, nescio es en Sevilla».

VETURIA- Cierta es que poco aprovecha y en vano trabaja la lengua del enseñador si el oyente es imbecile. De manera que a los torpes y rudos de ingenio, en lo que les veo tener fama es en ser notas al vulgo sus faltas y en echar en público sus menguas. Porque algunas vezes, cuando con mayor atención estáis pensando llevar de su plática alguna famosa dotrina, les oiréis dezir: «Parece esta luna a la de Salamanca», o cosa que le paresca. Y aun con el dedo desde aquí te señalaría alguno d'estos sin pasar los límites de nuestra parrochía. Pero tornando al propósito y en lo que estamos, «Benedicamus» digo, Claudia, que no te maravilles, porque en la ciudad es Berintho tenido por sabio. Mas hablando contigo la verdad, daría algo por tornar a oír tan dulce razonamiento, tan conclusivo y de tantas sentencias que a toda razón y a todo entendimiento humano sobrepuja. Pero veamos lo que dize nuestra ama, que ya desechada la turbación del movimiento primero le replica.

CANTAFLUA- ¡O mi señor Berintho! ¡O mi verdadero remedio contra las ansias que a la continua me afligen! Ni la vista de los claríficos polos es tan agradable a los errados mareantes; ni la luz, las noturnas tiñeblas expulsas, consuela tanto los apasionados cuerpos; ni el acucioso caminante recibe tanto descanso con el claro día; ni los dulces campos, salliendo Febo del signo del Toro, se muestran más agradables; ni las rosas y flores en aquella sazón reciben más holgança con la humedad del zéfiro que las menea, quanto tu vista causa alegría a mi tan desenfrenado apetito, a mi demasiado sentimiento, a mis tristes ansias, a mis demasiados suspiros. Y pues yo soy la de verdad apasionada y en la verdad herida, y la que verdaderamente me duelo, no quieras, señor, con tus nuevos géneros de lamentaciones aumentar en el dolor, que ni puede crecer ni menos estar más firme. Y si dubdas por la prolixidad de tiempo que como arrebatada llama de entre las manos se nos ha ido, mira, señor, que a una donzella de tan alta sangre como yo soy, le convenía, seyendo nascida de tan claros padres, forçar su voluntad y la desordenada llama de que las entrañas se me encendía. Y no pienses que en tan fiera conquista he estado desacompañada, que la honestidad, virtud de dignidad tan suprema, me ha sido doméstica, muy familiar guarda, muy prudente compañía, y tan áspera y dura de domar que ella sola todo este tiempo ha estado litigando con la sensualidad, tan enemiga de la leal pudicicia y tan amiga de todo vicio, y tan enemiga de toda honra y honesto bivar y tan amiga de todo género y especie de delicto, y

tan enemiga de toda buena manera y de toda virtuosa costumbre. Ansimismo, ha litigado con las otras nocibles y humanas concupiciencias tan promptas y familiares de la voluntad, de manera que dentro en mi pecho se encerravan tan grandes discordias y en opinión tan contrarias como tengo explicado. Pues quien consigo de tal manera litigava, y teniendo los enemigos de las puertas adentro, ¿qué piensas que havrá sentido, salvo mill mudanças, mill antojos, mill passiones, mill modos de nuevo tormento? Estando en cada hora del día mill acuerdos, con pensamientos tan pesados y de tan grave carga que mill cuentos de vezes davan conmigo en el hoyo de su sepultura triste, y otras tantas vezes, hasta ponerme en pies, quedava tan lasa, que me venían los sudores de muerte enbuelto con gotas de sangre. Y en aquella sazón, aunque mi persona quedava libre, restava tan acompañada de miseria y con tanta pesadumbre qu'el mejor remedio por consejo de la honestidad era con grandes clamores, con demasiados çolloços y llantos, y con suspiros sin número llamar a la desventurada y [misérrima] muerte: y porque no se apropiava maldezía su tardança. Pero al presente el amor, que a nadie perdona, desterró a mi tan fiel secretaria y a mi doméstica amiga, y tan de súbito le hizo que se arredrase de mí, que no tovo tiempo más de para me avisar que guardase mi honra, pues el amor tan de hecho procurava mi total destrucción. Así que, señor, de lo dicho te costará mi desculpa, de manera que no tienes causa para más te doler ni recibir fatiga, pues en todo se ha de seguir tu voluntad, con tanto qu'el consejo de mi tan verdadera amiga no quede por vano. Mas ¡O desventurada de mí, y cómo se me quiebra el corazón por medio! Y ¡O cómo siento los mismos desmayos y angustias de la muerte!

BERINTHO- ¡O válame Dios, y cómo es allegado el fin de mi tan desventurado bivar! ¡Veturia, Veturia! ¿No me oyes?

VETURIA- No recibas, señor, pena, que pocos días son los que no estamos en esto. ¡Claudia, Claudia! Daca, hija, un poco de agua rosada, aunque déxala, déxala, que no es menester, que ya parece que torna.

BERINTHO- ¡O señora mía! ¿Y qué ha sido esto? ¿Qué's lo que havéis sentido?

VETURIA- ¿Qué me dizes, Claudia, del razonar de Cantaflua? Bien puede dezir a osadas que no se quedó en la posada. ¡O qué elegancia tovo en el dezir! ¡O qué manera en el proceder! ¡O de qué [metáphoras] se aprovechó para investigar lo que quiso.

CLAUDIA- En mi vida le vi hablar por tan sublimado estilo, pero mejor me parece lo que Berintho dize. ¿Y no miras cómo lo [remite] a las manos?

VETURIA- Eso es lo que esotra quiere, y lo que ha menester para su mal, que cuanto palabras y plumas, todas las lleva el viento.

CLAUDIA- A más me parece que se havrá de estender la conseja.

VETURIA- Ya ves, hermana, en el estado en que está la cosa, y en lo que anda la letra dominical, y pues se te representa lo que de allí puede suceder y en lo que han de parar los ñublados, bien será que me vaya a la escalera, porque ninguna de aquellas mugeres no suba. Ese page que está en la puerta éntrese acá, y creo que ha visto las piernas a Cantaflua.

CLAUDIA- Consejo provechoso es y bien necessario, pero yo no le osaré llamar.

VETURIA- Hijo Aminthas, entraos acá.

AMINTHAS- Así lo hago.

CLAUDIA- ¿Qué te parece, señor Aminthas, cómo las cosas vienen según deseamos?

AMINTHAS- Lo que siento, señora, es que Berintho es en todo bienaventurado.

CLAUDIA- ¿Que tan bien os parecen las mugeres?

AMINTHAS- Nascí d'ellas, y que donde ellas no andan ni hay alegría ni descanso ni perfeto gozo ni contentamiento, y ¡por el contrario, el favor de la hembra da esfuerço al cobarde, y haze al [perezoso] despierto, y al tartamudo elocuente, y al nescio discreto, y al parlero templado. Y al grosero haze polido, y al bovo prudente, y del rudo avisado, y del descuidado torna diligente, y del liberal pródigo y del avaro liberal. Y al desabrido torna de dulce conversación, y del mudo torna parlero, y del cobarde haze esforçado, y del mal christiano torna y haze religioso, compeliendo al hombre a que ni pierda missa ni biésperas ni cumpletas. Y del mal ginete torna gran justador, y del que poco sabe torna prudente y experimentado, mostrándole mil invenciones para venir a lo que quiere, enseñándole mill nuevas maneras de hablar, y por tan elegante y limado estilo que dirán en los tales estar infundida a deshora el ánima de Homero. Así que, señora, grandes bienes, grandes y demasiadas utilidades, y mercedes sin comparación nos vienen del amor; y los que profaçon d'él, es porqu'él no se acuerda ni tiene memoria de se servir de los tales, arredrándolos de su vadera como a indignos de su tan soberano favor. Así que, murmuren lo que quisieren, que «ruin sea a quien mal le parece».

CLAUDIA- Por mi fe, señor Aminthas, tienes mala criança, que no abastava meter la mano en los pechos sino también hazer otra mayor descortesía.

AMINTHAS- Oigamos lo que dize Cantaflua, que yo replicaré luego, desculpándome lo mejor que podré.

CLAUDIA- ¡Gentil desculpa, por mi fe! Como a la cabeça quebrada untalle el caxco me parecerá eso.

CANTAFLUA- Ya, señor mío, holgaréis, ya cesarán vuestras exclamaciones, ya pondréis fin a vuestras tan importunas querellas, ya pondréis término a vuestros demasiados ahincos que tan sin medida han acuciado en mi total destrucción.

BERINTHO- No tenéis, señora mía, por qué tomar tantas alteraciones, de tan delicado sentimiento acompañadas, ni menos tenéis por qué tornar a vuestras tan continuas y enojosas lágrimas. Ni es cosa justa que procedan adelante vuestras desconsoladas quejas, ni menos compadece razón que más os apresuréis en fatigar al tribulado corazón, ya casi amortiguado de la tan acuciosa pasión, de que está tan cargado, que con harto trabajo tornará a cobrar el aliento perdido por la opresión de los vitales spíritus que ya casi en él, por velle incapaz del verdadero remedio, dexavan de influir aliento de vida. Y porque veáis, mi señora, que la razón y no la humana concupiciencia me han governado, y porque veáis la limpieza en el alma concebida, y porque veáis la justificación del deseo, y porque en público coste mi amor ser lícito, y porque parezca notoria la sinceridad de mi

voluntad que con tantos suspiros y con tantos clamores os ha de, digo que desde luego cumpliendo vuestro deseo, os recibo y tengo por mi legítima mujer y esposa de la manera que los establecimientos de la Santa Iglesia lo determinan.

CANTAFLUA- ¡O cómo estoy contenta! ¡O señor mío, cómo me habéis satisfecho! No tengo de qué sentir congoxa, el cuerpo queda libre de la pesadumbre. ¡O cómo mis sentidos se sienten descansados y agenos de toda desventura, y ya mi entendimiento está reposado! Todo mi bien es cumplido, todo lo que deseaba ya lo tengo, otra cosa aliende de lo que poseo jamás la deseé. De hoy más, señor, me puedes tener por la misma que dizes, que yo por tal esposo te confieso. A tu voluntad, puedes determinar de mi persona y casa.

AMINTHAS- Pues, señora, ves que los deseos de Cantaflua y Berintho son cumplidos, si te parece dart'he alguna cuenta porque no me tengas por malcriado.

CLAUDIA- No siento cosa, señor Aminthas, con que me satisfagas, pues estando solo conmigo y viendo que de necesidad por no' ser infamada había de callar, no has cesado de conversar de tal forma como si yo de mi propia voluntad te hoviera llamado. Y en verdad que pienso que lo demás hovieras puesto en ejecución, si tan cerca no estoviéramos de Berintho.

AMINTHAS- ¡O Claudia, discreta donzella y hermosa sobre todas las del mundo! Desde la primera vista que mis ojos te vieron, quedé por tan tuyo que aquí donde estoy ningún acuerdo tengo, y de todo entendimiento me hallo falto y de todo juicio ageno. ¡O quién no fuera nacido! ¡O quién no te hoviera conocido! ¡O si me hizieses merced que de tu voluntad permitieses que mi vida triste feneciese ya! ¡O qué angustias siento! ¡O qué ravia me está despedaçando el corazón! ¡O cómo se me arranca el alma! ¡O cómo en tu presencia me han desfalecido las fuerças y han dado fin a su acostumbrado exercicio!

CLAUDIA- ¡O desventurada de mí! ¡O qué mala ventura tan grande! Y creo que está muerto. ¡Señor Aminthas, señor Aminthas! ¿Por qué no me respondes?

AMINTHAS- ¡O amiga de mi ánima! ¿Y cómo vuestra boz ha sido de tanta fuerça que al espíritu desesperado ha reduzido a las carnes, trayéndolo de la compañía de las hijas de Dánao por satisfacer vuestra voluntad?

CLAUDIA- ¡O qué poco esfuerço tenéis para cavallero!

AMINTHAS- Señora mía, el monarca tan grande, hijo de Philipo, venido a la batalla con el rey de la India recibió temor, diziendo que veía el peligro igual a su ánimo. Pues yo, viendo el peligro mill vezes mayor que la fuerça y aparejo [quel veo en mí para podelle resistir, ¿qué haré? Otro medio más seguro no lo veo que tornar a la compañía del hijo de Liriope, si vos, señora, que sois la que me matáis. no pondréis el remedio.

CLAUDIA- ¡O señor, que siento la pena y fuego que de vos claramente veo proceder! Por tanto, si no está en más vuestro consuelo, descansen vuestra tribulación. Esta noche a las diez, ya que Cantaflua será echada, podéis venir al huerto, y por la puerta que sale al campo os podéis entrar, que yo la tendré abierta.

AMINTHAS- ¡O qué gran merced! ¡O qué demasiada prosperidad! ¡O inmenso remediador, y cómo has inspirado en el corazón de Claudia mi señor, habiendo misericordia de mi desventurado espíritu!

CLAUDIA- Oigamos; señor, en lo que están Berintho y Cantaflua, que me parece que hablan. Pues en lo demás no tienes de qué recibir aceleración, pues mis dolores abastan, y quiera Aquella que parió sin dolor que todas las cosas vengan según deseamos.

BERINTHO- ¡O mi señora! ¡Y qué desmayos tan grandes os vinieron al tiempo que me vistes! ¡O qué muerta os vi! ¡O cómo estávades bien cercana de la otra vida! ¡O qué poco esfuerzo!

CANTAFLUA- No te maravilles, señor mío, que la virtud de la pudicia en la hembra es de tanto ímpetu, que la honestidad engendrada de la tal virtud, como sabes, ha causado grandes hazañas en este mundo. ¿No te acuerdas haber leído el hecho de la muger de Colatino? Y aun este, si lo examinásemos bien, no tengo a mucho. Pero qué me dirás de Hippo, donzella greciana que, muerto el padre y la familia en la mar por mano del cosario y ella en cativerio, queriendo el tirano cumplir su voluntad con ella, dixo que la dexassen un poco, y cuando estovieron descuidados se echó en la mar por no ser desflorada? Y Antonia, matrona romana, muerto el marido, un momento hasta qu'ella murió no se quiso partir de su suegra, grand exemplo de castidad. Y ¿qué diremos de la muger de Masimena, cavallero greciano, que entrando en un palacio vido al hijo strupar la propia hermana, y de la vista de tan triste y miserable acaecimiento enmudeció de tal manera, que en toda su vida no pudo hablar palabra? Y otros exemplos pudiera dezir, pero abaste, que aliende d'esto las mugeres somos de poco ánimo, y débiles para las peligrosas afrentas, y muy temerosas en todo género y manera de peligro.

BERINTHO- Bien me satisfazen, señora, las historias de castidad que recitaste, y cierto son de gran doctrina. Pero no consiento que afirmes el género femíneo ser tan delicado ni tan débile como afirmas, porque si quíes considerar el grande esfuerzo de la muger del primer monarca, nuera del rey Belo, con ánimo viril, y aun no de poco rigor, exercitó la monarchía del hijo. Pues la otra imperante llamada Irena, muger de León, ¡cómo imperó muerto el marido, y cómo, porqu'el hijo, llamado [Constantino], era malo y contradezía que la madre no imperasse, lo echó en prisiones y le mandó sacar los ojos! Y la otra, reina de los cithas llamada [Tomiris], ¡con qué furia dexó de lamentar al único hijo y la destrucción de su gente! Y con el residuo ejército vino en batalla y venció al primer monarca de los persas, llamado [Ciro], y satisfizo la injuria recibida.

CANTAFLUA- ¡O qué descanso tan grande, señor, he recebido con la relación de tan famosos hechos! Y en verdad que no sé qué me diga, sino que me maravillo en el ánimo femenino concebirse pensamiento de acometer tan grandes y claras hazañas.

AMINTHAS- Asentémonos, Claudia señora, que ya han dado fin a las razones por un rato.

CLAUDIA- Por Dios, que recibía mucha consolación, y recreava en oír lo que Berintho dezía, porque en verdad, en mi vida había oído dezir lo que ahora contó.

AMINTHAS- ¿Y no te parece, señora, que Cantaflua traxo a su propósito gentiles dotrinas? Por cierto, silo miras bien, a pocos havrás tú visto que hayan leído aquellas historias.

CLAUDIA- ¡Por mi vida, que no me enojés más, que a lo que siento si un poco más te dexase no curaras de aguardar la noche! ¡Ea, señor, por tu vida! ¿Parécete que si entrase Veturia me hallaría bonica? ¡Jesús, Jesús! ¡Y qué desmesura tan grande!

AMINTHAS- Yo te doy mi fe de no hazerte mal ninguno. Por eso, no te congoxes, señora mía.

CLAUDIA- Ea, pues, apártate allá, Aminthas. Abaste ya.

AMINTHAS- Pues, señora, hombre soy de mi palabra, que bien guardé la fe.

CLAUDIA- ¡Porque no te dexaron! Pero tu voluntad bien pareció, por mi consciencia; y, como dixo el vizcaíno: ¡«Voluntad de Dios visto havías». Y no pensé que tan poca vergüença tenias, pero pues estás algo satisfecho miremos qué hazen.

BERINTHO- ¿Estás ahí, Aminthas?

AMINTHAS- ¿Qué mandas, señor?

BERINTHO- ¿Qué hora es?

AMINTHAS- Ya fugada la luz, los planetas se representan al viso de cualquier criatura que de su tardança en el epicículo toviere noticia.

CANTAFLUA- ¿Y es astrólogo Aminthas, o qué retóricas son aquellas?

BERINTHO- ¿Esso del estudio aun te quedó?

CANTAFLUA- ¿Cómo, señor? ¿Que los planetas se parecen?

BERINTHO- Dígalo Aminthas.

AMINTHAS- El sol, qu'es el cuarto planeta, y la luna, qu'es el primero, ¿no se parecen?

CANTAFLUA- Sí.

AMINTHAS- Pues de la misma manera, señora, parecen los otros a quien los conoce, decendiendo desde el primero, qu'es [Saturno], hasta la luna, porque los cielos donde ellos están no son cuerpos ocupados.

VETURIA- Señor, hora es que te vayas, que, dexadas las astrologías de Aminthas, es ya escuro.

BERINTHO- Pues, señora mía, mañana y todos los demás días que aquí estuvieres vendré un rato cada día, y acabadas las novenas la visita será en tu casa.

CANTAFLUA- Ya dixé, señor, que te tengo por marido y por señor de mi persona y de lo demás, y assí puedes mandar y disponer lo que te pareciere.

BERINTHO- Pues los ángeles te acompañen. Y tu', Veturia, y mi hermana Claudia, aunque no me ha querido hablar, tendréis cargo de mi señora Cantaflua, y a Dios quedéis encomendadas.

CANTAFLUA- ¿Qué os parece? ¿Está todo a vuestra voluntad?

CLAUDIA- Está de la misma manera que a Dios lo suplicamos tres años ha.

VETURIA- Todo lo que pasó hemos entendido. Cena, señora ,y descansa.

CLAUDIA- Yo me voy a echar un poco, que estoy con gana de dormir.



CANTAFLUA- Descansada me siento. Por esso, Veturia, dame de cenar y haz subir acá aquellas mugeres y mis hermanas.

BERINTHO- Haz a esos moços, Galterio, que lleguen acá la mula.

GALTERIO- Bien puedes, señor, cavalgar.

SIMACO- ¿Cómo vienes, Aminthas, que no hablas?

AMINTHAS- Voy pensando en Claudia, que me parece la más hermosa donzella del mundo.

SIMACO- Aliende d'eso, es de nobles parientes y muy rica.

AMINTHAS- Apasionado voy, bien me ha parecido.

GALTERIO- ¡O reniego de la puta mi suegra! ¿Y has hecho algo de lo que sueles?

AMINTHAS- La verdad, hermanos, no llegó la burla a más de a tomalle las tetas y a jugar un rato.

SIMACO- ¿También andarié la fruta de palacio?

AMINTHAS- Pues sí, y aun le vi las piernas.

GALTERIO- ¡O descreo de la vida en que bivo! ¿Y has de ser garañón de todo el lugar? Mira si tengo de socorrer con trapos, como en lo de Sergia. Y según tienes buena tajada no me maravillo, pero juro a los santos evangelios que me tienes espantado.

BERINTHO- Buena hora es, dezi a Menedemo que aderecen la cena.

AMINTHAS- Hermano Galterio, a mi cámara me voy. Si me echaren menos dirás, por tu vida, que me sentí malo.

GALTERIO- Anda en buena hora.

BERINTHO- ¿Y luego queréis que cenemos?

MENEDEMO- Pues, señor, está aderecado.

BERINTHO- ¡O hermanos míos! ¡Y cómo el día de hoy nos hemos nascido todos, pues ya mi vida está segura, y pues ya estoy contento y satisfecho de lo que tanto tiempo he desseado! Que en verdad, nunca tove confianza salvo de poner fin a mis días siguiendo esta demanda; pero Dios, a quien siempre encomendé mis cosas, por su inmensa y infinita bondad ha havido misericordia de mi cuerpo y ánima y ha puesto la conclusión y término que havéis visto a mi tan demasiado y desenfrenado apetito.

MENEDEMO- Por esso, señor, es muy aprovada la fortaleza dell ánimo en cualquier trabajo, en cualquier afrenta, y en todo género de peligro, pues mediante ella se viene al desseado fin; porque es muy cierto escudo y rezia defensa contra todo linage de pasión y contra toda manera de desventura. ¿Y quién dio causa que Marco Mar-cello, estando el senado en gran congoxa, por espacio de diez años detoviesse en Italia al rezio enemigo? ¿Y quién fue ocasión qu'el rey de los espartanos con tan poca cantidad de gente detoviesse peleando al grandíssimo y demasiado exército de Xerxes, rey de los persas? ¿Y quién dio causa que Codro, rey postrimero de Athenas, tanto amor toviessse a su república que quiso morir porque los ciudadanos quedasen salvos? ¿Quién assimismo comovió a Marco Curcio, cavallero romano, a que armado en su cavallo saltase dentro en la abertura de la tierra que estava en Roma en medio la plaça, porque dezian los agoreros que demandava hombre bivo, no haviendo podido cerralla con cosa que dentro echasen? Por cierto, la fortaleza de ánimo lo movió a querer morir por su república. Assí que de aquí pudiera aún relatar otros hechos, pero bien me

abasta para dar a entender que quien d'esta virtud, y de la otra su compañera llamada temperança, estoviere fornido, tiene en todas su partido seguro y aun, como dizen, «dos piedras y la cuesta».

BERINTHO- Mucho plazer me has dado en recurrirme a la memona essas cosas, que cierto, tales varones dignos son de perpetua fama. Pero no dexes la causa indecisa, y de essotra que llaman temperança di lo que sientes.

MENEDEMO- ¿Qué siento? Qu'el hombi;e falto y careciente de tal virtud tiene harto mal y tiene harta desventura. ¿Quién, te piensas, libró de total destrucción la república atheniense, salvo la sobrada moderación en el enojo de Temístocles? Que seyendo de Athenas, y haviendo hecho grandes cosas en favor de su república, al cabo la tierra le dio mal [gualardón] y lo desterraron. Y él se fue al rey de los persas, el cual le hizo emperador del ejército para destruir a Athenas; y llegando cerca se mató, beviendo sangre cruda de un toro, por no destruir su propia patria, templando su enojo con el sacrificio de su misma persona. Y el otro, Marco Coriolano, teniendo por otro caso semejante en grande aprieto a la romana república y estando determinado de la destruir, ¿a qué moderación lo truxo el ruego de la madre y muger, sino que alzó el real y se fue? Y aun dizen que toda su vida quedó triste porque no se havia satisfecho.

GALTERIO- Mejor seré irnos a cenar, en buena fe, que no estar. contando hazañas viejas.

BERINTHO- Dos maravillosos exemplos en verdad son esos, y abastan, y con tanto os id, hermanos, a descansar.

MENEDEMO- Pues, Simaco, ¿queda contenta Cantaflua?

SIMACO- No hay dubda, sino que el pleito está en tales términos que el juez no puede apelar, pues, como dizen, «Las partes están contentas».

GALTERIO- Mira qué te digo, Simaco. Date prisa, por tu vida.

SIMACO- ¿Qué quiés?

GALTERIO- Que vamos a ver Aminthas, que creo está mal dispuesto en su cámara, que no ha parecido después que venimos, y él me dixo que venía algo malo.

SIMACO- Pues anda, que muy bien es.

GALTERIO- ¿Duermes, señor Aminthas, o qué hazes?

AMINTHAS- ¿Qué tengo de dormir, qué tengo de reposar, que en fuerte sino fue mi nascimiento y fuerte desventura fue la mía? ¡O maravilloso redentor de toda biviente criatura, y cómo es riguroso tu castigo! ¡O cómo no puedo amanecer bivo si assí me aquexan estas angustias! ¡O cómo la ravia de la muerte no se iguala a este dolor tan demasiado! ¡O amor, amor, y cómo has con tu odio tenido voluntad de me destruir! Que ni has considerado ser huérfano de madre ni tan de tierna edad, ni has mirado mi falta de experiencia para poder resistir algún tanto tu fiera y nefanda pasión. ¡O mi señora Claudia! ¡O mi infinito gozo! ¡O cómo havéis consentido en mi total destrucción, que yo lo siento! Porque de otra manera la muerte ni estoviera tendiendo la mano por me llevar ni tovierá que hazer conmigo! ¡O cómo me hallo ageno de todo remedio y falto de todo bien, y sin consuelo del deleite que poco antes en la memoria se me representava! ¡O justo juez,

y havé compassión de mí, que en fuerte tiempo me arrebató la muerte y en fuerte coyuntura estoy para la salud del alma!

SIMACO- ¿Qué te parece, Galterio, de Aminthas? ¡O desventurado d'él! ¿Y no ves cómo se ha enmudecido?

GALTERIO- ¿Qué me ha de parecer, sino que tengo la mayor lástima del mundo de velle en tan gran tormento y en tan gran desventura?

SIMACO- Quiérole hablar. ¡Señor Aminthas, señor Aminthas! ¿Por qué no nos hablas?

AMINTHAS- ¿Qué tengo de hablar, qué tengo de dezir? Que no sé dónde me estoy, que estoy tal, que no culpo a Paris pues, encendido en el amor de la reina Elena, causó total perdición al reino troyano. Y aun, si no fuesse porque la doctina christiana lo contradize, estoy por aprovar el delicto abominable del padre de Mirra, que preso en el amor de la hija dio causa a qu'el hijo fuese común.

GALTERIO- ¿Pues qué te parece que se haga, o en qué podremos nosotros aprovecharte?

AMINTHAS- ¡O hermanos! Pues soy cierto que mi dolor sentís de verdad, y que lo tenéis por propio, y que todas las cosas de mi honra las mirarés con todo cuidado, os quiero certificar de lo que passa. Sabed que esta noche a las diez me mandó mi señora Claudia que le fuese a hablar, y que entrase por una puerta que salie al campo que está en el huerto de Santa Isabel.

GALTERIO- ¿Y esso me dizes? ¿Pues de qué tienes pena? Sino levanta de ahí, que parece que estás muerto, y Simaco y yo iremos contigo. Y dime, dime: ¿y en tal estado dexaste la causa? Luego ya fueras muerto si essa esperanca no te detuviera. ¡Por Dios, bueno andas! Pues sabes qué lance echas, Aminthas, que si te casas con ella puedes dar de comer, con lo que ella tiene, a cincuenta compañeros. Levanta, levanta, que yo a armarme voy.

SIMACO- En verdad, señor Aminthas, que me maravillo cómo una donzella tan niña y hermosa, y muy rica y de noble sangre, concibió tan presto en querer cumplir tu voluntad. Y Dios te haze la mayor merced del mundo. Pero pues que assi es, consuélate y vamos, y si quiés algunas armas de la cámara, las iré a traer.

AMINTHAS- No hay necesidad de más de essa espada y essa rodela que tengo ahí.

GALTERIO- Porque veas, Aminthas, si me suelo tardar en las cosas de hecho, o si me duermo en las pajas.

SIMACO- Vamos, pues que todos estamos a punto, de la tardança no se siga algún inconveniente. Y salgamos por la puerta falsa.

AMINTHAS- ¡O hermanos, y cómo voy alegre!

GALTERIO- A tal cosa vas. Juro por Nuestra Señora de las huertas, ¿en el mundo hay más bienaventurado hombre que tú?

SIMACO- Buen coselete es este que llevas, Galterio. ¿De dónde lo hoviste?

GALTERIO- ¿Aun ahora viene a tu noticia de dónde hove el [coselete]? ¿Y no sabes que es este el que quité all alférez de los soldados, cuando le corté la pierna en el desafio junto a la Marina en el Grao de Valencia? En

estas cosas que son en honra del hombre querría yo que toviéssedes vosotros buena memoria, que no para andar redarguyendo a cada paso, porque una palabra se me vaya alguna vez de la boca pensando en otras cosas.

AMINTHAS- Catad aquí la puerta, abierta está. Entremos, y vosotros os podréis estar debaxo de unos naranjos que están aquí muy espesos, y yo llegarme he donde mi señora mandare que le hable.

SIMACO- Bien es de essa manera.

GALTERIO- Pues entra y no tengas temor, Aminthas, aunque viniessen veinte hombres de armas. Que por la pasión del Hijo de Dios, en mi vida desseé tanto que se ofreciesse alguna rezia cuestión.

SIMACO- Yo te digo que esso es lo que hemos menester, especialmente para que los amores fuesen secretos.

AMINTHAS- Vosotros quedad aquí, que yo me quiero acercar a la puerta que sale de la ermita.

***Cena xij,***

*en que se introduzen Veturia, Claudia, Aminthas, Simaco, Evaristo, Menedemo, Berintho, Paulina, Galterio y el padre*

VETURIA- Quiero ir a ver qué tal se siente Claudia o si quiere cenar, pues que Cantaflua ya está durmiendo y todas estotras mugeres reposadas. Pero váleme Dios, hablando está entre sí, y aun bien alto. ¿Qué será esto?

CLAUDIA- En ningún puerto veo seguridad contra la fuerte tormenta que assí se trabaja por dar con la nave de mis pensamientos en las ásperas rocas; en ninguna fortaleza ni altura de castillo veo conveniente esperanza contra la cruda artillería de que mi corazón es combatido; ninguna bonanza de tiempo ni serenidad de nuves aprovecha contra las fuentes [de] lágrimas que de mis ojos proceden. Pero el medio claro está, el remedio a todos manifiesto es, el consuelo de tantos males notorio parece. ¿Qué necesidad hay de más dilación, qué necesidad hay de gastar tiempo en lo que no aprovecha, pues todo es aumentar materiales en el fuego que tanto atiza las desventuradas entrañas? ¡O todo mi bien y verdadero amigo Aminthas, consuelo de mi tan ansiosa tribulación! ¡O cómo os gozarés de mi muerte! ¡O qué descanso sentirán vuestras tan demasiadas pasiones, de mi vista cansadas! ¡O cómo fui enemiga de mí mesma en no dexaros que cumpliérades vuestra voluntad! ¡O cómo me mostré cruel contra vos! ¡O cómo me tengo por muy culpada, y por muger de fuerte y desastrada suerte! ¡O cómo muero desesperada! ¡Y cómo Atropos, una de las hermanas, está, las tiseras en la mano, metiéndome mil temores, deziendo que ya corta el hilo de mi bivar! ¡O amor tan dañoso, especialmente al sexo femíneo, que por más nos aumentar en la pena nos cercaste de una honestidad harto dañosa, so velo de verdadero bien! ¡O cómo se quexava el otro, aunque niño que de doze años diste causa que te conociese! ¿Vídose jamás tal crueldad? Ahora digo que ni culpo a Popilia, ni me maravillo de Rea, madre del primer rey romano, que ambas, donzellas del templo de Vesta, compelidas de la fuerça de amor cometieron strupo; por donde, aunque en tiempos diversos, las enterraron bivas, fexecutando la ley y estatuto de la casa de la diosa. Ni menos tengo en nada el esfuerço de las dos primeras reinas de la gente amazona, pues compelidas de la fuerça y amor que a los maridos tenían aun muertos, tomaron las armas, usando otra cosa de lo que el hábito femeníl requería, y vengaron los amados maridos, y así tovieron la monarchía del oriente. Ni menos me maravillo de la nuera de Fárnace, que con el amor que al marido tenía procuró de andar armada y a cavallo en las guerras que contra el pueblo romano tenía. Ni menos hago caso del hecho de Itálica, que la fuerça y amor del marido nuevo le dio causa a que lloró todos los días de su vida. Ni menos me maravillo del tragar las [ceniças] del marido muerto la reina de Caria; ni aquel famosissimo hecho de la Porcia, matrona romana, menos m'espanta, que oyendo la muerte del marido tragó brasas de fuego y se mató. Ni culpo a Daimira, pues la fuerça de amor dio causa a que sin ser en culpa fuesse ocasión de la muerte del fuerte marido. ¿Pero qué tengo ya más que vazilar, ni que contar las [heroes antiguas]? Sino seguir el camino antes de mi nascimiento predestinado, y con toda

acucia passar la varca del río Leteo, pues que esta tan cruda y enojosa muerte m'estava guardada.

VETURIA- ¿Otros duelos tenemos? ¿Nunca havremos de acabar? En hora mala los dexé hoy solos. Rezia cosa es encomendar la oveja al lobo, mala cosa es la estopa cabe el fuego. Yo fui la causa, yo di la ocasión, yo meresco la culpa: bien será que le hable, si no nunca acabará. Pero maravillada estoy de las cosas que por la boca ha sacado. ¡Señora Claudia! ¿Dormís, o qué hazéis?

CLAUDIA- ¿Es mi madre Veturia?

VETURIA- Es la que tiene gran fatiga de verte tan sin acuerdo. ¿Cómo? Y porque hoy estoviédes una hora con Aminthas, ¿ya querriedes tenelle ahí? Y vuestro seso y vuestra discrición, ¿dónde está? ¿Y dónde está la vergüenza que sobremanera os ha acompañado toda vuestra vida? Y vuestro reposo, ¿cómo se ha dexado vencer de la acucia en que ahora hervís? Y la destreza del seso que con tanta prudencia os ha gobernado, ¿y cómo en la mayor necesidad os ha desmamparado como si fuera algún amigo fingido?

CLAUDIA- ¡O madre Veturia, y qué vergüenza siento de vos, considerando la recta intinción con que me consejáis! ¡Pero miserable de mi, y la más sin ventura donzella de cuantas nascieron! ¿Y qué haré, que se me está arrancando el alma? ¿Qué haré, que me esté abrasando en un fuego tan ravioso, que aquel con qu'el Plutón ministra su furia no abrasa tanto, ni haze con harta parte tan fiera impresión en los spiritus condenados? Y no parece sino que bivoras muy emponçonadas están assidas de mis entrañas, las unas en opósito de las otras, pues el consejo y libre alvedrio y fuerças de la razón, no hay d'ellas memoria, como si desde mi nacimiento me hovieran dexado indefensa. Y no [me maravillo], porque una de las principales potencias del amor es en todo tiempo, en todo lugar, contra todas personas, a todos estados y en cualquier sazón hallarse presente. De manera que si, madre mía, me quíes culpar, di lo que quisieres, pon los inconvenientes, conforme a lo que de presente te parece, pon en execución lo que mandares. Pero yo me está ardiendo en un fuego tan despierto, que como ya te dixes peor qu'el infernal. Y si dubdas, por todos los inconvenientes del mundo, ni por todos los peligros que se me antepongan, no dexaré de ir a seguir la voluntad de mi amado Aminthas. Que yo veo que es hora, yo veo que se quejará de mi tardanca, y esto aún no acrecienta poco mi dolor.

VETURIA- Sin dubda has hablado y expresado grandes maravillas, grandes inconvenientes, grandes contrariedades, que en un mismo sujeto se çufren y passan, compeliendo a ello la frecha del amor. Algo quisiera comunicar contigo para inquirir tu remedio, siguiendo el extremo tan peligroso en que estás, eligiendo por menor [inconveniente] seguir la desenfrenada voluntad que poner objectos, pero cosa escusada me parece, pues ya tú tienes buscado el remedio. Y a lo que siento, deve estar Aminthas a la puerta o en la huerta, o talque cosa, y si assí es no tardes, ve y háblale. Y pues es de nobles parientes, bien será que te desposes con él, pues que no estás en dispusición de seguir otro consejo.

CLAUDIA- ¡O mi verdadera madre, y cómo, consintiendo con la intinción raigada en mi dañoso apetito, habéis aliviado mi tormento! La

verdad hablando con vos, yo le dixé que a las diez viniésses al huerto, y pienso que me espera. No querría que se quexasse de mí.

VETURIA- Anda, que yo abaxaré contigo, y háblale. Y aun, después, deque yo vea oportunidad de tiempo, procuraré la satisfacción de tu honra. Y anda y no abaxes candela.

CLAUDIA- Aquí, madre, os quedad, a la puerta.

VETURIA- Pues anda, que yo me asiento, y d'estas tres horas no te espero.

CLAUDIA- ¡Buena estaría! Pues ya voy.

AMINTHAS- ¿Es mi vida? ¿Es la que resplandece en mis entrañas, y las enciende como el sol [la zona] quemada? ¿Es el norte por donde mis pensamientos se rigen? ¿Es la señora de mi libertad? ¿Es la que tiene poder para en un instanti me dar la muerte y la vida? ¡O incomprehensible Deidad! ¿Y cómo puedo gozar de tan próspera ventura, y de felicidad que por ser tan grande y tan maravillosa mi entendimiento no la puede comprender?

GALTERIO- ¿Oyes, Simaco, la parola del muchacho? ¿Hay tal cosa en el mundo? Que nadie conversa con Berintho que no se torne abogado o retórico o talque cosa. Por mi vida, hablando de verdad, cuerda y discretamente razonó, y en pocas palabras.

CLAUDIA- Es la que dessea tu gozo y contentamiento más que el remedio de su propia vida; y es la que descansa con tu vista como la leona recobrando el perdido hijo; y es la que siente tu pena y la tiene por propia; y es la que, agena de todo reposo y de la vergüença, cosa principal y conveniente a la honestidad de la hembra, viene a seguir tu mando y a remediar tu pasión, aunque sea acumulando en la que sin comparación me atormenta.

SIMACO- ¿No dirás ahora, Galterio, que Claudia ha hurtado el aire de Berintho?

GALTERIO- No sé, por mi fe, qué diga, sino que veo una donzella tan niña estar hablando como letrado. Pero oye lo que passa Aminthas.

CLAUDIA- ¡O mi vida y lumbre de mis ojos, y cómo me lastimáis! ¡O y cómo me fatigan vuestras enojosas burlas! ¡Ay señor, no más, por amor del Hijo de Dios!

AMINTHAS- Ya, señora, es cumplida mi voluntad, y en verdad, quisiera más haverme quebrado los ojos que enojaros, si comigo lo pudiera acabar.

VETURIA- Al mancebo, a lo que siento, no le falta lengua ni aun manos, que ya ha hecho a lo que me parece su hazienda.

CLAUDIA- Ya me havéis destruido la honra, señor Aminthas, ya descansarés, que por esto andávades y esta era vuestra prisa y ahinco.

GALTERIO- ¡Por la pasión de Dios, diablo es este! ¿No ves cómo ya la ha desempachado de contadores? ¡Aun si han de ser menester trapos, y hemos de ir a socorrer con [mengías]!

SIMACO- No seas importuno. Calla, déxalo huélguese.

AMINTHAS- ¡O clarífica luz contra las tristes tiñeblas de mis pensamientos y contra la oscura y tenebrosa llama que assí me encendía! ¡O mamparo contra la muerte que assí me amenazava! ¡O nivel de toda beldad y mesura! ¡Y qué desmayos tan grandes siento con la sangre dañada que por mis entrañas se va derramando, en ser cierto del exceso que contra vos he

cometido, y en ver claramente que de todo vuestro enojo soy la culpa y causa principal! ¡O mi verdadera esperanza! ¡Y cómo en satisfacción de tan criminoso agravio, de agradable voluntad ofrecería la vida a cualquier género de trabajo y a cualquier manera de pasión!

VETURIA- Porque veáis si le faltan palabras! ¡Quién se lo veía muy manso y los ojos baxos!

GALTERIO- ¿Qué te parece? ¡Qué rallar tiene Aminthas! Ahora, por tu vida, ¿quién pensó que para tanto fuera?

SIMACO- «Mal animal de conocer es el hombre», ¿no has oído? «Ni fies en potro sarnoso ni en moço..., etc.»

CLAUDIA- Cesen, señor, vuestras quejas, cesen vuestras tan demasiadas lamentaciones, cesen vuestras tan injustas querellas, que yo soy la que he ganado, yo soy la bienaventurada en serviros, yo soy la que os he dado mill enojos, yo soy la culpada.

VETURIA- ¡Adoba por ahí! En la huerta está la moça, pasado se le ha el dolor.

GALTERIO- ¿No sientes, hermano, cuán conformes están y de cómo entre burla y juego de rato en rato no se quitan el uno del otro?

CLAUDIA- Pues no me maltratéis, señor, de esa manera, que en verdad me dais mucha congoxa.

AMINTHAS- Si os parece, señora mía, vámonos al cenador que está debaxo de los limones.

GALTERIO- ¡O reniego de la que no me parió!, ¿y amanece ya? ¡Y aún ahora despacio se me van a sentar de nuevo!

VETURIA- Por fe tengo que Claudia está tan embevecida en el juego que no se acuerda si me dexó aquí. Pero satisfaga su voluntad, que no puede ser más negro el [cuervo] que las alas.

CLAUDIA- Señor mio, el alva viene caminando a más andar con su tierno rostro. ¿Qué mandas que se haga?

AMINTHAS- ¡O tiniebras, y cuán molestas me sois! ¡O escudad noturna! , ¿y por qué te alexas? ¡O tinieblas congeladas de los húmidos y densos vapores!, ¿por qué os deshazéis tan en mi perjuizio, disminuyendo mi gloria? ¡Oh hijo de Latona! , ¿por qué te apresuras tan en mi daño, acuciando con tu áspero açote la fuerça de los poderosos cavallos? ¡O luz al mundano bivar tan grata, y cómo me eres cruel y dañosa! ¡O cómo me impides mi entera felicidad! ¡O cómo me estorvas mi cumplida holgança! ¡O cómo me desvías de todo mi bien! ¡O cómo me alexas mi verdadera alegría! ¡O cómo me hazes ageno de las cosas que más quiero! ¡O cómo desvías a mi entendimiento su gloria infinita! ¡O cómo me sería dulce y muy agradable la muerte, antes que contraria leticia y antes que contraria çoçobra se mesclase con mi próspera y demasiada fortuna!

GALTERIO- ¿No oyes? No querrié que amaneciese. ¡En mi parecer está! Con todo esso, dicen bien que «El que mal haze aborrece la luz».

SIMACO- Déxame, por tu vida, que en verdad no me hartaría de oíllo.

CLAUDIA- No pienses, mi verdadero amigo Aminthas, que descanso hallándome falta de ti que eres mi verdadero bien; ni pienses que yo tengo más descanso de cuanto te veo delante; ni pienses otra claridad salvo la de tu vista alumbrada la grande cruera del demasiado dolor impresa en mi alma;



ni pienses que los rayos piramidales procidentes del luzido Febo resplandecen más en el sublunar mundo; ni pienses que la hermosa cara de Apolo es tan grata a toda potencia [vegetativa] cuanto m'es agradable a mí la vista de tu graciosa persona; ni la fertilidad de las mieses es tan deletable al ministro del agricultura; ni la sombra del frondoso árbol en el estío es más conveniente al que viene cansado; ni la fuente ni arroyo dell agua que va saltando es más aplazible al que quiere matar la sed, que a mí es dulce tu conversación, y los razonamientos de tan gentiles y graciosas sentencias que de la elegancia de tu lengua y claro y maravilloso entendimiento proceden. Pero la honra, que no recibe compás, no dilata ni quiere que un momento me detenga, que Veturia me está haziendo señas. Y la Santa Trinidad sea en tu guarda y te guie.

VETURIA- ¿Havías de acabar hogaño? ¡O qué enojosa has sido! Subámonos.

CLAUDIA- Señora Veturia, ¿qué te parece, por tu vida? ¡Qué discreto y qué bien razonado es mi amado Aminthas!

VETURIA- No sé. En eso y en lo demás, bien le llevavas los consonantes, y en cosa le perdías punto. Pero bien será que te echés y descanses, y apazigua essa voluntad tan desordenada con que te has gobernado. Y lo demás, la madre de Dios lo remediará como es menester.

CLAUDIA- ¡O cuán fácilmente los que están sanos aconsejan a los enfermos! Pues si tú estovieses en mi pecho, otra cosa sentirías.

VETURIA- Reposa, y yo me voy. Pero en fin, muy predominante está la sensualidad sobre tu razón.

AMINTHAS- ¡O cómo quedo desconsolado! ¡Y cuán ofuscada está la lumbré de mi entendimiento con el ausencia de mi señora!

GALTERIO- ¡O reniego de tanta dilación! ¿Y en esso estás ahora? Anda, anda. Ves qu'es de día claro, ¿y viénesme muy despacio y hablando entre dientes?

AMINTHAS- ¡O hermanos! ¿Qué os parece, cómo soy el hombre del mundo de más próspera ventura?

SIMACO- En verdad, señor Aminthas, que sois muy dichoso. ¿Quién pensara tal cosa, que tan a vuestra voluntad hoviérades tenido Claudia? Que no hay cavallero en la tierra que no desee casarse con ella, por ser quien es, y por el dote que tiene, y por la fama de su persona.

AMINTHAS- ¿Cómo? ¿Havéis entendido lo que con ella he passado?

GALTERIO- ¿Burlando lo dizes? Nunca pensamos te pudiera echar de encima, ¡y dizes ahora si entendimos lo que con ella passaste!

AMINTHAS- Y de su manera y gracia en el hablar, ¿qué me dezís assí veáis cumplido lo que más deseáis?

SIMACO- Cuanto que yo, espantado vengo. A Galterio se lo dezía, y en verdad que me estava la boca abierta oyéndola.

GALTERIO- ¿Es verdad que se quedava el moço en la posada? ¿Y a dó aprendiste, por vida de Aminthas, tanta chocarrería?

SIMACO- En casa estamos. ¿Qué haremos?

GALTERIO- ¿Qué hemos de hazer ya de día? A la despensa voy, y entretanto que se levantan aderecaré de almorcar, y aun yo seguro que no

me tarde. Entraos ahí en la cámara de Aminthas, que ahí beberemos cada dos veces.

AMINTHAS- ¡O cómo dize bien Galterio!

SIMACO- Pues, señor Aminthas, ¿de las pasiones de anoche estáis más apaziguado, y sin los dolores que tan [en] extrema manera os acuciavan?

AMINTHAS- ¡O mi verdadero hermano! ¿Y no te parece que tenía razón de penar por la más linda dama del mundo, por la más discreta, por la más graciosa de todas las que biven? ¡O qué beldad! ¡O qué hermosura tan estimada! ¡O qué prudencia! ¡O qué entera perfección de virtudes se aposentó en ella desde su primer nacimiento! Pues de las excelencias interiores de que goza el verdadero sentido del entendimiento, ¿quién te podría dezir las maravillas que en contemplación he visto? ¿Y qué ingenio, por experto que sea, abasta a comprender su tan inmensa y incomparable honestidad, su incomprehensible medida, los secretos maravillosos que en ella se encierran? ¿Y qué lengua abastaría a contar la delectación que mi espíritu siente en gozar del amor de tan alta donzella, en gozar de su tan dulce conversación, en gozar de la hermosura, de todas las gentes tan extimada? En verdad te digo que con más trabajo, con más dificultad callo esto, que no lo publico a bozes, que passó aquel duque ateniense en libertar su república de tan inominiosa servidumbre. ¿Piensas que so el que solía? ¿Piensas que tengo los pensamientos que hasta aquí? Otro soy, otro me hallo, mudado me siento en todo, muy trastocados están mis pensamientos de cómo de primero eran, no sé qué consejo me tome por el más saludable.

GALTERIO- ¿Qué rajar es esse, Aminthas? Que aún no estás cansado, y creo que si os dexara que nunca acabárades.

SIMACO- En verdad, con mucha atención estava oyendo lo que Aminthas dezía, y no quisiera que entraras. Pero ¿qué traes?

GALTERIO- No es nada: unas magras de un pernil me dio el despensero, y yo le apañé una gallina. Pues el vino es malo, que no es sino de lo que truxeron de Luque. Por eso, mirá si os havéis de estar hablando.

AMINTHAS- Propio hombre del campo es Galterio.

SIMACO- Pues yo te digo que en verdad tenía harta voluntad de almorçar.

AMINTHAS- Por mi fe, que estoy de la misma gana, y que me ha hecho Galterio el mayor plazer del mundo.

GALTERIO- Ea, pues, señor Aminthas. Hazelde [mano], y mira quién es el page.

AMINTHAS- Que en todo caso hemos de beber.

GALTERIO- No, que con los besos de la otra nos pasaremos.

AMINTHAS- ¿Que siempre ha d'estar burlando Galterio?

SIMACO- Bien haze, que harto trabajo tiene en servir y hazer por todo el mundo.

EVARISTO- Señor Aminthas, ¿está ahí Galterio?

AMINTHAS- Sí, hermano. Entra, por tu vida, y alcançarás tu parte.

GALTERIO- Y de mi mano has de tomar esta. Pero ¿qué me quieres?

EVARISTO- Ese diablo de Paulina está ahí y te demanda, y aun pienso que viene enojada.

GALTERIO- Haciendas tendremos, que ella es tan trapacera que siempre rebuelve algunos caldos, y algún día le tengo de cortar las orejas. Entra, entra, Paulina. ¿Qué hay? ¿Es algo de nuevo?

PAULINA- Razón tienes de enojarte antes de tiempo, pues que, si supieses la causa que tienes, y aun para no parecer en el mundo... Estos son en fin tus descuidos, estos son tus menosprecios siempre, este es el poco caso que de la persona hazes: que ha ocho días que no t'he visto, ni has ido siquiera por bien parecer a dezir «Quiero ver qué haze». Bien me dezían que eras un [desagradecido], y que estando contigo todo el mundo me haría mill befas como si no toviesses marido, y viendo el afrenta que me han hecho, ¡dize como en burlas si hay algo de nuevo!

GALTERIO- ¿Que te han hecho afrenta? ¡O reniego de la ley del hijo de [Amina] y descreo de la casa donde está sepultado! ¿Y es possible tal cosa en el mundo? ¿Y hay hombre en todo el reino que por pensamiento le pasó lo tal? ¡Ya, ya! No son las cosas sino encomencar. El otro día, cuando la otra cuestión, luego vi que no havié de venir sola. Passar havremos estos cansancios, ¿y no miras que ya tenía el coselete puesto, que me dava el alma que havria d'él necesidad? [Tráeme] presto de allí de mi cámara el guante aferrador, y la rodela y el gorjal, que esto bien sé a qué ha de venir.

AMINTHAS- Hermano Galterio, no hay necesidad de tantas armas, que de presto se le puede quebrar a'quel la cabeça.

GALTERIO- ¿Assí me tengo de contentar? Bien sé a qué ha de venir. Y aun quiera Dios que no se ponga la ciudad hoy a sacomano, assi ha de passar.

PADRE- ¿Qué es, Galterio? ¿Hay necesidad de algo?

GALTERIO- ¡Mira si acude el padre, mira si tiene hombre amigos!

PADRE- Pues que así es, quiero ir. Y traidré mis armas, y traidré diez o doze hombres de bien.

GALTERIO- También, por tu fe, padre, rellama a Pedro de Lucena, y a Téllez, y a Hernando Vancalero, y a Calventos, y a Juanot de la espada corta.

AMINTHAS- Que hartos estamos en casa que iremos a satisfacer en tu honra. ¿Qué necesidad hay de rufianes?

GALTERIO- ¿Y assí ha de ser? Por la mancebía iré, y daré una buelta por San Román, y aun yo seguro que en tres credos tenga setecientos o ochocientos hombres que vayan conmigo. ¿Y quicá encontraré compañero que no se vaya tras mí? Eso es.

AMINTHAS- Por causa de la justicia no se deve hazer tanto alboroto.

GALTERIO- ¿Justicia? ¡Guárdete Dios de perder la vergüença!

SIMACO- Señor Aminthas, que en todo caso irés con nosotros.

AMINTHAS- Juro por vida de Claudia mi señora, no dexasse de ir con Galterio porque pensase que me havían de degollar.

BERINTHO- ¿Qué bozes son essas que suenan en el patio?

MENEDEMO- Señor, Galterio es que se está armando, y seis o siete rufianes con él, que no sé donde se quiere ir.

BERINTHO- Pues mira, siquiera por quitallo de enojo, que vayan con él algunos de esos hombres de pie.

MENEDEMO- A osadas, señor, que no es menester mandárselo.

BERINTHO- ¿Cómo?

MENEDEMO- Todos están, señor, con él ya armados, y hasta Aminthas está con una rodela, y unas coraças de brocado blanco que me llevó de la cámara.

BERINTHO- ¿Que tanta amistad tienen?

MENEDEMO- Señor, de tres días a esta parte no se quitan un momento d'estar el uno con el otro.

BERINTHO- Pues abaxa abaxo, y ponlos en paz si puedes.

MENEDEMO- ¿Qué es esto, Galterio? ¿Qué hay que hazer?

GALTERIO- El diablo es que anda suelto. ¿Hanme de faltar a mí embaraços? Si el otro día yo castigara [a Chaves], como ya estava concertado, no hoviera nada d'esto, pero ahora se hará una y buena, y ¡guay del que cayere!, que yo aseguro que mañana en la noche aún no sean acabados de enterrar los muertos.

MENEDEMO- Por mi fe, que no pensé que tan [de] verdad iba esto.

SIMACO- Ni yo pensé en mi vida que así se enojara Galterio. Cierto, ha de hazer alguna cosa que haya bien que hazer.

EVARISTO- Bien será ordenar un escuadrón, y si quíes yo lo tomaré a mi cargo.

GALTERIO- ¡El diablo! ¿Es ahora tiempo de cosas de soldados? sino muerto aquel y todos los que fueren de su vando, por esa trapería, de diez en diez y de cinco en cinco saquear a la ciudad, como estamos ahora de espacio de caracoles. Pero di, Paulina: ¿quién era esse que te injurió?

PAULINA- Díxome que no era muger de bien y que era una trapacera.

GALTERIO- ¿Tal cosa se ha de çufrir? ¿Tal cosa se ha de passar?

AMINTHAS- Cosa liviana me parece a mí aquello, Galterio. haría caso de tal cosa, no sé lo que tú te sientes.

GALTERIO- ¿Cosa liviana? Pues por menos que aquello maté al ventero de los palacios, y corté la cara y una pierna a Francisco Leal. ¿Pero no dizes, Paulina, quién el que te injurió tan gravemente?

PAULINA- No sé cómo se llama. Un hombre es que ha poco que vino a la tierra como soldado, y trae una capa blanca y anda sin sayo.

GALTERIO- ¡O despecho de quien te vido nacer! ¿Y con esso vienes? ¡O qué desdichado soy! ¡O cómo nunca se me concierta cosa a drechas! ¡O cómo se me tornan las cosas al revés!

SIMACO- ¿Qué's, Galterio, por tu vida? ¿Qué has?

GALTERIO- ¡O reniego del espíritu malino! Es mi hermano aquel que dize. ¿Qué quíes que diga?

PAULINA- ¡Sancta Maria! ¿Hijos de un padre y de una madre?

GALTERIO- No, pero más es [esso].

PAULINA- ¡Jesús! ¿Y cómo puede ser?

GALTERIO- ¿Cómo? ¿No me has oído dezir de cuando fui al desafío que maté a Francisco Cordonero en Arjona?

PAULINA- No sé, nunca se te cae de la boca.

GALTERIO- Pues esse fue mi padrino. Y el tiempo que en Moguer nos quesimos embaraçar, cuando doze por doze hovimos la cuistión, de cuatro que quedamos bivios esse es el uno, y el otro el ventero de la Guadacabrilla, y el otro el que ahora es padre en Estepa.

AMINTHAS- Luego no es razón de enojalle, especialmente por poca cosa.

GALTERIO- ¿Cómo? ¿Enojalle? Pues antes me quebraré los ojos. que tocallo en la halda. ¿Soy yo bivo sino por él?

PAULINA- Mira, ¿quién pensara tal cosa?

GALTERIO- Anda, Paulina, a tu casa, que yo embiaré a llamar a mi hermano y le hablaré. Por amor de mí, Simaco, que cumpláis con esos hombres de bien tú y Evaristo, y yo súbome a ver qué haze Berintho.

EVARISTO- Pues nosotros cumpliremos por ti. Anda en buena hora, que ya me parece que está el padre en la calle con muchos compañeros.

MENEDEMO- ¡Por Dios, que [pensé] que se havié de quemar la ciudad! ¡Jesús, Jesús! ¿Y en esto han parado, Galterio, las cuestiones?

GALTERIO- Pues ¿qué te parece? Por contentar aquel diablo de Paulina hize todas esas cosas, y ella creo que lo lleva creído.

MENEDEMO- Tenemoslo creído nosotros, cuanto más Paulina.

BERINTHO- Pues ¿qué se ha hecho con la cuestión de Galterio?

MENEDEMO- En bien, señor, ha parado todo.

BERINTHO- Así lo haze siempre. Pero bien será que adereces, porque de aquí a un rato quiero ir a ver a mi señora.

MENEDEMO- Cuando, señor, mandares, todas las cosas están ordenadas de cuidado. Duerme a buen sueño.

***Cena xiiij;***

*en que se introduzen Cantaflua, Veturia, Berintho, Aminthas, Simaco, Galterio, Simaco, Evaristo*

CANTAFLUA- No hay en el mundo cosa segura, no hay vida sin muerte, ni plazer sin enojo, ni descanso sin contraria çoçobra, ni sueño sin sobresalto, ni prosperidad sin adversidad, ni día de entero gozo, ni bien del todo cumplido, ni bonança sin tormenta, ni luz sin escuridad, ni alegría sin tristeza, ni camino sin assechanças, ni menos veo cosa que se pueda dezir cierta. ¡O deidad incomprehensible! ¿Y cómo, compuesto y adornado el gran universo con las cosas en él contenidas, fue la fábrica de tanta excelencia que nos diste entera noticia de tu tan alta, tan grande, tan inmensa divinidad y omnipotencia? Y toviste por bien de al ánima de tan alta natura uñir el cuerpo, de tan flaca materia y de compostura [corruptible], acompañado de tantos trabajos, sujeto a tantos y demasiados géneros de passiones, de donde resurgen los sobredichos inconvenientes; acompañándolo assimismo de otra ley, muy indómita y repugnante a la ley de la verdadera razón y entendimiento, en lo cual manifiestamente nos enseñaste el camino de tu gloria, inclinando el ánima desseosa sin comparación de alcançar el fin para que fue formada. Pues esta dañosa carga y tan enojosa compañía, ¡qué obstáculos, qué inconvenientes tan no pensados le antepone!

VETURIA- Bien será que le hable, que elevada está, y ahora me parece que está especulando y revolviendo en el entendimiento las sagradas páginas, cuando, discerniendo la cumplida gloria que esperaba, ni halla en ella felicidad, ni cosa sin compañía de toda manera de pasión. Pero no me maravillo, que Cantaflua es discreta y ha leído mucho y como se halla con alguna libertad el entendimiento, desseoso de la contemplación en las cosas altas, está con la especulación vacilando de lo incierto a las cosas ciertas. Y así ha alcanzado la vanidad de las cosas tras que andamos, y la poca firmeza de que nuestro miserable bivar está acompañado, y cuán transitorias y livianas son las cosas que con tanta voluntad estamos deseando, y cuán presto fenece lo que nosotros pensamos y tenemos creído ser cumplido y entero bien. Assí que no me maravillo, porque naturalmente todos somos inclinados a saber lo que desseamos, y como ya tiene lo que con tanto ahinco ha estado esperando, pienso que aquella imaginación le haze vazilar: porque las fuerças de la sensualidad mitigadas en algo, luego las de la razón crecen y reciben aumento; y como los ojos de la voluntad se van cegando, así los de la razón van recobrando su lumbré. Y porque todavía habla, quiero entrar, aunque en algo le sea enojosa, por apartalla de las cosas en que con tanta diligencia está meditando.

CANTAFLUA- Pues, Veturia, ¿qué te parece de en lo que estava y me has estorvado?

VETURIA- Siento que aún no tienes contentamiento perfecto ni entera leticia.

CANTAFLUA- ¿Cómo quiés que tenga gozo cumplido, deque me parece que ha mill años que no vi a mi tan desseado Berintho? Y esta pasión me

atierra tanto, que de todo en todo me incita, y procura de me atraer a que pierda la esperanza de todo mi bien. Pero contra esta tan desenfadada voluntad, que con tanta astucia está solicitando mi muerte, hay algunas resistencias, y aun no débiles, pero causan tanta confusión en mi entendimiento que me mueven a la consideración de la entera verdad, pero no para que del todo se aparten de estas ramas que del dañado apetito de la voluntad dependen. Pero ¡O mi bien y cumplido de reposo! ¡Y cómo cesarían mis pensamientos de tanto vazilar y cómo huirían con vuestra vista, y con tanta presteza se desharían como las delicadas nieblas tocadas de los rayos del nuestro planeta, que se convierten de súbito en vapores!

VETURIA- Más mal es el que ella confiesa que lo que yo presumía, porque no sólo se está en el presupuesto y voluntad primera, pero con el principio de encomendar a soltar la rienda está la sensualidad tan vigorosa, que no solamente desea lo que antes pero, aun con mayor ímpetu, está cobdiciando más de lo que la razón requiera. Y por cumplir y traer su apetito desenfadado en ejecución, está fatigando a la pecadora de muger, poniéndole mill inconvenientes que no verá más a Berintho, y representándole mill temores: y todo, no más de para el efecto que dixe. Y a buena fe que jure yo que está el otro con la misma confusión, y tan tocado, que pienso que está haciendo con la hierba lo mismo que la salvaje bestia herida del valletero. Así que no hagamos sino seguir el desenfadado y ciego apetito: veamos qué utilidad ni provecho nos redundará.

CLAUDIA- Señora, Berintho está ya haciendo oración en la iglesia.

VETURIA- No me maravillo, que más le va que juramento. Y aun más te digo, Claudia, que lo traen, que no pienses que se viene él. Por eso, señora, piensa bien si se ha de regalar como manteca.

CANTAFLUA- ¡O Veturia, y cómo no es tiempo de ocupar mi bienaventuranza mezclando otras cosas en medio de mi tan demasiada alegría! Ve, ve un momento, no se dilate lo que gastando todas las riquezas del mundo no se podría cobrar.

BERINTHO- ¡O hermana Veturia, y cómo me tendrás ya por enojoso con tanta venida y con tanto apresurarme!

VETURIA- Eso, señor, no [hallarán] allá dentro, yo lo fío. Pues lo mío, comoquiera se pasará.

BERINTHO- ¡O cómo nunca pensé llegar ni ver acabada esta jornada nada, ni cumplido el deseo que con tanto ahinco atormentaba el entendimiento y sentidos corporales! Pero pues mis ansias me han dexado, huyendo del temor de los luzidos rayos que del rostro de mi señora proceden, la verdadera felicidad es conocer el tiempo próspero, y saberse hombre aprovechar d'él, y tener discreción para discernir la luz de las tinieblas, y la adversidad de la fortuna próspera, repeliendo los obstáculos que siempre se anteponen para ocasión y causa de disminuir en el bien. Y pues a mi señora veo, que es fin de la jornada, y el fin donde todos mis pensamientos terminan su curso haciendo represa de mis ansiosos cuidados, no tengo en que otra cosa mi sentido se ocupe, salvo en la especulación de sus extremadas gracias de que la natura por especial permisión divina la dotó, cumpliendo el mando de la divina providencia.

CLAUDIA- ¿Qué dizes, madre, de Berintho?

VETURIA- Conformes están, que aún no piensa que lo tiene.

CANTAFLUA- ¡O mi señor y mi verdadera quietud y mi entera buena y felice ventura! Ni el planeta que entre los otros tiene tan notorio primado deleita más con su influencia a los miserables inferiores cuerpos, ni Júpiter en la compañía de Mercurio se muestra más agradable que tu presencia se muestra deletable a la flaca composición de mis exteriores sentidos. Pero, ¡O indina de tan perfecta deleitación! ¿y cómo podré gozar de la cosa que en bondad y verdadero merecimiento sobrepuja a toda la especulación de mi entendimiento? Y discerniendo esta distancia de cuento tan innumerable, estoy tan ocupada y el juicio tan ofuscado, que asaz me abasta para en mi pensamiento reputarme por la más bienandante y dichosa mujer de las que al presente biven.

CLAUDIA- ¿Qué dices, madre Veturia? Que cuanto yo, no entiendo aquella algaravía.

VETURIA- Por mi conciencia, que no te sabría decir otra cosa, salvo que no [quisiera] que acabara tan presto, pero ya ves cómo Berintho no da lugar a más pláticas. Y en fin, y hablando contigo la verdad, aquello es lo cierto, y aun qué Cantaflua más desea, aunque diga que la dexa, haciendo de la vergonçosa. Y pues que así es, dexémoslos y vamos a entender en algo.

CLAUDIA- Yo, señora, me quiero ir un poco a mi cama, que no estoy bien dispuesta.

VETURIA- ¿Eso me dices? ¿Y estás riendo? El médico y çurujano que tú has menester, yo seguro que lo dixese yo ahora. Pues así quies, yo quiero llamalle; y tú éntrate allá, porque bien será que tu honra se asegure, y yo me voy abaxo. ¿Qué te parece, Claudia? ¿Digo algo?

CLAUDIA- Yo no tengo entendimiento para poder gobernar según la razón lo requiere, ni yo tengo ni puedo hazer otra cosa salvo seguir aquella tan inominiosa ley de la cual el sucesor del primero rey del tribu de Judá se clamava. En lo demás, madre, puedes disponer a tu voluntad.

AMINTHAS- Señora Veturia, ¿dasme licencia para que aguarde aquí a Berintho, o mandas que me decienda abaxo?

VETURIA- Bien sé, amigo Aminthas, que otra cosa te queda dentro. Pero pues que así es, mejor me parece que te entres en el aposento de Claudia, y estarás a tu plazer, porque por estas cinco horas no pienses que Berintho dará lugar que nadie le converse.

CLAUDIA- Pues no os vais, madre Veturia, porque me aquexa algo el mal.

VETURIA- Tú estás en la cama y a tu plazer. El señor Aminthas está aquí, con quien podrás hablar entretanto que yo vengo.

CLAUDIA- ¡O señor Aminthas! ¡Por la pasión de Dios! ¿Y qué hazéis, dezi? ¿Y pensáis que estáis en vuestra casa, que assi os desnudáis tan de reposo?

AMINTHAS- «Todas eran en la conseja, y más la vieja.»

CLAUDIA- ¿Pues no respondéis, señor? Mirá lo que hazéis, que aun por la vergüença no's haviedes de echar, y a la fe, para bien nos falta, sino que os quitéis la camisa.

AMINTHAS- Yo, señora, estoy en tal tiempo, que ni temo suceso contrario, y menos cosa que pueda venir. Y como las partes más nobles y de



mayor dignidad están con vos, no es mucho que lo que es menos se aventure.

CLAUDIA- ¡Y tan poca vergüenza! ¿Y no miráis que entrará Veturia, señor mio?

AMINTHAS- ¡Bueno estaría, si con temor que no entre Veturia tengo de dexar de gozar de todo mi bien y de mi verdadera vida!

CLAUDIA- Pues que eso sea, señor, y descanso; [demientras] tan fieras angustias a tu causa me aquexan, no me maltrates, no quieras ser el verdugo de mi persona, pues tan obediente está siguiendo lo que más te plaze disponer d'ella.

VETURIA- ¡A osadas, hermana Claudia, que tú te passes esos enojos, aunque más delicada seas! Pero quiero ir a ver en qué están Berintho y Cantaflua, que me parece qu'están razonando muy despacio.

CANTAFLUA- Bien sería, señor mío, que usasses de alguna moderación, y bien abasta lo hecho, especialmente por este aposento donde estamos ser coherente a la iglesia sagrada, a la cual se deve grandísima veneración y reverencia. Y bien sabes qu'el Antioco llamado el grande, rey de los sirianos, cuán desventuradamente feneció a causa del poco acatamiento que tovo en robar las riquezas del templo, por el cual exceso los sacerdotes le mataron desvergonçadamente. Y aquel gran Pompeyo, porque profanó el templo del hijo de Bersabé, considera el infortunio con que feneció a manos de los satélites del ingrato Tholomeo. Pues aquel su sucesor en el imperio de oriente, llamado Marco Crasso, porque quiso con su demasiada cobdicia gozar de las riquezas del templo del gran dios, mira de la manera que feneció. Y también, señor, debes considerar que aun los gentiles que no tovieron noticia de la religión christiana honraron y temieron mucho de hazer ofensa a los templos de sus dioses, aunque paganos. Y así se escribe que los romanos embiando una copa de oro a la ínsula de Delphos al templo de Apolo, un cosario de la gente [liparitana] la tomó; pero viniendo a noticia de su príncipe, ¡con cuánta honra, con cuánta magestad hizo tornar y llevar a los mismos suyos el don ofrecido al templo! Pues al tiempo que los de Africa robaron el templo en la ínsula de Malta, ¡con cuánto enojo, indignado del tal delito su rey, llamado [Masinisa], hizo restituir las reliquias de marfil, acatando que eran dedicadas en veneración de Dios! Pues silos gentiles, carecientes de la verdadera creencia y cumplida sabiduría, se moderaron según es dicho, ¡cuánto más los christianos lo deven hazer, cumplidos de verdadera ley y de dotrina perfeta, y tan instrutos en las cosas divinas del culto del verdadero Hijo de Dios!

VETURIA- ¡Puesta está en santidades, veamos en lo que parará!

BERINTHO- Dulce, señora mía, me ha sido tu razonamiento de los antiguos y famosos hechos de la gentilidad. Pero yo en el templo de Dios no hago exceso, ni hay necesidad de poner dubda, pues yo, si en algún tiempo confessase haver violado cosa sagrada, mucho era digno de culpa. Pues Dios no quiere que me acuse de lo que no [delinquí], en lo demás, aunque algo se exceda, es dando obra a cosa lícita, y mi voluntad, que es la que Dios recibe, se ha de juzgar.

VETURIA- De manera que a lo que siento sus hipocresías aprovecharon poco a Cantaflua, y ella quedava harto burlada si hoviera hablado de verdad.

Pero por mi fe, que se pone el sol, y que será bien que sepan la hora qu'es. Y pues yo veo que están reposados, quiero entrar allá como que voy a otra cosa.

CANTAFLUA- Amiga Veturia, pareceme que Berintho mi señor se quiere quedar acá esta noche. Bien será que hagas adereçar de cenar.

VETURIA- Todo recabdo hay, señora, acá. Yo haré lo que mandas.

BERINTHO- Amiga Veturia, dile a Aminthas que [haga a] esos moços que se vayan después que sea anochecido, y solamente se quede él.

VETURIA- ¡Al descubierto me parece que quiere jugar esta gente! Y también le sucede a Claudia como si estoviesse hecha de concierto con Berintjo. Pero quiero ir, y haré que se levante Aminthas. ¿En qué estás, señora Claudia? ¿Estás ya más sin pasión? ¡A, señor Aminthas, que no os podéis encubrir ni negar la verdad! ¡Con el hurto en las manos os he tomado!

CLAUDIA- Madre Veturia, Aminthas es mi señor y mi marido, y está desposado conmigo. Por eso, no te maravilles de lo que ves, que de mi persona puede determinar a su voluntad como de su misma cosa.

VETURIA- ¿Qué dezís, señor Aminthas, de lo que dize Claudia?

AMINTHAS- Que soy el más bienandante hombre del mundo y el de más ventura, pues mi señora Claudia ha tenido por bien de me hazer tanta merced en desposarse conmigo, mereciendo ella cient mill vezes más por muchas causas que costan notorias.

CLAUDIA- Por mi vida, señor, que me enoje si más dizes, que no pienses que con esso me huelgo: pues yo soy la dichosa, la bienaventurada, y la que he ganado y alcançado mucha honra en que un cavallero como tú, de tan ilustre familia y tendado de virtudes, toviesses voluntad de recibir por esposa una muger desacompañada de padres, y tan falta de todas las cosas convenientes a tal persona como la tuya.

VETURIA- Mucho me he holgado, Claudia, de lo que has dicho, porque todo esse acatamiento y reverencia se deve a los maridos. Y dexado esto, digo, señor Aminthas, que estoy muy satisfecha y muy contenta conmigo, en que tan cumplidamente havéis satisfecho en su honra a Claudia, y de tan generosa persona como la vuestra no se esperaba menos. También es menester que os levantéis y hagáis que esos criados de Berintho se vayan, porque él me parece que quiere cenar acá y quedarse la noche. Y habrá necesidad que vos, señora Claudia, me ayudéis en algo, siquiera porque os traigo otras nuevas conforme a vuestra voluntad, y son que manda Berintho que Aminthas solo se quede. En essotro ya no tenéis que imaginar, dexaldo a mi cargo: y quanto tiempo sea, [y] Berintho esté casado, que no tardará muchos días, yo lo comunicaré con Cantaflua, y se dará orden como vuestro matrimonio se celebre sin que de lo passado se sepa cosa ni venga en noticia del vulgo.

CLAUDIA- ¡O madre, y cómo estoy en todo consolada! Y con esso que me has dicho me descuido, remitiendo las cosas de mi honra en tus manos.

AMINTHAS- Bien está ansi, y sin dubda estoy descansado, pues que mi señora Claudia se ha satisfecho. Y yo voy a despedir aquellos moços, porque ya las tiñeblas están predominando sobre la luz, y gozando de la

preminencia que desde la creación les fue concedida por el maravilloso ministro de la natura.

SIMACO- ¡O señor Aminthas! Y es hora que abaxéis acá.

AMINTHAS- Berintho se queda acá esta noche, y manda que os vais todos. Despedí esos moços, y entretanto que se haze hora de cenar hablaremos nosotros un poco.

GALTERIO- Hermano Evaristo, paréceme que nuestro amo se queda acá esta noche. Haz a esos moços que lleven la mula, y vete a dar razón a esos hombres de bien de lo que hoy sucedió, porque es bien hazer cuenta d'ellos.

EVARISTO- Pues yo me voy. Bien será que se haga de la manera que dizes.

SIMACO- ¿Cómo te ha ido, por tu vida, señor Aminthas? Que Galterio y yo no hemos pasado tiempo en otra cosa, salvo en comunicar tu gozo y en recibir plazer de tu próspera ventura.

AMINTHAS- ¡Pues que si, hermanos, supiéssedes lo que hoy ha pasado!

GALTERIO- ¿Qué, por tu vida?

AMINTHAS- Que a la fe, cuando subí hallé a Claudia en la cama, que dizié estar algo maldispuesta, y yo sin más dezir me desnudo y me echo a su lado. Y aun aliende d'esto, hermanos, sed ciertos que me he desposado con ella.

GALTERIO- ¿Esso passa? Quanto que este día, bien puedes con-tallo con piedra blanca, señor Aminthas. Y más has hecho que yo te enseñé.

AMINTHAS- ¿Por qué dixiste, por vida de Galterio, eso, que lo podía contar con piedra blanca?

GALTERIO- Pues ¿cómo? ¿Eres poeta y no me entiendes? ¿No sabes que dize el Persio en una Sátira: «O Macrino, este día cuéntalo con piedra blanca»? Porque, como sabes, los gentiles el día que havían recebido buen día ponían en un saco que tenían una piedra blanca, y el día de fortuna contraria, en otro saco echavan una piedra negra, y por ahí tenían su cuenta. Si te parece que he concluido, dilo tú, Simaco.

SIMACO- A la fe, bien y cierto me has satisfecho.

AMINTHAS- Ya me ha ocurrido a la memoria lo que Galterio dize, pero ¿a quién se le havié de acordar? Por esto, está Berintho en su seso en dezir que no se halla sin Galterio. Por Nuestra Señora, tiene razón.

GALTERIO- Pero dexado esto, por tu vida, Aminthas, ¿[quexóse] la señora Claudia como la noche passada?

AMINTHAS- Pues ya tú lo sabes. O de verdad, o fingiendo una cosa por otra, jamás les faltan quejas, ni aquel su tan acostumbrado gruñir. Pero tiempo es, hermanos, que os vais, porque querrá cenar Berintho, y a Dios quedéis encomendados.

SIMACO- Dios conserve todas las cosas en bien, y la Madre de Dios quede en tu guarda.

VETURIA- Señor Aminthas, entra allá, que ya me parece que enciennan a cenar.

AMINTHAS- ¿Y no me ha llamado Berintho?

VETURIA- Hast'ahora no.

CANTAFLUA- Pues, hermano Aminthas, ¿qué hora es, a vuestro parecer?

AMINTHAS- Ya el arrebatado Bóreas, con el poco temor por el ocaso de los [átomos] del Basis procedientes, y con las fuerças nuevamente en él infusas a causa de la lumbre del primero planeta estar predominante, anda despojando los árboles de sus frondas y a los dulces campos de la apostura de sus hermosos cabellos.

CANTAFLUA- En verdad, señor, que me huelgo mucho con estas astrologías de Aminthas, salvo que no las entiendo. Y cierto, dicen que por el astrología se [aciertan] muchas de las cosas futuras.

AMINTHAS- Assí afirman que Jonico, cuarto hijo de Noé nascido después del universal diluvio, fue tan grande astrólogo que pronosticó el aumento grande, y también la disminución, de las cuatro monarchías y reinos principales: y aun algunos afirman que él fue el que dio el consejo a Nembrot de la manera que podría reinar.

CANTAFLUA- Pues eso havéis dicho, por vuestra vida me digáis, que nunca lo he podido acabar de saber, esso de Nembroth y cómo edificó la torre.

AMINTHAS- Por mi consciencia, señora, no sé en ello más de lo que por ahí se dize, y saben todos que Nembrot hizo la torre qu'el vulgo llama de Babilonia.

CANTAFLUA- Mucho quisiera, cierto, que en esto me informárades.

BERINTHO- Causado el diluvio por los pecados de las gentes, Noé solo con su muger y tres hijos y nueras quedó en el arca. D'estos tres hijos de Noé decendieron setenta y dos generaciones. Y estando juntos tres príncipes, el uno llamado Nembroth, decendiente de Chan, y el otro llamado Suphena, decendiente de Japhet, y el otro llamado Jectán, decendiente del linage de Sem, conspiraron contra su mismo dios, diciendo «Hagamos torre que llegue hasta el cielo». Y así edificaron la torre, y estando alta, herida de los vientos fue derribada. Y conociendo Dios la malicia de las gentes, permitió por su pecado la confusión en las lenguas: y quantas generaciones eran, tantas lenguas hablaban. Y en Heber y en su familia solamente quedó la propia lengua, porque aquél no intervino en el consejo. Y de ahí se dividieron las generaciones a poblar en diversas partes, y la torre se llamó «[Babel]», que quiere dezir «confusión», porque ahí nació la confusión de las lenguas. Pero Asur, hijo de Sem, no quiso intervenir en el consejo, y antes de la confusión de las lenguas se fue a Siria con su familia, y allí pobló. El edificio d'esta torre fue en oriente, y cerca del río [Eufrates], y allí fue el principio del reino de Nembroth. Después se fue huyendo a los persas, y dexó su reino a su hijo Belo, el cual reinó en obscuro a causa de la poca gente. Esto, señora, he dicho porque me pareció que Aminthas no satisfacía lo que desseavas saber.

CANTAFLUA- En verdad, señor, aplazible me ha sido oírte, y que tenía voluntad de saber lo que tan planamente has es-planado.

BERINTHO- Alca, Veturia amiga, la mesa, que no es cosa justa que se esté impidiendo mi gozo passándose el tiempo sin comunicar de las excelencias de mi señora.

VETURIA- Has oído, Claudia, las pláticas. ¿Parécete que Berintho tiene más gana de estar solo que acompañado? Y pues así es, yo doy orden que se acuesten. Y entretanto, cena tú y Aminthas, que después de cenar, concertado que haya lo necesario, os iré a visitar.

CANTAFLUA- Bien será, Veturia, que te vayas a poner recabdo en algunas cosas que seran necessarias: que ya aquí no eres más menester, y allá harás alguna falta.

VETURIA- Voyme, que parece que aquí poca gana tienen de mi compañía.

CLAUDIA- ¿Parécete, madre, que nos dimos buena prisa a cenar?

VETURIA- Más os va en essotro, no cures. Y pues que ya estáis en esos términos, pienso que hago estorvo, y por esso me voy.

AMINTHAS- Mas por mi vida, Veturia, que te assientes un poco y oigas lo que mi señora Claudia estava diziendo.

VETURIA- Pues que assi quiés, aunque Claudia me parece que haze mal gesto, lo havré de hazer.

CLAUDIA- No, en buena fe, madre. Pero estávale diziendo a mi señor Aminthas cómo deque estava ausente d'él me enflaquecía mucho.

VETURIA- Pues más dize, sino que tiene vergúença, señor Aminthas.

AMINTHAS- ¿Qué, por tu fe?

VETURIA- Hanle dicho que eres poeta, y querrié le glosases un mote que ella compuso que dize «Ser ausente me enflaquece».

AMINTHAS- Pues así mandas, Veturia, a mi me plaze.

Glosa al mote de Claudia que dize: «Ser ausente me enflaquece».

La gracia que en vos florece

sustenta a todo bivar;

ante quien cosa no empece,

y cierto desaparece

toda mi cuita y morir.

Mas otra y gran novedad

los sentidos escurece,

muy notoria en la verdad,

pues de vuestra gran beldad

ser ausente me enflaquece.

VETURIA- ¡Qué te parece, Claudia, si sabe metrificar! Y pues quedas con tanto gozo y con tanto descanso, yo me voy, que más noche se ha hecho de lo que cuidamos.

CLAUDIA- Por mi amor, que descanses un rato y tomes algún reposo, que no nos corren moros y un día viene tras otro. Y mira que no hay dos horas de aquí al día y no has pegado los ojos, y en mi consciencia que d'ello tengo pena.

AMINTHAS- ¿Cómo tengo de dormir, que toda esta noche anda Veturia que parece [estantigua]?

CLAUDIA- Dios sabe, pues, la pena que ella trae consigo, que como es muger muy honrada y tan antigua criada de la casa de Cantaflua, péssale en demasiadamente de todo acto contrario a la honestidad y de toda voluntad desordenada. Pero también, deque más no puede, como persona discreta ha

procurado de encubrir nuestras faltas, y de verdad le somos en mucha obligación.

AMINTHAS- Por cierto, así me ha parecido siempre muger amiga de toda bondad, y que estoy bien satisfecho de su conversación.

VETURIA- Ya me parece que amanece, quiero ir a ver en lo que está Berintho, si se levanta o qué ordena de hazer. ¡Toma, toma! Aún ahora de nuevo se está quejando Cantaflua, como si le pessasse con el juego, pero con todo eso es trabajo que no creo que en toda la noche han dormido. Pues si piensa hallar el suelo, será el trabajo del henchar [la tina] las hijas de Dánao. Pero quíerome ir un poco a hablar con Aminthas, que él no tiene tan grave la conversación si la dote de Claudia no se la buelve: que así acontece «cuando pobres humanos, cuando ricos sobervios». ¡Señor Aminthas! ¿Dormís?

AMINTHAS- ¡O Veturia, señora! ¿Y tú eres?

VETURIA- ¡Por cierto, vosotros estáis buenos! ¿Y en esso os estáis?

CLAUDIA- ¡O señor, por amor de Dios, y déxame ya, que es vergüenza! Y mira cómo Veturia se fue huyendo de que vido tanto deshonestidad. Y aliende d'esso, ¿havéisos de matar?

AMINTHAS- Pues ya, señora mía, no recibáis pena. Y pues ya la cámara está llena de claridad, quíerome levantar porque en llamando Berintho no me tenga por negligente, pues la oportunidad del tiempo no requiere otra cosa.

CLAUDIA- ¡Jesús! ¿Y tan presto está en pie? ¿Y no pudiera reposar un poco?

AMINTHAS- Quiero ir a ver si se levanta Berintho. Hablando están.

BERINTHO- Si mandas, señora de mi vida, que me levante, tiempo conveniente es. Mira qué mandas.

CANTAFLUA- Pues que así es, señor mío, hoy me quiero ir a mi casa, y los días que de las novenas me quedan por cumplir, otro tiempo más oportuno me concederá la Virgen sin manzilla, porque según lo que ha pasado, necesidad habrá de suplir algunas cosas. Y mis hermanas están allá desacompañadas, de manera que se llega una necesidad sobre otra. En lo demás, no sé qué me daría por oírle a Aminthas otras astrologías como las de anoche.

BERINTHO- Eso presto se cumplirá si no hay otro desseo. ¡Veturia! Llama acá Aminthas.

VETURIA- ¡Señor Aminthas! Berintho os llama.

CANTAFLUA- ¿Es muy tarde, hermano Aminthas?

AMINTHAS- Ya el cuarto planeta está tendiendo los rayos sobre los altos cumbres donde los hijos del padre de la segunda edad recibieron la bendición, después de haver sacrificado los animales en honra del gran dios.

CANTAFLUA- Esso dizes, Aminthas, por los hijos de Noé que, salidos del arca en las cumbres de Armenia, sacrificaron y dieron gracias a Dios, por donde merecieron la bendición del verdadero criador.

AMINTHAS- Pues que, señora, estás al cabo, yo voy a ver si son venidos los moços.

CLAUDIA- ¡Ce, Aminthas, ce! Por mi vida, que entres acá.

AMINTHAS- ¿Y todo esto es, señora?

VETURIA- Assí es bien, Aminthas, que la obra de mañana aprovecha.

CLAUDIA- Dixe a essas mugeres que me sentía mal dispuesta, y truxéronme esta gallina asada, y quiero que coma Aminthas siquiera dos bocados.

VETURIA- Bien hazes, Claudia, que como dizen: «Quien su carro unta, a sus bueyes ayuda».

CLAUDIA- Todas las cosas, madre, echas siempre a la peor parte.

AMINTHAS- Pues que esto es hecho, bien será ver si son venidos los moços con la mula.

VETURIA- Media hora ha que están ahí, y Galterio todavía contando cuentos.

AMINTHAS- Siempre lo haze assí, que este es su oficio, y, la verdad, él no tiene otra granjería salvo regozijarnos a todos y por mi fe, que no vaidriemos nada sin él.

VETURIA- ¡Señor Aminthas! ¡Presto, presto! Que ya se ha despedido Berintho de Cantaflua, y abaxa la escalera.

AMINTHAS- ¡Sancta María! ¿Y tan presto? ¿Pues qué mandas, señora Claudia?

CLAUDIA- Que el Señor que guió en Belén a los tres reyes del oriente te guíe.

BERINTHO- Llega acá essa mula, Evaristo.

GALTERIO- Alegre te veo, señor Aminthas. Bien parece que está la tuya sobre el hito.

AMINTHAS- Y tú, Simaco, ¿qué me dizes?

SIMACO- Que no se dirá por ti: «Adonde hay gran entendimiento hay poca ventura».

AMINTHAS- ¿De qué manera?

SIMACO- Tú, de claro entendimiento y bien sutil para discernir assazmente, como dizen, «lo negro de lo blanco»; tú, de tu natural inclinado a todo género de virtud; tú, dulce de conversación con los que razonas; tú, familiar a los amigos, que es virtud de que especialmente la natura te acompañó; tú, dotado de toda hermosura de miembros; y después, para echar el sello a tus cosas echóte la ventura en suerte que toviesses por muger a Claudia, que haver de especificar su perfección sería un cuento sin número y un infinito proceso. Si otra cosa aliende d'esto sintiera, en verdad que por ninguna pasión lo dexara de dezir.

GALTERIO- Bueno andas, Simaco: después el otro día [mofavas] de mí.

AMINTHAS- Dios cumpla lo que falta, que, como dizen: «El sabe en cuál casa hay más moneda». Pero si quíes mirar, Berintho procura de rendirte las gracias por los mismos consonantes, pero el tiempo es largo.

BERINTHO- Llama, Aminthas, a Menedemo y a todos esos criados de casa que suban arriba, porque les quiero hablar.

CANTAFLUA- A mi señor Berintho le dixes, Veturia, que hoy me iría a mi casa. Será bien que lo proveas: y tráigame la mula, y algunos de los escuderos vengán a ir conmigo.

CLAUDIA- Por mi consciencia, qu'eres así lo mejor del mundo.

VETURIA- Pues yo, señora, lo proveeré todo, acabado que hayas de oír  
misa. Que sin dubda es buena determinación, pues que todas las cosas  
suceden prósperas y en todo los casos se muestran favorables.



**Cena xiiij,**  
*en que se introduzen Berintho, Menedemo, Simaco, Aminthas, Galterio, Franquila, Sergia*

BERINTHO- ¡O sagrada, O divina magestad! ¿Y quién hay a la sazón en el mundo que más bienaventurado biva que yo? Por cierto, no ninguno. ¡O cómo mis pensamientos hallaron vado en el hondo piélagos por do navegavan! ¡O cómo mis angustias mortales hallaron puerto en el tiempo de la mayor necesidad! ¡Y cómo la nave donde mi entendimiento peregrinava en el tiempo de la tempestuosa tormenta gozó de la segura bonanca! ¡O cómo el camino, más áspero que por el que caminó el fuerte Hércules, por do mis tristezas caminavan con poco vagar, allanó sus malezas y hondos varrancos! ¡O cómo del más triste hombre del mundo soy tornado el más alegre! ¡O cómo de captivo y ageno de libertad soy tornado libre y franco contra toda especie de servidumbre! ¡O cómo del más penado y enfermo soy tornado el más sin pasión y el más desacompañado de dolor que hombre que biva! De manera que los infortunios casos se han tornado en prósperos y fortunados acaecimientos; y la cruel y áspera fortuna, que así me abaxó en la profundidad de su rueda, está tan en mi favor, y ha usado de tanta piedad conmigo, que girándola al contrario me ha sublimado en lo más alto de toda la cumbre. Y pues ningún temor se me representa de contraria cocobra, justa cosa es, hermanos míos, que mi tan alta ventura, mi gozo sin comparación de que el espíritu está muy triumphando, se manifieste a estotros sentidos exteriores, comunicando con ellos su tan entera felicidad, pues les han sido compañeros en la pasada y desastrada suerte. Y también, por algunas señales es justa cosa que las gentes del pueblo se certifiquen de mi tan cumplido bien.

SIMACO- ¡Donosa está Cantaflua! ¿Y no oís lo que dize, que la quiere publicar? Hazeldes plazer, verés.

MENEDEMO- Cierto, no me parece bien lo que apunta.

GALTERIO- ¿No veis que dize que será bien publicar lo pasado? ¡Aun no lo dize en latín!

MENEDEMO- Antes que passe adelante le quiero hablar.

AMINTHAS- Necesidad hay de ille a la mano, que la fortuna contraria haze el corazón áspero para çufrir cualquier adversidad, y esta es una de sus principales virtudes. Pero la prosperidad causa una impaciencia desenfrenada, y un movimiento acompañado de poco sosiego, y una voluntariosa gana cargada de mill pensamientos sin rienda. E con toda acucia se trabaja a divulgar en público por exteriores actos aquella gloria fingida de que a su parecer su entendimiento está assaz cargado. Assí que, Menedemo, prosigue, que necesidad hay, y aun tanta, que no fue mayor la del gran rey, hijo de Philipo, en el tiempo que, desdorada la gentileza con que a todos los reyes había sobrepujado, le dizién que de un gran rey era tornado gobernador de Darío.

MENEDEMO- Con mucha elegancia y sutil astucia me has avisado, Aminthas. Pero está atento, qu'él piensa que no hay más mundo de gozar de Cantaflua. Pues lo que en estas tales bodas se gana, se suele pagar con las

setenas, como el que hurta y aun yo te digo que algunas vezes no cuesta tan caro haver comido la vaca del rey, que suelen dezir, si te acuerdas, que a cabo de cien años se paga. Y aun estas entradas a hurtadillas algunas veces son peores que la entrada de los de Athenas en el crético laberintho; y aun algunas vezes piensan hazer leña en el monte ageno y la hazen en el mismo suyo; y aun le hazen del cielo cebolla, haziéndoles creer que truena sin ñublados; y aun les venden el gato por liebre, y el vinagre por vino, y la hiel por miel, y el azeite por fino bálsamo, y la redoma caxcada por sana y del sayal les hazen creer qu'es grana de Florencia, enluziéndoles las razas con alguna cara forjada de falso metal, y así les hazen comer la mançana podrida por sana. Y con aquellas risas, y con «¡Ay, señor, no venga [alguien]!» se passan aquesas cosquillas, fingiendo algunos gritillos, y «a río buelto», como dizen, «ganancia de pescadores». Assí que, rezia cosa es conferir con ellas, que por esso dixo el otro: «De la mala te guarda, y de la buena no fies nada».

GALTERIO- Dormido se ha Berintho sobre la mesa como havéis visto. Entretanto que recuerda, te encargo mucho, Menedemo, me digas lo que sientes en essa materia, porque por esperiencia y por vista de ojos mucho sé yo de la conseja.

MENEDEMO- ¿Qué quíes que diga, que es hablar en esto pensar buscar vado en medio del golfo? Pero en suma te digo que todas en común son renzilosas, mal contentadizas, desabridas, enojosas, porfiadas, vindicativas, no domadas a la razón. Siempre nadan agua arriba y caminan por las sierras, y siempre andan al revés, y amigas de novedades y de contradezir en todo, nunca alegres sino cuando las razcan y cuando se habla en su pleito; amigas de contiendas, y aun algunas vezes las rebuelven; cobdiciosas, golosas, livianas, de poco secreto aun para encubrir sus mismas maldades; presuntuosas, de poco sosiego, crueles, sobervias, airadas, perezosas, desseosas de lo ageno, amigas de lo suyo. Y aun alguna vez, la verdad hablando, como dizen «Guardan la ceniza y derraman la harina». Pues pensar hartallas, y contigo hablo, Aminthas, de aquella su negra vianda, obra serié tan vana como querer ir en Rodas sin passar agua. ¡Y qué honestas se hazen! ¡Y qué fingir otra cosa aliende de lo que dessean! ¡Y qué devotas, al parecer, y qué visitadoras de los monesterios! Y aun muchas vezes «Debaxo de la buena razón..., etc.» Y qué autoridad representan, y qué huecas van y con cuánto reposo, y qué vagarosas por fingir gravedad! Y como dizen: «So el sayal hay ál». ¡Y qué misericordiosas se hazen, aunque no para perdonar sus injurias! ¡Y con cuánto reposo hablan deque ellas entienden que es menester qu'el pece [pique] en ell anzuelo! ¡Y qué agudas para el mal, y qué cautelosas! ¡Y qué cavilaciones buscan para hazer lo que quieren! ¡Y qué prestas, y qué solícitas, y qué osadas, y qué atrevidas y qué desenbueeltas! ¡Y cómo nunca duermen! Y todo para que aquel su desenfrenado apetito se cumpla, y su voluntad malvada venga en essecución. ¡Y de qué mentiras están acompañadas a la contina, y qué lisonjas venden donde a ellas les parece que son menester! ¡Y qué esponja tienen para en papar a los [boçalejos]! ¡Y qué chismosas, y que parleras, y qué desvergonçadas, assí que todo el campo es suyo! ¡Qué pedigúeñas, qué importunas, qué mal acondicionadas, qué tristes se hazen muchas vezes!

¡De cuán poca memoria están acompañadas, y de cuántas simulaciones y dissimulaciones usan! En fin, son como las lobas en el escoger; y así dizié Salomón que así como no hay aspereza sobre la cabeça de la sierpe, así no hay saña ni ira que iguale a la de la muger; y que mejor era bivar con los leones y con los dragones que no con la muger airada. Y dixo asimismo que por la primera muger vino el pecado, y que por ella morimos todos. Y aun dixo que mejor era la iniquidad del hombre que la bondad de la muger, y dixo: «Si la muger toviesse poderío sobre el varón haría cualquier mal». Y el philósopho dixo: «Tres cosas echan al hombre de fuera de su casa: el humo, y la casa mal cubierta, y la muger». Y dixo Salomón que de cien hombres había hallado uno bueno, y que de mill mugeres no había hallado ninguna.

GALTERIO- Todavía habrá algunas que carescan del general vitupeno, y no podrá ser menos. Y como has dicho lo malo, sería bien que dixesses lo bueno, siquiera por te desculpar en algo: que sabes qué cosa es venir en lengua d'ellas, como quien da una blanca al pregonero.

MENEDEMO- Lo dicho, dicho. De la mejor reniego. Esto sé, esto digo, esto he aprendido tratando con ellas, otra cosa en contrario, en mi consciencia no la siento.

GALTERIO- Pues que te estás en tus treze, no quiero ser porfiado, especialmente que Aminthas me haze señas que calle, que recuerda Berintho y aun ya habla. Oigamos lo que dize, que para en essotro, más hay días que longanizas; y aun, como dizen: «Para cada puerco hay su Sant Martín»; y aun, siempre sobra uno.

BERINTHO- ¿En qué estáis? Algo he dormido, tornar quiero a mi primero y principal intento. Pero ¿qué estás, Menedemo, murmurando? ¿Qué dizes? Dilo, dilo, que Dios te prospere, que no passaré adelante hasta ser informado de los temores que se te representan de la sentencia de mi sermón.

MENEDEMO- La verdad hablando, porque, como dizen, es hija de Dios, lo que apuntas algo me suena mal en los oídos, porque a lo que siento redunda todo el fundamento en que estás harto en obprobio de la honra de Cantaflua. Y aun la tuya no se queda en la posada, pues de lo secreto hazerse publico no es de cuerdos. Y aun aliende d'esto, los inconvenientes que podrían resultar de lo oculto haziendo notorio, los ciegos los verán. Assí que, señor, modera tu gozo, que no menos loado es [Mario], cónsul romano, por haverse moderado en el triumpho y assi templarse en el gozo, que Coriolano y Temístocles el ateniense, capitán de los persas, en haverse templado en destruir ambos sus propias patrias, aunque en diversos tiempos.

BERINTHO- Bien veo dónde van essas viras, y no me maravillo que estéis algo açorados, pues las palabras que oístes dieron causa a que esso se os concibiese a vosotros en el pensamiento. Pero no es lo que siento, ni lo que quiero que se haga tan perjudicial, ni tan escandaloso como cuidáis, porque caso sería de menos valer tener pensamiento de publicar lo passado. Pero lo que quiero es, Menedemo, que des a esos pajes y a esos moços d'espuelas las libreas de carmesí pelo que les estaban hechas para el recibimiento del César, y mi mala dispusición lo estorvó. Y ansi-mismo será bien que algunos continos de casa justen la primera fiesta que venga, y

dalles han cavallos de la cavalleriza, y tú les darás de la cámara algunas pieças de seda a cada uno de la color que querrá. Y pónganse luego carteles por los cantones, y a los que vieres que firman para haver de justar, a cada uno embiarás un cavallo adereçado a la guisa y dos pieças de seda. Y también ahí en nuestra plaça se corran seis toros, y 'eso tome el cargo Galterio, si no recibe d'ello trabajo.

GALTERIO- ¿Trabajo, señor? ¡Essas son misas! Y desde luego haz cuenta que están encerrados los más bravos toros que están en toda la ribera de Xarama.

BERINTHO- Así conviene. Pero ansimismo será cosa conveniente que a Franquila, a quien somos en tanta obligación, le embíes tres pieças de seda y algunas cosas de oro, de manera que se cumpla con ella y no quede en cosa querelosa, pues ya sabéis lo que se le deve. Y también le embía seis marcos de plata labrada de la vaxilla dorada. Y a todos essos hombres de pie les darás capas de contray y sayos de damasco. Y a Claudia embía una pieça de tela de oro, y otra pieça de brocado de lo más rico que está en la cámara, y dos pieças de carmesí pelo y la cadena ¿e oro esmaltada de rubís. Y a Veturia ansimismo le enbía alguna joyas de manera que no quede quexosa. Y esto se cumpla luego.

MENEDEMO- Antes que comas se hará, señor, de la manera que mandas. Y luego voy a lo prover todo.

GALTERIO- Pues yo ansimismo voy a poner recabdo en lo que me está encomendado, y en hazer desde luego prover en que se hagan las barreras, siquiera porque no digan: «A dineros pagados, braços quebrados».

BERINTHO- ¿Qué dizes, Simaco, así Dios te cumpla tus desseos? ¿Parécete que estoy en lo cierto en contemplar con todos, y en cumplir con cada uno según que merece, conformándome con el tiempo, y con la calidad de las personas, y con el merecimiento de mi señora, por cuya causa se haze como primera y principal de donde mi tan demasiado gozo depende? Dilo, ¿ib, que mucho desseo saber lo que sientes.

SIMACO- ¿Qué quiés que diga, sino que no es fiesta donde no comen bien? Y donde no hay dádivas no se quebrantan las peñas, porque cada uno no tiene ojo sino a lo que le han de dar, y en ver bullir dinero todos se alegran. Y aun, si miras, aquel gran vandálico duque, aliende de ser en extremo animoso y tan experto en el hábito militar, gran acrecentamiento le es a su famosa fama cuán largo era en el repartir sus haveres. En tanto que el cobdicioso vulgo, de lo que más se acuerda es de la moneda que recibía. Y aun te certifico que ninguno es magnánimo, ni se puede contar por tal, si en el gasto usa de moderación.

AMINTHAS- Pues buena cosa es la templança.

SIMACO- Ya lo sé. Pero [es buena] y loable entre mercaderes y ciudadanos y cavalleros pobres, pero en el género de los grandes señores muy reprovada es la templança, porque todos la tienen por avaricia. Pues estar tenido por cobdicioso, gran mengua es, porque raíz es de todos los males, y del gran señor avaro todos huyen y profaçan y burlan, y nunca se hartan de mofar, diziendo que tanto goza de sus rentas su vezino como él. Y mucho lo reprueba Demócrito filósopho en el libro llamado De tiberaltate, donde dize que la templança es remedio contra la necessidad. Y aun si

miras, Aminthas, por los caminos y ventas y mesones, y en las plaças y ayuntamientos de gentes, nunca se entiende salvo en loar al magnífico y franco y en dezir mill obprobios contra los avaros. Pues ¡cómo es bonita cosa venir en lengua de las gentes! Más les valdrié, te aseguro, estar de cuartanas. Y con tal fama allá se aborujen, pero a Marco Craso y a [Mida] sus grandes riquezas y demasiados thesoros ni les acarrearón provecho ni fama. Pues ya que en este mundo no valen por ellas, ¿es verdad que les aprovechan algo para en el venidero siglo? Eso es, que aun si miras, por la misma boca del Salvador está dicho que los que tuvieren dineros, con gran dificultad irán al paraíso. Esto he dicho, señor, por te satisfacer: ahora podrás dezir si estoy en lo cierto o si me engaño en algo.

AMINTHAS- Maravillosamente has hablado. Y a mi cámara me voy: si me llamen, allá me hallarás.

BERINTHO- Escudriñando has andado toda la moral philosophía, y, aunque en suma, has recitado todo lo que se contiene en la [philosófica] dotrina; y en fin, te digo que más has dicho que has sabido. Pero por hondo piélagos navegamos: cesa, cesa, que más vale callar que mal hablar. Y mira quién viene, que pienso qu'el lobo es en la conseja.

SIMACO- Franquila es, y bien callando se viene.

FRANQUILA- Pues ¿qué quiés, Simaco? ¿Que venga dando bozes? Sé que no soy pregonero.

BERINTHO- ¡O mi amiga! ¡O mi hermana Franquila! ¿Y qué te has hecho? ¿Cómo no has venido a gozar de mi gloria, y haver por vista de ojos las maravillas invisibles y las excelencias de que los sentidos corporales han estado gozando? Y la especulación, un [solo momento] a otras cosas no se divierte, porque le parece incurrir en torpe caso y feo hecho contra aquella de más merecimiento, de más bondad, de más hermosura, de más beldad que todas las que en el mundo biven. Y di, di, Franquila, lo que sientes, que parece que estás sonriéndote y burlando de lo que digo.

FRANQUILA- Lo que digo es, que pues estamos de espacio y tú ya tan aliviado de los trabajos passados, que quiero jugar contigo al dezir las verdades como hazen las comadres detrás del fuego.

BERINTHO- ¿Que no te parece, Franquila, que tengo razón en estar alegre por haver cumplido lo que con tanto ahinco he desseado, y con la más acabada donzella y con la de más perfección de cuantas biven? Con la cual la natura repartió assazmente, dotándola de tanta gracia y beldad, que el resplandor de su fulgente rostro escurece a toda la gracia y hermosura que entre las otras está repartida.

FRANQUILA- Lo que digo es que ruin sea quien por ruin se tiene. En lo demás, allí lo tiene donde las otras, pues de noche a oscuras no hay muger fea, ni de la cinta abaxo muger vieja. Esto siento, esto me parece; pero, como dizen, no hay amor feo, y aun ojos hay que de lagaña se pagan.

BERINTHO- Bien me has adobado, Franquila. Mas mucho te tengo de çufrir; por tanto, a esso no te replico. Mas ¿qué te parece que cuán rica es de possessiones Cantaflua, y de joyas y moneda amonedada, que es otra parte para añadir algo en mi próspera ventura?

FRANQUILA- Rico es quien está bien con Dios, y el enemigo malo es el pobre. Y aquel es pobre el que por pobre se tiene, y rico el que se contenta

con lo poco. Y aun aliende ¿'esto, lo bien ganado se pierde y lo mal, ello y su dueno. Y «de las riquezas mal ganadas, no gozará el heredero tercero» se dize adonde ya sabes; y «siempre es más el ruido que las nuezes»; y «muchas vezes donde piensas que hay tozinos, no hay estacas». Y más quisiera dezir, sino por no enojarte.

BERINTHO- Reapuntada, y aun tras picadura vienes, Franquilla. No sé qué hierva te has pisado esta mañana. ¿Pero no te parece que la antigüedad y nobleza del linage de Cantaflua abasta para repeler esos obstáculos que contra los bienes de la fortuna antepones?

FRANQUILA- ¡El rey mi gallo! «Dios sólo es el bueno», está dicho por su misma boca. Y todos somos hijos de Adán y Eva, todos somos formados de la damacénica masa. Uno es el padre de las cosas, uno es el que todo lo administra. Y él dio al sol los rayos, y los cuernos a la luna, y hizo la natura. Y si miramos los principios y a nuestro hazedor, ninguno es de mal linage salvo el que por los vicios dexa y se aparta de su propio nascimiento. Así que muchos hablan de nobleza, y no saben dónde mora, ni aun menos en qué consiste. Y aun oyen cantar gallo, y no saben adónde.

BERINTHO- ¡O cómo huelgo en oírte, hermana Franquilla, y que tanto se te entiende de las cosas de la nobleza!

FRANQUILA- Y aun a buena fe que de la nobleza, que en la ver-dad es vana, aun se piensan muchos estar muy fornidos, y que a dos [açadonadas] les hallassen el agua, y aun no tan clara como la de la fuente de aguas blancas.

MENEDEMO- Secutiva estás, señora Franquilla. Pero pues tan resoluta vienes en esta materia, holgaría de disputalla contigo, aunque mal proveído, solamente con lo que de presente me ocurre a la memoria.

FRANQUILA- Pues que así quiés, ¿qué te parece a ti en qué consiste la nobleza, o qué's la difinición ¿'ella? Porque mediante la difinición venimos en conocimiento del ser de la cosa, y la difinición es principio de toda demostración, y el conoscimiento de las cosas no lo tenemos salvo mediante la difinición, como ya dixes. Por tanto, replica lo que te pareciera.

MENEDEMO- Los dichos de los philosophos andas escudriñando; temor me recrece de verte tan adornada de toda verdad. Pero no entiendo en un pelo retroceder de lo ya comenzado, y así digo, por venir en algo de lo que desseas, que nobleza es una excelencia fixa en nosotros desde la nuestra primer origen; y así, la nobleza del hombre principalmente se ha de mirar y considerar de aquella parte por la cual es hombre: conviene a saber, de parte dell ánima.

FRANQUILA- Muy alto buelas, Menedemo. Abáxate, abáxate, y gozaremos de tu sermon, que no quiero hablar de tan alta nobleza. Y yo te doy mill ventajas, porque hablar contigo en tan sutil materia serié caminar por el monte de Toroços, y no serié buen llevar de agua al molino. D'estotra nobleza, ¿esta otra nobleza vana me di, que de la verdadera dexa essas disputas para quando con tu amo te halles a solas.

MENEDEMO- Pues que assi quiés, no quiero en cosa contradézir tu ruego. Nobleza es una alabança y loor que nos dezien de la bondad de nuestros padres y aguelos. Y de aquí dezía el beato Hierónimo: «No veo

otra cosa en la nobleza que dessear, salvo que los nobles con una necesidad están apremiados para no haverse de apartar de la bondad de los mayores».

FRANQUILA- Y si se apartan, ¿qué me dizes? ¿Perderán la nobleza?

MENEDEMO- [A devengar] de buena ceguedad me alumbras. Como los unós la ganan, la pierden los otros. Si no, pregunta a los israelitas si hovo entr'ellos nobles y más que nobles, y aun ilustres y sobreilustres. Pero si de todo en todo lo perdieron, ya lo ves.

FRANQUILA- Passa adelante, passa adelante por amor de Dios, que no quiero pendencias con essas gentes, ni con esos quiero dar ni tomar, como ellos hazían el sábado. Pero prosigue, y dime de dónde hovo el primer [original] principio la nobleza, y si desenredas bien esta red, aun quedarás por buen caçador.

MENEDEMO- Pues que tan de raíz quiés estas cosas, y assí quiés sacar la grama de cuajo, atiende un poco, que no quiero evanecer tu mando. En la segunda edad, como el linage humano estoviesse multiplicado y las gentes algo prontas al mal, convino prohibir los insultos castigando los malos. Pues como no hoviesse juez, encomençaron a escoger y a hazer diferencia de unos hombres a otros y de unas personas a otras. Y davan mando a uno sobre todos los otros, por más sabio o por más virtuoso o por más justo, para que aquel pudiesse punir los delictos, y de aquí se encomençaron a llamar nobles los hombres a quien tal cargo les era cometido, y ansimismo los que d'ellos decendían, y llamávanles nobles como más notables y señalados en virtud que los otros; y aunque, si te piensas, d'estos después se llamaron y vinieron los reyes. Y después d'esto se introduxeron algunas otras noblezas por alguna singular fortaleza, y otras por dineros, y otras por tiranías. Y assí ha ido rodando el mundo: unos principiando nobleza, otros perdiendo la que otros ¡havían ganado, otros recobrando la que estaba perdida. Y en verdad, si discurriesses por las historias te espantarías de la manera que las monarchías y imperio reinos se han hecho y se han acrecentado y menguado. Y ha havido tantas mudanças que todo buen coronista te dirá que no hay hombre que no descienda de reyes y grandes señores, si encomienças a subir por la línea de ¡cada uno. Y aun diga Berintho, que se le están saltando las lágrimas, de la manera que sus antecessores poblaron la ciudad de Thebas, y en cuánta gloria, y en cuánta prosperidad, y en cuán sublimado estado se vieron. Pero el discurso del tiempo a nadie perdona, y como las cosas grandes no puedan estar mucho tiempo en un ser, ¡con cuántos incendios, con cuántas devastaciones la destruyeron por suelo! Ley al Estacio, y verás si tiene Berintho razón de estimarse en mucho. Pero no por esso dexa de ser peregrino en las agenas naciones.

FRANQUILA- ¡Jesús, Jesús! Atónita me tienes de verdad, y que por esas honduras me entras.

MENEDEMO- ¿Pues qué te piensas? ¿Que tengo de hazer mención de las noblezas ganadas de anteyer: el uno por escudero, el otro que la compró con dineros, el otro que le favoreció el señor a quien servía, el otro que se hizo doctor, el otro que con cautelas y testigos falsos se hizo noble? Y la virtud, buscalda. ¡A la he, a la he! ¿Nobles, nobles? Ninguno vale más de lo que tiene. Y esto veo que se usa, y esta es la mercaduría que más se trata y más se vende.

FRANQUILA- Verdad es. Pero quien peces quiere, mojarse tiene, que como sabes no se toman las truchas con haldas enxutas. Y en fin, que apuntas que hoy llaman noble al que no pecha.

MENEDEMO- A la fe, noble hallo qu'es el que haze o la que haze las obras, pues se señalan en virtud de los otros sus vezinos. Que el no pechar, ya te digo cuán livianamente se alcança.

FRANQUILA- Y en las mugeres me parece que apuntas que también consista nobleza.

MENEDEMO- ¿Pues quién se la quita?

FRANQUILA- ¿Quién? Que veo que en cuanto a las honras y dinidades, no se haze consideración salvo del padre. Y aun, si miras, la muger del noble goza de todas las essenciones y previlegios del marido, sin que se considere quién es ella. Y aun muerto el marido, les veo que gozan de la misma manera entretanto qu'están bibdas.

MENEDEMO- Ya yo te digo que cosa diferente es la nobleza mediante la cual tenemos alabança, a la nobleza mediante la cual no contribuimos en los pechos reales. ¿Pero parécete que escurece poco la fama del hombre la torpeza de la madre? Cállome, que no quiero perjudicar a nadie. ¿Y aun parécete que la honra del marido procede de la muger? Burlando es. En tanto que, seyendo Séneca preguntado del amigo que con quién se casaría, respondió considerando esto que digo: «Casarte has con muger que su madre y agüela hayan sido castas».

FRANQUILA- Bien. Pero el cavallo haze a la yegua.

MENEDEMO- No sé, en buena fe, y aun la yegua al cavallo muchas vezes. Y quíeslo ver, llégate al andaluz a compralle el potro, que lo primero que te encomençarà a contar para te aduzir a lo que quiere será la bondad y ligereza de la madre, y el talle y color que tenía.

FRANQUILA- No te [puedol hazer perder el rastro. En todo me desatinas, y aun pienso que si más te importuno me dirás algo que no quiera oír. Por tanto, me callo y no quiero porfiar.

MENEDEMO- No pienses en esto, Franquila. Pero cierto los hijos mucho se loan de la bondad de la madre, aunque en la verdad la del padre es la principal. Y aun, si miras, en la Orden de Rodas tanto caso se haze de la nobleza de la madre como de la del padre.

GALTERIO- No puedo entender a este diablo. Hoy, si miras, ¡cómo las tratava!, y ahora no se harta de hablar en su favor.

SIMACO- El se entiende, déxalo estar.

BERINTHO- Altamente has razonado, Menedemo, y a diestro y siniestro has cortado, procediendo sin amor ni temor. Pero aun se te quedaron en el tintero las noblezas que provienen de las dos milicias militar y literaria, introduzidas por los emperadores y jurisconsultos en favor de la cosa pública.

MENEDEMO- No sé nada. En esto me atajo: «a cada parte hay cient leguas de mal camino»; «¿adónde irá el buey que no are?» ¿Y que quíes que te diga, sino que dizen lo& mismos Derechos que no se goza de la inmunidad de la milicia militar salvo estando ocupados en servicio de la patria? Cállome, cállome, que tendré muchos émulo. No quiero tratar de



vidas ajenas ni investigar las cesáreas doctrinas. Si bien o mal hazen, con su pan se lo coman, que de lo tal ni quiero ser el juez ni el testigo.

GALTERIO- Espantado me tiene Menedemo, y nunca creo que ha de acabar, y yo hago mal page en el estar en pie. Quiérome ir a ver qué haze Aminthas.

SIMACO- Esperar quiero, por ver en lo que pararán los trajes.

BERINTHO- ¿De manera que dizes, Menedemo, que de los cavalleros ni de la disciplina militar no quiés hablar cosa, como si fuese poco lo que has dicho?

MENEDEMO- Poco o mucho, lo dicho no se puede tornar ya atrás. Pero cierto, me quedan bien en cargo.

GALTERIO- ¿Qué hazes, Aminthas, qué hazes? Que estás durmiendo sin perro y tienes las espías de las puertas adentro y no lo sientes.

AMINTHAS- Mía fe, hermano, dexéme a Berintho hablando en lo escusado como suele y vineme a reposar. Mas ¿qué es eso que apuntavas? ¿Ha venido alguna mercaduría de nuevo a la feria, o fruta nueva en casa del padre, o qué regozijo es este que traes?

GALTERIO- ¡Y cómo venido, si pensases! Que Franquilla y mi sobrina Sergia están en casa, y Franquilla berilingando como suele, diziendo pajas. Essas véndense a muger, maravedís diez exhibírseos han por ellas, y de aquí sus ciertas filaterias, matizadas con aquellos sus tan polidos retóricos colores.

AMINTHAS- A cabo de rato, Andújar. ¿Y piensa qu'es cada día Pazcua, o que en los nidos de antaño hay páxaros hogaño? Pues a otro mercado vaya, do mejor se venda su hilaza, que aquí a lo otro le sabrá el adobado.

GALTERIO- Mal la tratas, pues no está en tiempo de bolver, como dizen, los gañivetes. Por esso, no pienses en esso, que donde una puerta se cierra otra se abre.

AMINTHAS- En essas cuentas yo no rezo, ni menos las assiento en mis libros. Pero dime: ¿Hate conocido Sergia?

GALTERIO- ¡No, sino búrlate con el medio real! ¿Y piensas bivar de bóbilis bóbilis, o como suelen dezir «de mogollón»? Y creo que en tu seso pensavas comer sin escotar, y pasar por el puerto sin pagar el portadgo, y navegar sin pagar flete. Pues ándate haziendo la cuenta sin la huéspedea, y hallarte has, como suelen dezir, un trapo sin dineros.

AMINTHAS- Por los santos evangelios, no sé qué me diga, sino que eres reportorio de remoquetes y trasechos.

GALTERIO- Déxate d'essas francias, y mira si quiés que entre.

AMINTHAS- ¿Cómo? ¿Que me conoció?

GALTERIO- Pues ¿qué te pensavas? ¿Que hurtavas bogas? Tan bien te conoce como a los dedos de su mano. Y también, ¿para qué quiés que se encumbra? ¿Es moneda falsa? ¿Hay sino prometelle treinta doblas para su casamiento, y ahí están los bienes de Claudia? Y si de mal cabo vino la [oveja], por el mismo irá la pelleja. Y «a buen entendedor pocas palabras».

AMINTHAS- Bien dizes. Ande la mano, que ni al gastador que gastar ni al endureador que endurear.

GALTERIO- Y aun, como dizen: «Del pan de mi compadre, buen [çatico] a mi ahijado». Y yo salgo a traella, y dale, si te parece, un lavadientes.

AMINTHAS- Por mi fe que eras bueno para echacuervo, que presto convertirías al pueblo.

GALTERIO- Mi sobrina Sergia te entra a ver, señor Aminthas. Por esso, no sea la burla del otro día, y yo me salgo.

AMINTHAS- ¡O hermana Sergia! ¿Que aun has tenido cuidado de visitarme? Dios te consuele y te vea. Pues ya Galterio te havrá dicho la voluntad que tengo de te ayudar para tu casamiento, y el cuidado que siempre tendré de mirar lo que te cumpla: por tanto, de ninguna cosa tienes de qué recibir pena.

SERGIA- Dios, señor mío, te lo agradezca, y en todo te haga bienaventurado. Pero yo consolada estoy en saber quién eres, y de cuán antiguo y noble linage, y qué acompañado de parientes y qué dotado de todo género de virtud, y de cuán gentil conversación con tus familiares. Assí que yo no pienso sino que si se me quebró el pie será por bien, y Dios sabe en fin fin cuál es lo mejor.

GALTERIO- Donosa moça es esta, por la passión de Dios, y está leyendo en escuelas. Y no es esto sino que en casa del melcochero todos hazen melcocha, y en casa del albuguero todos [son] albugueros.

AMINTHAS- Bien me satisfaze de cuán cuerdamente has hablado, y de cómo estás tan en lo cierto. Y huelgo porque eres persona discreta.

SERG.-Pues mire, señor, que me echa toda defuera. No me trate d'essa manera, porque aun en los actos feos es buena y loada la honestidad.

GALTERIO- ¡Otra buelta con el diablo, como el que andava en el aceña!

AMINTHAS- Pues ya, Sergia hermana, no os enojéis, que para comer el palmito necesidad hay de quitalle la ropa de encima.

GALTERIO- Estáste, Aminthas, muy despacio y muy estendiéndote, como el ruin en casa del suegro, ¿y no miras que Franquila es sallida del aposento de Berintho y viene endereçada acá, aunque está hablando con Menedemo y Simaco en los corredores?

AMINTHAS- Pues que assí es, Sergia se salga, porque viéndola aquí no se le engendre alguna sospecha.

GALTERIO- ¡Buena sospecha sobre cuerpo hechor!

AMINTHAS- Pues, Sergia, id con la bendición de Dios, y quando os halléis desocupada os podéis venir hazia acá.

SERG.-Yo lo llevo en cuidado, y como, señor, mandas se hará.

GALTERIO- Por mi fe, qu'es moça de buena criança, y bien cuerda y de harto buen gesto. Con tales tropeçones, a osadas que no te llesves las uñas del pie.

FRANQUILA- Creo que vengo a tiempo desseado, si el afición no me engaña. ¿Pero qué regalos son estos, Aminthas? ¿Tan tarde, y estarte en la cama? Fuera andas de la costumbre primera. Y en esto Galterio me ayudará, si no se buelve de tu vando, usando de la itálica costumbre «Biva lo venchitore».

AMINTHAS- Gran merced es esta, señora Franquila. No sé cuándo lo podré servir.

GALTERIO- En cada parte, señora, si miras, hay harto trabajo y las gentes son tales que doquiera está bien raigada esa malvada costumbre. Y todos querían comer los rávanos con los dientes agenos, y sacar la culebra del horado con la mano del vezino, y por esso dezían los otros que sabían bien todos esos mineros: «En el tienpo de la prosperidad muchos amigos contarás, pero si el tiempo se tornare ñublado solo te hallarás». Y si miras, en todos estados de gentes verás que así se guarda comúnmente, y por tal regla todos se siguen. Y si lees en las vidas de los Pontífices, ¡cuántos hallarás maltratados, faltándoles sus mismos familiares en el tiempo de la necesidad! Y si has leído de muchos emperadores privados en vida de la potestad imperial, y muchos reyes y otros señores, perdidos sus reinos, no creas que la causa es otra salvo los amigos hazellos contradición cuando los veen en necesidad. Esto passa, discurriendo hasta el moço del escudero y monazillo de la iglesia, criado del sacristán: y el que haze otra cosa es que está fornido de virtud. Y esto, ¿en qué piensas que consiste, salvo en que la caridad y amor del próximo está resfriado? Y así, todos no quieren a otro, ni le agradan ni sirven, ni le procuran de contentar. Y como esto sea el principal fundamento, y tras lo que andan, y no contentándose con la ganancia honesta, cuando veen camino por dónde a su parecer se les tuerce lo que llevan en pensamientos, los que arrojan la primera piedra, y los que primero dicen «¡Vaya, vaya!», o «¡Ravía, ravía!», son los criados, descubriendo en aquel tiempo la voluntad que siempre tovieron, qu'es la que tengo dicho.

FRANQUILA- Por Dios, que has hablado grandes maravillas. Pero de ti quiero saber si harías lo mismo si en esos términos vieses a tu amo.

GALTERIO- Peor es hurgalle. Sálgome, porque queréis hablar en secreto. Bien veo que [le pesa a] Aminthas con mi tardança.

AMINTHAS- Señora, buena venida ha sido esta. ¿Hay algo que hazer? ¿Qué pláticas han sido estas tan largas?

FRANQUILA- Vine a dar las gracias de la merced recebida. Y por oír a Menedemo m'he estado dos horas saltando de unas materias en otras. Y también Berintho ha dicho cosas profundas, como nosotros le sacávamos a barrera.

GALTERIO- ¡Ce, ce!

FRANQUILA- ¿Qué dizes? ¿Hablas acá?

GALTERIO- Veturia entra alegre, según que en el gesto lo muestra, y arriba sube. Voy a ver lo que quiere, que cierto no es sin gran misterio, y tan cargada viene de buenas nuevas como la aveja viene a la colmena en el tiempo de mucha flor.

FRANQUILA- Anda, por tu vida, que no me entiendo de ir hasta saber cosa de tanta novedad. ¿Venir Veturia en medio del día a casa de Berintho? cosa que jamás se pensó. Y bien puedes hazer una raya en la pared, o en el agua porque mejor señale.

GALTERIO- Anda, no cures, qu'el tiempo haze y deshaze las cosas.

*Cena xv,*  
*en que se introduzen Menedemo, y Berintho, y Veturia, y Galterio, y*  
*Franquilla) y Aminthas, y Simaco, y Evaristo*

MENEDEMO- ¡Señor, señor! Veturia entra en casa muy gozosa, y aun no con mucho vagar, y muy acompañada de las criadas de casa de Cantaflua. Buenas nuevas trae, que así lo representa en el gesto, que de otra manera yo fiador que no viñera.

BERINTHO- Por el maravilloso fabricante de las cosas criadas, te juro que estoy turbado con tan inopinada venida, porque ¿[qué] caso tan improvisado puede haver sucedido para que una dueña de tanta autoridad como Veturia hoviesse de venir a me hablar pu'blicamente? No lo tengo por buena señal, cargado estoy de mill agileros. Pero poco bivirá quien no supiesse la causa de la nueva embaxada. ¡Anda, anda!, y sube con ella, que digna es de toda honra.

VETURIA- ¡O Menedemo, y cómo nunca pareces! Las mañas tienes del rey, que donde no estás no te hallan. Pero dime: ¿Qué haze Berintho, o cómo le va, o qué tal se siente? ¿Está ya algo más sossegado? Gran desseo tendría de hablalle.

MENEDEMO- Pues entra, señora, que mejor relación te dará él d'eso que preguntas, salvo si no es él como el otro ciego: que le preguntavan si veía, y respondió: «El çurujano me dize que ya veo».

VETURIA- Essas son tus [frechas], y las viras de tu aljava, pero en conclusión me has satisfecho.

BERINTHO- ¡O amiga Veturia, y qué próspero me hallo con tu venida! y con esso haze el día tan claro. Pero dime, dime, que mucho descansaré en sabello: ¿Qué haze mi señora? ¿Qué nuevas hay, o a qué te embia? Que bien veo que no es sin causa muy necessaria, aunque me assegura el reposo que veo en tu habla, y el espacio y mucho vagar en tu persona, y el alegría que representas en el gesto.

VETURIA- Todos circunferencias y rodeos desechados, te hago, señor mío, cierto que Floribundo y Archano, tíos de Cantaflua y los más cercanos que ves que tiene, a lo que parece como vieron tanta mudança en los criados de tu casa, en los ver vestidos de tan ricas libreas, y en ver que tus continos quieren justar, temiéndose de lo que podría ser, viñeron poco ha a hablar a Cantaflua, algo sentidos de la burla. Pero como ella al presente se halle favorecida, y esté determinada de lo que ha de hazer, no les habló como las otras vezes: antes se quexó mucho d'ellos, y les dixo, a osadas, bien el sueño y la soltura, y aun que no se le pararon pajuelas en la boca. Y ellos, deque de aquella manera la vieron, como sean personas cuerdas devieran caer en la cuenta, y (¿ufrieron como junques y bien conocieron el yerro passado. Y Claudia, deque vido la plática, a osadas que no se quedó en la possada; y aun yo hablé también algunas cosillas. Pero a todo hizieron orejas de mercader, y en conclusión quedaron buenos amigos, y el diablo se fue para ruín. Y concertaron entre ellos que sería bien que pussiesen algunos cavalleros de la ciudad, amigos suyos, para que te hablen y el casamiento se concertase, y con esta determinación se partieron de Cantaflua muy

conformes y muy conten-tos. Y porque será bien que en todo estés avisado, porque como dizen: «Hombre apercebido..., etc.», me embía mi señora a ti para que sepas la moneda que corre y de quién te has de guardar. Y sin dubda son tan buenas las nuevas, al parecer de nosotras, que caso más fortunado ni más favorable no nos podía al presente ocurrir. Y como Cantaflua esté tan contenta que aun no piensa que te tiene, te suplica estés, señor, en los negocios tan costan te y con tanta firmeza como hasta aquí. Esta es mi embaxada, a esto fue mi venida. Si en algo he errado me perdona, porque dizen qu'el mensajero ni ha de ser perezoso ni mintroso.

BERINTHO- ¡O qué nuevas de tan demasiada ventura! ¡O qué prosperidad de tan soberano favor! ¡O próspero y nunca pensado acaecimiento! ¿Y qu'es possible que mi ventura tanto me favorezca? Escrúpulo tengo con tanta bonança, porque como suelen dezir: «Tanto bien no es bien». En lo demás que, Veturia, dizes, antes los dos polos se mudarán de su costumbre, y antes la octava espera dexará caer las estrellas fixas, que yo en un minuto haga mudança de lo prometido. Y antes el planeta Mercurio dexará de ser convertible, que en mí haya un punto de inconstancia. Y antes el huerto de los deleites dexará de estar supósito al sino de Aries y Libra y se apartará de la vezindad de la tórrida zona, y la cara de Apolo antes dexará de pasar el centro d'él dobladas vezes en el año, que a mí me passe por pensamiento de enojar a mi señora. Y antes la natura del cielo dexará de estar templada con aguas, y antes los elementos inferiores se encenderán con la confragación del superior fuego, que yo dexé de servir a Cantaflua. ¡Burla, burla otras burlas, amiga Veturia, y juega otros juegos! Y en burlas ni beras no me hables en esso, que de sólo oírte estoy temblando como azogado.

VETURIA- El que verdaderamente ama, como, señor, mejor sabes, siempre está cargado de mill pensamiento, de mili inconvenientes, de mill sobresaltos, de mili alteraciones, de mili sospechas; y siempre juzga las cosas a la peor parte; y lo negro le parece blanco, y por el contrario lo blanco le semeja qu'es negro; y del día haze noche, y de las noches días; y assí se sigue a la contina tras la voluntad desenfrenada. Y más pudiera dezir, sino que no oso, pero lo dicho abasta para que apartes los escrúpulos que formas con bien delicado sentimiento. Y aún más, que el género femíneo está y es más aparejado para los inconvenientes que suelen resultar de los hechos, y más temido con harta parte qu'el viril sexu. De manera que assaz escusada está Cantaflua. Y si te he enojado, perdona, señor mío, que al menos la intinción no erró. En lo demás, Claudia te besa las manos, y yo no me salgo del juego, por las mercedes recibidas y por otras que esperamos. Y con tanto me vo, que tarde es, y pues en la noche serás nuestro huésped, allá reñirás lo que queda.

BERINTHO- Muy dulce me ha sido oírte, Veturia, y si el tiempo lugar nos concediera, todavía te importunara reposaras un poco. Pero pues has concluido, la madre de Dios te acompañe, que no quiero de ti ser increpado por importuno, ni menos que por enojoso me reputes. En esotro que dizes, para todo habrá lugar, que por esso hizo Dios un día tras otro.

VETURIA- Pues la madre de consolación te guarde, que assaz voy consolada.

BERINTHO- ¿Qué te parece, Simaco?; y tú, Menedemo, ¿qué dices de cuán bien razonada es Veturia?

MENEDEMO- Es vieja, y el tiempo haze a los hombres maestros y experimentados.

BERINTHO- Pues haz adereçar la cena temprano, porque esta noche tengo de ir en casa de mi señora. Y abaxaos todos con Veturia.

FRANQUILA- ¿Cómo vienes, Galterio, cómo vienes? Que parece que vas a pujar las rentas.

GALTERIO- Basta, que hay buenas nuevas. Y dad el casamiento por público, porque Floribundo y Archano, tíos de Cantaflua, han hablado con ella en todo sosiego y concordia. Y estas son las nuevas que Veturia truxo.

FRANQUILA- ¡O cómo soy alegre! ¡O cómo soy acompañada de gozo y todo plazer! Desde aquí me voy a ver a Cantaflua, y a recibir parte de su descanso.

GALTERIO- Pues por essotra puerta, porque ya viene Veturia, te puedes colar. Y cierto, es hoy día de entero gozo, y aun ya, si miras, los ministriles altos están sonando a la puerta. Bien dizen que plazer, y dolor, y amores, y dineros, y diablos, mal se pueden encubrir.

FRANQUILA- Pues, señor Aminthas, lo dicho dicho, y mañana en la noche os espero a ti y a Galterio.

AMINTHAS- La paz del Hijo de Dios te acompañe.

GALTERIO- ¡Que aún quiere que corra el juego y que passe la burla adelante! Creo que ha de ser como el gaitero de la guardia, que le rogaron tres días que tañese, y seis que dexasse de tañer. Assí son todos estos diablos, pegajosos como levadura y más pedigúeñas que frailes oservantes.

AMINTHAS- Oye, que no sé quién suena.

GALTERIO- Por Nuestra Señora del antigua, Veturia es, y como lobo viene paso a passo.

VETURIA- ¿Qué hazes, señor Aminthas? Pienso que andas alcançado de sueño, y con esso estás haziendo del día noche.

AMINTHAS- ¡O madre Veturia, y cuánto regozijo has puesto en la casa con tu venida! Por esso dizen: «Dios te dé buen comprador y mejor entrevenidor». ¿Quién como tú hoviera sabido gobernar estos negocios con tanta destreza, con tanta vigilancia, con tan poca pereza, con tanta desemboltura, con tanta discreción, con tanto çufrimiento, acompañado de todo género de prudencia?

VETURIA- Bien me enloda, Aminthas, y sobre buen servicio mal gualardón. Dios emiende lo que falta y cumpla las menguas, que, mi fe, la verdadera sabiduría es buscar el camino de la gloria y de la vida que siempre ha de durar: que estotras cosas transitorias son, y livianas en el peso y vanas en el meollo. Assí que, al que tú vieres encaminado en obras y pensamientos en las cosas del futuro siglo, llámale sabio, pues tiende los ojos adonde está el verdadero bien, el verdadero centro, el verdadero norte de todas las cosas criadas. Que estotra vía rozio es de la mañana, y flores frescas y a la tarde secas y marchitas. Y como un soplo se consume nuestro bivar, y el camino largo, y las provisiones que echamos en el fardel pocas. Y assí, va todo hazia vajo, y en nada imitamos al verdadero maestro: antes burlamos de los que le siguen. ¡O qué perdidos somos! ¡O qué engañados

andamos! ¡O miserables y de poco saber! ¡O ciegos de entendimiento! ¡O pobres de todo juicio! ¡O faltos del verdadero bien! ¡O ajenos de toda virtud! ¡O desacompañados de la verdadera bondad! ¡Y en qué andamos, en qué andamos! Cállome, cállome. Y mira qu'es tarde y me estarán esperando. Di si mandas algo.

AMINTHAS- Pues que tan breve es tu partida, madre, darás esta carta a mi señora Claudia. Y a la memoria no te quiero encomendar nada.

VETURIA- Si mandas, leeré lo que [en ella] va, que abierta está y no deve ser carta.

AMINTHAS- Antes recibiré merced.

VETURIA- Canción de Aminthas para Claudia.

Abrasáis, dama muy bella,  
alí alma qu'está en prisión  
con tal fuego y tal centella,  
que de solo el calor d'ella  
ya se enciende el corazón.  
Y assí, creciendo su arder  
quema que punto no olvida,  
mas todo su contender  
es abrasar y encender  
las entrañas y la vida.  
Assí que, muy clara estrella,  
es de tanta perfección  
la lumbre que está con ella,  
que de solo el calor d'ella  
ya se enciende el corazón.  
Y de forma se matiza  
dentro en el mismo sentido,  
que sin que nadie le atiza  
me convierte ya en ceniza:  
¿Quién jamás tal cosa vido?  
Mas no que forme querella,  
ni cresca más mi pasión  
aunque abrasa tanto en vella:  
que de solo el calor d'ella  
ya se enciende el corazón.

[Metáphora] de Aminthas para Claudia, en que la loa mucho

Caminando el pensamiento  
con triste, grave desmayo,  
vido dama muy hermosa,  
y más linda que la rosa  
ni que flor del mes de mayo.  
Era de grande medida,  
muy estraña en gran manera:  
pues su gesto y su cordura,  
ni tan bella criatura

nunca en el mundo se viera.  
En su forma muy honesta  
era, y en todo gentil;  
con una invención sutil  
adornada, y muy apuesta.  
La vergüença y la bondad  
en ella se encierra y cabe.  
Era de muy tierna edad,  
mas su gracia y su beldad  
no hay lengua que bien la alabe.  
Viendo tan rico tesoro,  
muy gran gloria recibí.  
Assentada en muy gran coro,  
relumbrando más qu'el oro,  
ni qu'el sol, ni qu'el rubí,  
de toda gracia perfeta  
era, y de dulce razón,  
de gentil conversación,  
¡O qué linda! ¡Qué discreta!  
En esto inclinó el sentido  
por ver la perla preciosa,  
mas luego me vi vencido,  
y en el amor encendido,  
de aquella tan fresca rosa.  
Y ageno bien me sentí  
de un mal dañoso sin calma,  
en vella cuando la vi;  
mas también, yo recibí  
gran delectación al alma.  
En esto, cuido espirar,  
y las carnes tal sintieron;  
y los ojos que la vieron  
cuidavan desesperar.  
Y con mal que tanto dura,  
dixe de damas más altas:  
«Sin dubda, en vuestra figura  
se esmeró bien la natura  
por hazeros tan sin falta.»  
Y creciendo el tal dolor,  
no cessava de quexarme,  
diziendo con gran clamor:  
«Perdóname, Dios de amor,  
tú no quieras acabarme.»  
Y también dixé a la hora,  
con bozes muy estrañas:  
«¿Por qué no miráis, señora,  
que mi vida, que os adora,  
se abraza con las entrañas?»



Ella me replica luego  
con gracia gentil y honesta,  
y dixo con gran sosiego:  
«Essa llama y esse fuego  
es cosa muy deshonesto.  
Assí que tu gran porfía  
procura daño y deshonra.  
Y aunque mill vezes al día  
más penase el alma mía,  
tengo de mirar mi honra.»  
Luego le dixé de presto:  
«Y con tanto, assí me vin,  
dama de muy lindo gesto.  
El mi amor es muy honesto,  
y se inclina a buena fin:  
por tanto, cese y no insista  
mi lengua que ya importuna.  
Pero sin otra conquista,  
relumbráis vos a mi vista  
más qu'el sol, ni que la luna».  
FIN

AMINTHAS- Pues, madre Veturia, ¿qué te parece? ¿Sabría ya comer el pan con corteza?

VETURIA- Así me parece que serías buen moço para madre ciega, y el dinero en la poyateja. Pero hablando de verdad, eres gran poeta, y la canción es muy alta y en el romance usaste de sutil invención. Huéigome por el píazer que habrá Claudia, porqu'es amiga de ver trobadas cosas nuevas. Mas dime: ¿quién suena en la recámara, que me parece que hazen bullicio?

AMINTHAS- Algunos d'esos criados de casa entravan por verme, y como te vieron aquí, entráronse allá dentro. Y como todos estén tan alterados con el plazer no acostumbrado no pueden callar, y aun también con lo que les han dado tienen el corazón caliente. Y como en estos negocios muchas vezes la sangre hierva sin huego, no pueden usar de moderación ni templar su gozo con alguna parte de las çoçobras passadas.

VETURIA- Por mi fe, que recibiesse descanso en que los llamases, porque de todos juntos me querría mucho despedir. Y aun desseo hablar con Menedemo algo y oílle, que a muchas en la ciudad le he oído loar de persona sabia.

AMINTHAS- Pues que essa voluntad tienes, madre, mucha razón es que se cumpla, y aun a harto más se estienden mis pensamientos para en las cosas de tu servicio. ¡Menedemo, Menedemo! ¿Por qué no entras tú y la compañía? Anda, anda, que no pienses que estorvas en cosa.

MENEDEMO- Al consejo nadie se ha de llegar sin ser llamado, nos enseña el Catón. Pues también, si te acuerdas de la doctrina del Salvador, en los combites siempre te has de assentar en parte donde antes te rueguen que passes adelante, que no en lugar adó te digan que te apartes un poco.

VETURIA- Grandes doctrinas fueron las de Christo. Y si las gentes mirásemos, muy clara y llana está la carrera de la gloria, aunque es bien estrecha, y más y más con nuestro miserable bivar. Y no sé cómo nos andamos en este valle de lágrimas.

MENEDEMO- ¿Cómo? Por la culpa de los primeros padres, y como todos pecassen en Adán estamos sujetos al pecado y así nos conviene hazer agra penitencia, y resebir grandes trabajos y muchas tribulaciones para purgarnos y así estar capaces de gloria. Que aun, si miras, Dios no perdonó a su mismo y único Hijo.

AMINTHAS- Mucho querría, Menedemo, que acerca d'esso dixes alguna cosa, porque aliende de yo resebir muy señalada gracia, Veturia holgara mucho.

GALTERIO- A osadas que pocos cuocos havéis menester, ni aun hay necesidad de açomallo mucho para en essas cosas.

MENEDEMO- Cosa bien agena de mi facultad es, si miras, Aminthas, el andar rebolviendo las sagradas páginas, ni inquirir theológicas materias. Pero algo diré por servir a Veturia, llanamente, como quien habla entre compadres.

VETURIA- ¡O cómo descansaré, Menedemo! Y aun no pienses que es poco mérito recitar la palabra de Dios.

MENEDEMO- El principio de Dios, por ser tan alto, tan grande, tan maravilloso, tan infinito, y de tan inmensa excelencia no se puede comprehender. Por tanto, es mejor y más seguro, dexadas las cosas insensibles y vanas, tender los ojos a donde está la silla, la habitación, la perpetua lumbré del verdadero Dios, el cual es principio y fin y centro de toda natura, y de toda cosa que tenga ser. Y abasta al hombre para perfecta pendencia saber y entender que hay Dios, hazedor de todo, por quien y por cuyo mando todas las cosas se rigen y gobiernan; y saber que a uno solo y trino en personas ha de resebir por Dios, padre común del linage humano, fabricante de todas las cosas muy maravillosas. Y así afirma el divino histórico en el Génesi, principio de la ley mosaica, que Dios, hazedor de todas las cosas, hizo primero el cielo, y púsolo en lo alto para que fuesse morada del mismo Dios, luego fundó la tierra y sometióla al cielo, lo cual todo formó de aquello que no era, y sin materia prejacente ni preparada, así que de no nada crió todas las cosas. Y esto se ha de tener por cierto, pues el hazedor era tan prudentísimo para pensar, tan solertísimo para hazer, pues la fuente del pleno y consumado bien era en él. Esto hecho, las primeras criaturas que crió fueron los ángeles, y de aquello que no era. «La tierra estava [inanel], como lo dize el beato Hierónimo en su traducción, o como dizen los setenta y dos intérpretes: «Estava y era incompuesta y invisible». Y así, procediendo por su fábrica, según Moisés nos la enseña, dividiéndola en seis días de obra, la postrera criatura que crió fue el hombre, en el campo da maceno cerca de Hierusalén, y de la misma tierra, y luego lo puso en el paraíso terrenal. Y allí embió sueño en Adán, y sacóle una de sus costillas, y d'ella formó a Eva, nuestra primera madre. Y el paraíso terrenal está en el principio del oriente y cerca de la zona quemada, y está en lugar tan alto que dizen que las aguas del general diluvio no llegaron a él. Y allí mandó a nuestro padre que comiesse de todos los árboles, y así le dio el

precepto afirmativo: pero para probar la obediencia del hombre mandóles que del árbol de la ciencia del bien y del mal no comiessen, dándoles el precepto prohibitivo, el cual no guardaron: y así, pecaron por la gula en el pecado de la inobediencia. Y luego, despojados de la gracia en que eran criados, el cherubín con un cuchillo de fuego los echó del paraíso, y Dios maldixo a la sierpe y a nuestros padres, y ansimismo a la tierra. Y así desnudos se vinieron al valle de Hebrón, y ahí bivían de las hierbas y frutas campesinas. Pero gravísima penitencia hizo Adán, de manera que si con el pecado nos echó de la gloria, con la penitencia nos enseñó el camino de la vida eterna. Y así discurrieron las gentes hasta el diluvio general que vino por los yerros y pecados de la criatura de ánima racional. Solamente quedó Noé, con su muger y tres hijos y tres nueras, en el cual se encomenó la segunda edad. Y es de saber que al tiempo que Adán durmió, le fue en el sueño revelado el Advenimiento, pero no supo la causa de la venida de Christo en el mundo hasta que pecó, que luego le fue manifiesto que había de venir a remediar su pecado. Y esta fue la creencia y fe de las gentes de la ley de natura, porque Adán lo dixo a sus hijos y así fue de generación en generación. Y en esta ley ni había confesión verbal ni penitencia injungida por sacerdote, salvo que las gentes que bivían muy bien y que habían de ser justos se habían de arrepentir solamente en su corazón del pecado cometido. Y así fue la segunda edad hasta Abrahán, en el cual tiempo ya estava de todo en todo muy olvidada la creencia del Advenimiento. Y Dios lo reveló a Abrahán, y así osó publicar que havié Dios, y en él se començó la tercera edad y también la historia de los patriarchas y prophetas que honraron al verdadero Dios. Y así, muerto Abrahán, [Isaac] su hijo también fue mucho amigo de Dios y patriarcha, y después Jacob, de donde decendieron los doze tribus. Y así discurrieron los tiempos hasta el divino Moisés, que vido a Dios haz a haz, que de ninguno otro se escribe en este siglo salvo d'él y de San Pablo. Seyendo Moisés muy amigo de Dios le dio la ley de escriptura escrita en dos tablas de piedra, y de ahí adelante los justos y amigos de Dios bivian en la ley mosaica, y en ella no hovo confesión verbal, salvo arrepentimiento del pecado y demostración en sacrificar. Y así passaron las gentes hasta David, donde se encomiença la cuarta edad, y David fue rey, y del tribu de Judá, y primero havia sido Saól, del tribu de [Abenjamín], pero después qu'el reino entró en David, siempre los reyes israelitas fueron del tribu de Judá, que fue el más noble. Y d'este tribu, y d'esta generación real y tan santa nació la Virgen Santa María, en la cual vino ell Espíritu Santo seyendo ella donzella de [catorze] años. Y el mensajero que a ella vino por mandamiento del Padre fue el ángel [Gabriel], y oída la suprema embaxada, de solo el consentimiento fue en el mismo instanti preñada, quedándose virgen como antes era, y parió al Hijo de Dios. Y así, lo que d'ella nació fue dios y hombre, y pobremente lo parió, quedando todavía virgen. Pero grandes maravillas hovo en la misma hora en el mundo, y aunque le parió en el filo de la medianoche, todo el mundo esclareció, dándose a entender qu'el Señor de la natura era nascido. Y así, el mismo Dios después de humano se crió entre nosotros con muy grandes trabajos, recibiendo persecuciones. Pero muy apartado de la conversación de las gentes estuvo hasta los veinte y nueve años, cumpliendo y guardando la ley de Moisés; y después,

abiertamente se quiso demostrar al mundo, predicando y llamándose Hijo de Dios y tomando apóstoles, testigos y pregoneros de su verdad. Y naciendo, y biviendo, y muriendo, y resuscitando, y subiendo a los cielos grandes milagros hizo, y cumplió todo lo que estava escripto d'él por los prophetas, y en la Cena instituyó el Sacramento, y assí, consumio y acabó todas las cosas de la ley de Escripura. Y aquella ley quedando por vieja y del todo cumplida, uñióla con esta otra ley nueva y de gracia. Y ansi, en su nascimiento se encomençó esta sexta edad en que estamos, y durará hasta la venida del Antichristo, y de ahí hasta el Juizio Final.

GALTERIO- ¿Que todavía ha de venir ell Antichristo?

MENEDEMO- Más pon en ello dubda. Él vendrá en los postreros días, y ha de ser nascido, a lo que algunos dizen, del tribu de Dan, y unos quieren que será engendrado de mal espíritu y de muger. Pero no para que se sepa de cierto, abaste que será nascido de un dañado y nefandíssimo ayuntamiento. Por permission de Dios tendrá poder para hazer cuantas maravillas querrá; llamarse ha muchos nombres, especialmente se llamará hijo de la perdición; pondrá el mundo en la mayor confusión que nunca estuvo desde su creación; no havrá misericordia de nadie; estará entre nosotros sin se mostrar hasta que haya casi treinta años, y después encomençará [manso]. Mas luego hará las mismas obras que diablo; de voluntad y por fuerça todo el mundo le será subjecto; seguille han muchos, especialmente todos los israelitas, porque les hará creer qu'es él el Mexías que ellos de bovos y ciegos de la verdad, aún están esperando. Y él se circuncidará en Hierusalén, y redificará el Templo. Y Elías y Enoch vendrán del paraíso terrenal; y perseguille han mucho y hazelle han callar y estar turbado; degollallos ha en la plaça de Hierusalén, y allí les dexará estar tres días; y oyendo una boz del cielo, se levantarán y se irán a la gloria. Pero después que haya reinado tres años y medio, irá al Monte Olivete y dirá que quiere subir al cielo; y allí abaxará fuego del cielo y lo quemará. Y otros dizen que Sanct Miguel abaxará y le matará.

GALTERIO- A mi parecer bien escussada sería [su venida], pues a lo que parece no ha de ser para provecho de nadie.

MENEDEMO- Antes es muy necessaria su venida, para corona de los buenos y justos y para más condenación de los malos.

GALTERIO- Y después d'él muerto, ¿qué dizen que será?

MENEDEMO- Que luego los del pueblo de Israel, conocido su yerro se convertirán, y todos dizen que presto será el Juizio Final. Pero el día, ninguno lo sabe, salvo que todos afirman que será muy presto. Y quinze señales pone San Hierónimo que vendrán primero, y todos assimismo concluyen que ha de haver tiempo para que se conviertan los que hovieren siguido al Antichristo. Y assí, vendrá el hijo de Dios con gran magestad, y en el Valle de Josaphat todo hombre será juzgado, y a los buenos se les dará gloria perpetua en remuneración de sus buenas obras, y los malos serán condenados a pena eterna y sin fin. Pero no sé, no sé qué me diga de la vida que todos hazemos. ¡O quién se pudiesse templar de las lágrimas viendo al judaico pueblo, por quien Dios hizo tantas y tan grandes maravillas, cómo le negaron y con cautelas y falsos testigos le hizieron padecer muerte de cruz! Y aun, no contentos, [siguen y porfian en su pertinacia: y si nuestros

monarchas Fernando y Elisabet tan cristianísimos no les hablaran a la mano, pienso que ya publicaran con boz de trompeta su yerro. ¡O gente mísera, o ciega! ¡O cómo dizen que creen en Moisés, sin entender palabra de lo qu'el varón santo escribió, ni menos de lo que prophetaron los varones sanctos del Viejo Testamento!

GALTERIO- ¿Pues qué te pena a ti que los quemen? Mueran y bivamos, y con salud los acompañemos hasta do sabes.

MENEDEMO- ¡O que son próximos! ¡O que los quiso mucho Dios! ¡O que la caridad es madre de las virtudes! Déxame, déxame que quiero llorar su duelo.

GALTERIO- Pues no te acuites, que no serán todos malos, que harto mal sería. Pues también, si todos los quíes buenos, assí puedes pedir ojo de abad assado.

MENEDEMO- ¿Todos malos? ¡Bueno luego andarié el mundo! No, por cierto, ni Dios lo quiera, que aun, si se te acuerda, al tiempo que crucificaron a Cristo judíos mismos fueron en lo sepultar; y antes, y en aquel tiempo, y después, siempre hovo entre ellos hombres justos y varones nobles y muy amigos de Dios. Pero de lo qu'he duelo es de la gente en común, que sin saber palabra ni sin haver leído letra de su misma ley están obstinados en el mal.

GALTERIO- No sé, nunca lloro duelos agenos. Pero si miras cómo va el mundo, muy deviada va en común toda la gente del verdadero camino: pocos hay buenos, muchos caminan tras la voluntad. Hartos dolores y duelos hay, yo te asseguro.

MENEDEMO- Al cabo estoy, todo lo tengo entendido. Ya veo la vanidad de la gente, y tras lo que todos andan. Claro está, y en fin fin todo lo veo muy turbio, y como dizen: «[Matas y por roçar]».

GALTERIO- A la fe, tornando a lo primero, bien nos estuviéramos en el paraíso terrenal para siempre, si nuestro mismo padre d'él no nos echara.

MENEDEMO- ¿Que en tu seso piensas que nos havíamos de estar allí?

GALTERIO- Assí lo tengo creído. ¿Pues yerro en esto?

MENEDEMO- Assí de poco, como quien no quiere la cosa. Para otro paraíso más excelente, más maravilloso, de infinitissima gloria fuimos criados.

GALTERIO- No te entiendo, porque si miras, el árbol de la vida que estava plantado en el paraíso terrenal nos hazié y dava causa de inmortalidad, aunque dizen que no por virtud puramente natural, pero por virtud gratuita por razón de la obediencia del ánima a Dios. Assi que yo he oído afirmar que de dos maneras fue la immortalidad del hombre en el estado de la inocencia: la una era de una fuerça intrínseca que procedía de Dios, y la otra era extrínseca que era del comer del árbol de la vida. Y este árbol aun dizen que también diera vida muy larga a Adán, aun después del peccado, si comiera d'él; y por esso, está escrito en el tercero capítulo del Génesi, hablando Dios con los ángeles: «Mirad que Adán por aventura no coma del árbol de la vida, y viva mucho tiempo». Y esto assí lo entienden allí los doctores, como muchas vezes me dizié a mí el beneficiado de Sant Román mi compadre: assí que no puedo entender en ninguna manera esta conseja.

MENEDEMO- Verdad has dicho en todo, que si no pecaran los primeros padres ajenos éramos de toda muerte. Pero no por esso nos havíamos de estar allí para siempre: antes, cumplido el número de los electos, en cuerpo y en ánima havíamos de ser llevados arrebatadamente a la gloria del empíreo cielo, a gozar de tan alta gloria que las lenguas humanas todas juntas no acabarían de podella contar.

GALTERIO- [Esso] te digo yo, que fuera buen mudarse de una casa a otra, y buen andar de boda en boda, y como dizen de bien en mejor. Satisfecho quedo, bien has asuelto mis egnimas. Haz lo que quisieres, que hecho y por hazer te perdono con tanto que me digas si cumplió que Cristo padeciese, y también si hay alguna señal de la venida del Antichristo.

MENEDEMO- «Convino padecer, y assí entrar en su gloria», dixo Sanct Lucas; y «Las cosas que van a algún fin han de ser [proporcionadas] al fin», dize el philósopho. Pues como el pecado de Adán fuesse tan grande que no hay quien lo pueda dezir, assi la satisfacción havia de ser proporcionada a la culpa que venía a purgar. Y en esso que dizes de la venida del Antichristo, cuando tú veas cisma en la iglesia de Nuestró Señor Dios, y que gobierna el Papa no elegido canónicamente; y luego le veas despojado, y que gobierna la iglesia el verdadero Pontí fice, y qu'él y sus cardenales son justos y santos: en aquel tiempo, y estando la iglesia bien administrada, vendrá ell Antichristo.

GALTERIO- No te quiero más importunar, que para milo que has dicho me abasta. Pero aun te juro que podrías predicar por las aldeas.

VETURIA- ¡O Menedemo, y cómo desde la creación del mundo has venido discurriendo por la Sagrada Escripura hasta el Juizio Final, declarándonos grandes cosas, grandes maravillas, altos y incomprehensibles secretos, y tantas do-trinas y tan saludables y de tanta verdad! Que no sé dónde te tienes cabeça para haver de poder recitar en suma tales cosas, instruyéndonos en la verdad de la otra vida y universal resurrección qu'esperamos. Mas cierto, todo biviente mundano bien a rienda suelta camina tras los vicios, y d'esta manera, con harto trabajo nos salvamos.

MENEDEMO- Cierto es que el que se quisiere salvar ha de vender sus bienes y dallos a los pobres, y seguir a Christo.

VETURIA- ¿Y quién será esse tan atrevido que se pueda desatar de los vínculos de la pesada tierra?

MENEDEMO- ¿Quién? Quien quiere más su salud y el bien de su alma que a la muger ni a los hijos ni a los parientes. Y hartos hay d'estos, que no pienses que hablo a lumbre de pajas: si no, discurre por essas órdenes de religiosos y religiosas, y verás si hay muchos que claramente hizieron lo que digo.

VETURIA- ¿De manera que la vida contemplativa te aplaze?

MENEDEMO- Pues es de mayor excelencia con mucho que el estado de la vida activa. Pero aun acá en el siglo, si miras, verás assaz justos y personas que miran bien por la salud del ánima, y son bien temerosos de Dios.

VETURIA- En dubda lo pongo, porque si discurre por todos oficios verás desde el mayor al menor cómo todos siguen la vía siniestra, caminando tras cobdicias, raíz de todos los males. De manera que todos el

día de hoy son sobervios, avaros, airados sin propósito, luxuriosos, glotones, embidiosos, perezosos. ¡Pues los preceptos naturales, así divinos como humanos, guardan bien! ¡A essotra puerta, qu'esta no se abre! No sé, no sé. Malo es hablar de vidas ajenas: cállome por no herirme en el ojo.

MENEDEMO- Verdad es lo que dizes, corrompido está el modo del honesto y recto y cathólico bivar. Pero este sacramento de la penitencia, concedido en la ley de gracia, mucho nos limpia: gran escardillo es para las manzillas del alma. Porque ya que pequemos, poniéndonos a los pies del sacerdote y manifestando nuestros pecados claramente, quedamos assueltos y libres de las penas del infierno; y aun se podría hazer con tanta contrición y con tanto dolor de coracón la confesión, que en el mismo momento quedásemos libres de las penas del purgatorio. Pero también tenemos grandes remedios con las gracias y indulgencias que los Pontífices, vicarios de Christo, nos conceden, comunicando con nosotros los bienes del thesoro de la iglesia.

VETURIA- Qué tesoro es esso me di, Menedemo, así gozes.

MENEDEMO- La sangre de Christo y sus martirios, y de todos los santos y mártires y confesores y justos es el tesoro preciosissimo de la iglesia, y d'este reparten con nosotros los Pontífices. Y también, todas las obras qu'el hombre santo y justo haze, demasiadas de las necessarias para satisfación de sus pecados, se acumulan al tesoro de la iglesia; y así, nos aprovechamos de los bienes y obras ajenas. De manera que quien con toda atención quisiere caminar este viagé, grandes socorros y alivios tiene.

VETURIA- Satisfecha estoy. Pero la satisfación en la penitencia, por cosa rezia la tengo, y ahí está la liebre.

MENEDEMO- Mucho liase en esso el arado, cierto es, y ahí está la liebre. Porqu'el pecado no se perdona si no se restituye lo ageno: el decreto lo dize, y aun la regla del derecho. Pero ya hay muchos que no deven a nadie nada, y otros que, aunque deven, restituyen.

VETURIA- A buena fe, pocos son esos. Y el que no tiene, ¿cómo restituirá?

MENEDEMO- La voluntad le abasta, y como dizen: «Al que no tiene, el rey lo haze franco».

EVARISTO- Cenar quiere Berintho, y a ti llaman, Menedemo. Por eso, estáte contando vidas ajenas.

VETURIA- Alegre quedo, y bien y assazmente instruta de lo que deseava. Berintho me parece que te llama, cese la plática. Y porque también Cantaflua me estará esperando, y Aminthas está ya harto de oír cosas de la otra vida.

MENEDEMO- Quiero ir.

AMINTHAS- No, madre, en mi consciencia. Salvo que juro de verdad que en mi vida oí cosa con más atención.

VETURIA- Pues yo me voy. Y vosotros que tan alegres estáis y con tanto gozo, holgaos bien y regozijaos. Y dad palmas, que yo, Veturia, he acabado de representar la comedia.





## Indice

<i>Prefación</i>	3
<b><i>Cena primera,</i></b> <i>en que se introduzen Berintho, Menedemo, Galterio, Simaco, Aminthas</i>	5
<b><i>Cena segunda,</i></b> <i>en que se introduzen Menedemo, Galterio, Aminthas</i>	20
<b><i>Cena tercera,</i></b> <i>en que se introduzen Galterio y Franquila y Menedemo</i>	24
<b><i>Cena cuarta,</i></b> <i>en que se introduzen Menedemo, Galterio, Franquila, Aminthas, Simaco, Berintho</i>	32
<b><i>Cena quinta,</i></b> <i>en que se introduzen Franquila, Aminthas, Tiburnina</i>	47
<b><i>Cena sexta,</i></b> <i>en que se introduzen Aminthas, Galterio, Simaco, Menedemo</i>	56
<b><i>Cena séptima,</i></b> <i>en que se introduzen Franquila, Claudia, Veturia, Cantaflua</i>	61
<b><i>Cena octava,</i></b> <i>en que se introduzen Galterio y el padre de la mancebia y Aminthas, y Franquila y Claudia y Cantaflua, y Simaco y Menedemo</i>	70
<b><i>Cena novena,</i></b> <i>en que se introduzen Berintho, Menedemo, Franquila, Simaco, Aminthas, Galterio</i>	78
<b><i>Cena dezena,</i></b> <i>en que se introduzen Franquila, Aminthas, Galterio, Simaco, Tiburnina, Sergia y la vezina</i>	94
<b><i>Cena onzena,</i></b> <i>en que se introduzen Berintho, Menedemo, Galterio, Simaco, Aminthas, Claudia, Veturia, Evaristo</i>	104

**Cena xij,**  
*en que se introduzen Veturia, Claudia, Aminthas, Simaco,  
Evaristo, Menedemo, Berintho, Paulina, Galterio y el  
padre* 117

**Cena xiiij;**  
*en que se introduzen Cantaflua, Veturia,  
Berintho, Aminthas, Simaco, Galterio, Simaco, Evaristo* 126

**Cena xiiij,**  
*en que se introduzen Berintho, Menedemo, Simaco,  
Aminthas, Galterio, Franquila, Sergia* 137

**Cena xv,**  
*en que se introduzen Menedemo, y Berintbo, y Veturia, y  
Galterio, y Franquila) y Aminthas, y Simaco, y Evaristo* 148